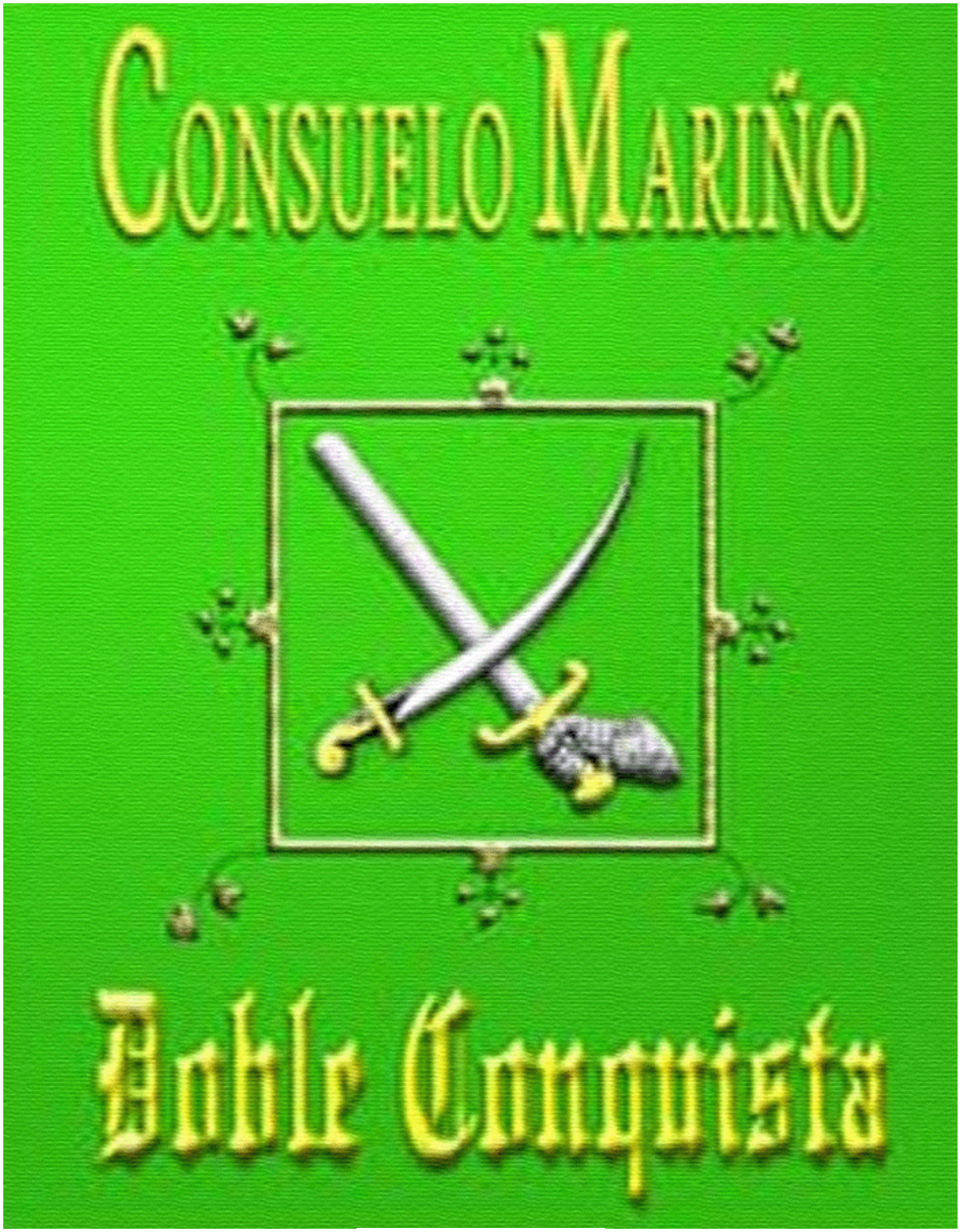
Doble Conquista
Consuelo Mariño



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

La puerta de Bisagra, que daba al camino de Francia, fue, en 1085, el primer testigo de la entrada de los conquistadores castellanos en la bella ciudad de Toledo. Su asedio había sido lento y minuciosamente planeado durante años por el rey castellano-leonés, Alfonso VI. La ciudad no le era desconocida al rey, puesto que había estado allí exiliado anteriormente. Había vivido entre sus murallas, había disfrutado de su prosperidad y había admirado el civismo con el que convivían las tres religiones: cristiana, judía y musulmana.

Al-Mamún le había brindado hacía años su hospitalidad, haciéndole partícipe del lujo refinado y la exclusiva suntuosidad que sólo los árabes sabían disfrutar. En la corte toledana, Alfonso tuvo la oportunidad de tomar contacto con la extraordinaria cultura de la civilización hispanomusulmana, apreciándola en todo su valor.

Alfonso fue tratado por Al-Mamún como un amigo durante sus años de exilio, y aunque no pensaba olvidar mostrarse agradecido de alguna manera, decidió que algún día conquistaría Toledo. Tanto para él como para toda la Cristiandad, tomar esa ciudad significaba un gran triunfo para la fe católica, a la vez que simbolizaba el poder del antiguo imperio de los godos.

Ahora, sus sueños se habían hecho realidad. Acompañado de los caballeros jinetes y del ejército que los seguía, Alfonso cabalgaba orgulloso a través de las estrechas calles de la ciudad conquistada, mientras sus habitantes, mirándolos con desconcierto, ni los vitoreaban ni se hubieran atrevido a abuchearlos. Se daban por satisfechos de no haber sido masacrados, como ocurría en un asedio normal. En esta ocasión no hubo batalla. Las negociaciones entre Alfonso VI de Castilla y Al-Qadir de Toledo, hijo de Al-Mamún, habían sido de carácter político, resultando innecesaria una guerra para conseguir lo que el rey castellano tanto deseaba. El monarca musulmán sabía que no podría vencer al ejército cristiano. Prefirió entregar su reino sin derramamiento de sangre a cambio de algunas compensaciones.

La ciudad parecía haber enmudecido; solamente el eco de los cascos de los caballos, en su camino hacia el alcázar, rompían el silencio en ese cálido día de mayo. Algunos ciudadanos curiosos seguían a los jinetes, reflejando en sus rostros la incertidumbre que los agobiaba.

Majestuoso y triunfante, Alfonso VI se bajó del caballo y recibió con naturalidad los saludos del monarca musulmán.

— Toledo se pone a vuestros pies, señor, y espero que a cambio continuéis demostrando vuestra generosidad como hasta ahora — inició el diálogo el árabe al tiempo que ponía su rodilla en tierra.

Satisfecho por el recibimiento, Alfonso le sonrió y le ayudó a incorporarse.

— Cumpliré mis promesas, Al-Qadir, siempre que el pueblo obedezca mis órdenes y no se rebele contra mí. La gente muerta no me sirve para nada, y como sabes, lo que pretendo es repoblar las tierras conquistadas.

— Los toledanos son listos y quieren seguir prosperando; estoy seguro de que los que decidan quedarse cumplirán las leyes.

— Entonces todos ganaremos.

Una hora más tarde, Al-Qadir y sus seguidores salieron de Toledo para dirigirse a las tierras del sur de la taifa toledana que Alfonso le había concedido al monarca musulmán en compensación por la toma de Toledo. Los caballeros jinetes de Alfonso los escoltaron hasta las puertas de la ciudad, como un último homenaje a Al-Qadir.

El alcázar bullía de actividad. Abandonado por unos y ocupado por otros, sus salones, patios y habitaciones empezaban a recuperar de nuevo la vida y el movimiento a los que estaban acostumbrados. El rey, con su séquito y sirvientes, se instaló en los palacios de Galiana, la parte más noble de la alcazaba, donde podía disfrutar de todo el lujo que los árabes sabían proporcionar.

Los grupos de caballeros se instalarían en el alcázar, la residencia militar. Su estancia sería provisional; en cuanto pudieran disponer de vivienda propia abandonarían el alcázar. Jaime de Moriel, caballero leonés que gozaba del favor del rey por su valentía y lealtad, seguía con sus hombres al mayordomo que los precedía y que les indicaría la ubicación de sus aposentos.

— Espero que nuestras habitaciones estén cerca del harén; no me importaría recrear de vez en cuando la vista —comentó el caballero Álvaro con picardía.

Los otros lo miraron sonrientes, pero negaron con la cabeza.

— No te hagas ilusiones, Álvaro —le advirtió Alonso, el caballero más joven del grupo—; las jóvenes damas que danzan en tu imaginación ya no están aquí. Desde que entran en el harén, lo quieran o no, siempre acompañan a su señor.

Álvaro hizo una mueca de desilusión.

— Y yo que me había sumado a esta cruzada sólo por verlas... Según dicen, son bellísimas, escogidas y muy bien educadas... ¡vamos: lo que se dice un verdadero deleite para un hombre! Jaime se echó a reír.

— Me parece que tendremos que conformarnos con las que veamos por la calle. Ya sabéis que los musulmanes guardan con celo a sus mujeres.

— ¿Y alguna que otra cautiva complaciente? —insistió Álvaro mientras los otros reían a carcajadas.

— A no ser que se rebelen, aquí no hay cautivos —le recordó Jaime—. La palabra del rey es sagrada, y ha ordenado con total claridad que se deje libre a la población para decidir su destino. Los que deseen quedarse continuarán como hasta ahora, y los que decidan irse podrán abandonar la ciudad con sus pertenencias. Ni nosotros ni ningún soldado debe olvidar esas órdenes.

— Siempre que no nos traicionen de alguna manera —añadió Sancho, el mayor de los caballeros.

— Por supuesto —afirmó Jaime con cansancio.

El mayordomo se detuvo al final de uno de los largos pasillos y les hizo un gesto con la mano.

— Estas son vuestras habitaciones, señores. Espero que os acomodéis confortablemente. Recordad que el rey os espera para cenar. Esta noche desea celebrar esta victoria con sus oficiales.

Jaime se quitó la cota de mallas y la dejó caer pesadamente sobre la cama. Todo el ejército había sido informado de que en esa ocasión no se iba a producir una batalla, pero por precaución, tanto oficiales como soldados habían llevado la vestimenta apropiada para el combate. Aunque su uso no había sido necesario, los soldados con experiencia sabían que nunca podían fiarse de la reacción del enemigo.

— Señor, os traigo vuestras cosas —dijo una voz desde el otro lado de la puerta, después de golpear ligeramente dos veces.

Jaime abrió y dejó entrar a su escudero, que cargaba con los dos bultos que el caballero siempre llevaba a la grupa de su caballo.

— Muy bien, Manuel. Ahora, ayúdame a desvestirme; quiero descansar un poco antes de la cena.

El enorme salón de festines del alcázar era una auténtica ostentación del lujo al que los monarcas musulmanes estaban acostumbrados. Este despliegue de esplendor contrastaba con la sobriedad de los castillos castellanos.

Desde la entrada de la enorme sala, Jaime observó admirado la riqueza del mobiliario, las valiosas alfombras persas, las suntuosas cortinas de sedas bordadas, las maderas talladas de las puertas y las magníficas vidrieras policromadas. La visión era extraordinaria. Él estaba acostumbrado al lujo, puesto que su familia pertenecía a la nobleza, pero ni el enorme castillo-fortaleza que su padre tenía en Moriel ni sus otras propiedades, eran comparables con la exquisitez y comodidad de las construcciones de Al-Andalus. La forma de vida de los

hispanomusulmanes era muy peculiar, y muy atrayente para los que supieran apreciar la belleza.

Sus caballeros se unieron a él y se sentaron en el lugar que les había sido asignado.

Un número considerable de sirvientes hizo su aparición con cuencos llenos de agua y toallas colgando del brazo, siguiendo la costumbre árabe de lavarse las manos antes de comer.

— Parece que se han quedado más de los que pensábamos — comentó Lope, otro de los caballeros a las órdenes de Jaime.

Alfonso VI había permitido que la población que quisiera permanecer en Toledo conservara sus propiedades y sus trabajos, siendo también libres de practicar cada uno su propia religión. Acogiéndose a esta promesa, muchos se habían quedado; en cambio, otros habían partido hacia otras taifas, prefiriendo ser gobernados por un monarca musulmán.

— Hasta más adelante no sabremos exactamente el número de los que prefieren permanecer entre nosotros. Ahora están perturbados e indecisos —aseveró Jaime con lógica—; aún no creen en las promesas del rey.

La conversación se interrumpió cuando una bella mora se acercó y llenó de vino las valiosas copas talladas.

— ¡Madre mía!, ¡como todas las mujeres aquí sean como las sirvientas que estoy viendo, no solamente odiaría que se fueran sino que consideraría la posibilidad de impedírselo! —comentó con ojos chispeantes el joven Alonso—. La primera mirada de esa bella moza ha sido para Jaime, como es habitual, pero me ha parecido que su última sonrisa me la dedicaba a mí, ¿no creéis?

Todos estallaron en carcajadas.

— Eres un mozo guapo, muchacho, pero todavía tienes que crecer más. No sabemos qué le da Jaime a las mujeres, pero las atrae como la miel a las moscas. Estando él delante, los demás palidecemos ante los ojos de las damas —le informó Sancho con una cierta sorna en su voz.

— ¿Será su indiferencia?

— ¿Su cinismo?

— ¿Su arrogancia?

— ¿Su discreción para tratarlas? —Preguntaron los demás continuando con la broma.

— Es un misterio, joven. De todas formas, no pierdas la esperanza; siempre podremos conformarnos con las que él no desea.

Jaime se volvió con un bufido hacia el hombre que había sido su ayo y que lo había criado.

— ¿Quieres reprimir tu lengua y mantener la boca cerrada? El rey va a hablar y deseo escucharle.

El rey castellano-leonés, Alfonso VI, se puso de pie en el estrado y desde allí agradeció a sus hombres su ayuda, explicándoles lo que se esperaba de ellos a partir de ese momento.

La plaza de Toledo estaba ganada, aunque teniendo al enemigo tan cerca nunca había que cantar victoria —les recordó el soberano—. La taifa que ahora pertenecía a Castilla era muy extensa, siendo por tanto muy codiciada por los reyes de las otras taifas.

— Un numeroso destacamento permanecerá en la ciudad para vigilar sus murallas y cuidar de que los ciudadanos que decidan voluntariamente quedarse juren lealtad a la Corona de Castilla-León. Todos serán bien tratados. Por otra parte, al menor atisbo de rebelión o de traición, el duro puño de la Ley será aplicado con dureza. Nuestras leyes serán magnánimas —prosiguió el monarca—, y habrán de ser obedecidas sin cuestionarlas. Otra parte del ejército patrullará a lo largo y ancho de la taifa hasta asegurarse de que todos los castillos y pueblos quedan sometidos. Todos escuchaban con atención mientras el rey reiteraba su confianza en sus caballeros, a los que consideraba responsables del éxito o del fracaso de todo un ejército en la batalla.

Cuando Alfonso terminó de hablar, los hombres de Jaime lo miraron dubitativos.

— ¿Ordenará quedarnos o tendremos que prepararnos para salir otra vez? —preguntó Lope con tono de cansancio—. Espero que por lo menos nos den tiempo para tomar un baño. Como aquí hay tantos...

— Los musulmanes se exceden con la limpieza. No sé yo si será bueno tanta agua para el cuerpo... —gruñó Sancho con un gesto de desprecio.

Jaime los escuchaba divertido. Después de la tensión de la guerra, de las batallas, de las estudiadas tácticas para ganar al enemigo, saber que sus hombres estaban a su lado y que siempre contaba con su lealtad y afecto le relajaba y le daba la tranquilidad de espíritu suficiente para llevar a cabo la labor que el rey le encomendaba.

A pesar de considerarse amigos y compañeros, todos sabían que le debían obediencia absoluta. Eran muy conscientes de que la vida de todos dependía de la fuerza y habilidad de cada uno; tampoco olvidaban que las órdenes de Jaime tenían que ser obedecidas sin vacilar.

— Las órdenes del rey nos serán comunicadas muy pronto. Mientras tanto bebamos por la victoria.

Entre carcajadas, Jaime y sus hombres se unieron a otros grupos, y junto con el rey celebraron la conquista de Toledo hasta el amanecer.

Durante los días siguientes, las órdenes del rey se hicieron llegar a toda la población. Las leyes eran muy claras. Una parte de los habitantes prefirieron quedarse en la ciudad donde habían nacido y en la que tenían sus trabajos, aunque tuvieran que pagar un impuesto especial al rey castellano; otros decidieron dejar su hogar, llevándose solamente lo que podían, y dirigir sus pasos hacia tierra de hermanos.

Los caballeros y soldados cuidaban de que se mantuviera el orden en la ciudad, vigilando que nadie pudiera atentar contra el rey o contra alguno de ellos. A pesar de la aparente mansedumbre de sus habitantes, sin duda habría espías enemigos que harían todo lo posible para echar a los invasores de la ciudad que habían ocupado.

— No les queda más remedio que someterse a nosotros. Eso no quiere decir que no deseen venganza —les advertía Jaime a sus hombres—. Estad alerta y no os fiéis de las sonrisas o deferencias que os dediquen. Sed comprensivos y caballerosos, pero mantened los ojos abiertos y no os dejéis engatusar... especialmente por las mujeres. En estas circunstancias son peligrosas y muy conscientes de su capacidad para hacernos bajar las defensas.

Sancho le miraba orgulloso mientras Jaime hablaba. Desde su infancia, el veterano caballero había sido su guía y su instructor para la vida de caballero a la que estaba destinado. Con fuerza de voluntad e inteligencia, el joven fue superando las duras pruebas a las que el estricto código caballeresco sometía a los aspirantes a caballero.

Sancho se había encariñado enseguida con el muchacho, por ese motivo no le pasaba una y lo forzaba por todos los medios a que aprendiera a defenderse manejando con la mayor precisión todas las armas que se utilizaban en combate. Su vida dependería de su destreza y de su astucia. "Tienes que adelantarte al enemigo y saber intuir su siguiente paso", le había repetido muchas veces durante los años de entrenamiento. Sin duda había aprendido muy bien sus consejos y el joven Jaime se movía con maestría en los campos de batalla. Su preparación física se vio a la vez complementada con una educación intelectual. Su madre, mujer cultivada a la que le gustaba leer, se había empeñado en que sus cuatro hijos aprendieran a leer y a escribir. Jaime había aprendido con diligencia, aunque era su hermano menor el que se había dedicado a trabajos más intelectuales y a llevar la administración del castillo y las propiedades de la familia. Sus hermanas estaban ya casadas y vivían en las propiedades de sus maridos en Castilla.

Jaime era el mayor, y para preocupación de sus padres, a pesar de tener 26 años, permanecía aún soltero. Moreno, alto y fuerte, con atrayentes ojos verdes y seductora sonrisa, su éxito era total entre las mujeres. Varias veces sus padres habían tenido la esperanza de que terminara en boda alguna de sus relaciones con bellas damas de alcurnia, pero él no se había decidido a dar el paso definitivo. Según comentaba siempre, estaba tan ocupado en ayudar al rey a ampliar su reino, que no tenía tiempo para bodas. Todos sabían, y en especial Sancho, que era el que mejor le conocía, que lo que insinuaba eran excusas con el fin de ocultar su

incapacidad de enamorarse en profundidad. Era verdad que la mayor parte de su tiempo transcurría de campamento en campamento, pero también era cierto que las relaciones superficiales que hubiera podido mantener con ciertas damas no habían hecho mella en él.

Había transcurrido un mes desde la conquista cuando el rey ordenó que la Corte se trasladara a Toledo por un tiempo. La reina, con sus damas y su séquito, funcionarios y cortesanos se instalaron en los palacios de Galiana. Los oficiales, excepto los caballeros nobles, tuvieron que trasladarse a las casas que se requisaban temporalmente. Aun teniendo todo el derecho a quedarse en palacio, Jaime de Moriel prefirió continuar al lado de sus hombres y mudarse a otro lugar.

— Respeto tu decisión, Jaime —dijo el rey después de que el joven leonés le comunicara sus intenciones—, y me enorgullezco del afecto que sientes por tus hombres y del compañerismo que existe entre vosotros.

Manuel, el joven escudero de Jaime, recogió las pertenencias de su amo en poco tiempo. Cuando se reunió con los caballeros en los establos, estos ya tenían enjaezados los caballos, dispuestos para salir.

A media mañana, diez jinetes cruzaron la puerta principal de palacio y, atravesando el mercado de Zocodover, donde se vendían excelentes caballos, se dirigieron hacia el antiguo recinto romano.

Dejando la mezquita de Bab-Al-Mardum a la derecha, llegaron a una plazoleta, alejada un poco del centro bullicioso de la ciudad, donde estaba ubicada una bonita casa que había captado desde un principio la atención de Jaime.

— Nos tienes intrigados, Jaime —comentó Lope haciendo un gesto de desconcierto—. ¿Se puede saber adónde nos llevas?

Jaime esbozó una sonrisa maliciosa.

— ¿Os gusta este lugar? —preguntó deteniendo su caballo justo delante de la puerta de una majestuosa vivienda de estilo árabe.

Observó a sus hombres, que contemplaban admirados la elegante fachada y la sólida estructura del edificio—, pues en esta casa es donde viviremos temporalmente.

Sus hombres lo miraron con un gesto de aprobación.

— No está mal; tienes buen gusto —admitió Álvaro estudiando el bien construido edificio y la maciza puerta mudéjar—. ¿Sabe su dueño que venimos?

— Aún no, pero se enterará muy pronto.

Su tranquilidad hizo que los otros estallaran en carcajadas.

— Entonces, ¡vive Dios que será una gran sorpresa! —vaticinó Sancho todavía riéndose.

— Me he informado y sé que hay espacio para todos. Su dueño es un rico comerciante llamado Saffah, cuyas ganancias en sus negocios le proporcionan lo suficiente como para permitirse el lujo de disponer de una casa de campo para los meses de verano. Espero que no le importe trasladarse allí con su familia, temporalmente.

La expresión del criado que abrió la puerta del comerciante fue de sorpresa y de miedo. Al encontrarse con un grupo de cristiano en el umbral le vinieron a la mente los peores augurios. ¿Habría desobedecido su amo alguna de las nuevas leyes impuestas por el rey castellano? No lo creía; Saffah era un hombre pacífico, y sabía muy bien cuándo había que aceptar la derrota y sacar el mejor partido de ella.

— ¿Puedo serviros en algo? —preguntó con voz titubeante.

— Llamad a vuestro señor, queremos hablar con él —le ordenó Jaime con voz autoritaria.

El hombre se restregaba las manos con nerviosismo. Tras la humillante conquista, la presencia de esos hombres en casa de su amo no podría traer nada bueno.

— Mi amo no está en casa. Volverá dentro de unos días — contestó el criado, retrocediendo al ver cómo los caballeros se introducían descaradamente en el zaguán que daba acceso al patio central.

— ¿Quién le representa cuando él se ausenta?

— Sus hijas imparten las órdenes, señor, pero vos no podéis verlas; nuestras costumbres...

— Llevadnos ante ellas. —La firmeza de su tono y el reflejo de impaciencia que despedían sus ojos, indicaron al criado que el caballero castellano no admitiría más argumentos.

Asustado, el sirviente cruzó el patio corriendo y desapareció través de una de las galerías. Mientras esperaban, Jaime y sus hombres contemplaron maravillados la belleza del lugar, acercándose a la fuente que había en el centro del patio para refrescarse la cara.

— Aquí se debe estar de maravilla las noches de verano; la humedad que despide este surtidor refrescará el ambiente los días calurosos —comentó Alonso mientras miraba el agua cristalina que se deslizaba entre sus dedos.

— Si seguimos en Toledo, nuestro verano va a ser muy confortable —afirmó Lope vagando su mirada por cada uno de los rincones del exquisito lugar.

Jaime se mantenía en silencio. Miraba a su alrededor permanecía atento a cualquier movimiento. Sus sentidos siempre estaban alerta. No es que esperara un ataque; esos toledanos no serían tan temerarios, pero le gustaba vigilar cada paso del enemigo.

Nalia, la hija mayor del comerciante musulmán, puso el grito en el cielo cuando el criado le contó lo que había sucedido.

— ¡Pero cómo se atreven a entrar en esta casa exigiendo vernos! ¿Es que acaso no saben que sin la compañía de un miembro masculino de la familia no nos mostramos nunca ante extraños?

— No parecen importarles mucho nuestras costumbres, mi señora; el caballero que habló fue muy tajante cuando dio las órdenes.

Nalia se giró con genio dando un bufido, haciendo revolotear con brusquedad la falda de su vaporoso vestido. El criado la miró preocupado, temiendo que el furor de su joven ama la llevara a cometer un error irreparable.

Un mestizo alto y fornido entró en la habitación en esos momentos. Había escuchado la voz airada de Nalia y se preguntaba qué habría ocurrido. Zelima, mucho más tranquila y sumisa que su hermana, se lo explicó. Alarmado, se propuso convencer a su ama.

— Tienes que recibirlos, Nalia; yo os acompañaré —le aconsejó prudentemente el hombre que había sido su guardián desde que eran pequeñas—. No sé qué querrán esos cristianos, pero sea lo que sea, estoy seguro de que cumplen órdenes del rey. No podemos desobedecer; sabes que eso nos llevaría a todos a la ruina.

Nalia estaba indignada por todo lo que había sucedido.

Consideraba que el rey Alfonso se había portado como un ingrato al conquistar la ciudad que, cuando él lo necesitó, lo acogió como a un huésped de honor. Las reglas de la hospitalidad se aplicaron rajatabla con el ilustre exiliado, y él, a cambio, les había invadido se había apoderado de la ciudad.

— Nalia, vayamos al estrado y recibámosles. Oigamos lo que tengan que decir —le rogó Zelima con dulzura—. Ya sé que no es lo habitual en nuestra casa, pero debemos adaptarnos a nuestra situación actual. Estoy segura de que nuestro padre lo aprobaría.

Nalia sabía que tanto Ahme como Zelima tenían razón. No había alternativa. A pesar de su furia, tendría que recibir a esos hombres.

2

En cuanto los caballeros castellanos entraron en el magnífico salón del comerciante Saffah, perdieron el habla ante la espectacular visión que se les presentó ante sus ojos. Habían visto muchas veces la magnificencia del lujo hispanomusulmán, pero nunca ese bello decorado había acogido en su interior tan hermosas joyas como las dos mujeres que en esos momentos estaban sentadas en el estrado entre cojines de seda.

Acompañadas de un fornido mestizo, las dos jóvenes permanecían dignamente erguidas mientras contemplaban en silencio la entrada de los hombres.

Jaime las observó mientras se acercaba, fijándose especialmente en una de ellas, sin que le pasara tampoco desapercibida la hostilidad que se reflejaba en sus hermosos ojos color violeta. El resto de la cara sólo se vislumbraba a través del transparente velo que la cubría. Inútil intento, pues él adivinó enseguida claramente la perfección de lo que el velo intentaba ocultar.

Los caballeros se detuvieron unos pasos antes del estrado Jaime se adelantó hasta tocar con sus botas el escalón que lo separaba de las jóvenes musulmanas.

— Mi nombre es Jaime de Moriel y soy uno de los caballeros del rey Alfonso —se presentó el joven con voz firme— El motivo por el que mis hombres y yo nos encontramos aquí es para ejercer nuestro derecho, según las nuevas leyes de nuestro soberano, de requisar esta casa temporalmente. Mis hombres y yo nos instalaremos aquí hasta que encontremos una vivienda vacía de nuestro agrado.

La brusquedad con la que Nalia se incorporó cogió desprevenidos a todos. Su hermosa figura, adivinada veladamente través de la fina tela del vestido, los dejó con la boca abierta. Sin embargo, fue la altivez con la que miró a Jaime y el fuego que despedían sus ojos lo que hizo comprender a los allí presentes que esa mujer no se dejaría someter tan fácilmente.

— ¡De ninguna manera consentiré que os apropiéis de mi casa! Deberíais daros por satisfechos con haber conquistado nuestra ciudad. ¿Qué pretendéis?, ¿despojarnos también de todas nuestras pertenencias?

Ahme no tuvo tiempo de detenerla.

A Jaime no le agradó ese arranque de genio, pero mantuvo la calma, esforzándose por mostrarse comprensivo.

— No es esa la intención del rey. Viviremos aquí por un tiempo y...

— ¡No viviréis en esta casa! ¡Buscad en otra parte!; mi hogar no servirá de alojamiento a enemigos.

Los hombres de Jaime se miraron atónitos. Pocos hombres se habían atrevido a hablarle así a un grupo de caballeros castellanos, desde luego, ninguna mujer. La osadía de esa joven podría llevar la ruina a su familia, aunque su valentía era digna de admiración.

Jaime no podía creer lo que estaba sucediendo. Esa bella mujer se había atrevido a enfrentarse a él. Era algo inaudito, descabellado; no obstante, su expresión sosegada no varió.

— No tenéis alternativa, señora. Los caballeros del rey pueden alojarse donde les plazca, y yo he elegido esta casa. Vuestra oposición sólo os traerá problemas, pues os aseguro que mi decisión ya está tomada.

Nalia empezó a darse cuenta por el tono del caballero que sería muy difícil vencer a ese hombre; ella tampoco era débil y no se dejaría intimidar fácilmente.

— Os equivocáis, señor. Ahora yo soy la máxima autoridad en esta casa, y os ordeno que salgáis de ella.

Jaime se giró y le hizo una señal a sus hombres. Se disponían sacar sus espadas para poner orden cuando una voz los detuvo.

— ¡Quietos! —exclamó la joven musulmana haciendo un rápido movimiento—. Como ven tengo una ballesta en mis manos y he de advertiros que soy una experta tiradora. La flecha apunta a vuestro corazón, Jaime de Moriel, así que si no queréis resultar muerto, os sugiero que ordenéis a vuestros hombres que no toquen las armas se alejen de esta casa. —

Hizo una pausa para comprobar que los caballeros obedecían sus órdenes—. Habrá casas libres cuando algunos toledanos abandonen voluntariamente la ciudad. Buscad entre ellas y no volváis a aparecer por aquí.

Los rostros de Zelima y Ahme reflejaban la tensión del momento. Siempre habían admirado la valentía y determinación de Nalia. Lo que ella estaba haciendo era defenderlos a todos de los intrusos, como hacía su padre, pero ninguno de los dos pensaba que la actitud agresiva de Nalia fuera sensata en esos momentos.

— Bajad el arma si no queréis veros encerrada en las mazmorras y esta casa arrasada —le advirtió Jaime con tono amenazador—. Habéis sido vencidos...

— ¡Jamás me dejaré vencer por la arrogancia y prepotencia de los castellanos!

Un ruido de pasos acelerados interrumpió la discusión, haciendo que todos dirigieran la mirada hacia la entrada de la enorme sala. Saffah apareció sofocado y nervioso, tras haber sido informado por un criado de lo que estaba sucediendo en su casa.

— ¡Padre...! —exclamaron las dos hermanas al verlo aparecer.

— He venido en cuanto me he enterado de lo que ha sucedido; espero haber llegado a tiempo.

Jaime y sus hombres permanecieron donde estaban observaron al hombre que se acercaba.

— ¿Sois vos Saffah? —preguntó Jaime cuando el musulmán estuvo a su lado.

— Ese es mi nombre y vivo aquí con mis hijas: Nalia y Zelim—contestó señalándolas—. Si puedo serviros en algo, mi humilde casa está a vuestra disposición.

Indignada, Nalia se dirigió a su padre con resentimiento.

— ¿Pero cómo puedes ofrecer nuestra casa al enemigo?

Saffah se aproximó a su hija y le besó la mano.

— Hija, sé que eres una mujer valiente y que siempre que me he ausentado has defendido nuestro hogar igual o mejor que un hombre, pero estas son unas circunstancias muy particulares debemos ser prudentes.

Si bien el tono de su padre era cariñoso, no daba lugar réplica. Nalia miró a Jaime con rencor y se sentó al lado de su hermana, dejando en el suelo la ballesta que había mantenido en la mano. El caballero leonés le devolvió la mirada, pero la joven no pudo descubrir a través de ella lo que ese hombre tenía en mente.

— Mi hija Nalia defiende muy bien a los suyos —señaló el comerciante a modo de disculpa, dirigiéndose a Jaime—. Espero que sepáis comprender su fervor.

— Veo que estáis al tanto de lo que ha sucedido aquí.

— Sí, he sido informado. Lo que no me han dicho es vuestro nombre.

Jaime hizo de nuevo las presentaciones y explicó, una vez más, lo que pretendían sus hombres y él.

— ¡Por supuesto! En esta casa estaréis muy cómodos, y desde luego mis hijas y yo nos trasladaremos a nuestra casa de campo para no molestaros. En realidad íbamos a hacerlo en unos días, así que la adelantaremos.

La diplomacia del veterano comerciante admiró a los castellanos. Hombre inteligente y astuto, Saffah no estaba dispuesta perder todo lo que le había costado tanto conseguir por un orgullo trasnochado que no tenía sentido en las actuales circunstancias.

Jaime no supo por qué reaccionó como lo hizo. La ira que sentía todavía por la actitud de la hermosa Nalia debió ser el principal motivo que lo impulsó a dar unas órdenes tajantes que para los demás no tuvieron sentido.

— Os quedaréis aquí. Esta es una casa grande y podremos acomodarnos todos perfectamente.

— Muchas gracias, señor, pero para nosotros no es ninguna molestia trasladarnos...

Jaime cortó al comerciante con rotundidad.

— Es mi última palabra, Saffah. Deseo que os quedéis y lo haréis —exclamó mientras miraba a Nalia en abierto desafío—. Podréis retiraros a vuestra almunia sólo cuando yo lo autorice.

— ¡No puedes permitir eso, padre! —exclamó Nalia, airada.

— Nalia...

Su padre había cedido y ella no podía hacer nada por evitarlo. Volviéndose con ademán desafiante, bajó del estrado y se dispuso a dejar el salón. Jaime no se lo permitió.

— Todavía no os he dado permiso para que os retiréis.

Ella se detuvo y lo miró con ferocidad.

— ¡Yo sólo obedezco a mi padre!

Jaime se acercó a ella para contemplarla mejor. Clavó su mirada en los ojos de Nalia, descubriendo el fulgor de ira que los oscureció momentáneamente y las perfectas facciones que él había adivinado desde lejos.

— A partir de ahora me obedeceréis también a mí, y espero por vuestro bien que no lo olvidéis.

Saffah se acercó a Jaime para intervenir de nuevo en favor de su hija.

— Debéis comprender, señor, nuestra reacción en estas circunstancias. Por favor, sed comprensivo.

— Sólo y exclusivamente por eso no tendré en cuenta, por el momento, el ataque de vuestra hija —le advirtió sin dejar de mirar a la joven con hostilidad—. Si volviera a repetirse algo semejante contra mí o contra alguno de mis hombres, no habrá misericordia por mi parte. Quedáis advertidos.

Saffah respiró aliviado. Era un milagro que ese hombre lo perdonara. A partir de esos momentos él se encargaría de mantener a Nalia alejada del castellano y de sus hombres. El comerciante sabía que cualquier desliz podría condenarlos a todos.

— Ahora, señora, por favor, enseñadnos la casa y nuestros aposentos.

— Los criados os llevarán a...

— Me parece que no me habéis entendido bien —le aclaró Jaime con seriedad—. Quiero que seáis vos la que nos haga los honores — terminó él con una cierta sorna.

Nalia lo hubiera estrangulado allí mismo, sin embargo debía obedecer. Las palabras y la actitud de su padre la habían hecho recapacitar, dándose cuenta de la gravedad de la situación. La irrupción en su hogar de esos castellanos sería sólo temporal, y ella, por la seguridad de los suyos, lo aguantaría, aunque tuviera que reprimir la cólera que la consumía por momentos.

Acompañada por su padre y por Ahme, que con sutileza se interpuso entre su ama y el caballero cristiano, Nalia les fue mostrando las diversas dependencias de su casa. Las lujosas habitaciones, adornadas con valiosas alfombras y bonitos muebles finamente labrados iban sucediéndose ante los admirados ojos de los castellanos. Todo estaba muy limpio y cuidado con esmero, indicio claro de que el musulmán no escatimaba dinero en mantener su hogar con todo tipo de comodidades. Al llegar a las habitaciones que les serían asignadas, los jóvenes caballeros se quedaron perplejos, recibiendo la misma impresión que los había impactado al entrar en el Alcázar. Acostumbrados a dormir en cualquier parte, el hecho de disponer de una cama con colchón de plumas, baldaquinos revestidos de sedas de bellos colores, cofres de maderas nobles para la ropa y una habitación dedicada exclusivamente para el baño, fue tan chocante que no pudieron reprimir su asombro.

— ¡Madre mía, qué maravilla! —exclamó Álvaro desde el centro de la habitación mientras daba vueltas contemplándolo todo.

Saffah sonrió.

— Los hispano-musulmanes cuidamos mucho la hospitalidad. En nuestras casas, los huéspedes se merecen lo mejor.

"Pero no en este caso", pensó su hija sin atreverse a expresar sus sentimientos en alto.

Jaime dirigió sus ojos hacia Nalia, taladrándola con su profunda mirada, como si adivinara lo que ella estaba pensando. Nalia sostuvo su mirada con expresión desafiante y luego desvió la cara con desdén.

— Acomodaos, señores, y por favor, si necesitáis algo pedidlo los criados.

Con una inclinación de cabeza, Saffah y Nalia se dirigieron hacia la puerta. Jaime los despidió con el mismo saludo, dando así su permiso para que se retiraran.

— ¡Madre mía!, Jaime, no podías haber encontrado un sitio mejor. Aquí estaremos como reyes —exclamó Lope con entusiasmo, estando todos los demás de acuerdo.

— ¿Estáis seguros? —preguntó él sin mucho convencimiento. Ellos le miraron con extrañeza.

— Si no lo crees así, ¿por qué nos quedamos? —preguntó Alonso.

— Por la belleza morena —respondió Sancho con calma—. Como bien sabéis, Jaime jamás rechaza un desafío, y esa mujer lo ha desafiado abiertamente. No parará hasta que la venza y la domine.

— Esa mora es peligrosa y hay que vigilarla —afirmó Jaime con el rostro aún tenso—. El padre ha intentado calmar la situación, pero no sabemos lo que piensan realmente.

Álvaro dio un silbido.

— Esa moza es una preciosidad, un valioso regalo para cualquier hombre.

Jaime estuvo de acuerdo, aunque no lo reconoció en voz alta. "No la hay más bella".

— Seremos bien tratados, de eso no me cabe duda, pero estad alerta —les advirtió una vez más.

Cuando Nalia llegó a sus habitaciones, Zelima la estaba esperando con impaciencia. No le gustó el gesto abatido de su hermana ni la expresión preocupada de su padre.

— ¿Ocurre algo? —preguntó la joven, inquieta.

Saffah negó con la cabeza y les pidió que se sentaran.

— No voy a echar la culpa a nadie de lo que ha sucedido. Mi trabajo me obliga a estar fuera de casa durante meses y a dejaros solas demasiado tiempo. Eso no es bueno, lo sé, pero no tengo alternativa —reconoció con tristeza—. Desde muy joven he descargado en ti demasiadas responsabilidades, querida Nalia, y tú las has asumido a la perfección, protegiendo siempre con sabiduría a tu hermana y esta casa. El momento que estamos viviendo ahora es diferente y muy real, aunque nos duela reconocerlo, y debemos asumirlo con humildad.

Pesadamente, se dejó caer sobre unos mullidos cojines y estiró las piernas para relajar los músculos. Llevaba en tensión demasiado tiempo, desde que se había enterado de la conquista de su ciudad casi había muerto de miedo pensando en su familia. A toda velocidad había regresado a casa, para encontrarse con el espectáculo de los cristianos adueñándose de su hogar y a su hija punto de ser acusada de traición.

— Comprendo lo que dices, padre —intervino Nalia—, pero hay una alternativa y ellos no pueden oponerse: vayámonos; recojamos nuestras pertenencias y reunámonos con nuestros parientes en Sevilla.

Quizás esa sería la mejor salida para todos, pero él debía cumplir una promesa que le había hecho a un buen amigo. Había llegado el momento de darles a sus hijas una explicación.

— Hace muchos años, durante una batalla fronteriza entre castellanos y musulmanes, yo luché con un valiente caballero. Él me hirió y creí que había llegado mi hora. Cualquier otro me hubiera rematado allí mismo, así es la guerra, pero él no solamente no lo hizo sino que impidió que un soldado me atravesara con su lanza.

"Peleamos limpiamente en la batalla; sería una cobardía matar a un hombre indefenso", esas fueron sus palabras, dirigidas al soldado.

Nalia y Zelima escuchaban con atención, sin comprender exactamente adónde pretendía llegar su padre con el relato de esa vieja historia.

— Pese a estar malherido y a punto de desmayarme, acerté escuchar al soldado llamarlo Ruy de Ara —continuó Saffah—. Cuando me curé, al cabo de un año, puse todo mi empeño en localizarle, hasta que averigüé que era un caballero leonés muy importante, uno de los consejeros del rey Alfonso. —Saffah hizo una pausa y miró sus hijas. Las dos lo contemplaban extrañadas. Él sabía que a partir de esos momentos muchas cosas podrían cambiar entre ellos. Era un riesgo que tenía que correr. Nalia tenía ya 20 años y había llegado el momento de que conociera la verdad acerca de su nacimiento.

— Y después ¿qué ocurrió, padre? —preguntó Zelima, intrigada.

— Me disfracé y fui a León. Allí me enteré de que el noble leonés tenía un castillo y otras propiedades no muy lejos de la ciudad, en las que pasaba largas temporadas con su pequeña hija.

— ¡Qué aventura tan interesante, padre! ¿Por qué nunca nos la has contado? —inquirió Nalia.

— He querido esperar hasta que tuvierais la madurez suficiente como para comprender lo que pasó. Debido a lo que ha sucedido, mi explicación no puede demorarse más.

Las dos hermanas se miraron desconcertadas y se encogieron de hombros.

— Al llegar al castillo de Ruy de Ara, él tuvo la deferencia de recibirme sin conocerme. Cuando le expliqué quién era y que había hecho ese viaje solamente para darle las gracias, se quedó atónito.

Me agasajó y me invitó a pasar unos días con él, durante los cuales cazamos, paseamos y charlamos mucho. Nos hicimos buenos amigos y nunca perdimos nuestra amistad.

— ¿Entonces, lo volviste a ver? —preguntó Zelima con los ojos muy abiertos.

— En varias ocasiones... hasta que un día, el aya de su hija se presentó aquí con la pequeña y con una carta. Nada más leerla la destruí por la seguridad de la pequeña. En ella me explicaba que había sido acusado injustamente de traición y condenado al exilio. Lo normal es que hubiera sido ejecutado, pero su amistad con el rey le salvó. A pesar de las pruebas, Alfonso nunca creyó en su traición y siempre tuvo la esperanza de que nuevas pruebas lo redimieran.

— ¿Y fue así?

— Desgraciadamente, no. Se cree que murió en el exilio, pues nadie volvió a saber nada más de él.

Nalia se sentía apesadumbrada con esa historia. No conocía ese hombre, pero intuía que su padre debía tener una razón muy poderosa para contársela.

— ¿Y qué pasó con su hija?

Era curioso que fuera precisamente Nalia la que le hiciera esa pregunta. Mirándola con ternura y acariciándole dulcemente la mano, le contestó.

— Tú eres esa niña, querida.

Nalia dio un respingo, palideció instantáneamente y creyó que se desmayaría de un momento a otro. Saffah se acercó a ella y la abrazó.

— Eso no cambia nada, dulce Nalia. Tu padre, uno de los mejores hombres que he conocido, te confió a mí y yo te he criado como a mi propia hija, igual que a Zelima. Eso no cambiará jamás.

Gruesas lágrimas rodaron por los rostros de las dos hermanas, sin poder reprimir la congoja que atenazaba sus corazones.

— Vamos, no lloréis —dijo Saffah intentando consolarlas—Nosotros tres formamos una maravillosa familia, y así será siempre.

Cuando Nalia logró reponerse un poco, miró a su padre, angustiada. Desde pequeña le extrañó que ella siguiera los ritos religiosos cristianos y no los musulmanes, como Zelima y todos los que vivían en la casa, hasta que su padre le explicó que su madre había sido cristiana, una mujer maravillosa de la que se habría sentido muy orgullosa. Saffah nunca le contó nada más ni ella quiso molestarlo con más preguntas. En su mente infantil, Nalia dedujo que, por el contrario, la madre de su hermana sí había sido musulmana y que a su padre le afectaba mucho hablar de sus dos esposas muertas.

Ahora comprendía su mutismo.

— ¿Y por qué descubres mi secreto ahora?

— No lo hice antes porque tu seguridad residía en tu anonimato. Los enemigos de tu padre son los tuyos. Ellos creen que te fuiste con él y que también has muerto. Ahora hay dos nuevas razones: las circunstancias de nuestras vidas pueden cambiar a partir de esta conquista, y creo que ya tienes edad más que suficiente para ir pensando en el matrimonio.

Por conservar a sus hijas a su lado, Saffah no había tenido prisa en casarlas. Ya no podía demorar más esa misión. La mano de Zelima había sido pedida por un joven musulmán al que él apreciaba. Si la joven no se oponía, se la concedería.

El caso de Nalia era diferente. Todos los jóvenes de Toledo considerados aceptables habían pedido su mano; Saffah se la había negado a todos. Nalia era cristiana, y sólo podía casarse con un cristiano; ese hubiera sido el deseo de su padre.

— Pero yo no quiero casarme —protestó Nalia—. Deseo quedarme aquí contigo y cuidarte.

Saffah la miró complacido.

— No sabes lo que me halagan tus palabras, hija, pero no puede ser. Tu padre te hubiera buscado un buen marido para que fueras feliz y lo mismo haré yo. A él le debo la vida, que es el tesoro más precioso que posee una persona, y haré exactamente todo lo que él hubiera deseado.

Saffah le cogió la mano y la mantuvo entre las suyas.

— Alegra esa preciosa cara, cariño. Todo saldrá bien, ya lo verás.

Zelima también se acercó a su hermana y la abrazó para reconfortarla.

Las muestras de cariño de su familia le dieron fuerzas y la ayudaron a reaccionar.

— ¿Quién traicionó a Ruy de Ara? —preguntó la joven, sin poder dedicarle todavía el apelativo de "padre" a quien era un desconocido para ella.

La pregunta cogió por sorpresa a Saffah. Enseguida comprendió que era natural que la joven quisiera conocer la verdad.

— Según me contaba tu padre en la carta, los que le habían acusado fueron los Jaranegra, una poderosa familia leonesa que envidiaba su amistad con el rey y ambicionaba su riqueza.

— ¿Jaranegra?

A Saffah le perturbaba darle a su querida Nalia explicaciones tan dolorosas.

— Según mis informes, siguen en la Corte y... actualmente solos propietarios de las tierras que antes eran de tu padre.

Chispas de ira refulgieron en los ojos de Nalia.

— ¡Malditos traidores! ¡Algún día pagarán su crimen, lo juro!

Saffah la miró con aprensión. Sabía que Nalia poco podría hacer por redimir el nombre de su padre, pero le asustaba su temeridad y su determinación. Con hombres como los Jaranegra esa osadía podría ser nefasta.

— No digas eso, hija. Esos hombres son muy peligrosos, y te aseguro que si vieran tambalearse por tu culpa su posición y su riqueza no vacilarían en matarte —le advirtió muy serio—. Mientras estés bajo mi tutela no permitiré que cometas ninguna locura. Tu padre ha muerto y nada podría devolverle la vida. A ti, afortunadamente, no te hacen falta riquezas, así que no permitiré que pongas tu vida en peligro.

Nalia lo miró desafiante durante unos segundos. En un instante, el rostro suplicante de su padre la ayudó a comprender los temores de Saffah.

— No te preocupes, padre. Jamás sería tan estúpida como para comprometer mi vida o la de alguno de los míos. A pesar de quesos hombres merecen un duro castigo, soy consciente de que yo sola no podría acusarlos.

Saffah respiró aliviado. De nuevo, Nalia demostraba su sentido común.

— ...Y respecto a los castellanos instalados en nuestra casa —aprovechó para decir Saffah, valiéndose de la buena disposición de sus hijas—, debemos tratarlos con amabilidad. Ellos no me harán ningún daño, estoy seguro, y su estancia será sólo temporal. Lo más aconsejable es que no vuelvan a veros; así se evitarán problemas.

Nalia y Zelima estuvieron de acuerdo.

— No tengo ningún interés en toparme de nuevo con ese arrogante castellano —aseveró Nalia con desdén—. Todavía no puedo creer que hayan invadido también nuestro hogar.

— No pienses en ello. Su estancia será corta, y nuestra casa es lo suficientemente grande como para que no tengáis que encontraros — las tranquilizó Saffah—. En caso de que sucediera, tratadlos con respeto. La seguridad de todos depende de nuestro comportamiento.

Sus consejos iban destinados a las dos, sin embargo sabía que con Zelima no tendría ningún problema. Su carácter bondadoso sumiso jamás se enfrentaría a nadie. Nalia era también generosa buena, pero su genio vivo cuando consideraba que se estaba cometiendo una injusticia, les podría traer muchos problemas en las actuales circunstancias.

— Será difícil, padre; no soporto la arrogancia de los vencedores.

Saffah asintió con un movimiento de cabeza.

— Lo comprendo, Nalia, pero están en su derecho. Debido a la generosidad del rey Alfonso en esta ocasión, no nos han hecho esclavos. No obstante, debemos tener cuidado y acatar sus leyes obedeciéndoles en todo momento. El más mínimo desliz podría ser fatal.

Desgraciadamente, su padre tenía razón. Las leyes de la guerra eran estrictas, y nadie podía oponerse a ellas. Sumisión era la palabra de los vencidos. Desdichadamente para Nalia, ese término no tenía cabida en su vocabulario.

3

A Pesar de saber que su procedencia era castellana, Nalia no experimentó ningún cambio en sus sentimientos hacia los castellanos. Ella se había criado en Toledo y tanto su familia como sus amigos eran musulmanes. Pensaba con ternura en su verdadero padre, Ruy de Ara, hombre justo y honesto, y también en su madre, muerta al poco de nacer ella, según le había contado Saffah, pero todo el cariño y la dedicación que había recibido en su vida le habían sido entregados desinteresadamente por unas personas a las que no les importó que ella perteneciera a otra religión y fuera hija de enemigos.

Su lealtad estaba con Toledo y sus habitantes, y eso nunca cambiaría.

Afortunadamente para todos, los caballeros castellanos estuvieron ausentes la semana siguiente a su llegada. Teniendo en cuenta que todavía tenían que apaciguar el reino de esporádicas rebeliones, el rey los necesitaba continuamente. Esto suponía un respiro para Saffah, que era muy consciente de los problemas que podrían surgir entre castellanos y musulmanes con la convivencia diaria. Él también había trabajado intensamente durante esos siete días, aprovechando que había paz en su hogar. En cuanto Jaime de Moriel y sus hombres estuvieran en la casa, Saffah tendría que permanecer también allí para mantener la armonía.

Tras patrullar durante una semana en un radio de 20 leguas alrededor de Toledo, Jaime y sus hombres volvieron a casa de Saffah exhaustos. Los pequeños alzamientos no habían dado lugar importantes luchas sino a rápidas escaramuzas de poca importancia.

No obstante, la constante atención al más mínimo movimiento sospechoso o a cualquier ruido anormal durante la noche, les provocaba una tensión que sólo relajaría la tranquilidad de un hogar.

Tras despojarse de sus armas más pesadas, su atención fue captada por la presencia del criado que siempre los atendía.

— ¿Sí? —preguntó Jaime con brusquedad, cansado del silencio que siempre acompañaba a los sirvientes de esa casa.

— Vuestro baño está preparado, señor.

Jaime lo agradeció; en esos momentos era lo que más necesitaba.

Sumergido en el agua tibia, Jaime se lavó el pelo y se quitó todo el polvo acumulado durante los días de cabalgada. Mientras relajaba sus músculos doloridos, al joven caballero le vino a la mente la imagen de la mujer más bella que jamás había visto: Nalia de Toledo. Apenas la conocía, y además era una mora arisca y altiva, pero sin que él pudiera evitarlo, sus pensamientos habían vuelto una y otra vez a esos bellos ojos violetas que lo miraron con tanta hostilidad, a su sedosa melena morena y a su perfecta figura. Jaime había conocido a bellas mujeres. Ninguna de ellas había logrado robarle ni un pensamiento. Una vez finalizada la corta relación que estableció con algunas de ellas, no volvía a acordarse ni siquiera de cómo eran. Era un hombre de suerte y fortuna, ya que sólo por nacimiento tenía derecho a gozar de muchos privilegios, pero su interés aún no había sido depositado en ninguna dama en particular. Con el tiempo la encontraría; una mujer que fuera digna de su linaje y que le daría el heredero que necesitaban su título y sus tierras.

Cuando volvió a la habitación, envuelto en un lienzo de lino con el que estaba terminando de secarse, su escudero ya le tenía preparada la ropa limpia. Se puso las calzas, una fina camisa blanca una túnica corta verde. Finalmente se ciñó el cinturón de piel con hebilla de oro y colgó de él una espada corta.

Saffah y su familia acostumbraban a comer sobre una mesa baja rodeada de mullidos cojines, según la costumbre árabe. Por deferencia a los jóvenes caballeros, había mandado instalar una mesa castellana con bancos como asiento. Se había propuesto tenerlos contentos y los agasajaba con naturalidad.

— Buenas noches, caballeros. Vengan, siéntense y disfruten de la cena.

Todos miraron la blancura del mantel, costumbre que estaban imponiendo los hispano-musulmanes, deteniéndose especialmente en contemplar las copas de vidrio para el vino y la

esplendidez de los alimentos dispersos sobre la mesa. Todo era perfecto, pensó Jaime, excepto en un detalle.

— ¿Dónde están vuestras hijas?

— ¿Mis hijas? —Momentáneamente azorado, el comerciante titubeó antes de contestar—. Ellas se retiran temprano.

— Hacedlas venir, Saffah. Deseo que, a partir de ahora, vos ellas nos acompañéis en la mesa. —Jaime habló muy serio. Su tono no admitía negativas y el comerciante lo intuyó inmediatamente. Aún así intentó mantener a sus hijas alejadas de los castellanos.

— Nuestras costumbres no permiten que nuestras mujeres se mezclen con extraños. El día que llegasteis fue una excepción. Yo no estaba en casa y Nalia se vio obligada a recibiros; eso no es lo normal.

A pesar de no ser ajeno a las costumbres musulmanas, Jaime no estaba dispuesto a prescindir de lo que sin duda le resultaría muy placentero. Tenía todo el derecho a reclamar lo que quisiera, y no iba a renunciar a él.

— Vuestras reglas son muy respetables; sin embargo, ahora esta casa me pertenece y se impondrán nuevas normas.

— No podéis...

— Sí puedo, Saffah, y he de advertiros que empiezo a cansarme de esta conversación. Por favor, traed a vuestras hijas si no queréis que vaya yo a buscarlas.

Aunque Jaime se mantenía sereno, no admitiría una réplica más.

El comerciante sabía que había perdido esa batalla. El caballero castellano estaba resultando más duro de lo que él había pensado en un principio. El primer día había sido benevolente.

Empezaba a descubrir que no lo sería siempre.

— ¿Ya has cenado, padre? —le preguntó Zelima al verlo entrar en sus aposentos.

El mutismo de Saffah llamó la atención de las dos hermanas.

— ¿Por qué estás tan callado? —volvió a preguntar la joven.

— Los caballeros cristianos han vuelto y desean que nosotros tres cenemos con ellos.

Nalia se negó en rotundo.

— ¡Ni hablar!, no me sentaré a la misma mesa que los enemigos. Bastante me cuesta aguantar que vivan en nuestra casa.

Su enérgica protesta inquietó a Saffah.

— He intentado convencerlos, pero me ha sido imposible. Tenemos que obedecer, Nalia, mal que nos pese.

— ¡No, no, y no! ¿Qué pretende ese hombre: humillarnos hasta el punto de hacernos romper nuestras propias reglas?

Zelima sintió piedad por su padre. Sabía lo penoso que estaba resultando para él todo lo que estaba ocurriendo; sin embargo, no le importaba humillarse con tal de salvar a su familia.

— Por favor, Nalia —dijo Zelima con dulzura dirigiéndose a su hermana—, no disgustes más a nuestro padre oponiéndote a él. Todos sentimos lo mismo que tú y desearíamos que la vida continuase como antes, pero eso terminó —prosiguió con realismo— Ahora estamos sometidos a la voluntad del rey Alfonso, y si queremos conservar la vida y lo que tenemos, debemos jurarle lealtad. Con el trato que le demos a estos caballeros, le estaremos demostrando nuestra fidelidad o rechazo.

A pesar de su rebeldía, Nalia comprendió la sensatez de las palabras de su hermana.

— Estoy de acuerdo con vosotros, y jamás atentaría contra la vida de esos castellanos, pero eso no implica que tenga que ser amable con ellos. Tampoco tengo por qué hacer continuamente lo que a ese arrogante caballero se le antoje —protestó con rabia—. Si bien no pondré a mi familia en evidencia, antes preferiría morir, nunca seré un juguete en manos de soldados.

Su padre se acercó a ella y le acarició el pelo.

— Eso yo tampoco lo permitiría, hija, ni creo que un caballero honorable cayera tan bajo.

Nalia no estaba tan segura; no obstante, no tenía más remedio que obedecer.

Los jóvenes caballeros permanecían de pie cuando Saffah sus hijas entraron en el salón. El traje de vaporosa gasa amarillo ceñido a su escultural cuerpo, provocó una convulsión entre los jóvenes, especialmente en el ánimo de Jaime de Moriel. Desde el pelo recogido y sujeto con una redecilla, hasta el suave velo que le cubría la mitad de la cara, y el ceñidor que se amoldaba suavemente a sus caderas, todo era esplendor en esa mujer. Tampoco se le pasa Jaime por alto la daga con la empuñadura enjoyada que Nalia llevaba colgada del ceñidor. Podía ser un peligro que ella disfrutara de esa libertad, aunque quería confiar en el buen juicio de todos los habitantes de esa casa.

La falta de ostentación en su atuendo, hizo que Nalia apreciarla sencilla elegancia del caballero castellano. La primera vez que lo vio llevaba la vestimenta típica de los oficiales del rey. En esos momentos sus ojos enfurecidos sólo vieron a un grupo de soldados que invadían su casa, sin prestar atención a nada más que no fuera la osadía de esos hombres y su desprecio hacia ellos. Ahora, mientras se acercaba con su padre y su hermana, la joven percibió la alta viril figura del caballero moreno y sus atractivas facciones. Sus ojos, de un verde claro y transparente en esos momentos, estaban clavados en ella. Nalia se sintió hipnotizada durante unos segundos. Reaccionando con prontitud, giró la cara bruscamente.

Una mordaz sonrisa se dibujó en los labios de Jaime, siendo muy consciente del enorme quebranto que supondría para el orgullo de esa hermosa musulmana la aceptación de una realidad que ella se negaba a admitir.

— Buenas noches, señoras —saludó inclinando ligeramente la cabeza—, será un placer para nosotros que a partir de ahora compartáis nuestra mesa.

— Nosotros preservamos con orgullo nuestras tradiciones, señor, y esto que vos proponéis no está recogido en ninguna de las leyes por las que nos regimos.

La sequedad del tono de Nalia y la frialdad de sus ojos indicaron a Jaime y a todos los demás que esa dama lucharía hasta el final.

— No soy quién para juzgar vuestras leyes, pero las circunstancias, vuestras y nuestras, son ahora distintas. Esta ciudad pertenece al rey Alfonso VI por derecho de conquista, y esta casa me pertenece temporalmente a mí, lo que quiere decir que mientras yo viva aquí se aplicarán nuestras leyes y se seguirán las costumbres castellanas —le informó Jaime con contundencia—. En privado, cuando nosotros no estemos, sois libres de practicar vuestras obligaciones religiosas o de otro tipo, pero cuando yo esté aquí, requeriré vuestra presencia.

Sus declaraciones no daban lugar a dudas. Sus deseos habían sido expresados y todos tenían que obedecerlos.

— ¿Podríamos saber a qué se debe ese interés en intimar con nosotros?, ¿o es que queréis vigilarnos más de cerca?

Saffah carraspeó con azoramiento. "Definitivamente, esa hija suya no tenía remedio".

— Nalia, por favor, deja de hacer preguntas y permite que estos caballeros tomen su cena antes de que se enfríe —le rogó su padre lanzándole una significativa mirada.

El reiterado cruce de hostiles miradas entre Jaime y Nalia no se había interrumpido por la intervención de Saffah. Ninguno de lodos cedería, y el bondadoso comerciante temía que fuera su hija la que saliera perdiendo.

— Yo no desearía tener que vigilaros, a menos que vos me obliguéis.

Aunque las palabras de Jaime de Moriel fueron pronunciadas con suavidad, a los oídos de Nalia sonaron como una advertencia.

— Por otra parte —continuó él—, mis hombres y yo estamos cansados de la dureza de la vida en los campamentos y de estar siempre rodeados de soldados y armas. Mezclarnos con otro tipo de personas nos es placentero, especialmente cuando tenemos la suerte de poder disfrutar de la compañía de dos hermosas damas.

Zelima, llevada por su bondad y por su enorme deseo de que terminara la batalla verbal que se estaba librando entre su hermana el caballero castellano, sonrió al joven y le dio las gracias. Nalia le dedicó a su hermana una mirada recriminatoria, lo que hizo que la joven musulmana bajara la cabeza y se dirigiera a su asiento escoltada por uno de los caballeros.

Nalia intentó seguirla, pero Jaime le interceptó el paso y le ofreció su mano para servirle de escolta. Ella no la aceptó y él no se movió.

Empezando a temer lo peor, Saffah le dirigió a su hija una mirada suplicante y Nalia tuvo que ceder. Apoyando su mano sobre la del caballero, ambos se dirigieron hacia el centro de la mesa. Si en algún momento Nalia tuvo esperanzas de eludir al castellano se disiparon instantáneamente cuando él señaló el asiento junto al suyo para que ella se sentara.

Era increíble. No solamente tenía que soportar la invasión de la que habían sido objeto, sino que además tendría que aguantar la compañía y las intimidatorias miradas de ese hombre.

Saffah y Zelima se colocaron al lado de Nalia, al igual que Lope y Alonso, que la miraba entusiasmados, situándose Sancho Álvaro al lado de Jaime.

— ¿Acostumbráis a comer con el velo puesto? —preguntó con curiosidad Alonso a Zelima.

La joven rió.

— No, en casa nunca lo llevamos, a no ser que estemos entre desconocidos, como es este caso.

— Mis hijas... es que... ya han cenado —intervino Saffah vacilante, intentando evitar una nueva fricción—. Ellas no sabían que...

— Lo entendemos, Saffah —le cortó Jaime—, pero a partir de mañana nos acompañarán en todas nuestras comidas, y ninguna mujer de esta casa llevará el velo mientras nosotros estemos aquí. Temporalmente formaremos parte de vuestro hogar y esperamos confianza.

Los hombres comieron con apetito los sabrosos y variados platos que salían de la cocina del comerciante. Ellos pagaban su manutención, según habían acordado con Saffah desde el principio.

Aun así, la estancia en casa del árabe les salía muy barata teniendo en cuenta los lujos de los que disfrutaban.

El calor del verano se hacía notar, y la rutina de los días raramente variaba. Los sirvientes de Saffah se sentían ya más tranquilos respecto a los cristianos, e incluso las jóvenes moras bromeaban y reían con los hombres de Jaime cada vez que coincidían en alguna parte de la casa o cuando les servían la cena.

Zelima también solía hablar distendidamente con ellos, no así Nalia.

Cenaba todas las noches con los caballeros castellanos y acudía al salón cada vez que era requerida, pero nunca aparecía en sus labios la sonrisa que Jaime tanto deseaba ver.

Su vida estaba en el ejército, consistiendo su misión principal en servir al rey. Desde muy joven no había hecho otra cosa, estando siempre satisfecho con la profesión que correspondía a los primogénitos de la nobleza. Cuando su padre muriera, él heredaría sus tierras, y entonces quizás tuviera que dedicarse a cuidarlas abandonar para siempre la vida militar. Ese futuro aún estaba lejano.

Lo que deseaba ahora era vivir el presente, seguir sirviendo a un rey que admiraba, contar con la amistad de sus excelentes compañeros y... disfrutar de la compañía de Nalia de Toledo.

Su ansiedad por verla era cada día más apremiante. Para Jaime era un placer sólo pensar que ella estaba en casa cuando él regresaba. Reconocía con un cierto regusto amargo que Nalia aún no le había brindado su amistad, ni siquiera un poco de afecto, pero por lo menos ya no discutían tanto ni lo trataba con tanto desdén. Jaime procuraba mostrarse amable y caballeroso, como si intentara cortejarla. A veces no se explicaba por qué actuaba así, puesto que era muy consciente de la imposibilidad de una relación seria con una mujer musulmana. Por otra parte, no podía remediar sentirse feliz estando con ella.

El perfume de las flores aromatizaba el bello jardín que refrescaba como un oasis la parte de atrás de la casa. A Nalia le gustaba mucho pasear entre las bonitas plantas mientras pensaba en el dramático cambio que había tenido lugar en su vida.

De un día para otro, Toledo se había convertido en propiedad de los cristianos. Unos caballeros castellanos habían requisado su casa y se habían instalado en ella, y para colmo su padre le había contado la verdad acerca de su nacimiento.

Nalia había sido educada como cristiana, aunque Saffah siempre le había insistido en que no lo divulgara. En su inocencia había creído que su padre intentaba por todos los medios que ella no fuera considerada distinta entre familiares y amigos. Ahora comprendía sus motivos.

"Si los Jaranegra te descubrieran, te matarían. Ten por seguro que jamás renunciarán a sus tierras y a su posición privilegiada al lado del rey" —le había dicho Saffah—. "Sólo bajo mi tutela, como mi hija y pasándote por musulmana, estarás segura".

Una sombra entre los arbustos la asustó. En el momento en que la apuesta figura de Jaime de Moriel apareció ante sus ojos, su corazón se tranquilizó. Ese hombre era un enemigo y nunca le daría confianza. Él y su gente habían invadido la bella tierra en la que se había criado. No obstante, también intuía que el caballero leonés nunca le haría daño.

— Buenas tardes, Nalia. Te he visto venir hacia aquí y he pensado en pasear contigo... si a ti no te importa. —Hacía tiempo que Jaime había decidido dejar las formalidades a un lado.

Nalia se dio cuenta en esos momentos de que realmente no le importaba. La cuestión era si debía. Sabía que Jaime se había fijado en ella, pero a ninguno de ellos les convenía que los relacionaran.

Para Nalia era vital seguir pasando desapercibida, y en la familia de Jaime tomarían como una ofensa que él, un noble castellano, caballero del rey, se relacionara con una mora.

— En realidad voy a estar poco tiempo. He de ir a la cocina para supervisar la cena.

Era una excusa endeble y Jaime la descartó con rapidez.

— Si para que me dediques más tiempo hace falta que se contraten más sirvientes, lo haremos.

— ¿Es una exigencia más? —preguntó la joven con altivez.

— No quisiera que lo fuera. Preferiría que lo desearas voluntariamente.

Su anhelo era real, pero Nalia sabía que sería inútil. Ellos dos no podían relacionarse.

— No me importa que estés aquí, si es a eso a lo que te refieres —Nalia también optó por un tratamiento más informal. Si él se había tomado esa libertad, ella tenía el mismo derecho.

Poniéndose a su lado, ambos anduvieron despacio por los estrechos senderos del jardín.

— Me gusta la paz y la frescura que se respira en los jardines árabes. Estando en ellos da la sensación de que la vida dura y difícil no existe. Son como pequeños oasis en medio de un desierto hostil.

— Procuramos disfrutar en nuestras casas de las mejores cosas que nos ofrece la vida: fuentes, jardines, estancias cómodas, baños... La familia se merece lo mejor, y entre todos procuramos crear un ambiente sosegado y placentero. ¿No hacéis vosotros lo mismo?

— Sí, también queremos y protegemos a nuestras familias, pero nuestra forma de vida es mucho más sobria, y desde luego, no tan refinada. ¿Conoces alguno de nuestros castillos?

Nalia negó con la cabeza. Cuando era muy pequeña habría vivido en alguno de ellos, pero ella no lo recordaba.

— Nunca he salido de Toledo.

Jaime la miró y se quedó pensativo durante unos segundos.

— No sé el tiempo que tendré que estar en Toledo. Cuando pueda volver a casa me gustaría que me acompañaras para que conocieras mis propiedades.

Jaime había hablado sin pensar, pues Saffah jamás permitiría que él se llevara a su hija.

Nalia rió y se inclinó para oler una flor.

— No es nuestra costumbre viajar con extraños.

— Después de dos meses conviviendo en la misma casa comiendo siempre juntos, ¿todavía me consideras un extraño? —preguntó Jaime sin poder evitar sentirse ofendido.

Jaime y sus hombres vivían en la casa, eso era cierto, pero no formaban parte de la familia, no estaban dentro de la categoría de padre, hermano, prometido o marido, lo que significaba que eran extraños. Ni siquiera se les podía calificar de amigos.

— Según nuestras normas, sí.

— No estoy hablando de normas, sino de lo que piensas tú.

La vehemencia de Jaime la asustó.

Sólo con su padre se mostraba directa y espontánea. Las pocas conversaciones que había tenido con otros hombres, todos pretendientes que habían sido descartados, habían tenido lugar bajó la atenta vigilancia de Ahme, y las palabras que se habían empleado habían sido expresadas siempre con mucha más sutileza.

— Eso no importa.

— ¡A mí sí me importa! —exclamó Jaime acercándose más a ella y tomándola suavemente del brazo.

Ahme, el guardián de Nalia y Zelima, apareció como por arte de magia e interrumpió la conversación que ambos jóvenes mantenían. Era obvio que había estado vigilando a Nalia todo el tiempo, y eso enfureció aún más a Jaime.

— Mi ama, las sirvientas te están buscando. Tu baño ya está preparado.

Jaime se giró con rabia y se enfrentó al mestizo.

— El baño puede esperar. Déjanos solos —ordenó sin pestañear.

Cualquiera de sus soldados hubiera temblado ante esa mirada, pero el fiel Ahme no se amedrentó. Sabía muy bien cuál era su misión y la cumpliría, aunque con ello se jugara la vida.

— Mis órdenes son escoltar a mi ama hasta sus aposentos ahora y lo haré —contestó el guardián sin mover ni un músculo de la cara.

La ira de Jaime aumentaba por segundos.

— ¿Te atreves a desafiarme?

Nalia estaba segura de que ninguno de los dos cedería. Antes de que la lealtad de Ahme hacia su padre se volviera contra sí mismo, se interpuso entre los dos hombres.

— Se acerca la hora de la cena; creo que es mejor que vaya cambiarme. Charlaremos en otro momento.

Ahme se apartó para que Nalia pasara, pero Jaime volvió sujetarla del brazo.

— ¿Cuándo podremos vernos a solas... sin guardianes? —preguntó dedicándole al mestizo una mirada cargada de veneno. No la dejaría hasta que no le diera una respuesta.

— Mañana también pasearé por el jardín.

Jaime la observó mientras se alejaba con el criado. En otras circunstancias no la hubiera dejado ir, pero había temido romper el frágil lazo que los había unido durante el breve tiempo que habían estado juntos. Le había costado demasiado tiempo que Nalia le dirigiera la palabra, y ahora tendría que andar con cautela.

Todas las tardes, ambos jóvenes paseaban y charlaban durante un rato, en todo momento bajo la atenta vigilancia de Ahme. Jaime siempre le parecía poco tiempo, pero accedía con la esperanza de que Nalia le fuera haciendo más concesiones. El joven leonés le hablaba sobre sus padres, su hermano, sus hermanas ya casadas, su castillo, y en general sobre la forma de vida que llevaban en Moriel en todo el mundo cristiano.

Nalia le escuchaba con atención. Conocía las costumbres cristianas porque su padre le había hablado sobre ello. Acudía a los ritos religiosos una vez por semana; siempre completamente tapada y con ropas que sólo llevaban las mujeres casadas. Desde que los caballeros castellanos estaban en casa de Saffah, las salidas de Nalia se realizaban con mucha más prudencia. Toledo estaba ahora lleno de cristianos: soldados, caballeros y cortesanos, y lo que Saffah temía era que los Jaranegra anduvieran por ahí y descubrieran el paradero de la verdadera heredera de Ruy de Ara. Toledo había sido un escondite seguro para su hija, como Ruy había supuesto. Ahora las circunstancias habían cambiado, y por primera vez, Saffah intuía un peligro que hasta entonces se había mantenido lejos de sus vidas.

A la hora de la cena, Nalia y Jaime volvían a verse, aunque apenas podían hablar. Las charlas y bromas de sus hombres, que siempre hacían reír a las dos jóvenes, impedían cualquier conversación entre ellos dos. Saffah toleraba con buen humor la naturalidad de los jóvenes, pero en cuanto terminaba la cena, él sus hijas se retiraban enseguida. Saffah accedía a los deseos de Jaime de Moriel el menor tiempo posible.

4

El verano había terminado y el otoño se había iniciado con lluvia, refrescando el ambiente y perfumándolo con el olor añadido de la tierra mojada. Con la misma ilusión de todos los días, Jaime dejó sus armas, se aseó un poco y se dispuso dirigirse hacia el jardín. Si al principio sus hombres bromeaban a su costa y le llamaban el caballero enamorado, ya se había acostumbrado a las citas de su jefe con la bella Nalia. Sólo Sancho, el veterano caballero y antiguo ayo de Jaime, seguía mirando con aprensión esos encuentros.

— ¿Puedo hablar contigo un momento, Jaime?

A Jaime le fastidió tener que demorar su cita con Nalia; no obstante, accedió a que el caballero mayor entrara en su habitación.

— ¿Sucede algo, Sancho?

— Creo que todavía nada, pero antes de que te metas en lío prefiero prevenirte.

El joven lo miró confundido.

— ¿Puedo saber a qué líos te refieres?

— No es aconsejable que sigas tonteando con esa mora —contestó el fiel caballero sin rodeos—. Aunque sé que la belleza de Nalia trastornaría la mente y el corazón de cualquier hombre, debe tener cuidado si no quieres caer en sus redes y enamorarte perdidamente. Si llegas a ese extremo te será muy difícil, si no imposible, prescindir de ella.

Jaime se echó a reír ruidosamente.

— ¡Vaya, Sancho, no te imaginaba como una vieja nodriza aconsejando a su pupila! Por si no lo recuerdas, tengo 26 años, sé muy bien lo que hago y no está en mi ánimo enamorarme por ahora, y menos de una musulmana —puntualizó intentando tranquilizarle—Nalia es muy bella y a mí me agrada su conversación. Digamos que estoy a gusto a su lado: eso es todo.

Jaime parecía convencido de lo que decía, o al menos quería convencerse a sí mismo. En cambio a Sancho lo que le preocupaba era no haberle visto nunca así.

— Nunca has durado tanto rondando a una mujer.

— Porque jamás había conocido a ninguna igual. Nalia es diferente, y yo pienso disfrutar de su compañía todo el tiempo que estemos aquí.

"Los síntomas empiezan a estar claros".

— Mi consejo es que te alejes de ella. Podemos mudarnos de casa...

— ¡No!, no prescindiré de la compañía de una mujer que me agrada mucho. Si me fuera de aquí no volvería a ver a Nalia; Saffah jamás me permitiría el acceso a ella.

— Eso sería lo más acertado. Sabes perfectamente que entre vosotros dos nunca podrá existir una relación seria. —Sancho se acercó a Jaime y le habló condescendiente. Si bien comprendía lo que sentía un corazón joven, su deber era guiarlo por el mejor camino para su futuro—. Piensa en tu familia y en la influencia que tiene en todo el reino de Castilla. Nalia es árabe, una musulmana. Ellos han sido siempre nuestros enemigos y lo seguirán siendo.

Enfadado consigo mismo más que con Sancho, Jaime se giró bruscamente y se dirigió hacia la puerta.

— He escuchado tus palabras y no tienes por qué preocuparte. Sé cuál es mi deber.

Sancho se quedó pensativo. Conocía muy bien a Jaime y sabía que era juicioso e inteligente. El problema residía en que el joven ignoraba la fuerza devastadora del amor.

Jaime caminó deprisa por los pasillos. Deseaba encontrarse con Nalia, aunque las palabras de Sancho aún resonaban en sus oídos. El fiel caballero le había educado y trataba siempre de protegerlo. Aun convencido de que Sancho exageraba, él nunca desestimaba sus prudentes observaciones.

Con una sonrisa distendida en sus labios, Jaime accedió al jardín a través de uno de los arcos cargados de buganvillas. El olor era gratificante. Sus ojos se movieron en derredor buscando a Nalia.

No logró verla. Se adentró más entre las exuberantes plantas, perno dio con ella. La llamó suavemente varias veces; nadie contestó.

Sólo el rumor del agua de las fuentes rompían el silencio del lugar. Ahme apareció de pronto, como siempre hacía.

— Mi ama no puede pasear hoy por el jardín; está ocupada.

Jaime se dio la vuelta y se plantó delante del guardián con el ceño fruncido.

— ¿Ocupada en qué? —preguntó con tono helado.

A pesar del gesto enfadado del caballero, Ahme se mantuvo imperturbable.

— Saffah ha recibido una importante visita y mi ama le acompaña.

— ¿Por qué tiene que estar Nalia presente?

— Por hospitalidad y cortesía. Ella es la hija mayor y le corresponde el papel de señora de esta casa.

Ahme obedecía fielmente las órdenes, especialmente las de Nalia. Gracias a ella se había librado de un destino muy cruel. Al ver que estaba siendo maltratado en el estrado donde era exhibido como esclavo para ser vendido, Nalia se había detenido horrorizada ante la escena y había convencido a su padre para que comprara al "pobre mestizo". Saffah accedió y lo dedicó a la protección de sus hijas. Donde estuvieran Nalia y Zelima, él estaba cerca, y no dudaría en dar su vida por ellas, especialmente por Nalia. Su ama le había indicado lo que tenía que decirle a Jaime, y él obedecía.

— Llévame donde estén Nalia y Saffah; debo hablar con ellos.

El robusto sirviente le interceptó el paso.

— Lo siento. Ahora no puedo interrumpirlos.

Jaime dio un paso atrás mientras sus ojos lo traspasaban con furia.

— Sabes cuál es mi posición aquí, Ahme; por favor no me obligues a detenerte.

Como siempre, Jaime fue directo al grano, y Ahme supo instantáneamente que el caballero no hablaba en vano. Desde que el rey Alfonso había conquistado Toledo, todos sus habitantes estaban en una posición muy precaria, especialmente ellos, con su casa llena de caballeros castellanos que sospechaban de cualquier cosa. Si tomaban esa visita como una reunión clandestina, relacionada con el espionaje o con algún tipo de rebelión, la vida de los habitantes de esa casa no valdría nada.

Ahme cedió, no tenía más remedio. Antes de que pudieran atravesar la arcada que comunicaba con la zona privada de la familia, apareció Zelima. La joven había acudido en ayuda de Ahme y tampoco tuvo éxito con Jaime. Estaba decidido a conocer al visitante y a averiguar por qué era tan importante que Nalia estuviera presente.

En la sala de recepción, Nalia y su padre agasajaban al noble árabe Ismail Bakr con toda la ceremonia que él, por su rango, se merecía. Había conocido al rico comerciante en palacio antes de la conquista, y allí mismo le habían hablado de sus hermosas hijas, especialmente de Nalia. Su empeño y su influencia le abrieron las puertas de la casa de Saffah. Debido a los tiempos turbulentos que corrían, solamente pudo visitarla en una ocasión. Su familia había sido muy influyente en la corte de Al-Qadir y, naturalmente, tuvieron que partir con él.

Ismail no había olvidado a Nalia. Había vuelto para solicitar su mano y llevársela, después de la boda, a sus tierras de Sevilla.

Nalia sólo había hablado con el noble musulmán en otra ocasión y le había parecido culto y ameno. Ataviado con sus mejores galas, reconocía que era un hombre atractivo. Para cualquier mujer musulmana, ese era un buen partido. Saffah prefería un marido cristiano para Nalia, pues así lo hubiera deseado su padre, pero teniendo en cuenta que los Jaranegra estaban en Toledo, tenía miedo de que la descubrieran. Su vida era lo primero. Un marido árabe, rico y noble, sería un seguro de protección para ella. En último extremo, Saffah consideraba que con Ismail Bakr, Nalia estaría siempre protegida y llevaría la vida de lujos a la que estaba acostumbrada.

— Sólo tendrías que convertirte al Islam, y eso ya sabes que esta la orden del día —le había comentado su padre.

Nalia tenía edad de sobra para casarse, pero no quería hacerlo. Por alguna razón, había ido demorando esa decisión, y en esos momentos le apetecía menos que nunca.

La irrupción de Jaime, Zelima y Ahme en la sala, interrumpió lo que Ismail estaba diciendo.

Al ver sentado al árabe al lado de Nalia, mirándola con arrobamiento, hizo que la sangre de Jaime se revolviera en su interior. Sus instintos despertaron ante el peligro, como solía ocurrirle en las batallas, causándole un desasosiego que le provocó funestas sospechas.

Saffah se levantó de inmediato y se acercó a Jaime. El joven no lo miró; sus ojos estaban fijos en Nalia y en el fino cojín sobre el que reposaba una pulsera de piedras preciosas. No hacían falta explicaciones para comprender lo que ese hombre hacía allí.

— Saffah, ¿podríais explicarme por que razón no he sido informado acerca de esta visita?

Su tono fue tan cortante como el filo de una espada, y todos temieron que sospechara una traición. Nada más lejos de la realidad, pero nadie, ni siquiera Nalia, podían imaginar el motivo real de su furia.

— Nuestro invitado, el noble Ismail Bakr —explicó Saffah señalando al hispanomusulmán— ha venido a visitar a Nalia. Perdonadme, pero no creí necesario informaros sobre este asunto privado.

Ismail saludó a Jaime con una inclinación de cabeza y lo mismo hizo el castellano cuando Saffah los presentó formalmente. A pesar del gesto, ninguno de los dos hombres pudo disimular su mutuo antagonismo.

— Todos los asuntos de esta casa me conciernen, y no permitiré que se haga ningún tipo de trato a mis espaldas. Mi deber es velar por la seguridad de este reino, previniendo las rebeliones y la traición.

La arrogancia de Jaime, su celo por proteger a su rey conservar todo lo que habían conquistado, enfureció a Nalia. ¡Cómo se atrevía a romper así las reglas de la hospitalidad! Ismail Bakr había procedido honorablemente, con la única intención de solicitar una novia, y de pronto, en su casa, donde las visitas habían sido siempre solícitamente agasajadas, se le señalaba como sospechoso de traición sin ningún motivo.

El violeta de sus ojos se oscureció de ira, reprochándole con la mirada su actitud.

— Puede tranquilizarse, caballero de Moriel; mi visita a esta casa nada tiene que ver con la guerra —el hispanomusulmán habló con calma mientras alargaba su mano y ayudaba a Nalia a levantarse—Mis motivos son de otra índole; no obstante, la dama y yo ya hemos hablado y me disponía a despedirme.

Los ojos de Jaime atravesaron como cuchillos la mano que sostenía la de Nalia. La violencia acudió a su mente; sin embargo, tuvo que reprimirla para no ponerse en evidencia.

— Volveré, Nalia —dijo Ismail Bakr—, y espero que para entonces podamos sellar definitivamente el trato que yo tanto deseo.

La joven asintió sonriente, aunque no dio ningún tipo de respuesta.

Cuando el visitante salió por fin acompañado de Saffah, Jaime estaba a punto de estallar. En la sala se encontraban también Zelima y Ahme; él sólo miraba a Nalia.

— ¿Podríais dejarnos solos, por favor?

Zelima y Ahme supieron instantáneamente que esa petición era una orden. Ama y guardián se miraron y se dispusieron abandonar la estancia. Antes de que pudieran llegar a la puerta la voz de Nalia los detuvo.

— No hay razón para que se vayan; tú y yo no tenemos nada de qué hablar.

Jaime la detuvo sin miramientos cuando ella intentó pasar a su lado para unirse a Zelima y a Ahme. Con un tirón la acercó a él y le habló al oído.

— ¿Te has vestido tan lujosamente para recibir a tu pretendiente o para mí?

— Me he vestido para recibir una visita, eso es todo.

— Muy bien. ¿Le dices a tu hermana y a tu guardián que se vayan o tengo que llamar a mis hombres para que se los lleven?

Jaime continuaba hablándole en voz baja al oído, pero Nalia sabía que no estaba de broma.

— Zelima, podéis retiraros. Yo permaneceré aquí un rato.

Reflejando una cierta aprensión en su rostro, la bondadosa Zelima miró a su fiel guardián y salieron de la habitación. Sólo entonces, Nalia tiró bruscamente del brazo y se apartó con genio de Jaime.

— Creo recordar que en una ocasión nos dijiste que podíamos conservar nuestras costumbres en privado, cuando vosotros no estuvierais aquí. ¿Por qué, entonces, esta reacción tuya?

— No dije nada acerca de daros permiso para que entrara gente extraña en esta casa.

— Ismail Bakr es un amigo; ya ha estado aquí en otra ocasión, mi padre confía en él.

— Pero yo no. No me puedo permitir ese lujo, y te aseguro que nadie volverá a entrar aquí sin mi permiso —exclamó con voz severa.

Irritada y con las mejillas encendidas, Nalia se encaró con él. Estaba harta de sus órdenes y no admitiría una intromisión más.

— No consentiré que te metas en nuestras vidas. Para nosotros es muy importante la hospitalidad, y tú, con tu salvaje comportamiento, has quebrantado lo que consideramos sagrado. Prácticamente has echado a ese hombre de aquí, manchando con tu despótica actitud nuestro honor.

Nalia retrocedió unos pasos cuando Jaime intentó acercarse ella.

— Siento que te lo tomes así, pero es mi responsabilidad velar por los intereses de nuestro reino, y para ello es necesario tomar una serie de medidas, aunque estas vayan en contra de costumbres convicciones. Cuando Toledo esté realmente pacificado y todos hayan jurado fidelidad al rey, entonces se volverán a respetar vuestras costumbres. Mientras tanto, tendréis que obedecernos, esta casa no será la excepción.

Nalia levantó la barbilla con orgullo.

— Entonces, hasta que ese momento llegue, me recluiré en mis aposentos y no volveré a salir. De ninguna manera desearía quebrantar ninguna ley que nos llevara a todos a la desgracia.

Un reflejo de furor brilló en el verde tormentoso de los ojos del joven caballero castellano. No estaba acostumbrado a ser desafiado, y menos por una mujer. Jamás ninguna había osado oponerse a él tan abiertamente, y le fastidiaba que fuera precisamente Nalia la que no le hiciera ni una concesión.

— Me provocas demasiado, Nalia. Debo advertirte que si lo haces en exceso, sufrirás las consecuencias.

Jaime suavizó su tono, pero su determinación era la misma.

Ambos parecían estar midiendo sus fuerzas. Era un hecho que Jaime de Moriel tenía todas las de ganar, sin embargo Nalia pensó que también podía fastidiar un poco al noble caballero. Lentamente, se acercó a la mesa donde aún permanecía el pequeño cojín con la pulsera sobre él. La cogió con delicadeza, la acarició con suavidad se la puso; antes de que pudiera abrocharla, Jaime se lo impidió.

— El caballero Ismail Bakr ha de estar muy interesado en ti cuando te ofrece un regalo tan valioso...

Jaime contempló con detenimiento el brillante trabajo de los orfebres árabes, famosos por sus obras de artesanía. Incrustadas en el oro, las piedras preciosas, de distintos tamaños y colores, deslumbraban. Era evidente que el personaje debía ser muy rico si podía ofrecer esa joya a una mujer.

Nalia permaneció callada.

— ¿Hasta dónde llega su interés?

— No creo que eso te importe —contestó la joven con altanería.

Jaime dejó la pulsera sobre la mesa y atrajo a Nalia hacia sí.

— Me importe o no, la respuesta que le darás a ese hombre será negativa, porque mientras que yo esté aquí permanecerás a mi lado.

Jaime había expresado sus deseos sin rodeos, lo que hizo que Nalia abriera desmesuradamente los ojos por la sorpresa.

— ¿Es que acaso mi matrimonio es una cuestión de Estado que quizás atenta contra la seguridad del Reino? —preguntó con sarcasmo tratando de zafarse de los brazos del joven.

— Simplemente, me afectaría a mí.

Aunque su sonrisa maliciosa y provocativa debería haberla alertado, la honda irritación que sentía le impidió intuir el siguiente paso del joven castellano. Fue demasiado tarde cuando Nalia captó la intención de Jaime; al segundo siguiente, él la estaba besando en los labios. Nalia se revolvió entre sus brazos, furiosa por su atrevimiento, pero ni siquiera el profundo enojo que sentía pudo evitar que los besos de Jaime provocaran en ella una ola de calor arrasadora. Esa dolorosa constatación de sometimiento involuntario, fue lo que más la frustró, rebelándose fieramente contra su propia debilidad.

— ¡Cómo te atreves! —chilló roja de ira cuando logró apartarse de él—. ¡No eres un caballero, sino un vulgar soldado que no reparen atacar a las mujeres que se cruzan en su camino, un canalla...!

— Te equivocas, Nalia —la interrumpió él mientras contemplaba ensimismado sus mejillas arreboladas y sus labios rojos—, sólo soy un hombre deslumbrado por tu belleza. Me he dejado llevar por mis impulsos, es cierto, pero tarde o temprano esto tenía que suceder. Te deseo, Nalia, y me gustaría besarte continuamente y tenerte a cada momento a mi lado.

Nalia lo miró alarmada, intuyendo lo peor.

— ¡Calla, no sigas hablando, no quiero escuchar nada más! Esto no tiene sentido, no puede ser. Por favor, vete. Será mejor que no volvamos a vernos.

Al oír sus palabras, a Jaime le costó controlar su temperamento y habló con voz autoritaria.

— ¡Te prohíbo que hables así! Nada cambiará entre nosotros. No puedo prometerte nada, pero lo que sí te aseguro es que digas tú lo que digas o hagas lo que hagas, no prescindiré de ti —declaró con una certeza avasalladora—. Te aconsejo que no intentes evitarme porque te molestarías en vano.

La rabia la consumía, y aunque sabía que Jaime de Moriel era un enemigo implacable, ella no se rendiría sin luchar.

— Egoísta y arrogante, así es como eres, pero debo advertirte que yo tampoco soy dócil ante lo que considero injusto, ni me dejo amedrentar ante las amenazas —le espetó clavándole una mirada fulminante—. Desgraciadamente, vosotros sois los vencedores y sois por tanto los que dais las órdenes, pero no esperéis siempre obediencia como respuesta.

La rebeldía de Nalia estaba acabando con su paciencia. Nunca nadie se había atrevido a tanto, y esa mora...

La entrada de Saffah en la sala evitó una nueva disputa. El afable comerciante sólo tuvo que mirar a su hija y al caballero para darse cuenta de que ambos jóvenes no estaban en esos momentos en los mejores términos. Se imaginó cuál había sido el motivo que los había enfrentado, pero decidió ignorar la escena. Saffah quería paz en su casa, y mientras esos caballeros estuvieran allí, sólo con astucia y diplomacia lo conseguiría.

Durante la cena, la tensión entre Jaime y Nalia se dejaba sentir en el ambiente. Jaime seguía enfurruñado, y Nalia apenas hablaba. Con sus comentarios y sus bromas, los caballeros intentaron alegrar a la pareja, pero no lo consiguieron. Resentidos el uno con el otro, ninguno de los dos dejaba de recordar lo que ambos se habían dicho.

Nalia apenas comió y se levantó antes de lo habitual, con la banal excusa de no encontrarse bien. Acompañada de Saffah y de Zelima se retiró sin dirigirle a Jaime la palabra y ni siquiera una mirada. Demasiado perturbado por la testarudez de Nalia, Jaime no tardó en dejar a sus hombres y retirarse a sus aposentos.

Al día siguiente, mientras atravesaban las calles de Toledo para dirigirse al Alcázar, los jóvenes caballeros comenzaron a tirarle puyas a Jaime acerca de la escena de la noche anterior.

— ¿No os dio la impresión anoche de que el noble y guapo caballero, Jaime de Moriel, no parecía ser muy del agrado de la hermosa Nalia? —preguntó Lope guiñándole el ojo a sus compañeros.

Erguido sobre su caballo, Jaime no se dio por aludido. Conocía a sus hombres y sabía que las bromas acababan sólo de empezar.

— Tiene a todas las mujeres de Castilla suspirando por él, y sin embargo una musulmana, la más bella que pueda existir, eso es cierto, le da calabazas. ¡Qué pena...!

Todos estallaron en carcajadas menos Jaime, que seguía cabalgando sin inmutarse, aparentemente, aunque sufriendo cada palabra que decían porque él sabía que eran verdad.

— Y eso que dicen que las mujeres de estas tierras son muy dóciles, siempre sometidas a los varones de la familia —comentó Alonso con una cierta inocencia.

— No creas todo lo que te cuentan, muchacho, y menos, referente a las mujeres —le contestó el veterano Sancho.

— Claro que Zelima es distinta...

Los otros miraron al joven Alonso y movieron la cabeza con desaprobación.

— Sólo en una casa ya han caído dos; como sigamos así, no vamos a librarnos ninguno de las garras de estas mozas —sentenció Álvaro con cinismo mientras miraba de reojo a Jaime, que continuaba callado con los ojos al frente—. Me gustan las mujeres peleonas, y hay que reconocer que esa preciosa mora tiene dos... —ante la mirada asesina que Jaime le dirigió, Álvaro carraspeó a modo de disculpa—tiene mucho valor, quiero decir.

— Que se lo digan a nuestro amigo de Moriel —añadió Sancho, incisivo—, que sin haberlo buscado se ha encontrado con la horma de su zapato.

Las carcajadas volvieron a retumbar en la silenciosa mañana nubosa del otoño toledano.

Harto de cháchara y de ser el blanco de las burlas de sus hombres, Jaime detuvo su caballo y se dio la vuelta, enfrentándose ellos.

— Si alguien se atreve a seguir con esta broma, lo atravesaré con mi espada. ¡No os importa mi vida privada!, así que callaos de una vez y apresuraos a cumplir con vuestro deber.

Todos asintieron sin rechistar. La paciencia de Jaime se había agotado. En un instante se olvidaron de las bromas y obedecieron.

Ese día, los caballeros de su ejército fueron convocados por el rey para comunicarles la fecha en la que tendría lugar su coronación como Emperador de España. Alfonso había considerado siempre de suma importancia dominar la capital de toda España, añorando la tradición goda. Sabía que con esta conquista, su poder había aumentado hasta tal punto que ninguno de los reyes cristianos de la península se atrevería a desafiarlo.

Con la adquisición del Reino de Toledo, su poder estaba consolidado.

Después de esta convocatoria por parte del rey, los caballeros se dispersaron para cumplir sus tareas.

El entrenamiento con los soldados y las patrullas por los bosques y aldeas impidieron que el grupo de Jaime pudiera volver Toledo en tres días. En ese tiempo, Nalia pudo reflexionar sobre su situación, llegando a la conclusión de que la posición de su familia, especialmente la suya, estaban a merced de los caprichos de Jaime de Moriel.

El último altercado entre ellos se lo había demostrado, lo que llevaba a la joven toledana a preguntarse qué era lo que querría ese hombre de ella.

Ambos habían pasado del antagonismo inicial a una serena amistad. Nalia había disfrutado con los paseos por el jardín mientras escuchaba a Jaime hablarle de su familia y de sus proyectos. Habían bromeado, reído y contrastado diferentes opiniones sobre las dos culturas a las que pertenecía cada uno de ellos. Durante un tiempo había reinado la armonía entre ellos. Desgraciadamente, esa afable relación se había deshecho en el momento en que Jaime demostró su falta de confianza en ella, sospechando una presunta traición. Su único delito había consistido en recibir a un pretendiente musulmán.

Jaime no lo había permitido, lo que quería decir que ese hombre jamás le daría libertad para hacer ningún movimiento que él no aprobara antes.

5

Durante los tres días que habían estado ausente los caballeros castellanos, Nalia había recobrado la paz de espíritu que necesitaba. Jaime de Moriel había irrumpido en su vida como un huracán lleno de peligro, perturbando la serena placentera existencia que ella siempre había llevado. Si bien en un principio, y a pesar de la antipatía que sentía por los castellanos, pudo dominar la situación y aceptar con una cierta tolerancia a los cristianos, el último y turbulento encuentro con Jaime le había demostrado que la convivencia entre ellos era imposible. Durante tres meses la tranquilidad había reinado en la casa de Saffah, debido principalmente a que la familia musulmana se había atenido estrictamente a las órdenes impuestas por Jaime de Moriel. En cuanto Saffah y su hija intentaron reiniciar una vida normal de acuerdo con sus costumbres, el caballero castellano se había opuesto, quebrando la armonía que se había ido imponiendo en la casa.

— ¿Qué vas a hacer, Nalia? —le preguntó Zelima temerosa—. Los caballeros han anunciado que vuelven hoy.

La joven continuó indiferente con su bordado.

— Nada en absoluto. Ya he tenido bastante paciencia. A partir de ahora no volveré a ver a ese hombre.

La hermana más joven tembló de aprensión.

— Sabes a lo que te expones, Nalia. No lo consentirá.

— Tendrá que resignarse, porque yo no pienso ceder. No voy atentar contra ellos. Lo único que deseo es que me deje en paz.

— Pero pones en peligro...

Nalia levantó los ojos de su labor y negó con la cabeza.

— Durante este tiempo he podido conocer algo a Jaime de Moriel, y sé que no es hombre de castigar a los que no se lo merecen. En el caso de que no permita mi postura y decida imponer sus deseos, me castigará a mí. Soy consciente de que seré yo la que sufra las consecuencias de mis propias decisiones.

Zelima estaba perpleja de la serenidad con la que su hermana se expresaba. Cualquier otra mujer se derrumbaría ante el hecho de verse amenazada por un enemigo tan formidable como el caballero castellano. Nalia, sin embargo, pretendía desafiarlo abiertamente aceptar el castigo que sin duda él le impondría.

Ahme, que entraba en esos momentos, atisbó a oír parte de la conversación e intervino inmediatamente.

— No toleraré que ese hombre te haga daño.

Nalia miró preocupada el fulgor beligerante que apareció en los ojos del guardián.

— Sabes cuánto te quiero, Ahme. Eres bueno y leal, un segundo padre para nosotras, pero en esta ocasión debes obedecerme—afirmo con tono autoritario—Te prohíbo terminantemente que intervengas en cualquier conversación o disputa que tengamos Jaime de Moriel y yo. Él es un caballero y puede ser que sus amenazas hacia mí tengan un límite. En cambio, si tú intervinieras, tu ataque lo consideraría como un agravio o algo peor, y entonces estarías perdido. Eso jamás me lo perdonaría. Por favor, prométeme que no intervendrás, te lo suplico.

Los músculos del fiel mestizo se tensaron de ira. Su deber era obedecer, pero su obligación tenía como objetivo prioritario proteger a Nalia y a Zelima. Su ama tenía razón en lo que decía. La cuestión era que a él no le importaba morir si lo hacía defendiéndola.

Nalia captó rápidamente su vacilación y supo lo que estaba pensando.

— No lo hago sólo por ti, Ahme. Si te interpones, también lo hará mi padre y otros de esta casa, pudiendo resultar una tragedia de la que sólo yo soy responsable.

— Tú no tienes culpa de lo que está ocurriendo —la defendió Ahme.

— Cierto, pero sé lo que desea Jaime de Moriel: humillarme, someterme, y yo lucharé contra eso con todas mis fuerzas.

— Confío en la honorabilidad de ese caballero, Nalia —intervino Zelima con ingenuidad—. No creo que te haga daño.

— Hasta cierto punto yo también confío, pero su orgullo no admitirá mi desafío. Sé a lo que me enfrento, hermana, y sé también que sabré defenderme del dragón —afirmó con un tono más relajado, intentando que ellos no siguieran preocupados—. Prométeme lo que te he pedido, Ahme, por favor.

El fuerte mestizo no tuvo más remedio que ceder. Estaba acorralado y confiaba en la sabiduría de su ama.

A pesar del intenso ejercicio que habían tenido que realizar los caballeros, Jaime no había dejado de pensar en Nalia. Su último encuentro había sido un desastre, aun habiendo saboreado por primera vez la dulce miel de sus labios.

¿Le habría perdonado Nalia? Por alguna razón que él no acertaba a comprender, no se encontraba a gusto estando enfadado con ella. Deseaba la reconciliación, e incluso estaba dispuesto a ser más paciente. Añoraba sus charlas y sus paseos en armonía. No quería renunciar a la felicidad que esos encuentros le habían proporcionado.

La respuesta a sus dudas la tuvo nada más llegar al jardín, cuando Ahme le comunicó que Nalia no pasearía esa tarde.

— ¿Por qué razón?

— Se siente indispuesta.

Durante unos segundos, Jaime lo miró fijamente. Para sorpresa del mestizo, no dijo nada. Simplemente se dio la vuelta volvió a entrar en la casa.

En cuanto Nalia se enteró por Ahme de la reacción del castellano, se temió lo peor. Sus sospechas no fueron expuestas en voz alta para no asustar al guardián ni a Zelima, pero teniendo en cuenta la personalidad de ese hombre, Nalia no se creía que hubiera cedido tan dócilmente. ¡Ojalá su actitud hacia ella hubiera cambiado! De ser así, quizás se solucionaran los problemas en su casa.

A la hora de la cena, Saffah pidió disculpas por la ausencia de Nalia. Según explicó, la joven sufría una leve dolencia que esperaba se le pasase en pocos días. El comerciante se mostró tan atento como siempre, intentando en todo momento alegrar el semblante, más bien taciturno, de Jaime de Moriel.

A pesar de que el joven no acababa de creer las explicaciones de Saffah respecto a Nalia, había decidido darle un margen de confianza. Teniendo en cuenta el altercado que había tenido lugar entre Nalia y él durante su último encuentro, no le extrañaba que ella se negara a verlo. Tampoco estaba en su ánimo tolerar ningún empecinamiento por su parte; esa mora tendría que aprender que la paciencia no era una de sus virtudes más desarrolladas.

Para su desgracia, la echaba de menos. Jaime insistió en bajar al jardín los días siguientes, pero Nalia no acudió. Su impaciencia estaba dando paso a la ira, la cual aumentó cuando se tropezó con Lope en el pasillo y éste le dio noticias que le hicieron hervir de rabia.

— ¡Cómo dices!—preguntó Jaime colérico.

— Según mi morita... ya sabes, esa preciosidad con la que me veo de vez en cuando y que es una de las doncellas personales de Nalia, el equipaje está casi preparado, y...

Lope no pudo terminar su explicación, pues antes de que tuviera oportunidad de hacerlo, vio a Jaime precipitarse por el pasillo y dirigirse a toda velocidad hacia el patio. No le había gustado nada la expresión letal que había aparecido en sus ojos nada más empezar a escucharle. Si su instinto no le fallaba, la bella Nalia estaba a punto de enfrentarse a un verdadero demonio.

Atravesando el patio como una tromba, Jaime se encaminó directamente hacia las habitaciones de Nalia. Sabía dónde estaban porque ella y su padre le habían enseñado la casa el primer día. No había vuelto a entrar en esa parte, pero en esos momentos, nada ni nadie se lo impedirían.

La ausencia de Ahme ante la puerta de Nalia le ahorraba una pelea**.** Abriéndola con brusquedad, miró hacia todos lados buscando a Nalia. En la habitación sólo se encontraba una sirvienta colocando unas prendas femeninas sobre la cama. Espacioso y alegre, el cuarto

estaba lujosamente adornado. Saffah mimaba mucho a sus hijas, quizás demasiado; ya se encargaría él de bajarle los humos a la hermosa Nalia de Toledo.

La sirvienta lo miró con perplejidad, encogiéndose instintivamente al reconocer al caballero castellano y observar su sombrío semblante. De pie al lado de la cama, sin atreverse moverse o a decir algo, la joven dirigió sus ojos hacia unas ricas cortinas que separaban la estancia de otra habitación.

— ¿Dónde está tu ama?

La sirvienta tembló ante el tono agresivo del cristiano.

— Está... allí, señor..., pero mi ama está ahora bañándose y...

Jaime se precipitó hacia las cortinas y las descorrió sin miramiento. El pequeño cuarto, utilizado solamente para el aseo, estaba caldeado, debido al débil vaho que despedía el agua caliente al calor que irradiaba un gran brasero dorado colocado en el centro de la habitación. Sumergida en el agua, los blancos hombros y el bello cuello de Nalia sobresalían majestuosos de la bañera. Jaime deslizó su mirada sobre tan hermosa visión, admirando la suave espalda y el brillante pelo negro recogido en lo alto de la cabeza.

Semejante espectáculo hubiera quitado el aliento a cualquier hombre, en especial a él. Para desgracia de Nalia, el caballero de Moriel no estaba de humor para contemplaciones.

Relajada, Nalia cerró los ojos y dejó libre su imaginación. El orden parecía haberse restablecido en su casa. Bien era cierto que los castellanos continuaban allí, sin embargo ella se las había ingeniado para mantenerse completamente apartada de ellos, especialmente de Jaime de Moriel, el más peligroso de todos. Al día siguiente, ella y Zelima, acompañadas de Ahme y de varios sirvientes más, se irían al campo. Ya que en verano no habían podido ir, pasarían allí el otoño. Nalia estaba segura de que cuando volvieran, los caballeros ya se habrían ido y se podría restablecer la normalidad en su casa. Hasta que ese momento llegara, era mejor alejarse.

Con sigilo, Jaime se acercó a la bañera y se plantó, en toda su estatura, delante de Nalia. Ella oyó el débil movimiento de unos pasos que se acercaban y abrió los ojos. Al verlo, el corazón se le contrajo, paralizado por el miedo. No podía creerlo. Nalia sintió una tenebrosa aprensión al contemplar su expresión feroz. Aturdida, no sabía qué hacer. La única defensa que se le ocurrió fue atacarlo.

— ¿Cómo te has atrevido a entrar aquí? ¡Vete inmediatamente! —chilló furiosa mientras se sumergía un poco más en el agua, tratando de esconder su cuerpo desnudo a esos ojos ávidos.

Su táctica no sirvió. Jaime ni pestañeó.

Temiéndose lo peor, Nalia alargó la mano e intentó coger la toalla que su sirvienta había dejado sobre un taburete, al lado de la bañera. Su intención era salir corriendo. Jaime se le adelantó y ella tuvo que sumergirse de nuevo.

— ¡Eres un salvaje, un bárbaro sin escrúpulos, sin la menor caballerosidad para tratar a una dama! ¡No te he dado permiso para entrar aquí ni nunca te lo daré! ¡Te ordeno que te vayas. No quiero volver a verte! —exclamó con una arrogancia que terminó de exasperar al caballero.

Con parsimonia, Jaime desplegó la toalla y la mantuvo abierta.

— Sal del agua; yo te ayudaré a secarte.

Nalia hizo un gesto de desdén.

— Debes estar soñando. ¡No saldré de aquí hasta que te marches!

— He de reconocer que eres como un sueño, pero no olvides que en estos momentos yo soy muy real, y mis exigencias también.

Se aproximó un poco más a la bañera, instándola para que lo obedeciera. Nalia ni siquiera lo miró. Su obstinación terminó de decidir al joven leonés.

— O sales voluntariamente o te saco yo.

El verde oscuro de sus ojos reflejaba su determinación, lo que obligó a la joven a intentarlo una vez más.

— Muy bien, pero antes, date la vuelta.

— No esperes lo que ya te aseguro que no haré.

Nalia expresó su irritación golpeando el agua con el puño, sabiendo que su alarde de genio sería inútil en esos momentos.

— ¿Podrías al menos cerrar los ojos, por favor?

Jaime sonrió con socarronería.

— ¿Y perderme el mejor espectáculo que jamás he tenido ocasión de contemplar? No, gracias.

Con desaliento, Nalia supo que no tenía alternativa.

Avergonzada y furiosa se incorporó, ante los ojos escrutadores de Jaime, que no disimulaban su admiración por el sublime esplendor que se exponía ante su vista. Intentando taparse con las manos,

Nalia trató de arrebatarle la toalla sin conseguirlo. Jaime la envolvió delicadamente, sin dejar de examinar cada uno de los rincones de su cuerpo. Estaban abrazados, y durante unos segundos ambos se miraron fijamente, ahondando reflexivamente en sus propias emociones. Jaime estaba hipnotizado; había deseado tanto tener Nalia de esa forma... La joven también se sentía subyugada por el calor que él le transmitía, notando de una forma apremiante la atracción que ese hombre estaba ejerciendo sobre ella en esos momentos.

"¡Pero esto es absurdo, es irreal!", se dijo Nalia, enfadada consigo misma. Y sin pensárselo dos veces se revolvió con brusquedad, intentando zafarse de su abrazo.

— ¡Suéltame, Jaime, por favor! ¡No puedes estar aquí!

El joven la estrechó más contra él, lo que hizo que ambos temblaran bajo el íntimo contacto.

— Bésame, Nalia.

Fue más una petición que una orden; sus ojos ardientes se lo indicaron, pero Nalia sabía que si le obedecía, estaría perdida. Desgraciadamente, acababa de descubrir que ella también lo deseaba.

— No, no lo haré, nunca lo haré.

Jaime levantó una ceja con insolencia y, sin previo aviso, comenzó a desembarazarse de la fina tela que los separaba.

En cuanto Nalia adivinó sus intenciones, cedió. Sabía muy bien que sus esfuerzos por apartarse del fuerte caballero serían inútiles. Para impedirle la maniobra, Nalia se aferró más a él, acercando sus labios a los suyos, lo besó delicadamente.

— Valoro tu esfuerzo, amor, pero prefiero un beso más intenso, con mucha más pasión. Sé que podrías ofrecérmelo si quisieras, y yo no me conformaré con menos de eso.

Ahora fue la joven toledana la que esbozó una sonrisa malévola, intentando vengarse de todo lo que ese hombre le estaba haciendo.

— Claro que puedo, caballero de Moriel. Soy hispano-musulmana, y desde jovencitas nos enseñan cómo complacer a un marido en todos los aspectos. Es obvio que tú nunca serás ese marido, lo que quiere decir que todo lo que yo he aprendido, jamás lo practicaré contigo.

Aun siendo consciente de que su temeridad estaba sobrepasando el límite, Nalia no había podido resistirse a la tentación de irritarlo aún más.

El placer le duró poco tiempo. Al contemplar la mezcla de resentimiento y deseo que expresaba su mirada, Nalia supo que había ido demasiado lejos.

Cogiéndola en sus brazos con un rápido movimiento, Jaime se dirigió con ella al dormitorio sin molestarse siquiera en contestar.

— ¿Qué estás haciendo? —preguntó Nalia con temor.

— Voy a demostrarte que sí puedes practicar conmigo.

Se acercaban cada vez más a la cama, y Nalia se veía completamente incapacitada para detenerlo.

— Está bien; te besaré como tú deseas. Lo haré con pasión, te lo juro. Por favor, detente aquí.

— Te he dado una oportunidad, Nalia. Ahora exijo más.

Aferrándola fuertemente por la cintura, él la miraba con rencor.

— No me exijas más de lo que puedo darte, te lo suplico. Perdóname si te he ofendido, yo... piensa en mi situación...

Con un movimiento rápido, él la apoyó contra los ricos cortinajes de la pared.

— ¿Por qué no has querido verme durante estos días?, ¿por qué has mentido diciendo que estabas enferma?

— Estaba enfadada por la osadía que demostraste la última vez que nos vimos. Pensé que lo mejor sería mantenerme alejada de ti.

— ¡Yo soy el que manda aquí, y solamente yo decido lo que tienes que hacer! —su mirada flamígera expresaba claramente la ira que sentía—. Si alguna vez vuelves a mentirme o a decidir por tu cuenta, no tendré piedad. Por tu bien, espero que no lo olvides.

Por el momento lo tendría muy en cuenta, hasta que llegara su oportunidad...

Nalia asintió sumisa y lo miró con calidez, despertando en él, después de la tormenta, sus más tiernos sentimientos. La dulce mirada malva de Nalia le acariciaba lentamente, haciendo que cambiara de una forma radical el feroz semblante del joven castellano.

— Me atraes, Jaime —le susurró mientras depositaba tiernos besos en su rostro—, pero, por favor, ten paciencia conmigo.

Cuando sus labios se unieron a los de él y le demostraron el anhelo que encerraba su corazón, el fiero caballero ya no pudo contenerse más y la correspondió con el mismo ardor, haciendo que entre los dos se prendiera un fuego que muy difícilmente volvería apagarse.

Aún acalorada y con el corazón acelerado, Nalia aceptó dubitativa la elocuente mirada de Jaime. Estaba atónita por lo que había sucedido, pues si bien en un principio se vio obligada besarlo, posteriormente lo había hecho con placer y entrega, respondiendo a su efusividad en la misma medida que él.

— ¿Es verdad que te atraigo o lo que has dicho ha sido simplemente buscando un recurso para librarte de un castigo más severo?

El caballero moreno quería creerla; todo su ser lo demandaba, pero aún no se fiaba de la joven musulmana. Ella sí le atraía mucho, quizás demasiado, según el criterio de Sancho. Esta ansiedad todavía no había llegado a preocuparle: era un experto en mantener su corazón a salvo. Nalia era una mujer preciosa y él disfrutaba con su compañía. Estaba seguro de que en cuanto volviera a su castillo y se alejara de ella, se olvidaría por completo de la hermosa mora.

— Cuando no estás enfadado estoy a gusto contigo. Supongo que a eso se le puede llamar atracción.

Le hubiera gustado una respuesta más entusiasta, pero por el momento, se conformaría con eso.

— Tú eres quien me enfurece. Todos en esta casa han asumido su situación y me obedecen... excepto tú. No lo permitiré, Nalia; apréndelo de una vez.

Nalia asintió sumisa, aunque sus ojos expresaban rebeldía. No podía arriesgarse a provocar de nuevo la ira del caballero cristiano. Aún la sujetaba con fuerza, y ninguno de los dos olvidaba que Nalia estaba casi desnuda en sus brazos.

Sin voluntad para apartarse de ella, el caballero la acarició lentamente, provocando un suspiro de los atrayentes labios de Nalia. Esta reacción le desequilibró, volviéndolo vulnerable en los brazos de Nalia. Jamás le habían dado tanto placer unas simples caricias. Nalia le deseaba, y sus besos, profundos y entusiastas, respondían certeramente a sus exigentes demandas.

— Ahora debo vestirme o llegaremos tarde a la cena —susurró con agitación, horrorizada ante su conducta con ese hombre.

Él no pareció reaccionar a este comentario. No deseaba romper esos momentos de intimidad, aunque tampoco renunciaba la posibilidad de que su deseo por ella se consumara pronto. Sería un verdadero placer tener a Nalia de amante hasta que decidiera casarse con la mujer idónea para su rango y su posición.

— Antes, ordena que deshagan el equipaje. No irás a ninguna parte mientras yo esté aquí —exigió de malhumor, recordando lo que ella había tratado de hacer a sus espaldas.

— Me apetecía pasar una temporada en el campo. No creí que te importara.

— Me importa, y espero que sea la última vez que me desafías.

Antes de que la joven pudiera contestar, Jaime volvió a besarla con la misma arrasadora pasión que la vez anterior.

Cuando por fin la soltó, Nalia sujetó la toalla para que no se cayera, todavía aturdida por la demoledora vehemencia del caballero.

Ahme entró en la habitación cuando Nalia ya había terminado de vestirse y la miró con preocupación. Estaba al tanto de la visita del castellano, pero obedeciendo órdenes de la joven no había querido intervenir.

— ¿Te encuentras bien, Nalia?

— Sí, Ahme, muy bien. Sé lo que estás pensando. Afortunadamente, ocurrió un milagro y pude amansar a la fiera. Te aseguro que la próxima vez no me cogerá desprevenida.

— Deberías haber aprendido la lección, pequeña. Admiro tu habilidad para convencerlo; no obstante, estaría por asegurar que no te dará otra oportunidad. No juegues con ese hombre, Nalia, terminarás dañada —le advirtió el fiel guardián.

Con un bufido, Nalia se giró hacia el espejo y terminó de colocarse unas cintas en el pelo.

— Mi padre nunca me ha ordenado nada; siempre me ha pedidlas cosas y yo he obedecido con gusto. De ninguna manera consentiré la arrogancia y la prepotencia de ese hombre.

La expresión del mestizo denotó preocupación por la testarudez de su ama.

— No te inquietes, Ahme. No soy estúpida y sabré tratarlo con habilidad.

Ni siquiera esa afirmación tranquilizó a Ahme. Él conocía muy bien al ser humano, y había captado desde un principio la imponente personalidad del caballero de Moriel. Hasta cierto punto, parecía ser un hombre justo, pero de ninguna manera renunciaría los derechos que él creía que le pertenecían. Quizás por las buenas podría conseguirse algo de él, pero si Nalia seguía empecinada en llevarle la contraria, lo pagaría muy caro.

— Toda la casa se ha enterado de lo que ha ocurrido —exclamó Zelima alarmada, acercándose a su hermana—. Te dije que era una locura organizar ese viaje sin el permiso del castellano. Aunque padre no está aquí, estoy segura de que también lo hubiera prohibido.

Nalia suspiró con resignación.

— Ya sé lo que me advertiste, y aún así lo organicé bajo mi responsabilidad. Tenía que intentarlo, Zelima; era muy importante para mí.

— Sí, y ya has visto los resultados.

— Cierto; después de esto, conozco mejor a ese hombre, y eso supone una ventaja para mí.

Zelima levantó los brazos con impotencia, sin fuerzas para luchar contra la obcecación de su hermana.

En el salón, Jaime recibió a Nalia con una sonrisa llena de admiración. El vestido rosa y las joyas que portaba acentuaban su esplendor, haciendo que todos los hombres presentes la miraran con la boca abierta.

Zelima sonrió para sí, orgullosa de la belleza de su hermana.

Ella era considerada también una mujer guapa, pero de otra manera más delicada.

Jaime le cogió la mano y se la besó antes de ayudarla a tomar asiento. No le hacía mucha gracia tener que soportar las reiteradas miradas de sus hombres sobre Nalia, pero teniendo en cuenta que ella y su hermana eran las dos únicas mujeres entre ellos y que ambas eran muy hermosas, no podía censurarlos. Nunca se había considerado un hombre posesivo. Ahora empezaba a sospechar que con esa enloquecedora mujer sería diferente.

Para asombro de todos, una vez terminada la cena, Jaime ordenó a Ahme que se encargara de acompañar a Zelima hasta sus aposentos.

— Yo acompañaré a Nalia.

Todas las noches las jóvenes se retiraban junto con su padre.

Ahora que Saffah estaba ausente, Ahme tenía la responsabilidad de encargarse de esa tarea.

— Mi trabajo consiste en proteger a mis amas —protestó el guardián—. Yo soy el único responsable de dejarlas a salvo en sus aposentos.

Jaime lo miró con benevolencia.

— Lo sé, Ahme, y valoro enormemente tu fiel dedicación Nalia y a Zelima, pero puedes irte tranquilo: Nalia estará segura conmigo. Tan sólo deseo hablar un rato con ella a solas.

Teniendo aún muy fresco en la memoria lo acontecido esa misma tarde, Nalia no se atrevió a intervenir. Las reacciones de los hombres eran impredecibles, aunque ella creía poder manejar al castellano.

— No creo que mi señor Saffah...

— Él no está aquí ahora, y ya deberías haber aprendido que en esta casa ahora soy yo quien da las órdenes. —Su tono se había tornado más frío. El caballero de Moriel no admitiría una réplica más.

Captando la seña que Nalia le hizo con la cabeza, Ahme se retiró acompañado de Zelima. Los caballeros respiraron con alivio.

Lo último que hubieran querido era un enfrentamiento entre el leal Ahme y Jaime. Todos apreciaban el valor de contar con un sirviente prudente y sagaz, como era el caso del mestizo, pero ninguno de ellos hubiera admitido ni un atisbo de rebeldía por parte de un criado.

Los hombres también se retiraron, quedando finalmente solos a Nalia y Jaime.

— Estoy asombrado. Por primera vez no has protestado y te has mantenido callada. —Mostrando una complaciente sonrisa mientras le cogía la mano con determinación—. ¿Puedo preguntar a qué se debe ese cambio?

La joven le devolvió una sonrisa maliciosa.

— ¿Te gustaría oírme decir que ha sido porque quería quedarme contigo?

— Esa afirmación proveniente de tus labios me regalaría mucho los oídos, pero no te creería.

Estaban en el patio, paseando cogidos de la mano a la luz de la luna.

— ¡Incrédulo! —le acusó ella con un atisbo de diversión en sus ojos.

— No olvides que desde el primer día me mostraste claramente tu carácter. Digamos que he sido víctima de tu genio en demasiadas ocasiones.

La joven simuló un gesto de compasión.

— Pobre, con lo débil que eres...

El sarcasmo le hizo gracia. Jaime estaba de buen humor. Se encontraba a gusto paseando de la mano con la mujer que le gustaba y disfrutaba de la buena disposición de Nalia.

— Ninguno de los dos lo somos, pero yo sabré manejarte —aseguró Jaime con arrogancia.

Nalia levantó una ceja en un gesto interrogativo.

— ¿Y por qué habrías de tomarte tantas molestias? Al fin y acabo soy solamente una pobre mora sin importancia. En cambio tú eres un poderoso caballero castellano, uno de los más apreciados por el rey. Francamente, no entiendo tu interés por mí.

Jaime estalló en carcajadas.

— ¿Pobre mora? Varias como tú en esta ciudad y no la hubiésemos conquistado tan fácilmente.

— Más a mi favor, entonces. Según los rumores, a los cristianos también les gustan las mujeres dóciles y complacientes, como mi hermana, la mujer más dulce que pueda existir. Yo soy diferente. Digamos que... para las expectativas de los hombres, yo no doy la talla.

— Desde luego no entras dentro de los cánones normales, pera mí me van más las mujeres audaces y bravas, como los caballos salvajes. El placer de domarlos es mayor.

Nalia lo miró ofendida.

— Si es que se consigue alguna vez.

Jaime la acercó a él con suavidad y le habló quedamente, al tiempo que sus labios se deslizaban tiernamente por su rostro.

— No te quepa la menor duda, mi dulce Nalia. Cada mujer tiene su dueño, y tú me perteneces a mí. Jamás renunciaré a tus besos; jamás renunciaré a ti.

Nalia se revolvió entre sus brazos mientras él la besaba con ardor. Ese hombre intentaba dominarla, ganársela, pero eso no ocurriría.

Su decisión no tuvo la fuerza suficiente como para resistir el acoso del caballero; en pocos segundos estaba correspondiéndole como nunca creyó que podría hacerlo.

Un carraspeo lejano rompió el encanto de la pareja, haciendo que Nalia se diera cuenta de lo que estaba haciendo.

Ahme los había dejado solos. Pasado un tiempo acudió rescatar a Nalia. Ese era su deber y no dejaría de cumplirlo, por muy terco que se pusiera el caballero de Moriel.

— Eres maravillosa, Nalia mía. Esperaré con ansia el día de mañana para volver a estar contigo.

Sus dedos le acariciaban el rostro con delicadeza, conmoviendo a la joven profundamente.

— Yo... debo irme ya. Buenas noches.

Jaime depositó un suave beso en sus labios y la dejó marchar.

"Debo estar volviéndome loca", pensaba la joven al entrar en su habitación. Su corazón estaba dividido entre la felicidad y la rabia. Había deseado y disfrutado de los besos de ese hombre, y sin embargo era muy consciente de que nunca tendrían un futuro juntos.

Ella había sido educada para ser esposa y madre, y teniendo en cuenta el secreto que envolvía su vida, tarde o temprano su padre elegiría para ella algún rico mozo árabe que se la llevara muy lejos de la Corte castellana, que era donde estaban sus enemigos.

6

Pasados cinco meses desde su conquista, la antigua taifa de Toledo, perteneciente ahora al Reino de Castilla, disfrutaba momentos de paz. Orgulloso de ser el rey de las tres culturas: cristiana, judía y musulmana, Alfonso VI deseaba que su coronación como Emperador de España fuera un momento histórico y de reconciliación. Las justas leyes que él había dictado se habían respetado, empezando el reparto, entre la nobleza y el clero, de las tierras que habían sido abandonadas por los hispano-musulmanes que habían preferido emigrar a otras taifas.

La sala de recepciones del Alcázar se vio empequeñecida cuando los altos y fuertes caballeros del rey comenzaron a llenarla. Convocados por Alfonso, todos habían acudido a su llamada esperaban expectantes sus palabras.

— Parece que el trabajo ambulante del noble guerrero nunca termina. Llevamos varios meses aquí en paz y estoy contento de que hayáis disfrutado de ese descanso; bien sabe Dios que lo tenéis bien merecido. A todos nos ha venido bien, y como colofón se organizarán fiestas y torneos para celebrar mi coronación como Emperador de España. Deseo que todos los habitantes de Toledo disfruten de los festejos. A la recepción que tendrá lugar en el palacio después de la ceremonia religiosa y de los juegos, serán invitados los personajes más sobresalientes de la ciudad, sin importar su religión. Todos ellos me han jurado lealtad y serán tratados igual que los cristianos

Ninguno de los caballeros allí presentes tenía duda de que Alfonso cumpliría sus promesas. La mayoría de ellos estaba de acuerdo con su política, aunque algunos de sus más allegados consejeros censuraban sus benévolas leyes.

Jaime estaba encantado con la decisión del rey; eso significaba que Nalia disfrutaría con él de los festejos, y además podría llevarla la recepción en palacio. Teniendo en cuenta la importancia de Saffah en la ciudad, sería uno de los invitados.

Jaime volvió de nuevo su mirada hacia el rey y escuchó atento el final de su discurso.

— Al día siguiente de la recepción, todos los caballeros de mi ejército prepararán a sus tropas para salir inmediatamente hacia Zaragoza. —El asombro fue generalizado. Ninguno de ellos tenía noticia de que pudieran entrar en batalla tan pronto— Hemos intentado eludir este encuentro —continuó Alfonso—, pero Al-Mustaif sigue sin pagar las parias, y ya sabéis todos que sin esos ingresos sería muy difícil costear los gastos del Reino. Asediaremos Zaragoza enérgicamente hasta convencer a su monarca que debe pagar lo que debe

— ¡Maldito árabe! Con lo bien que estábamos viviendo... — Protestó Álvaro mientras el grupo hacía, ya anochecido, el camino de vuelta a casa.

— Esa es la vida del soldado, muchacho, saltar de batalla en batalla. Los meses que hemos estado aquí han sido como un sueño.

Ahora, la cruda realidad ha llegado y hay que tomarlo con resignación —le recordó Sancho—. ¿Qué te creías, que esto iba a durar para siempre?

— ¡Por supuesto que no! —contestó el joven, ofendido—, pero no me hubiera importado descansar un poco más.

— ¿Descansar? —intervino Lope riéndose—. Si no has parado de cortejar a moras y a cristianas.

— ¡Ja!, mira quién habla...

— O sea, que los jóvenes caballeros de ahora prefieren el galanteo de las damas a medir sus fuerzas en la batalla —los amonestó Sancho entre risas—. Pues sabed que, después de una buena batalla, se coge con mucho más deseo la calidez de una mujer.

Jaime, preso de sus propios pensamientos, permanecía callado. Entre Nalia y él no había nada serio; sin embargo, no quería separarse de ella tan pronto. Le enfurecía sentir lo que sentía. Él era libre y así quería seguir. Nadie ataría por el momento su corazón.

Estaba seguro de que en cuanto se alejara de la bella mora, se olvidaría de ella para siempre. Disfrutar de los festejos con ella sería divertido. Cuando volviera de Zaragoza, Nalia ya no significaría nada para él.

Esta fórmula de persuasión lo animó, instándolo a entrar en conversación y a divertirse con sus amigos. Una mujer no cambiaría eso, y menos una mora tan indomable como Nalia de Toledo.

Si bien en un principio Nalia pensaba negarse a participar en los festejos de los cristianos, al ver el entusiasmo de su hermana comprendió que esa era una de las pocas oportunidades que tendrían de salir y divertirse. Su padre no se oponía, y al recibir la invitación del rey para la recepción, la aceptó gustoso.

El espíritu guerrero del buen comerciante se había apagado hacía mucho tiempo. Ahora, lo que deseaba por encima de todo era vivir en paz. Aun siendo un musulmán devoto, sus múltiples viajes le habían abierto la mente a todo lo que antes le era desconocido y tenebroso. Había conocido a muchas y variadas personas, teniendo la oportunidad de hacer buenos amigos en países de diferentes culturas. Este contacto durante años había despertado en él una gran tolerancia y respeto hacia las creencias de los demás.

Los festejos populares se organizaron en las calles. Puestos de golosinas y tenderetes con mercaderías empezaron a ser expuestos desde muy temprano por los buhoneros, aprovechando la buena disposición de la gente a divertirse y a gastarse algo de dinero.

Muy bien escoltadas por Jaime, Álvaro y Ahme, Nalia y Zelima reían de las ocurrencias e historias de los juglares, y de las muecas gestos de los saltimbanquis. Paseando entre la multitud que abarrotaba las principales calles de la ciudad, las jóvenes se iban parando en los puestos donde los artículos les resultaban más atrayentes, comentando entre ellas la textura de una tela, la calidad de la lana o la belleza de las piezas de orfebrería.

Nalia se fijó en un pequeño joyero de madera con incrustaciones de nácar y se lo enseñó a su hermana; era una pieza muy bonita de marquetería. Jaime miró a Nalia con interés, y antes de que abandonaran el puesto, compró el cofre y se lo regaló. Le apetecía que Nalia tuviera un recuerdo suyo.

— Es un regalo precioso, Jaime. Muchas gracias —dijo emocionada. Jaime solía ser muy gentil con ella, excepto cuando se enfurecía por alguna obcecación de Nalia; no obstante, nunca hubiera esperado de él un detalle semejante.

— Tú lo has elegido, amor, y yo estoy muy orgulloso de podértelo ofrecer. —Le apretó la mano y se la besó—. Acabo de descubrir que no solamente es un placer para mí estar contigo, sino también lo es colmarte de regalos. Ningún objeto hermoso tuvo jamás destino más bello que el de tus manos.

Nalia lo miró embobada, sintiéndose un poco desconcertada por la tierna gentileza del caballero castellano.

— Eres muy galante; siempre recordaré este gesto.

Sus palabras le halagaron. Estaba muy seguro de poder olvidar algún día a Nalia de Toledo; sin embargo, por alguna razón que no llegaba a comprender, no deseaba que ella le olvidara. Aun sabiendo que ambos emprenderían caminos diferentes, le gustaba pensar que su imagen se conservaría para siempre en un rincón de la mente de Nalia.

Al día siguiente, Jaime y sus hombres se levantaron temprano.

Ese día tendría lugar la coronación de Alfonso, y sus caballeros principales formarían parte del séquito que estaría junto al rey durante la ceremonia.

Jaime se vistió con sus mejores galas: calzas marrones de fino paño segoviano, camisa blanca de lino y túnica verde de terciopelo. Un cinturón, ricamente adornado, sujetaba una espada corta del mejor acero toledano. En su pecho lucía la cadena con eslabones de oro del que colgaba un medallón con el lema de la familia: "Dios y mi espada vencerán". Todos los nobles tenían su propio medallón.

El suyo se lo regaló su padre cuando fue armado caballero.

El templo brillaba con el esplendor que requería una ceremonia tan importante. Las ricas ropas de los reyes, del séquito, de los cortesanos y de todos los invitados, daban luz y reflejos de color a la iglesia, habitualmente sumida en la penumbra. La familia de Saffah logró encontrar un buen sitio en uno de los bancos del centro de la nave principal. Aunque de lejos,

siguieron los pasos de la ceremonia, y Nalia aprovechó para escuchar la misa con recogimiento.

Jaime observaba orgulloso a su rey. Todos ellos le habían ayudado a obtener lo que tenía, y el soberano sabía agradecérselo con esplendidez. La lealtad de sus caballeros nunca le fallaba, amenos la de una inmensa mayoría. Valoraban su inteligencia y su dedicación como rey, y además, siempre recompensaba sus servicios.

Paseando su mirada por el abarrotado templo, Jaime trató de encontrar a la mujer que se introducía continuamente en sus pensamientos. Esa mañana no había visto a Nalia. Al alba, cuando ellos habían salido, la casa estaba aún en silencio. Escudriñó más despacio cada rincón del recinto, hasta que, después de unos minutos, logró distinguirla. Ella no miraba hacia el altar. Muy recogida, Nalia seguía la ceremonia de la misa como cualquier cristiano. Le extrañó su devoción, pero enseguida desvió sus ojos sus pensamientos cuando sonó la campanilla anunciando la consagración. La comitiva del rey volvió al alcázar. Poco después, los caballeros, sus escuderos y ayudantes se retiraron para prepararse para el torneo que tendría lugar a continuación.

Desplazados al recinto donde se celebrarían el torneo y las justas, Jaime entró en su tienda, adornada con sus colores, y se dispuso a cambiarse. Sobre la camisa, el escudero le ayudó colocarse la cota de malla. Encima iba la túnica corta de cuero comuna segunda protección, y finalmente, la túnica larga, abierta a los costados para dejar las piernas libres y ceñida a la cintura con un cinturón que le servía de soporte para la espada.

Cuando Sancho entró, Jaime estaba ya casi preparado para dirigirse al lugar que marcaría su estandarte con sus armas y colores. Desde allí saldría para iniciar la competición.

— Aunque conoces los trucos de cada uno de tus contrincantes, ten cuidado, especialmente con Artal Jaranegra. Le has ganado en los dos últimos torneos y ya sabes que tiene muy mal perder.

— No te preocupes; sé lo traicionero que puede llegar a ser.

— Menos mal que el rey estará pendiente de todo y no quiere que nadie se lastime. Es lo que me da tranquilidad. No me fío de los Jaranegra.

Jaime asintió. Sabía que el veterano caballero tenía razón. Raramente se equivocaba.

— ¿Has visto a Nalia?

— Sí; Alonso los ha ayudado a encontrar un buen sitio. Esa mora será tu principal admiradora... entre otras muchas, claro.

Jaime sonrió.

— No sé si habrá otras, pero no estoy muy seguro de que lo que ella quiera sea verme vencedor o que me atraviesen con una espada.

Sancho se echó a reír.

— Sigues sin fiarte de ella, ¿eh?

— Hasta hace muy poco hemos sido enemigos, y no sé si Nalia lo sigue siendo —añadió con una cierta pesadumbre.

El fiel caballero meneó la cabeza desdeñosamente.

— Mujeres... ¿quién las entiende?

Sancho le servía en esa ocasión de segundo, el caballero que lo ayudaría durante el torneo. Se consideraba ya demasiado mayor para competir. Incluso en las batallas se dedicaba últimamente a guardarle la espalda a Jaime.

El estruendo de las trompetas anunció la llegada del rey.

Alfonso y Constanza subieron a la tarima principal y se sentaron en los ricos sillones de terciopelo rojo. Los dignatarios y damas más importantes tomaron asiento a ambos lados de los reyes, así como los representantes de los estamentos principales de la sociedad. El resto de los asistentes ocuparon las gradas que rodeaban la liza.

Poco después las trompetas sonaron de nuevo anunciando la llegada de los caballeros que tomarían parte en los juegos. Montados sobre sus potentes caballos de guerra, los participantes fueron colocándose en sus respectivos puestos.

El numeroso público asistente los aplaudió con entusiasmo.

Los toledanos empezaban a acostumbrarse a sus nuevos gobernantes y participaban activamente en cada una de las celebraciones que se habían organizado para la coronación del recomo Emperador de España.

Sentado ya sobre su poderoso semental negro, que tan bien entrenado estaba para el combate, Jaime se acomodó en la silla ajustó sus botas en las espuelas. El caballo piafaba nervioso, oliendo y ansiando la inminente lucha; él supo dominarlo con destreza tirando suavemente de las riendas y acariciándole el cuello con manos expertas.

Cuando las trompetas dieron el último aviso antes del inicio de los juegos, Sancho le entregó el yelmo. Jaime se lo ajustó bien a la cabeza y bajó la visera sobre los ojos. A continuación se puso los guanteletes y cogió el escudo con firmeza: sobre fondo verde, una espada alta y dos castillos, el de Moriel y el de Garta, que pertenecían a su familia. También tomó la lanza que le alargó Sancho, cuya punta de hierro había sido sustituida por el roquete, como las de todos los demás; de esa forma tenían muchas menos posibilidades de resultar heridos.

Según la costumbre, los caballeros se acercaron a la tribuna, adornada con los estandartes y los escudos de armas de los caballeros combatientes, para presentar sus respetos al rey y a la reina, que había venido desde León para asistir a la coronación. A continuación hicieron un recorrido por el resto de las gradas, también engalanadas y abarrotadas de gente.

Nalia observaba a Jaime. Conocía su escudo y los colores de los penachos del yelmo. Desde que se había levantado se sentía nerviosa e intranquila. Era absurdo. Jaime de Moriel no tenía por qué preocuparla tanto, pero no quería que resultara herido. Él era fuerte y valiente y sabía defenderse muy bien, según le habían contado los otros caballeros; eso no impedía que la angustia la atenazara.

Jaime la localizó entre la multitud y dirigió su caballo hacia ella.

Vestida de azul y con un manto del mismo color que le caía hacia atrás tapándole apenas su hermoso pelo, Jaime pensó que no había mujer más exquisita. A pesar de que un transparente velo azul le cubría parte de la cara, pudo distinguir su radiante sonrisa cuando se acercó a ella. Ofreciéndole su lanza, Nalia puso en ella su pañuelo de seda. Habían discutido sobre eso hacía unos días. Aunque el gesto de Jaime la había halagado, trató de convencerle de que escogiera una cristiana para que le entregara algún distintivo. Él no había querido hablar del asunto.

— Haré lo que me apetece, que es llevar una prenda tuya.

— Pues provocarás un escándalo. Pareces olvidar la posición que tu familia tiene en la Corte y en el Reino de Castilla.

— Simplemente, estoy galanteando a una mujer hermosa. Eso nunca es deshonorable.

Nalia no había podido convencerlo y había cedido.

Haciendo un gesto de saludo con la cabeza, Jaime se alejó con el pañuelo en la mano. Momentos después, su ayudante se lo anudaba al brazo.

Jaime se unió al grupo de caballeros que formaban su bando.

En el lado opuesto de la liza estaban los otros competidores, encabezados por el caballero leonés Artal Jaranegra, hijo del barón de Motueva, Bernardo Jaranegra, uno de los más poderosos nobles de Castilla.

Inquietos y tensando los músculos, los caballos golpeaban la tierra insistentemente con las pezuñas, esperando con ansiedad que sus dueños les hicieran la señal con las espuelas para lanzarse al galope contra los contrincantes.

El heraldo dictó las normas que se seguirían durante los juegos. Lo mismo en el torneo, en grupos, como en la justa, individual, la eliminación del caballero sería a la primera caída.

Teniendo en cuenta las inminentes batallas en las que los caballeros tendrían que tomar parte, el rey no quería heridos. Los necesitaba todos en su ejército.

Preparados para empezar, los jinetes situaron sus monturas en la calle correspondiente, separadas unas de otras por una valla longitudinal, con el fin de impedir que chocaran los caballos.

Cuando se dio la señal de salida, los corceles, bien guiados por sus expertos jinetes, se lanzaron al galope, recorriendo a toda velocidad el espacio que les estaba destinado. Jaime sujetó con fuerza la lanza, sabiendo que en unos segundos se decidiría su victoria o su derrota. Arremetiendo hábilmente contra su adversario, logró derribarlo.

Tras varios encuentros, las fuerzas parecían estar muy igualadas; durante los enfrentamientos habían caído casi el mismo número de caballeros en uno y otro bando.

Jaime volvió a su puesto y Sancho le dio otra lanza.

— Muy bien, muchacho. Sigue así: la mano firme y sin perder de vista la punta de la lanza del otro.

El caballero movió la cabeza con un gesto afirmativo.

El torneo continuó hasta que sólo quedó el número de caballeros que eran necesarios para luchar cuerpo a cuerpo con un contrincante. Entre ellos estaban Jaime y Lope. Los dos más jóvenes del grupo, Alonso y Álvaro, habían sido eliminados. Aún les faltaba experiencia. Bien entrenados para la guerra, todavía tendrían que dedicar muchas horas a estudiar las tácticas y argucias de los enemigos y adversarios. En la batalla, estos conocimientos eran decisivos para conservar la vida, y en los juegos eran imprescindibles para hacerse con la victoria.

— Parece que el muy noble caballero Jaime de Moriel sigue con buena racha. Hay que reconocer que está en forma. Me temo que te va a costar mucho vencerlo, querido primo —le decía con malicia Hernán Jaranegra a su primo Artal mientras ambos contemplaban Jaime con envidia.

Tomando la espada que le alargaba su segundo, Artal entrecerró los ojos con rabia. La nobleza de su sangre era superior la de Jaime de Moriel, así como su riqueza, y sin embargo, el caballero moreno estaba más cercano al afecto del rey. No comprendía cómo un hombre que se mantenía bastante independiente e incluso distante de todo lo que tuviera que ver con la Corte, gozaba de la admiración de Alfonso. Cumplía con su deber de soldado, pero era conocido su afán de alejarse de la Corte a la menor oportunidad. Con otra persona, el rey se hubiera sentido ofendido; sin embargo, la actitud de Jaime parecía hacerle gracia, no dudaba en confiar en él y en su padre más que en muchos de sus consejeros más allegados.

Artal era ambicioso, soberbio y déspota. Él y toda su familia eran muy conscientes del poder que les confería la posesión de una gran fortuna y la posición que siempre habían ocupado en la Corte.

En tiempos de crisis, Alfonso había tenido que acudir a ellos para conseguir hombres y dinero para su ejército. Esa decisión había disgustado al monarca, pero nadie excepto ellos hubiera podido prestarles la cantidad y el contingente de soldados que él necesitó en varias ocasiones. La necesidad había sellado una unión entre el rey y la familia Jaranegra, dependencia que no era de su agrado, pero que, desgraciadamente, no podía romper. Alfonso los conocía bien sabía de lo que eran capaces, por ese motivo siempre dudó de la palabra de los Jaranegra cuando acusaron a su amigo Ruy de Ara.

Hizo todo lo que pudo por defenderlo. Desgraciadamente, las pruebas que ellos presentaron, sin duda falsas, no pudieron ser refutadas por ningún tribunal. Consiguió el exilio para Ruy en lugar de la muerte. No obstante, la pena por la desgracia de su amigo aún le oprimía el corazón.

— No es mejor que yo. Ha tenido suerte, nada más —respondió Artal con arrogancia.

Su primo lo miró con ojos malévolos.

— ¿Piensas vencerlo entonces?

— Por supuesto. Esta vez saldré victorioso... sea como sea.

Hernán silbó con excitación.

— ¿Es que vamos a ver una batalla sangrienta?

— Verás la sangre de Moriel en mi espada.

— No te pongas en evidencia, primo. El rey no permitirá que ninguno de sus caballeros resulte herido.

El brillo asesino que apareció en los ojos castaños de Artal asustó a su primo.

— Un error sin intención lo puede cometer cualquiera...

La risa malvada de los Jaranegra llegó hasta los oídos de Jaime y de sus hombres, provocando en ellos fundadas sospechas.

— Estoy seguro de que esos dos están tramando algo —comentó Alonso mientras observaba a los Jaranegra con rabia.

— No se atreverán a cometer ninguna fechoría delante del rey —añadió Lope—. Por si acaso, ten cuidado —le advirtió a Jaime.

— No os preocupéis, estaré alerta —los tranquilizó mientras se ajustaba el yelmo de nuevo.

— Cuida el flanco izquierdo; es por donde a él le gusta más entrar —le aconsejó Sancho antes de que éste se dirigiera a pie al centro de la liza.

Los seis contendientes llegaron al lugar señalado por el heraldo y se miraron con animosidad mientras medían con rapidez la fortaleza física en la que cada uno de ellos se encontraba después del duro torneo. Aunque los finalistas habían tenido un tiempo para descansar, unos se encontraban más agotados que otros.

Con los nervios a flor de piel, Nalia observaba la escena con terror.

Saffah conocía a Artal Jaranegra, pero no había querido hablarle de él. El comerciante consideraba que siempre sería más seguro que ella ignorara por completo a esas personas. Su deseo de protegerla fue inútil, pues la joven había reconocido el apellido miraba con verdadero pavor al caballero cuyo padre había destruido al suyo. Había estado contemplando el torneo con el corazón encogido, respirando con alivio cada vez que Jaime salía ileso de un encuentro. La desconcertaba el enorme desasosiego que sentía, perno podía evitarlo. Esta prueba final era la decisiva y la más difícil.

Los caballeros estaban cansados y Nalia temía que Jaime sucumbiera.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando el frío acero de las espadas brilló bajo el sol y el letal sonido de los encuentros de las armas rompió el silencio de expectación que reinaba en el recinto.

Jaime atacó con seguridad, retrocediendo con rapidez ante las firmes embestidas de su rival. Todos ellos eran caballeros expertos con las armas y muy bien entrenados, aunque la destreza de Jaime superaba a la mayoría. Con ágiles movimientos de pies y manos,

Jaime y Artal lograron aventajar a los demás, quedando ellos dos como únicos rivales.

El rey Alfonso había estado observando los juegos con atención, admirando con orgullo la valentía y destreza de sus caballeros. Jaime de Moriel seguía siendo uno de sus favoritos, aunque no pudiera manifestarlo abiertamente. Valoraba también la fuerza y agilidad de Artal Jaranegra, pero no confiaba en él. De hecho no le habían gustado nada las malignas miradas que había estado dirigiendo continuamente en la dirección de Jaime. No quería sorpresas ni problemas, por lo que decidió dar el combate por terminado cuando ambos contrincantes estaban a punto de abalanzarse de nuevo uno sobre otro con todo el peso de las espadas que podían ser mortíferas en cualquier descuido.

Las trompetas sonaron y el heraldo se aproximó al rey; luego volvió para anunciar a todos que la justa se daba por terminada.

— ¡Los dos vencedores de estos juegos: Jaime de Moriel y Artal Jaranegra, recibirán como premio a su valentía y esfuerzo dos yeguas de las cuadras del rey!

El público aplaudió a los vencedores mientras estos se acercaban tambaleantes y sudorosos a la tribuna. De pie, delante de los reyes y con el yelmo en la mano, Jaime de Moriel y Artal Jaranegra recibieron la felicitación de los soberanos.

— ¡Valientes y leales caballeros, merecéis el aplauso que os dedicamos, y como premio a vuestros grandes méritos recibid estos dos magníficos animales de mis propias cuadras!

La roana le correspondió a Jaime y la rucia le fue entregada Artal.

Jaime agradeció el premio con una cortés inclinación de cabeza, dirigiendo su mirada a continuación hacia la zona donde estaba Nalia. Ella le sonreía, y el joven caballero se preguntó si se sentiría en esos momentos orgullosa de él. Deseaba que así fuera, aunque no sabía por qué.

Escoltadas por Ahme y su padre, Nalia y Zelima abandonaron el recinto. Jaime la siguió con la mirada hasta que desapareció de su vista, dirigiéndose a continuación, acompañado de sus hombres, su tienda, de donde recogerían sus armas y todas sus pertenencias.

La bonita yegua gris se movía briosa en el establo de Saffah.

Jaime la acariciaba con delicadeza, mientras pensaba en el nombre más idóneo para ella. ¡Joya!: una hermosa joya para la joya más bella.

Después de dar una serie de instrucciones a su escudero, abandonó el establo y se encaminó hacia la casa.

Sintiéndose muy fatigado, intentó distender sus miembros doloridos tomando un cálido baño. Apoyando la cabeza en el borde de la bañera relajó sus músculos, notando cómo la tensión acumulada a lo largo del día se atenuaba poco a poco. Era aún temprano y tenía tiempo para descansar antes de la recepción en Alcázar. Teniendo en cuenta que al día siguiente partirían hacia Zaragoza al amanecer, le vendría bien dormir lo más posible, sin embargo no deseaba hacerlo. No sabía el tiempo que estaría ausente, y las horas que le quedaban en Toledo ansiaba pasarlas con Nalia.

Ella le acompañaría a la recepción. Su corazón saltó alegre sólo de pensar que durante varias horas podrían disfrutar de su mutua compañía.

Con unas calzas verdes, botas de fino cuero y una túnica cortbeig, Jaime no parecía el mismo hombre que hacía unas horas había luchado metido en una pesada cota de malla. Las ropas de cortesano le parecieron muy livianas en comparación.

Mientras su escudero le ayudaba a ceñirse la espada corta y colocarse la cadena de oro que le correspondía llevar por su rango, Lope y Sancho irrumpieron en la habitación.

— ¡Hoy has realizado un gran esfuerzo, muchacho! —exclamó Sancho con satisfacción mientras golpeaba suavemente el hombro de Jaime—. Ahora mereces divertirte, y estoy seguro de que las damas de la Corte se disputarán tu atención.

Una sonrisa irónica se dibujó en el rostro de Lope.

— Apostaría mi pequeña fortuna sin miedo a equivocarme a que nuestro amigo Jaime, el héroe del torneo de hoy, sólo tendrá ojos para la bella dama que lo acompañará.

El fiel Sancho gruñó con malestar. Sabía que Lope no se equivocaba en sus insinuaciones: era bastante obvio que Jaime estaba muy interesado en Nalia de Toledo. Él también sabía que esa relación podía perjudicarle. El veterano caballero no tenía nada en contra de la joven; al contrario, le agradaba, pero por su religión y cultura no era la mujer idónea para Jaime de Moriel.

A pesar de que en Toledo todos se respetaban, las uniones entre las parejas solían tener lugar dentro del mismo grupo cultural religioso. Teniendo en cuenta la antigüedad y el prestigio de la familia, los Moriel no admitirían el matrimonio del heredero con una musulmana.

— Tonto es el hombre que sólo coge una flor teniendo tantas su alrededor —continuó Sancho intentando incitar a Jaime contradecir a Lope.

Con un gesto de indiferencia, Jaime se precipitó hacia la puerta.

— Me encantaría que alguno de estos días dejarais de meteros en mis asuntos... para variar.

Los dos caballeros lo siguieron.

— Sólo velamos por ti...

— Lo sé, viejo amigo —contestó Jaime con afecto, dirigiéndose su antiguo ayo—, pero ya te dije que no tienes por qué preocuparte. Por el momento, no pienso quedarme sólo con una flor.

A pesar de las firmes palabras de Jaime, el desasosiego que sentía Sancho desde que entraran en casa de Saffah, no desapareció del todo.

7

Los jóvenes caballeros bromeaban y reían mientras esperaban en el patio a Saffah y a sus hijas. Con la ansiedad de ver a Nalia cuanto antes, Jaime se había adelantado a la hora señalada para el encuentro. Tan pronto ella apareció, precedida por Saffah, acompañada por Zelima y escoltada por Ahme, el joven leonés perdió el habla.

Nalia no llevaba velo y le sonreía. Jaime estaba tan impresionado, que hasta que el grupo no estuvo a su lado, no fue capaz de pronunciar una palabra. Aunque conocía a muchas mujeres guapas, su corazón jamás había padecido un vuelco semejante como el que había sufrido al ver a Nalia. Ella le gustaba con cualquier cosa que se pusiera, pero precisamente esa noche, la noche que quizás representara su separación definitiva, ella aparecía más exquisita que nunca, como si el destino quisiera torturarlo para siempre con ese maravilloso recuerdo.

Los comentarios halagadores de sus amigos lo devolvieron a la realidad. Todos lisonjeaban gentilmente a las dos jóvenes. Él, sin embargo, no encontraba palabras para expresar lo que sentía.

— Enhorabuena por tu triunfo en el torneo, Jaime —le felicitó Nalia—. Tu victoria ha sido bien merecida.

Recuperando la compostura, Jaime le dio las gracias.

— No he sido el único vencedor —señaló con modestia.

— Cierto. Creo que la decisión del rey fue muy sabia.

Jaime de Moriel jamás conocería el gran alivio que ella había sentido en el momento que el monarca dio por terminada la justa. Su corazón habría estallado de ansiedad si el combate hubiera durado más tiempo.

— Tu pañuelo me dio suerte —dijo acariciándola con la mirada mientras alargaba la mano para que la joven se apoyara en ella.

Para ese día, Nalia había elegido el color amarillo. De fina gasa y adornado con pedrerías, el vestido se ajustaba perfectamente a su bonita figura. Escotado con prudencia, los hombros los llevaba cubiertos con una suave tela transparente del mismo tono. El sedoso pelo negro había sido recogido en un moño y salpicado de pequeñas flores amarillas. En esa ocasión no llevaba velo en la cara por respeto al rey. En su presencia todos se mantenían descubiertos.

El efecto que causaba la joven era devastador, y los ojos de Jaime no podían disimular su admiración. Antes de salir, una sirvienta ayudó a Nalia a colocarse una capa. Estaban a finales de octubre y ya refrescaba por las noches.

En el establo, los caballos estaban ya preparados. Nalia esperaba que uno de los sirvientes le trajera el suyo. Al ver a Jaime montado en su semental, llevando de las riendas a la bonita yegua que había ganado en el torneo, elegantemente enjaezada, lo miró confundida. Al llegar a su altura, Jaime desmontó y se acercó a la joven con una sonrisa de satisfacción.

— ¿Te gusta, Nalia?

— Es un animal precioso —contestó titubeante, sin saber lo que él pretendía.

— Deseo que lo montes y que me digas si estás cómoda.

Nalia lo miró extrañada.

— Pero... es tuyo. No soy yo la que debe cabalgar sobre él.

— Y yo quiero que lo utilices tú. Por favor... —insistió ofreciéndole las riendas.

La joven le dio las gracias y las aceptó, acariciando suavemente durante unos segundos el cuello de la bonita yegua. Ésta parecía aprobarla y la recibió con calma una vez que Jaime la hubo ayudada sentarse cómodamente.

En la mente de Nalia empezaron a surgir preguntas que nadie en esos momentos podía contestar. Las reacciones de Jaime de Moriel eran imprevisibles y ella no las entendía.

Al llegar al alcázar, un grupo de sirvientes los ayudó despojarse de las capas. Fue en esos momentos cuando Jaime se dio cuenta de que Nalia no llevaba la daga enjoyada.

— ¿Has olvidado tu daga o es que no has querido traerla?

A ella le sorprendió su pregunta.

— Bueno... me parecía una falta de respeto presentarme armada ante el rey. No creo que nadie vaya a atacarme aquí —añadió sonriendo.

Jaime no se tomó esa cuestión tan a broma.

— No te fíes; a veces en la Corte merodean más lobos que en los bosques —dijo muy serio—. El rey lo sabe y nunca le ha parecido mal que una mujer disponga de un arma para defenderse si es necesario.

Nalia lo miró pensativa, preguntándose acerca de las razones que tendría Jaime para aconsejarla tal cosa. ¿O es que ahora confiaba un poco más en ella?

— Si sigues asustándome lamentaré no haberme traído también mi ballesta —contestó Nalia con gesto burlón.

Jaime se echó a reír.

— Por cierto..., ¿dónde aprendiste a manejarla?

— Ahme me enseñó. Él era ballestero en el ejército de su país. En una batalla fue cogido prisionero y vendido como esclavo. Cuando mi padre lo compró él nos enseñó muchas cosas, entre ellas a manejar varias armas.

Jaime la miró reflexivo, recordando el momento en el que Nalia le había amenazado con la ballesta.

— Cuando nos conocimos... ¿realmente me habrías disparado?

Nalia bajó la cabeza.

— Nunca he disparado a nadie, pero... si nos hubieseis atacado, te hubiera herido en una pierna.

A Jaime le satisfizo la respuesta. Le gustaba su sensibilidad, también le tranquilizaba saber que ella fuera capaz de defenderse.

El gran salón de recepciones estaba lleno de gente. Los más importantes representantes de los principales estamentos de la ciudad se habían dado cita en el alcázar convocados por el rey cristiano, que ahora lo era de todos ellos.

A la llamada del mayordomo, los invitados se acercaban al estrado para saludar a los reyes.

Zelima se inclinaba hacia su hermana con frecuencia y le susurraba al oído.

— ¡Qué emoción, Nalia! Por fin vamos a conocer al rey.

La joven musulmana tenía un corazón bondadoso. Con generosidad y sin ningún rencor había acogido al nuevo rey, aceptando con esperanza y optimismo los cambios que los recientes acontecimientos habían impuesto.

— La reina apenas sonríe y no habla. ¿Estará triste? —preguntó Nalia.

Saffah se acercó a ellas y les explicó que Constanza procedía de Borgoña.

— Entonces se sentirá sola. Quizás no entienda nuestra lengua.

Cuando el mayordomo nombró a Jaime de Moriel, el joven tomó suavemente a Nalia del brazo y el grupo se dirigió hacia el estrado.

El caballero se inclinó ante los reyes, presentándoles continuación a la familia de Saffah.

— He oído hablar de vuestra honradez y vuestra lealtad —dijo el soberano dirigiéndose al comerciante—Mi reino necesita hombres como vos. También quiero agradeceros la hospitalidad que dispensáis al caballero de Moriel, uno de mis hombres de confianza, y a su grupo.

Al mirar a Nalia, sus ojos brillaron de admiración, comprendiendo en esos momentos por qué Jaime de Moriel no había solicitado para instalarse una de las casas vacías que habían quedado en Toledo.

Nalia saludó al rey con soltura y gentileza, cautivando al monarca aún más de lo que ya estaba.

La reina forzó una sonrisa cuando Jaime se los presentó. Sin embargo, su actitud indiferente cambió repentinamente y su rostro pareció recobrar vida en el momento en que Nalia comenzó hablarle en francés.

Jaime se quedó atónito. Jamás había visto nada semejante. Las mujeres se preparaban para el matrimonio: aprendían finas labores de costura y a llevar una casa; no les interesaban los estudios. Nalia, hasta en eso era diferente. Sabía leer y escribir, manejaba algunas armas y además hablaba francés. ¿Qué clase de mujer era esa musulmana?

La reina Constanza estaba encantada charlando con Nalia. Por fin podía hablar con alguien más que no fueran algunos sacerdotes sus damas francesas. Esa joven era culta y agradable, y a ella le gustaba su conversación. Sería una buena compañía durante su estancia en Toledo.

Al igual que la mayoría de los hombres presentes, Artal Jaranegra también había reparado en la mujer que acompañaba Jaime de Moriel. Sabía que Jaime se alojaba en la casa de un particular, en la del rico comerciante Saffah, pero nadie le había hablado de su hermosa hija. Eso tampoco le extrañaba: los hombres musulmanes guardaban muy bien a sus mujeres. En ese caso la reacción del padre estaba bien justificada: raramente se encontraba una joya de esas características.

— Tienes buen gusto, primo, aunque me temo que de Moriel se nos ha adelantado —le susurró Hernán al oído mientras devoraban a Nalia con la mirada.

— Que acompañe a la joven y a su familia no significa que tenga la exclusiva de esa preciosidad. Él es cristiano y ella musulmana, lo que quiere decir que sus intenciones no pueden ser serias. En esas circunstancias, los demás también tenemos derecho a intentarlo con esa damisela, ¿no crees?

Alto y guapo, Artal, al igual que Jaime, representaba físicamente la figura del valiente y arrogante caballero castellano. De pelo castaño y ojos del mismo color, Artal era muy consciente de su atractivo. Raramente le fallaban sus encantos con las mujeres, los cuales, unidos a su riqueza y poder, lo convertían en un importante objetivo para las jóvenes casaderas. Por el momento él no cometería la estupidez de atarse a una sola mujer; sin embargo, no le importaría atraer a sus redes a la bella mora que estaba con Jaime de Moriel.

Sería un placer seducirla, pensó mientras la miraba con avidez, mucho más, conquistarla.

Terminadas las presentaciones, los reyes y sus invitados se trasladaron a la lujosa estancia donde ya estaban dispuestas las mesas para la cena. En la mesa principal, perpendicular a las otras más largas, se sentaron los soberanos y los consejeros más importantes. El resto de los invitados fueron colocados por el mayordomo y sus ayudantes en sus respectivos lugares.

Jaime y su grupo se disponían a sentarse cuando uno de los criados se acercó a Nalia.

— Perdone, señora, pero la reina desea que le hagáis el honor de compartir su mesa. Ella, personalmente, os ha reservado un asiento.

Sorprendida por la petición, Nalia miró a Jaime confundida.

Serio y con el ceño fruncido, Jaime luchaba por controlar la furia que lo dominaba. Había soñado con pasar esas horas con Nalia, ahora, por un capricho de la reina, la separaban de él. Su deseo era rebelarse contra esa orden; desgraciadamente, sabía muy bien que no podía hacerlo.

Forzando una sonrisa, Nalia asintió y siguió al criado.

Colocada al lado de Constanza, la reina le sonrió y le dio las gracias.

En animada charla, las dos mujeres comentaban entre risas las actuaciones de los juglares, malabaristas, bufones y bailarines. Al igual que a los reyes, a Nalia le fueron ofrecidas las mejores piezas de los venados, jabalíes y pollos rellenos que se sirvieron a lo largo de la noche. La reina era muy agradable y la joven se sentía agradecida por su deferencia; sin embargo, hubiera preferido compartir la cena con su familia y con Jaime.

Antes de que el banquete terminara, el rey pidió silencio y se puso en pie. Allí estaba reunida la élite de su ejército, y él deseaba, una vez más, animarlos para que emprendieran con la moral alta el viaje hacia Zaragoza. Aunque sus hombres siempre contaban con su presencia, con su apoyo y con su espada, en tiempos de guerra los peligros siempre

acechaban, y era su deber exhortar a la tropa agradecerles los servicios que prestaban a su rey y a su país.

— "... Y es mi deseo que todos volvamos al hogar. Con la ayuda de Dios así será. Al alba, asistiremos a la liturgia antes de partir.

Hasta entonces, comed y disfrutad."

Todos aplaudieron la arenga del rey excepto Nalia.

Completamente perturbada por la noticia, permanecía hierática en su asiento. Nadie le había comentado nada sobre esa batalla, y aúno sabiendo el motivo, sentía una fuerte opresión en el corazón. No tenía por qué haberla conmovido la noticia, se decía enfadada, pues la partida del ejército del rey significaba que su familia y ella se librarían de la presencia de los castellanos y volverían a recuperar la libertad que últimamente les había sido negada. Conmocionada, descubrió que ella no sentía ningún júbilo. Intentando comportarse con naturalidad, Nalia sonrió cuando la reina le presentó al caballero que se había acercado a ellas. Su mente errática no estaba muy atenta, pero en el momento en que Constanza pronunció el nombre de Jaranegra y ella reconoció al caballero que se había enfrentado Jaime en el torneo, la sonrisa se le congeló en los labios. Durante unos segundos se sintió paralizada, incapaz de reaccionar con coherencia. La reina se percató de esta ausencia momentánea y le habló con delicadeza.

— Querida Nalia, ¿te ocurre algo?

La joven pestañeó desconcertada ante la pregunta de la soberana, dándose cuenta enseguida de que tenía que tener cuidado si no quería delatarse ante ese hombre tan peligroso.

— No... no, sólo estaba distraída. Perdonad.

— Quizás la Corte resulte abrumadora, ¿no es así, Artal? —logró balbucear la reina en castellano.

— Desde luego —contestó el joven—, sobre todo para las personas que no están acostumbradas a ella.

— No estoy habituada a verme rodeada de gente tan... importante. —Nalia contestó en francés, con el firme propósito de fastidiar a Jaranegra.

La reina fue requerida por algunas damas de la Corte, lo que dio lugar a que Artal y Nalia se quedaron solos.

— Además de guapa, culta. Una extraña mezcla en una mujer—aseveró Artal con un cierto resentimiento.

— ¿No lo aprobáis, señor?

La mueca irónica que se dibujó en sus atrayentes labios no se le pasó por alto al joven caballero.

— A las mujeres hermosas les perdono casi todo.

— ¿Casi? No creo que la cultura sea un defecto.

— En una mujer puede resultar peligrosa.

Nalia se echó a reír. No era prudente seguir hablando con ese hombre, pero quería ganarle en esa batalla verbal. Ya que no podía desenmascarar y acusar a su familia, por lo menos se vengaría a su manera.

— El temor ante la inteligencia de una mujer sólo demuestra la inseguridad de un hombre.

Un fulgor de ira brilló fugazmente en los ojos castaños del joven castellano. ¿Pretendía esa mora humillarlo o hablaba inconscientemente?

— ¿No creéis que os mostráis un poco dura con respecto al género masculino?, ¿tan poco nos consideráis?

"¡Qué suave!, ¡lobo con piel de oveja!, pero seguiré tu juego", se dijo Nalia con malicia.

— ¡Oh, perdonadme!, ¿os he ofendido? A veces soy demasiado atrevida, lo siento.

La sonrisa con la que se disculpó fue tan cautivadora que ni siquiera el astuto Artal Jaranegra captó su intención.

Jaime no había disfrutado de la cena todo lo que él hubiera deseado. Siempre se había divertido en las recepciones del rey: se reía con sus amigos, galanteaba con bellas damas y

degustaba con sus hombres el buen vino de las bodegas del monarca. En esa ocasión, sin embargo, había estado incómodo por la ausencia de Nalia a su lado. Había esperado esa velada con gran ansiedad, pero la mano del destino se la había estropeado.

Después de cenar, un grupo de amigos y compañeros le había requerido para hablar del viaje del día siguiente. En cuanto pudo alejarse de ellos buscó de nuevo a Nalia entre toda la gente que se congregaba en el salón. Correspondiendo amablemente a los que lo saludaban, pasó de un grupo a otro hasta que la localizó en una esquina de la enorme sala. Al principio no reparó en la persona que hablaba con ella; al darse cuenta de quién era el hombre, se detuvo abruptamente, sintiendo convulsivamente cómo la ira y los celos le cegaban. Jamás en su vida se había sentido tan posesivo de alguien como en esos momentos, padeciendo por primera vez la tortura del sufrimiento amoroso.

El sentido común y la coherencia que imperaban en su vida le pedían calma. Desafortunadamente, en esos momentos ninguna de las cualidades por las que era tan conocido hubiera podido vencer la arrasadora rabia que lo dominaba.

Con rostro pétreo y pasos decididos se plantó al lado de Nalia y la tomó del brazo.

— Siento interrumpirte, Nalia, pero tu padre desea hablar contigo —dijo sin dirigir siquiera una mirada a Artal.

El joven Jaranegra no se creyó el ardid de Jaime y trató de detenerlo.

— Ella está conmigo ahora. No tienes ningún derecho a erigirte en su guardián.

Jaime entrecerró los ojos y le dedicó una mortífera mirada.

— Mis derechos no son de tu incumbencia.

La joven se sorprendió del brusco gesto de Jaime. Estaba enfadado, muy enfadado. Nalia no sabía por qué.

— Me importa un bledo tu vida, pero no permitiré que interrumpas nuestra conversación. Nalia no es de tu propiedad, así que déjala tranquila.

— Puedes tener la completa seguridad de que no la dejaré en manos de un lobo como tú —contestó Jaime con desprecio.

Jaime aún la sujetaba del brazo, así que no tuvo más que tirar un poco para que ella lo siguiera. Artal intentó detenerlo. Viendo el cariz que estaba tomando la discusión, Nalia se vio forzada intervenir.

— No, Artal, por favor. Debo volver con mi padre. Nos veremos en otra ocasión.

Apretando los puños, el joven se detuvo y los dejó marchar. Rabioso por sus palabras, Jaime tiró de ella y la acercó más él.

— No lo verás.

La reacción de Jaime la desconcertó. ¿Qué le importaba a él que ella se viera con otros hombres? Ellos no tenían ninguna relación ni la tendrían nunca. Eran sólo amigos. Jaime la deseaba, y se lo había dicho, pero ella jamás se le entregaría. Sólo su marido tendría ese derecho, y Nalia aún no había decidido quién sería ese marido.

— Mientras estés en mi casa debo obedecer tus órdenes, Jaime. Eres un representante del rey y nadie de mi familia quiere problemas con la ley, pero no permitiré que dirijas mi vida.

Antes no lo había pensado. Había sido al hablar con Artal y al contemplar en sus ojos su adoración por ella, cuando se le ocurrió que si fingía simpatizar con él, quizás pudiera averiguar algo de lo que realmente le ocurrió a su padre. Todo lo que ella necesitaba eran pruebas, no sólo para redimir el nombre de Ruy de Ara, sino también para acusar a los traidores. Nadie sabía quién era ella realmente, por lo que no la identificarían con su padre. Si conseguía meterse entre sus enemigos a través de Artal, quizás lograra que los mismos traidores se delataran de alguna manera. Nunca había tenido motivos para maquinar ningún plan. En cambio ahora era necesario y nada ni nadie cambiarían la decisión que ya había adoptado.

Jaime conocía muy bien el temperamento de Nalia; aun así lo sorprendió su aspereza.

— Yo no dirijo nada, cariño, sólo controlo —le comunicó con falsa suavidad—. Artal Jaranegra no me gusta y no te verá.

— ¿Por qué razón? —se rebeló ella con genio—. Él es un compatriota tuyo; no creo que puedas acusarlo de supuesto espía, como haces con nuestros amigos.

Explicar los motivos de su comportamiento hubiera sido muy difícil. La realidad era que no podía soportar que ningún hombre se acercara a ella.

— ¿Tienes algún interés especial en Jaranegra? ¿Es que acaso te ha hablado también en francés, al igual que la reina, y te ha cautivado con su parloteo? —preguntó con voz gélida.

— No tienes por qué ser tan incisivo. Ese hombre simplemente ha sido amable conmigo. Eso es todo.

Jaime se detuvo y la obligó a mirarlo. Esa noche se despedirían por un largo tiempo, y él no quería que lo hicieran enfadados.

— Por favor, no discutamos. Mañana me marcho y...

— ¿Por qué no me lo habías dicho? —preguntó Nalia con aflicción.

— Desde que lo sé no he tenido ocasión de hablar contigo. Ninguno de nosotros esperábamos una noticia así tan pronto. Los tiempos de guerra son caprichosos y no nos permiten descansar. Siempre hay que estar alerta.

Nalia asintió con desaliento, lamentando los tiempos difíciles en los que ambos se habían conocido.

Saffah interrumpió a los jóvenes, indicándole a Nalia que había llegado la hora de volver a casa. Los reyes ya se habían retirado y todos debían descansar para estar despejados al día siguiente.

Cansados por el largo día transcurrido, los hombres de Jaime se dirigieron soñolientos a sus habitaciones después de despedirse de la familia de Saffah. Al día siguiente partirían muy temprano y no los verían. Jaime, en cambio, no quería despedirse todavía, por lo que pidió permiso a Saffah para hablar durante un rato más con Nalia.

— Pero es muy tarde y todos estamos muy fatigados —protestó el comerciante.

— Sólo será un momento...

Nalia miraba a Jaime con desazón. No se atrevía a contradecir a su padre, pero también deseaba despedirse a solas de él.

— Muy bien —accedió Saffah comprendiendo los sentimientos de ambos jóvenes—. Ahme estará cerca.

En cuanto se quedaron solos en el patio, arropados por el murmullo del agua de la fuente y el aroma de las flores, Jaime estrechó a Nalia entre sus brazos y la besó con desvelo.

— ¿Me olvidarás?

— No. Debería hacerlo, puesto que eres un enemigo, pero sé que no lo conseguiría.

Jaime sonrió y la acercó más a él.

— Ya no somos enemigos sino todo lo contrario. Mis sentimientos hacia ti son de amistad, de afecto, de... pasión.

La abrazó con fuerza y la besó vorazmente, con desesperación. Nalia respondió con prudencia. Fue la vehemencia de Jaime la que la arrastró, haciendo que su temperamento apasionado se desatara con toda intensidad. Finalmente, ambos habían encendido el fuego que se había estado avivando desde el momento que se conocieron.

— ¡Dios, qué dulce eres! —le susurró Jaime mientras la besaba en la cara y el cuello.

Lo que ambos habían empezado era muy difícil de parar, puesto que los dos sentían el mismo deseo; no obstante, Nalia sabía que las locuras solían tener nefastas consecuencias.

Con desgana, pero con firmeza, logró apartarse de Jaime. La pasión aún se reflejaba en el verde oscuro de los ojos del caballero cuando la miraron con desilusión.

— Perdona mi arrebato, amor. Te deseo tanto que no he podido resistirme —se disculpó Jaime con cortesía—. Nalia, yo...

La joven le puso un dedo en los labios para que no continuara hablando.

— No digas nada, por favor. He disfrutado mucho de nuestra amistad, a pesar de nuestras desavenencias del principio, pero sabes perfectamente que tú y yo tendremos que separarnos tarde temprano. Prolongar lo que es imposible sería absurdo y... cruel —dijo con

los ojos brillantes por las lágrimas—. Despidámonos ahora como amigos, ya que amistad es lo único que podemos ofrecernos.

Jaime volvió a tomarla por la cintura y la miró en profundidad.

— Acepto tus palabras, Nalia, pero no solamente existe el amor del matrimonio; de hecho en la mayoría de los casos ese amor no se da. Nuestra relación es especial; nos atraemos, estamos a gusto juntos, nos entendemos: no puede terminar. De alguna manera hemos de continuar juntos —afirmó con desesperación.

— Lo que pretendes no puede ser, Jaime. Conoces a mi padre, mi familia y sabes cómo he sido educada. Tanto mi hermana como yo hemos sido preparadas para el matrimonio, y las dos tendremos que acatarlo cuando nuestro padre nos lo imponga.

A Jaime se le revolvió la sangre sólo de imaginarse a Nalia en brazos de otro hombre.

— No, Nalia. Tú eres mía, y tendrás que esperarme.

Su arrogancia innata había salido de nuevo a la superficie. La joven trató de apartarse, pero él no se lo permitió.

— Jamás seré tu amante, de Moriel —aseveró con desdén—. No soy una esclava y sabes perfectamente que mi familia tiene el dinero suficiente como para planear un buen matrimonio para mí.

Jaime la zarandeó suavemente mientras sus ojos la traspasaban con hostilidad.

— ¿Te refieres acaso al rico Ismail Bakr?

Nalia levantó la barbilla con irritación.

— Por ejemplo.

Una furia tenebrosa cruzó las atractivas facciones del caballero castellano, adoptando una decisión que Nalia jamás hubiera podido imaginarse.

Besándola con ferocidad y profundo deseo, Jaime trató de demostrarle que ningún argumento de los que ella expusiera lograría apartarla de él. En esa ocasión, Nalia se rebeló contra su poder, pero no pudo vencer su furiosa acometida.

— No luches contra mí, Nalia. Sabes que nunca lograrías vencerme.

— ¡Maldito cabezota! —exclamó ella con irritación—. ¿Por qué no quieres comprender? ¿Es que no podemos despedirnos como amigos?

— Prefiero que me digas adiós como una mujer enamorada. El recuerdo de tus dulces besos me dará fuerzas para luchar.

— No quieres aceptar la realidad, ¿verdad?

— Yo planeo mi propia realidad, y te aseguro que tú formas parte de ella.

Ahme apareció en esos momentos, interrumpiendo la discusión de los dos jóvenes.

— Ya es tarde, mi ama. Es hora de que te retires a tus aposentos.

Nalia miró a Jaime con preocupación e intentó apartarse para seguir a Ahme. Él la retuvo durante unos segundos.

— Dame un último beso, Nalia, y no olvides lo que te he dicho.

Ella se mostró reticente, pero no quería discutir más. A pesar de todo lo que Jaime de Moriel representaba, estaba apenada por su partida.

— No deseo tu muerte, pero tampoco deseo la de los míos. La guerra es terrible; me desgarra el corazón —murmuró desolada.

Jaime la abrazó con suavidad y la besó con ternura.

— En esta ocasión vamos a procurar que el rey de Zaragoza pague las parias sin que haya derramamiento de sangre. A ninguno de nosotros nos gusta matar, amor. Lo único que deseamos cuando estamos lejos es volver al lado de la mujer que aparece en todos nuestros sueños.

Nalia sonrió complacida. Cuando se lo proponía, Jaime era el hombre más gentil que conocía.

— Adiós, Jaime de Moriel, buena suerte —fueron sus últimas palabras antes de alejarse con Ahme y desaparecer detrás de las arcadas del patio.

Silencioso y desamparado, Jaime permaneció durante unos minutos al lado de la fuente, como si el murmullo del agua fuera el último recuerdo que se llevaría de Nalia.

En su habitación contempló pensativo las armas que su escudero había limpiado y aceitado debidamente. Todo estaba preparado para la partida. Aunque le quedaban pocas horas para dormir, Jaime no sabía si podría descansar esa noche.

Era muy temprano cuando los caballeros, ataviados con las armas y las vestimentas de guerra, iniciaron el camino hacia el alcázar. Una vez fuera de los establos y al pasar delante de la casa,

Jaime dirigió su mirada hacia las celosías de las ventanas. Nalia no estaría levantada tan temprano, pero él quería conservar ese último recuerdo de ella.

Se equivocaba por completo. Nalia apenas había dormido esa noche y estaba tras la celosía que él tanto miraba. Con los ojos llorosos y el semblante triste y demacrado lo vio partir, preguntándose si alguna vez volvería a ver al caballero cristiano al que había aprendido a apreciar. Su rostro, atractivo y viril, su cabello moreno y su formidable figura sobre el enorme semental, ataviada con la cota de mallas y la larga túnica con el escudo familiar en el pecho, sería la última imagen que guardaría de él. Su corazón acongojado le dijo adiós, sin ninguna esperanza de un próximo encuentro.

8

El numeroso ejército cristiano avanzaba lentamente hacia enordeste. El rey, el alférez y los principales caballeros cabalgaban a la cabeza, siguiéndoles el resto de los jinetes, los soldados a pie, las carretas con las provisiones de comidas, ropa y armas, y los personajes que se hacían imprescindibles en todas las batallas: los maestros forjadores para el mantenimiento de las armas, médicos y cocineros. Hombres de diferentes profesiones se unían al contingente de soldados, pues una vez que el ejército se instalaba en los campamentos, las necesidades eran las de una ciudad.

Acostumbrados a la dureza de los caminos, los caballeros aceptaban las incomodidades con naturalidad, deseando terminar cuanto antes con la contienda para volver al hogar.

Junto con sus hombres, Jaime y otros grupos de caballeros estudiaban todos los días las estrategias a seguir. En principio sólo asediarían la ciudad, para obligar a Al-Mustain a pagar los impuestos que debía. De no ceder el monarca musulmán, tendrían que atacar.

— Nuestro ejército es superior —comentaba una noche el rey mientras él y sus principales oficiales estaban reunidos en la tienda del monarca—, y el botín valdría la pena. Ninguno de los monarcas árabes está ahora en condiciones de enviarle refuerzos, lo que nos beneficia a nosotros.

— Al-Mustain está en desventaja —coincidió Jaime—, por lo que no creo que se oponga a pagar las parias, a no ser que sepa positivamente que alguno de sus aliados lo ayudará.

— Según nuestros espías, en estos momentos no hay ningún movimiento importante de ejércitos árabes —aseguró el alférez.

— Por experiencia sabemos que se mueven con sigilo y que aparecen repentinamente —les advirtió Jaime—. No tengo pruebas para sospechar, pero me temo que el silencio de Al-Mustain evadiendo los impuestos tiene una razón que le hace sentirse seguro.

Artal Jaranegra y otros caballeros dudaron de las palabras de Jaime, tachándolo de derrotista.

— Creo que lo único que lo mueve a no pagar es que no tiene dinero —intervino Artal con expresión ladina—. Vive en el mayor de los lujos y sabe que la población se rebelaría si subiera los impuestos.

— Ojalá sea así —le concedió Jaime—. Sugiero que nuestros espías se muevan con rapidez para averiguar lo que está pasando realmente.

El rey confiaba por completo en la inteligencia y en el buen sentido de Jaime de Moriel. Era un buen estratega, y sus razonamientos raramente eran erróneos.

Instalados en el campamento que habían montado a las afueras de Zaragoza, los mensajeros iban y venían con noticias de ambos monarcas. La delicadeza diplomática se reflejaba en cada una de las cartas, pero ninguno de los dos soberanos estaba dispuesto ceder.

Dentro de las rígidas normas que regían la sociedad medieval, Nalia disfrutaba de más libertad desde que los castellanos no estaban en su casa. Saffah era flexiblemente estricto con las costumbres, lo que le daba a sus hijas un amplio margen para poder moverse cómodamente. Era muy agradable esa sensación de independencia: salir acompañadas cuando lo deseaban, recibir a sus amigas y familiares siempre que querían, y hacer el corto viaje a la casa de campo cada vez que el tiempo era agradable. La suspicacia de los caballeros castellanos había coartado cualquier licencia por parte de la familia de Saffah, lo que hacía más apreciada la autonomía que disfrutaban ahora. Para un espíritu independiente como Nalia, esta vuelta a su agradable rutina era muy valorada.

También reconocía honestamente que echaba de menos Jaime de Moriel. A pesar del autoritarismo que él impuso desde el principio, Jaime había tenido paciencia con ella y la había tratado con amabilidad. Sus reuniones diarias y sus charlas le habían gustado mucho. Ambos habían disfrutado de su mutua compañía y se habían reído relatándose anécdotas de la

infancia. Nalia sabía que por sus circunstancias tendría que casarse con alguien que la alejara de la Corte castellana, aunque no descartaba la idea de averiguar algo acerca de su padre a través de alguien relacionado con la Corte.

La certeza de que su vida no transcurriría al lado de Jaime, no impedía que conservara agradables recuerdos de él. La personalidad de ese hombre no se olvidaba fácilmente. Ella siempre conservaría su recuerdo en un apartado rincón de su corazón. El cofre que él le había regalado durante los festejos de la coronación del rey y la yegua que había dejado en los establos de Saffah para que solamente ella la utilizara, rememoraban a cada momento la atractiva imagen del caballero leonés.

Tras la partida de los castellanos, Saffah había estado también un mes ausente. En esa ocasión su viaje no había sido de negocios, sino para visitar a Tariq Nusayr. Tariq era un jeque de Toledo que había emigrado a Sevilla cuando los cristianos se hicieron con la ciudad. El rey castellano hubiera respetado sus propiedades, tal como había prometido, pero Tariq prefirió poner su riqueza a buen recaudo.

El joven Yazid, hijo de Tariq Nusayr, y Zelima, habían coincidido en las ocasiones en las que Saffah y Tariq se habían visitado. Ambos habían congeniado desde el primer momento estaban prometidos desde hacía unos meses.

Saffah apreciaba a Tariq, era un buen amigo, y su hijo había recibido una buena educación. En la familia de Tariq Nusayr, Zelima tendría el mismo nivel de vida al que estaba acostumbrada. Disfrutaría de la compañía de las hermanas del joven. Lo que la apenaba era la separación: Sevilla estaba muy lejos de Toledo. Por ese motivo Saffah había ido retrasando la boda.

El bondadoso comerciante reunió a sus hijas en el salón para hablarles de su viaje. Siempre lo hacía cuando volvía a casa. A ellas les encantaba escucharle. Los relatos de Saffah con anécdotas, descripciones de los paisajes, de las ciudades y gentes le maravillaba las dos hermanas, pidiéndole siempre que volviera a repetir alguna de las historias que les había gustado.

— Aprovechando un viaje de negocios he estado en Sevilla con Tariq Nusayr y su hijo, Yazid.

— ¡Oh!, ¿qué tal están? —preguntó Zelima dando un brinco, con los ojos chispeantes por la ilusión.

— Sienten una gran nostalgia de Toledo, especialmente Yazid.

Saffah observó a Zelima y se alegró al ver reflejado en sus ojos el amor por el joven Yazid.

— Terminará por olvidarme; al fin y al cabo estamos muy lejos—comentó la joven con pesar.

— No te ha olvidado, cariño; es más, hemos estado planeando vuestra boda. Desea que te conviertas en su esposa cuanto antes. No quiere esperar más.

Una radiante sonrisa se dibujó en el dulce rostro de Zelima.

Nalia se levanto de los mullidos cojines sobre los que estaba recostada y abrazó a su hermana. Muchas veces habían hablado de Yazid; sin embargo, a causa del asedio de Toledo y a su posterior conquista, las familias que siempre habían sido amigas no habían podido volver a verse. Cuando Zelima se enteró de que la familia Nusayr abandonaba Toledo, perdió toda esperanza con respecto Yazid, a pesar del compromiso. Ambos se habían enamorado desde que se conocieron, pero debido a los acontecimientos se habían visto en pocas ocasiones.

— No sabes cuánto me alegro, hermana. Yazid es un hombre excelente; estoy segura de que te hará muy feliz.

Saffah contemplaba la escena con satisfacción.

— Y yo también. Creo que Yazid es el hombre ideal para mí. Es bueno y gentil, y yo me siento muy orgullosa de que me haya pedido en matrimonio.

Saffah abrazó a su hija con cariño.

— A mí también me gusta ese muchacho para ti. Lo que más me interesa en este mundo es vuestra felicidad, y os aseguro que un buen matrimonio ayuda a conseguirla.

A partir de ese momento todo fueron preparativos para la boda. Teniendo en cuenta que Toledo formaba ya parte de Castilla, las dos familias consideraron que sería mucho más fácil organizar la boda en terreno árabe. Sevilla, la ciudad donde viviría el matrimonia partir de entonces, sería el lugar más idóneo para celebrar los esponsales. Saffah estaba acostumbrado a viajar y para Nalia era como un sueño poder desplazarse hasta la bella ciudad de Guadalquivir. Siempre había oído hablar de las maravillas de Sevilla, y ahora no perdería la oportunidad de conocerlas.

Ayudada por su hermana y por las sirvientas dedicadas a la costura, Zelima comenzó a preparar el rico ajuar que aportaría al matrimonio, sin contar con las joyas y el dinero que su padre entregaría como dote.

— Ya sabes qué es lo único que me apena, ¿verdad Nalia? —le comentó un día Zelima mientras ambas bordaban en el patio, aprovechando el radiante sol que calentaba el frío día de diciembre.

— Lo mismo que me apena a mí: nuestra separación —contestó Nalia con tristeza.

— Hubiera sido demasiada suerte que ambas hubiésemos vivido en el mismo lugar... aunque yo no pierdo la esperanza de que así sea. Si algún día aceptaras a Ismail Bakr, las dos viviríamos en Sevilla—conjeturó Zelima esperanzada.

Nalia bajó la cabeza y continuó con el bordado.

— Sabes que todavía no estoy decidida a casarme. Ismail es un buen partido, lo sé, pero mi corazón aún no ha encontrado el amor.

— Si tú lo dices te creo, pero... no sé, yo creía que te gustaba un poco el caballero castellano.

Zelima temía ofender a su hermana con ese comentario. Para ella había sido muy obvio que entre Nalia y Jaime de Moriel había nacido algún tipo de sentimientos durante los meses que habían convivido juntos. No obstante, debido al mutismo de su hermana respecto a esa cuestión, no estaba segura de lo que había ocurrido entre ellos.

Nalia levantó con brusquedad la vista del bastidor y miró a su hermana, asombrada.

— ¿Te refieres a Jaime de Moriel? ... Bueno, hay que reconocer que es un hombre muy apuesto y que cuando no estaba enfadado conmigo me trataba con mucha delicadeza —reconoció con expresión ensoñadora—. Aun así, las dos sabemos que entre él y yo nunca podrá existir nada serio.

Nalia sintió una dolorosa aflicción al hacer esa afirmación.

— Pero es injusto que pagues durante toda tu vida la traición de unos desalmados.

— Aunque nosotras hayamos tenido la suerte de criarnos en una familia maravillosa, el mundo está lleno de injusticias, Zelima. Al parecer, yo he conocido las dos caras de la vida: la traición que sufrió mi padre y la suerte de haber encontrado a Saffah, un segundo y bondadoso padre. He tenido una segunda oportunidad, y no me creo con derecho a exigirle nada más a la vida. Pedir más sería puro egoísmo.

Admiraba la generosidad y la lógica de su hermana, pero Zelima le dolía que Nalia no conociera la felicidad que suponía gozar de un amor correspondido.

— Sin embargo yo sé que Dios te ayudará a encontrar el amor de un hombre que te merezca.

La bondad y la inocencia de Zelima siempre conmovían Nalia.

— También puedo convertirme en la tía solterona de mis sobrinos. Al fin y al cabo todos los niños necesitan que alguien los mime ¿no te parece?

Zelima se echó a reír, admirando el buen humor de su hermana.

El frío invierno se dejaba sentir entre los soldados del ejército del rey castellano. El asedio a Zaragoza era permanente, no permitiendo que nadie, excepto los espías, entraran o salieran de la ciudad. En vista de que las cartas con amenazas no lograban convencer a Al-

Mustain de que pagara las parias, Alfonso y sus oficiales habían decidido atacar con todas las armas disponibles.

Al principio todos los esfuerzos por parte de los castellanos habían sido inútiles, pues la ciudad estaba bien protegida y bien abastecida. Si bien las bajas habían sido mínimas, el frío y la escasez de alimentos empezaban a debilitar a los hombres.

Los ánimos comenzaron a mejorar cuando uno de los espíales comunicó que el hambre también empezaba a hacer estragos entre la población de Zaragoza.

— Entonces debemos aguantar. Nosotros somos todos hombres y podremos soportar la situación —decía un día el rey en la reunión diaria que mantenía con sus caballeros al anochecer—. Para ellos será mucho más difícil. Los maridos y padres no permitirán que sus hijos y sus mujeres se mueran de hambre. La falta de comida provocará revueltas, y eso nos beneficiará.

A pesar de que el rey tenía razón, Jaime no estaba tan seguro de que ellos pudieran aguantar mucho tiempo más. Al entrar más tarde en su tienda frotándose las manos para calentarlas, su escudero le ofreció la escasa comida de la que disponía cada uno de ellos. Al mirar el recipiente, con apenas unos trozos de carne y unas mal cocinadas verduras, le vino a la mente la surtida mesa de Saffah y los suculentos alimentos que les ofrecía cada día. En esos momentos de penurias y escasez le parecía un sueño haber tenido la suerte de disfrutar de Nalia y de su espléndido hogar. Llevaba ya tres meses sin verla y aún no había conseguido olvidarla. A pesar de su vehemencia la última vez que estuvieron juntos, en el fondo pensaba que lograría erradicarla de sus pensamientos. No sólo no había sido así, sino que su necesidad de ella era cada día mayor. La imagen de la joven musulmana no se apartaba de su cabeza ni un momento, provocando en él una intensa ansiedad por verla, tocarla, sentirla... La situación en la que se encontraban en esos momentos era muy desalentadora, aunque él no perdía la esperanza de que en pocos días se encontrara una solución y pudieran volver cuanto antes a Toledo.

Las expectativas del joven de Moriel no se cumplieron. El desafortunado asedio duró dos meses más, y cuando ya estaban punto de conseguir que Al-Mustain se rindiera, un mensajero llegó con precipitación al campamento con la fatídica noticia de que Yusuf, rey de los almorávides, había desembarcado en Algeciras para combatir a los cristianos.

Dado que la toma de Toledo por el rey castellano suponía una amenaza para todos los musulmanes, habían decidido unirse combatir al enemigo.

— Tenías razón, Jaime —admitió el rey después de leer el mensaje del correo—, Al-Mustain debía saber algo de esto y decidió resistir. Ahora ya no podemos quedarnos aquí, hemos de salir al encuentro del enemigo.

— Estoy seguro de que las fuerzas de Yusuf no son tan numerosas como las nuestras — comentó Artal.

— Siempre que los reyes de otras taifas no se le unan —argumentó Jaime—. Yusuf conoce perfectamente nuestras fuerzas; no creo que se arriesgue a combatirnos sin el apoyo de otros ejércitos.

— Es de esperar que sea así —estuvo de acuerdo Alfonso—. Hay que enviar rápidamente mensajeros para pedir ayuda a nuestros aliados.

Un segundo correo a los pocos días les confirmó lo que ellos temían. Al ejército de Yusuf se habían unido el del rey de Sevilla, Al-Mutamid, el de Granada, Abd-Allâh, el de Málaga, Tamin, y el dBadajoz, Al-Mutawakkil. Sería muy difícil vencer a ese enorme contingente de hombres, pero había que intentarlo; de no ser así, perderían lo que habían conquistado.

Desde el primer momento que se tuvo conocimiento de la mala noticia, Jaime supo que todavía pasaría mucho tiempo antes de que pudiera volver a Toledo. Su reacción inicial fue de pesar por no poder ver a Nalia. No sabía nada de ella, y eso le desasosegaba.

Temía que ocurriera algo que los separara para siempre.

Durante los días siguientes, su mente tuvo que concentrarse en el inminente peligro que se avecinaba. Había que detener al enemigo por todos los medios. Sabían que si no lo hacían,

Yusuf iría derecha conquistar Toledo. La pérdida de esta importante taifa musulmana había sido un duro golpe para los árabes. Intentarían recuperarla cualquier precio.

Jaime temblaba sólo con pensar que Nalia estaba allí y podía sufrir algún daño. Su brazo y su mente estaban preparados para combatir al enemigo con más ferocidad que nunca.

En pocos días, al ejército de Alfonso se le unió el del rey aragonés, Sancho Ramírez, al mando de su hijo Pedro, el del capitán Álvaro Fáñez desde Valencia y un ejército francés. El enorme contingente de hombres se movilizó con rapidez, dirigiéndose hacia la taifa de Badajoz, lugar donde se había concentrado el ejército de Yusuf.

A pesar de la ayuda de los aliados, las fuerzas no estaban igualadas. Alfonso confiaba por completo en sus caballeros, pero el número de hombres en el ejército enemigo era superior.

El enfrentamiento entre los dos bandos fue duro y feroz. Aún estando todos bien entrenados, los cristianos empezaron a ver sus fuerzas mermadas con rapidez ante la superioridad numérica de los musulmanes.

Tras un agotador enfrentamiento, rodeados de dolor, sangre desolación, Jaime aún se mantenía sobre el caballo, manejando su espada con destreza y eficacia. Sus hombres se habían dispersado él no podía verlos; solamente Sancho permanecía cerca de él, derribando al enemigo pero muy pendiente de la espalda de Jaime.

La concentración en el enemigo con el que peleaba y su constante atención a los que le rodeaban no impidieron que Jaime desviara sus ojos durante unos segundos hacia la zona donde estaba el rey y captara con horror la caída de éste del caballo. Con rapidez saltó del suyo, cogiendo a su contrincante desprevenido. Los segundos que el musulmán tardó en reaccionar fueron suficientes para que Jaime lo atravesara con su espada. Con precipitación y derribando a los enemigos que se interponían en su camino, llegó hasta donde estaba Alfonso, justo a tiempo de desviar la lanza que iba dirigida al corazón del soberano. El arma rozó la pierna de Alfonso, provocándole una herida que comenzó a sangrar rápidamente.

Sancho se encargó del que la había lanzado, erigiéndose continuación en escudo protector de Jaime y el rey. Con dificultad, Jaime lo sostenía con un brazo y se defendía con el otro mientras trataba de sacarlo del campo de batalla. Sancho los seguía, hasta que llegaron a un área más despejada y lograron dar la orden de retirada.

Con el rey herido no podían seguir allí.

En el campamento, situado a varias leguas del campo de batalla, Alfonso fue curado por el médico. Aunque, afortunadamente, se trataba de una herida leve, el médico le recomendó descansar.

— No podemos perder tiempo. En cuanto Yusuf logre recomponer el ejército nos destruirá por completo —le decía el rey sus caballeros—. Levantad el campamento y partamos enseguida. Toledo está en peligro, pues ese será sin duda el próximo objetivo de los almorávides.

Caballeros y soldados se pusieron en movimiento para emprender enseguida el viaje de vuelta. En pocas horas todo estuvo dispuesto para partir. Antes de iniciar la marcha, Alfonso llamó Jaime de Moriel a su tienda.

— A pesar del fracaso contra los almorávides, ya expresé antes mi agradecimiento a mis caballeros por el enorme esfuerzo que han realizado en la batalla. Tengo suerte de contar con eficaces guerreros —insistió con orgullo—. Ahora quiero darte las gracias a ti por tu rápida intervención. Me has salvado la vida, Jaime, y esa hazaña requiere una recompensa. —El rey estaba sentado, con la pierna herida estirada. Su hablar era pausado, pero su mirada serena expresaba su admiración por el temple y la valentía del joven caballero que tenía delante.

— Cualquier caballero hubiera hecho lo mismo de haber estado cerca —contestó Jaime con modestia.

— Lo sé, pero fuiste tú el que me sacaste de ese infierno. Una vida no tiene precio, y por ese motivo aumentaré tus tierras y te concederé un título, como es lo habitual. ¿Te parece bien barón de la Lanza? Teniendo en cuenta que precisamente una lanza mortífera hubiera segado mi vida en cuestión de segundos si tú no llegas desviarla, creo que es justo que tus

descendientes recuerden este hecho con orgullo —expuso el rey con agradecimiento—. Además, quiero concederte lo que más desees, lo que sea. Por favor, haz tu petición.

Clavado en el sitio donde estaba y mudo por la sorpresa, Jaime no podía creer que el rey fuera tan generoso. El monarca empezó a reírse.

— Comprendo que estas oportunidades no se le presentan a uno todos los día. Te aconsejo que aproveches la ocasión, de Moriel. Mañana quizás no pueda mostrarme tan generoso.

El buen humor de Alfonso hizo que Jaime se relajara. El retenía razón: no había que perder las oportunidades, y quizás esa fuera la más importante de su vida, la que trazaría su destino en la dirección que él quería.

— Deseo a Nalia de Toledo.

La sorpresa movió al rey a incorporarse, lo que le provocó un agudo dolor en la pierna.

— ¡Maldición, Jaime!, ¿pero qué estás diciendo? Puedes conseguir dinero, propiedades, un alto puesto en la Corte... y tú eliges a una mujer... ¿Tanto deseas a esa mora? —inquirió Alfonso aún atónito.

Sólo él sabía cuánto.

— Eso es lo que os pido, señor.

Una vez recuperado de la sorpresa, el rey lo miró con aprecio.

— Me gusta tu estilo, muchacho. Eres leal y constante, como tu padre, uno de los mejores nobles que tiene mi Reino —afirmó con orgullo—. Esa joven tiene suerte de contar con tu afecto, aunque dudo que sea sensato concederte lo que me has pedido.

— Estoy seguro de que ella se opondrá. Es musulmana y libre; no aceptará una imposición por mi parte; por ese motivo recurro vuestra ayuda.

La sinceridad y serenidad de Jaime admiraron al rey.

— Veo que eres muy consciente de los inconvenientes que lleva adoptar una decisión así. En principio te pondrás a esa joven en contra. ¿Crees que eso te conviene?

— Sé que si no es así, jamás la conseguiré.

— Comprendo lo que sientes, pero también debes pensar en tu futuro —le aconsejó el rey—. Nalia de Toledo pertenece a otra cultura a otra religión, y tú, tarde o temprano, tendrás que casarte y tener herederos, ¿qué harás entonces con esa joven?

Jaime no sabía lo que haría en el futuro, pero dudaba que pudiera alejarse de Nalia.

— Pienso en el presente, señor. Mis intereses ahora están centrados en serviros a vos y en conseguir a la mujer que deseo.

Las preferencias de ese joven estaban muy claras, ante lo cual el rey no tenía nada más que objetar.

— Supongo que su padre se opondrá también. Saffah es un hombre muy respetado en Toledo y capacitado económicamente para arreglar buenos matrimonios para sus hijas.

El temor de que eso hubiera podido suceder antes de que él volviera lo conmocionó.

— Supongo que sí. Por otro lado... si cuento con vuestro apoyo no podrá oponerse.

— Porque te debo la vida y porque sé que eres un verdadero caballero y no causarás ningún mal a Nalia de Toledo, te concederlo que deseas.

Una enorme alegría invadió el corazón del joven castellano. La batalla de Zalaca había supuesto una derrota para el ejército cristiano; sin embargo, Jaime de Moriel, el valeroso caballero castellano, había encontrado en ella la oportunidad de obtener lo que tanto deseaba. La casualidad le había brindado las armas suficientes para decidir su destino.

Ilusionado con la idea de volver a ver a Nalia, Jaime no reparó en la dureza del camino. El ejército de Alfonso tenía prisa por llegar a Toledo, pero su marcha era lenta debido a la cantidad de heridos que tenían que transportar. La fatiga y el desánimo habían hecho mella en los soldados; sólo la esperanza de encontrarse con los suyos muy pronto los mantenía aún en pie.

9

Un mensajero había anunciado con tiempo la llegada del ejército. Todo estaba preparado en el alcázar para recibir al rey. Las despensas habían sido aprovisionadas y las habitaciones limpiadas a fondo para acoger al monarca y sus caballeros, ausentes durante tanto tiempo.

Los habitantes de Toledo habían recibido con tristeza las noticias sobre los últimos acontecimientos. Sabían que la derrota en la batalla de Zalaca podría suponer un nuevo enfrentamiento entre musulmanes y cristianos. Pasado el temor que supuso la llegada del rey Alfonso, ahora todos habían aceptado el cambio y convivían en paz. Si los almorávides decidían atacarlos, habría guerra, y ellos no querían muertes ni sufrimientos.

Cuando la noticia llegó hasta la casa de Saffah, la familia se encontraba en plenos preparativos para el inminente viaje a Sevilla.

A causa de la llegada de los almorávides y a las batallas que esto provocaría, los caminos se habían vuelto aún más peligrosos, por lo que la boda había tenido que ser aplazada. Zelima había aceptado esta circunstancia con tristeza. Procuraba mantener la esperanza de que la situación se calmara en poco tiempo.

Nalia no había olvidado a Jaime de Moriel, por más que lo había intentado. Después de varios meses sin verlo, él había vuelto, lo que suponía una gran desazón para el corazón de la joven. Jaime y ella habían mantenido una agradable amistad afectiva. No podía negar que ese hombre le atraía, y eso era lo que la preocupaba. Su esperanza se centraba en que él la hubiera olvidado. Sólo si no lo veía podría liberarse de su recuerdo algún día.

Por el momento no sería así, y Nalia lo supo en cuanto vio al escudero de Jaime anunciando la llegada de los caballeros en unas horas.

A causa de los heridos, y especialmente debido a la pierna del rey, la marcha había sido lenta. Aun estando muy cerca de Toledo, esos últimos kilómetros se le estaban haciendo eternos a Jaime de Moriel. Su ansiedad por ver a Nalia era tan apremiante que dudaba de su capacidad de control cuando la tuviera delante.

Extenuados y completamente cubiertos de polvo del camino, los caballeros se encaminaron directos a los baños que los escuderos ya habían preparado en cuanto entraron en casa de Saffah. Antes de ayudarle a despojarse del uniforme de batalla, el ayudante de Jaime había cumplido la orden de su amo anunciando a Nalia que la esperara en el jardín. El corazón de la joven sufrió un vuelco al escuchar el mensaje, resultándole imposible reprimir la alegría que suponía para ella volver a verlo.

Por otra parte, su sentido práctico le advertía del peligro que representaba un nuevo encuentro. Aun no siendo lo más prudente, tampoco podría evitarlo.

Limpio y vestido con sencillez: calzas, camisa blanca y un jubón marrón, Jaime bajó las escaleras saltando los escalones de dos en dos. Al llegar al patio se detuvo bruscamente al ver la imagen con la que tanto había soñado. ¡Nalia...!, la hermosa y exquisita Nalia lo contemplaba desde un rincón lleno de flores, el marco idóneo para una flor aún más bella. El color malva de su vaporoso vestido incrementaba el intenso tono de sus ojos, suscitando en el corazón de Jaime una aguda sacudida.

Sin pronunciar palabra, el joven castellano se acercó a ella y la miró con ensimismamiento, como si aún tuviera que cerciorarse de que lo que estaba ocurriendo no era un sueño. Acariciándole el rostro suavemente, Jaime deslizó su mano hacia el delicado cuello de Nalia y acercó sus labios a los de él. Besándola con delicadeza en un principio, no pudo resistir durante mucho tiempo sin estrecharla fuertemente contra él para demostrarle vehementemente toda la pasión que sentía por ella.

— ¡Cómo te he echado de menos, amor mío!

Nalia no pudo contestarle. Los ansiosos labios de Jaime volvieron a capturar su boca con un deseo que la hizo temblar. Si bien en un principio el ímpetu de Jaime la desconcertó,

Nalia no pudo evitar sentir por él la misma atracción que él le demostraba. En esos momentos no pensaba, solamente correspondía en la misma medida a todo lo que Jaime le estaba dando. Nada hubiera podido distraerles de su ensimismamiento Ahme lo sabía. Era muy consciente del amor oculto que esos dos jóvenes sentían el uno por el otro.

No obstante, su misión era proteger a Nalia, sobre todo de un hombre tan imponente como Jaime de Moriel. Nalia era una mujer cauta e inteligente, pero la vehemencia del joven caballero la envolvía y anulaba su sentido común. A pesar de su comprensión, era su deber evitar una catástrofe.

Haciendo ruido para avisar a la pareja, Ahme los interrumpió con prudencia.

Jaime se apartó un poco de Nalia con desgana, sin dejar de mirarla. Le incomodaba la vigilancia a la que la tenían sometida. Por otra parte, le daba también tranquilidad cuando él se encontraba lejos.

— Bienvenido a casa, señor. Doy gracias a Alá de que hayáis vuelto sano de la guerra.

Sin soltar a Nalia, Jaime miró al guardián y le sonrió.

— Gracias, Ahme. Yo también estoy muy contento de estar de vuelta. ¿Todo bien por aquí?

— Muy bien, señor. Ahora parece que todo ha vuelto a la normalidad —añadió el fiel sirviente con una pícara sonrisa.

— Ya veo. Tus interrupciones siguen siendo tan puntuales como siempre —contestó Jaime con buen humor— Como supongo que comprenderás que después de tanto tiempo desee hablar un rato más con Nalia, espero que permitas que permanezcamos solos hasta la hora de la cena.

Ahme miró a su ama antes de contestar, y al captar el ligero movimiento de cabeza con el que le indicaba que se retirara, él aceptó la sugerencia del caballero.

Solos de nuevo, Jaime miró a Nalia con adoración.

— Eres todavía más bella de lo que yo recordaba —dijo pasándole lentamente la mano por el sedoso pelo—. Tu rostro, tu cabello, tu cuerpo... han invadido mis pensamientos constantemente. Tú has iluminado mis tristes días de campamento me has dado fuerzas para luchar enérgicamente contra el enemigo. Si en anteriores campañas luchaba por la patria y el rey, ahora lo he hecho sobre todo por ti. Me preocupaba tu seguridad, y mi principal objetivo era volver a tenerte entre mis brazos cuanto antes. Te deseo tanto, Nalia... —sus palabras vibraron por la fuerte emoción que sentía en esos momentos. Jaime jamás había hecho una declaración semejante. pesar de haber tenido relaciones esporádicas con mujeres, nunca su corazón había latido tan aceleradamente por una mujer—. Y tú, ¿me has recordado?

Nalia estaba ensimismada con sus palabras. Nunca un hombre se había atrevido a ser tan efusivo con ella, y dudaba que alguno de ellos hubiera hecho tan bonita declaración.

— Mucho —expresó con sinceridad—. Recordaba nuestros paseos y nuestras conversaciones. Siempre se echa de menos a un amigo.

Jaime se apartó un poco y la miró serio.

— ¿Y mis besos?

La joven cerró los ojos con pesadumbre.

— No creo que sea muy acertado entrar en ese terreno. Es inútil avanzar si luego hay que retroceder —dijo con cautela—. Nosotros... bueno, quiero decir que yo... estoy muy a gusto contigo, Jaime, pero nuestros destinos tienen caminos diferentes. No es aconsejable que lleguemos más lejos en nuestra relación.

Sus palabras le habían decepcionado. Esperaba más ardor por su parte. Ella trataba de protegerse a sí misma y él lo comprendía, pero en esa ocasión su espíritu caballeresco no cedería ante la súplica de la única mujer que le interesaba. Aunque lo había intuido, ahora acababa de cerciorarse de que si permitía que Nalia se saliera con la suya, no la volvería a ver jamás. Teniendo en cuenta la felicidad que ella le daba, ese sacrificio estaba descartado.

— No has contestado a mi pregunta.

Con pesar, Nalia dedujo que él no había tenido en cuenta su explicación.

— También recordé tus besos. Te tengo afecto, Jaime, y tú... eres un hombre muy apasionado.

— Te juro que nunca los olvidarás. —Besándola con fervor, Jaime volvió a demostrarle de nuevo lo necesario que eran el uno para el otro. Nalia tuvo que capitular ante la evidencia de que ella deseaba a ese hombre tanto como él a ella—. Te quiero a mi lado, Nalia. Anhelo fervientemente que me pertenezcas.

Los pasos de Ahme aproximándose los separó. Jaime observó con satisfacción el rubor que aún teñía las mejillas de Nalia y la miró desafiante, invitándola a negar sus propios sentimientos.

— Eres un hombre muy atrayente, Jaime. Me gustas, pero no puedo ser tuya.

Lo dijo con tal seguridad, que Jaime se ofendió.

— El único obstáculo para que no pudieras sería un marido, y tú no estás casada. No encuentro mayores impedimentos.

— Olvidas mi voluntad, Jaime. Ya me lo pediste en otra ocasión y mi respuesta fue la misma; no entiendo por qué insistes.

La paciencia empezó a abandonar el ánimo del joven. Había hecho lo correcto; se lo había pedido primero a Nalia, y ella insistía en negarse. Aun no deseándolo, tendría que recurrir a fuerzas superiores. Desgraciadamente, ella no le daba alternativa.

Durante la cena, Saffah se informó, a través de los caballeros castellanos, de lo que había ocurrido en Zaragoza y en Badajoz. Todos estaban contentos por estar de vuelta en casa, y no tuvieron inconvenientes en relatar lo que había ocurrido en la guerra.

— ¿Y qué creéis que harán ahora Yusuf y su ejército? —preguntó Saffah.

— Suponemos que igual que nosotros —contestó Lope—: curar sus heridos y recomponer los destrozos que causó la batalla. Pasado un tiempo se reorganizarán, si es que vuelven a ponerse de acuerdo, e intentarán conquistar algunas de las plazas que han perdido.

— ¿Consideráis entonces que sería más peligroso de lo normal viajar ahora?

— ¿Tenéis que salir en viaje de negocios? —preguntó Sancho.

— Bueno... Zelima ha sido pedida en matrimonio y hemos de viajar a Sevilla. Terminaremos de preparar la boda allí. Y aprovecharé para comerciar por toda esa zona y Nalia, además de acompañar a su hermana, tendrá la oportunidad de conocer la hermosa ciudad de Sevilla. Viviremos allí durante unos meses quizás más tiempo—continuó el comerciante con ingenuidad, sin percatarse de la conmoción que acababa de provocar en el ánimo de Jaime de Moriel. Sus ojos, de un verde cálido hasta ese momento, habían cambiado al tenebroso y turbulento verde de las peligrosas profundidades marinas—. Pienso llevar a muchos hombres de escolta, pero antes he de cerciorarme de que los caminos estén tranquilos.

Nalia giró la cabeza al percibir que Jaime la estaba mirando fijamente.

— ¿Por qué no me lo has dicho? —le preguntó con mirada acusadora.

— ¡Por Dios, Jaime!, casi no me has dado tiempo para hablar.

Aun reconociendo que ella tenía razón, su enfado no disminuyó.

— Mi consejo, Saffah —comentó Jaime dirigiéndose al comerciante— es que no os aventuréis a viajar ahora. De todas formas, sea cuando sea que decidáis desplazaros hasta Al-Andalus, Nalia no irá con vosotros.

Jaime había hablado muy calmado, sin embargo los que lo conocían bien, como era el caso de Sancho, sabían que el tono con el que se había expresado no admitía réplica. Mudo de asombro, Saffah lo miró consternado.

— Pero se trata de la boda de Zelima. Su hermana tiene que estar con ella.

Zelima miró a Jaime con incredulidad.

— No puedes estar hablando en serio. Aparte de mi padre, Nalia es la persona que deseo tener a mi lado el día de mi boda.

Nalia había permanecido callada, incapaz de creerse lo que estaba ocurriendo.

— Lo sé, Zelima, y de veras lo siento, pero no toleraré que Nalia se arriesgue en un viaje tan peligroso ni que permanezca tanto tiempo lejos de aquí.

Recuperada del impacto, Nalia sintió que la ira la cegaba. Había soportado con paciencia las órdenes de Jaime de Moriel porque no había tenido otra elección, pero eso era demasiado. Su prepotencia tenía que tener un límite, y ella lo fijaría en esos momentos.

— ¡Me da igual que te opongas! ¡Haré ese viaje con tu aprobación o sin ella!

Fuera de sí, Nalia se había puesto de pie y le taladraba con su furiosa mirada. Jaime también se levantó de un salto, enfrentando de forma fulminante la colérica mirada de ella.

— No pierdas el tiempo con rabietas, Nalia. Sabes muy bien que tienes que obedecerme.

— Creo que ya te he obedecido bastante. A partir de este momento sólo cumpliré mis deseos, no los tuyos.

Consciente de que la discusión podía empeorar hasta extremos peligrosos, Saffah trató de pacificar los ánimos. Los demás caballeros permanecían sentados mientras contemplaban la escena con cierta preocupación. Ellos debían obediencia a Jaime de Moriel.

Lo que él dijera estaba bien y no tenían ningún derecho a meterse en sus asuntos.

— Por favor, Jaime, no nos alteremos y tratemos de entendernos. El miedo que tenéis al viaje es infundado; si es necesario contrataré un ejército para que nos proteja. Tengo medios para ello —le explicó el bondadoso comerciante con paciencia—. En Sevilla estaremos sólo unos meses, hasta que Zelima se acostumbre vivir en una nueva familia.

Saffah siempre había sospechado que Jaime de Moriel estaba interesado en Nalia; ahora, acababa de comprobarlo. Debía intentarlo, aunque teniendo en cuenta la fuerte personalidad de ese hombre, dudaba mucho de poder conseguirlo.

Los ojos bondadosos de Zelima conmovieron a Jaime durante unos segundos. Estaban muy unidas, eso tenía que reconocerlo, ese era el motivo de que hubieran planeado pasar juntas el mayor tiempo posible. De todas formas, la separación entre ellas sería tan dolorosa que... pensando a toda velocidad, a Jaime se le acumularon turbios pensamientos en su mente, deducciones sencillas de la lógica más aplastante: Nalia y Zelima jamás se separarían. Saffah arreglaría dos matrimonios, no uno, pues... Jaime cambió de actitud y le dedicó a Zelima una sonrisa inocente. No pensaba ceder, pero quería averiguar con exactitud lo que Saffah tenía en mente.

— Sé lo unidas que estáis, y supongo que lo que tú más desearías sería tener siempre a Nalia a tu lado, ¿verdad Zelima?

Una sonrisa esperanzadora iluminó el dulce rostro de la joven.

— Eso sería maravilloso. Ambas podríamos vivir en Sevilla si Nalia aceptara a...

Una mirada de advertencia por parte de Nalia detuvo el discurso de Zelima. Había hablado de corazón, que era lo que Jaime pretendía, y no se había equivocado en sus conclusiones.

— ¿A Ismail Bakr por casualidad? —preguntó Jaime, malévolo.

En vista de que la discusión nada tenía que ver con ellos, los hombres de Jaime decidieron retirarse. Nalia también lo intentó, pero Jaime la detuvo presionándola suavemente en el hombro parque volviera a sentarse.

— Contéstame Zelima —la ordenó Jaime.

La joven estaba consternada. Sin quererlo había perjudicado su hermana y ese error podría costarle muy caro a Nalia.

— ¡Déjala en paz, Jaime! ¡Estás imaginando cosas; no hay ninguna base sólida para tus divagaciones! —gritó Nalia a la defensiva.

Jaime no apartó sus ojos acusadores del rostro de Zelima.

— ¿Zelima?

Viendo la indefensión de su hija y el miedo que se reflejaba en su rostro, Saffah se incorporó también y decidió hablar con Jaime.

— No es necesario acosarla más, de Moriel, yo os daré las explicaciones que deseéis.

Jaime hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

— Me parece una postura inteligente.

Más relajados, los cuatro volvieron a sentarse y Saffah pidió uno de los sirvientes que sirviera vino.

Nalia estaba indignada con Jaime y así lo expresaban sus ojos cada vez que lo miraba. Las deducciones que él había hecho eran absurdas. De todas formas, teniendo en cuenta lo testarudo que era, no tenía muchas garantías de que su padre lograra convencerlo de su error.

— El viaje que pensamos emprender tenía el único objetivo de la boda de Zelima. Todos estamos muy contentos con ese enlace y queremos celebrarlo con alegría —empezó a relatar Saffah con sinceridad. Había comprobado que sería muy perjudicial para todos mentir al caballero castellano—. Más tarde, y al recibir una carta de smail Bakr insistiendo en su interés por contraer matrimonio con Nalia, se me ocurrió la idea de mudarnos todos a Sevilla y vivir allí partir de ahora. —Nalia miró a su padre, asombrada. No tenía ni idea de sus planes—. Ismail cuenta con mi aprobación, y quizás cuando Nalia lo trate más, se decida a aceptarlo. Siempre hemos sido muy felices juntos. Ahora que me hago viejo, no quiero separarme de mis hijas.

Saffah no dijo que en el caso de que Ismail Bakr no pudiera ser su yerno, tal vez Nalia se enamorara de algún mozárabe del agrado de todos. Al fin y al cabo ella era cristiana y quizás le fuera más fácil aceptar a un hombre de su misma religión. La cuestión ahora era la seguridad de Nalia. En Sevilla no correría ningún peligro y además, egoístamente, él no quería separarse de ella.

Jaime le lanzó a Nalia una mirada acusadora: sus sospechas no habían sido infundadas. Ya se ocuparía él de que ella aprendiera contarle siempre la verdad.

En ese caso, Nalia había estado ajena a los planes de su padre. También sabía que, aunque hubiera tratado de explicárselo, él no la habría creído.

El gesto de Zelima seguía siendo de desolación, y Jaime lo lamentaba. Apreciaba a esa muchacha y no quería hacerle daño, pero ni por ella ni por nadie arriesgaría su felicidad presente.

— Te deseo mucha felicidad, Zelima. Puedes retirarte si lo deseas.

Jaime retuvo de nuevo a Nalia cuando intentó seguir a su hermana.

— Ahora hablaremos claro, Saffah —le anunció sentándose lentamente—. Si bien es muy loable que deseéis estar cerca de vuestras hijas, desgraciadamente, es muy común que finalmente padres e hijos tengan que separarse. Yo no tengo nada contra vos; muy al contrario, valoro vuestra honradez y agradezco vuestra hospitalida—explicó con calma—. No obstante, quiero que tengáis muy claro que no autorizaré que os llevéis a Nalia.

La joven bullía de rabia y se disponía a verter una serie de improperios contra Jaime. Su padre la detuvo con un gesto de la mano.

— ¿Es por un capricho o por un motivo importante? —inquirió el comerciante con calma.

— Tengo mis razones.

— Esa explicación no me tranquiliza.

— Lo sé, Saffah, pero no puedo ser más explícito. Sólo añadiré que no estoy dispuesto a soportar una nueva ausencia de Nalia.

El bondadoso comerciante lo miró reflexivo, hasta que una luz se le hizo en la mente. Lo había tenido delante durante todo ese tiempo y no lo había visto. Nalia no era hija suya, aunque él la había criado y la quería como si lo fuera. Ruy de Ara, el verdadero padre de la joven, le había rogado en su carta que velara por su futuro.

Acababa de darse cuenta de que quizás Jaime de Moriel representara ese futuro. Ese joven reunía en su persona todas las cualidades que Ruy hubiera deseado que tuviera el marido de su hija. Tal vez era muy aventurado hacer ese tipo de conjeturas, pero quizás las circunstancias estaban trazando el destino de Nalia a través de la insistencia del caballero castellano. Aun sabiendo que le resultaría muy doloroso la lejanía de Nalia, por un marido como Jaime de Moriel valdría la pena el sacrificio.

— ¿Qué es lo que queréis?

— Deseo que me entreguéis a Nalia.

La joven lo miró con incredulidad, completamente atónita por su atrevimiento.

— ¡Ni lo sueñes, Jaime de Moriel! —contestó ella con mirada desafiante—. No sólo no accederé a tus caprichos, sino que me iré con mi padre y mi hermana, y te juro por lo más sagrado que no volverás a verme.

Saffah suspiró con cansancio. Él era un hombre tranquilo, sin ningún deseo de soportar la tormenta que se avecinaba.

— He hecho una petición a tu padre, y él es el que tiene que contestar.

— Ni siquiera la considerará. ¡Es completamente absurdo! No soy una esclava a la que se pueda comprar como una mercancía.

— Yo no he hablado ni de compra ni de venta...

— ¡Calma, por favor! —exclamó Saffah intentando mantener la paz entre los dos jóvenes—. Mis hijas han sido preparadas desde la infancia para el matrimonio, y no creo que vos, Jaime de Moriel, podáis ofrecérselo.

— Por ahora, no, pero sí prometo respetar a Nalia. Yo le ofreceré todo lo que una mujer puede desear, y jamás la forzaré hacer algo que ella no desee.

La colérica expresión de Nalia no varió.

— No tienes que prometer nada; nunca accederé a quedarme contigo.

Jaime se volvió irritado para contestarla, pero Saffah intervino a tiempo.

— Vuestra petición es muy delicada y debo reflexionar. Por favor, dadme un poco de tiempo.

— Dos días.

— Pero padre, ¿qué estás diciendo? No hay nada que pensar. Por favor, respeta mis deseos y respóndele ahora.

Saffah la miró apesadumbrado. Nalia estaba enfadada y no podía pensar con claridad; él sí. Jaime de Moriel era el marido que Nalia necesitaba. Durante mucho tiempo había pensado en una oportunidad semejante y le había parecido un sueño irrealizable.

Sólo un marido poderoso, noble y rico podría defenderla de los Jaranegra. Afortunadamente, los de Moriel contaban con ese poder. Si bien el joven no podía prometer matrimonio porque no sabía que Nalia era tan cristiana como él, estaba enamorado de ella. Ese amor convertiría su interés en algo tan poderoso que tarde o temprano lo llevaría a casarse con ella en cuanto descubriera la verdad.

10

Cada gota de lluvia que caía en el patio era como un golpe en el ánimo de Zelima. Estaba triste por el aplazamiento indefinido de su boda y por la posible ausencia de su hermana si no lograban convencer a Jaime de Moriel de que la dejara marchar. Intentaba mostrarse optimista ante su hermana para no desanimarla aún más de lo que ya estaba. Nalia había estado inquieta y de mal humor durante todo el día que su padre había dedicado a reflexionar sobre su futuro. Se había negado a ver Jaime y no había consentido en reunirse con los demás a la hora de la cena.

Saffah le había prometido hablar con ella esa tarde, y con Jaime después de cenar. Las dos hermanas esperaban expectantes la decisión de su padre. A pesar de que Saffah solía concederles todo lo que pedían, también sabían que no cedía ante lo que él consideraba lo más apropiado para ellas.

Nalia se paseaba furiosa por la habitación. Todavía no podía creer que Jaime se hubiera atrevido a hacer semejante petición a su padre y que éste no se hubiera negado con rotundidad.

En cuanto Saffah entró en los aposentos de sus hijas, las dos lo miraron expectantes, deseosas de que las sacara por fin de dudas.

El bondadoso comerciante las sonrió con una expresión tranquilizadora y les pidió que se sentaran.

— Quizás lo que voy a decir no te agrade, Nalia, pero te aseguro que, después de meditarlo muchísimo, he llegado a la conclusión de que, por tu condición de cristiana, la petición de Jaime de Moriel no me resulta tan descabellada.

Nalia abrió los ojos desmesuradamente.

— ¿Intentas decirme que has decidido entregarme a ese hombre?

Saffah negó con la cabeza.

— Eso todavía está por decidir. Lo que quiero es que comprendas que la protección del apellido de Moriel, con el poder que representa, sería muy beneficioso para ti. Estoy seguro de que tu padre, el noble Ruy de Ara, aprobaría sin dudarlo esa unión.

Nalia estaba atónita. O su padre no había captado las verdaderas intenciones de Jaime de Moriel, o había perdido el juicio.

— ¿Crees que a Ruy de Ara le gustaría verme como amante de un maldito castellano?

— ¡Por supuesto que no!, ni a mí tampoco. Jaime de Moriel es un caballero, y sé que te respetará. Lo único que pretende es tenerte a su lado, cosa que es comprensible —añadió mirándola con orgullo de padre—. Con el tiempo, no podrá prescindir de ti y te convertirá en su esposa.

Nalia se echó a reír.

— ¿Casarse el noble caballero castellano Jaime de Moriel con una simple mora?, vamos, padre, no te engañes. Yo le atraigo mucho, eso es cierto, pero como le podría atraer cualquier mujer guapa. En cuanto se cansara de mí, me abandonaría sin ningún remordimiento.

Saffah no lo creía. Él era un hombre mayor, con experiencia en muchos campos y con la astucia típica de los comerciantes trotamundos. Conocía muy bien a las personas y sabía que Jaime de Moriel era un hombre sincero. La arrogancia de su estirpe y la seguridad de su poder le daban un aire orgulloso, defecto muy corriente en los caballeros nobles, pero Saffah, después de los meses de convivencia con él, había indagado en su mente y en su corazón, y sabía que era responsable y leal. El comerciante estaba seguro de que el joven de Moriel nunca cometería una villanía con nadie ni dañaría a la mujer de la que estaba profundamente enamorado.

— Estás equivocada, cariño. No sé si ese joven es consciente de la intensidad de sus sentimientos hacia ti, pero en el momento en que lo averigüe no habrá persona que pueda apartarlo de tu lado. Sobre todo cuando se entere de que eres cristiana.

Nalia dio un respingo y miró a su padre horrorizada.

— ¡No lo sabrá! ¡Júrame que no se lo dirás!

Saffah se acercó a ella y la abrazó para intentar calmarla.

— Tranquila, querida. Ahora no sería conveniente. Quizás sea aún pronto para dar ese paso. Con el tiempo irás sintiendo la necesidad de sincerarte con él. Cuando llegue ese momento te alegrarás de abrir tu corazón a la persona amada.

— ¡Esa persona no será Jaime de Moriel! —exclamó resentida.

El bondadoso comerciante suspiró con aflicción.

— Pero, ¿por qué no? Él nos ha tratado bien. Podría habee ejercido su poder con más contundencia, y sin embargo no lo ha hecho.

— Intenta dominarme, quebrar mi espíritu para que haga lo que él desea. Ninguno de mis pretendientes se ha atrevido a tanto. Ese hombre no se saldrá con la suya.

— Está bien, está bien, querida; por favor, no te aflijas —murmuró dándole suaves palmaditas en la espalda—; era mi debee exponerte lo que pienso. Sabes también que no te obligaré a aceptar a ningún hombre. Tu hermana ha elegido libremente y es feliz. Lo mismo deseo para ti. Creo que Jaime de Moriel y tú podríais congeniar en un futuro. Esa es una opinión personal; eres tú la que tiene la última palabra.

Zelima había permanecido callada durante todo ese tiempo.

Ella no estaba tan segura de las intenciones de Jaime de Moriel. Por otra parte, también intuía que el caballero castellano sentía algo profundo por su hermana.

— No sé qué me deparará el destino, padre, pero jamás accederé a ser el juguete de un hombre.

Durante los dos días que había concedido a Saffah para que reflexionara, Jaime había estado intranquilo. Todo hubiera sido mucho más sencillo si Nalia no fuera tan testaruda. Ella tendría que haber estado encantada de que él la solicitara: hasta en eso era distinta a las demás mujeres, para su desgracia.

Le sentó mal que esa noche Nalia tampoco hubiera acudido cenar con ellos. Al parecer su enfado continuaba, y Jaime se había propuesto tener paciencia. Lo que tenía más prioridad para él ahora era la respuesta de Saffah. Nalia se quedaría con él. Esa decisión era inamovible, pero prefería tener el permiso de su padre.

— Parece que las damas nos han abandonado —se quejaba Álvaro con pena—. ¿Alguno de vosotros las ha ofendido de alguna manera?—preguntó dirigiendo sus ojos hacia Jaime.

— ¿Quizás la bella Nalia se ha rebelado de nuevo?

A esta pregunta de Sancho, Jaime contestó con sequedad.

— Espero que haya aprendido ya que su rebeldía conmigo esta destinada siempre al fracaso.

El veterano caballero alzó una ceja.

— Creía que habíais hecho las paces. Veo que los ánimos vuelven a estar alterados.

Saffah se mantuvo en silencio mientras comían. Conocía un poco a Jaime de Moriel y temía su reacción cuando le interrogara.

Los caballeros continuaron bromeando sobre diferentes temas, aunque ni Saffah ni Jaime parecían estar de humor para bromas. Jaime fue muy directo cuando finalmente se quedaron solos.

El tiempo que había concedido al comerciante para que reflexionara ya había prescrito, y él estaba ansioso por saber su respuesta.

— Y bien, Saffah, ¿qué habéis decidido respecto a mi petición?

El comerciante captó su impaciencia y supo inmediatamente que su respuesta iba a enfurecer enormemente al castellano.

— Es una cuestión que no me atañe sólo a mí sino también Nalia. Mis hijas y yo siempre hemos estado en buena armonía, y en estos asuntos, especialmente, prefiero que ellas estén también de acuerdo.

Jaime lo miró espantado. Ese hombre era demasiado condescendiente con sus hijas; de ahí el genio y la indocilidad de Nalia.

— Pero vos sois su padre y tenéis toda la autoridad sobre ella. Nalia no puede oponerse a vuestras decisiones.

— Y no suele hacerlo. No obstante, en esta ocasión se niega taxativamente a quedarse con vos —continuó sin rodeos—, y yo no quiero obligarla en un asunto tan delicado.

Una oscuridad tenebrosa apareció en los bonitos ojos del joven. A pesar de que había temido esa respuesta, en el fondo siempre había conservado la esperanza de que Nalia sintiera algo por él y prefiriera quedarse a su lado. No había sido así, pensó frustrado y completamente decepcionado. Ella lo rechazaba de nuevo y eso le dolía.

Desafortunadamente para Nalia, su actitud también le sirvió de acicate para reparar su orgullo herido y resolver de una vez por todas el enfrentamiento que había surgido entre Nalia y él desde el día que se conocieron. Jaime era un caballero y basaba su comportamiento en las estrictas normas que regían en las leyes de caballería. A pesar de ser enemigos, había sido respetuoso con ella; sin embargo, todo tenía un límite, y él, por ser precisamente un caballero noble, tenía también una serie de privilegios a los que no renunciaría.

— Sé lo que ella piensa. Lo que quiero es que vos me la entreguéis. Tenéis mi promesa de que nunca le haré daño y jamás le faltará nada.

Jaime despreciaba la actitud, demasiado benevolente, de Saffah hacia sus hijas, especialmente hacia Nalia, pero no por eso dejaba de reconocer la bondad y generosidad de ese hombre. Sus mimos excesivos habían hecho creer a Nalia que siempre se saldría con la suya y que todos respetarían su voluntad. A Jaime nunca le había gustado imponerse, de hecho nunca tuvo que hacerlo con una mujer, pero en esa ocasión Nalia no se saldría con la suya. Esa mujer necesitaba mano dura y una pequeña frustración de vez en cuando, considerándose él la persona más idónea para ponerla en el lugar que le correspondía.

El joven caballero sentía un enorme respeto hacia el comerciante y deseaba que él diera su bendición a la relación entre Nalia y él. Sabía que Saffah no estaba en contra de esa relación, pero no quería llevar la contraria a su hija. ¡Era el colmo tener que andarse con contemplaciones con una mujer tan testaruda!

A pesar de sentirse afligido, Saffah no disgustaría a su hija. Le gustaba el joven castellano y consideraba que era un buen partido para Nalia. Aun así, por nada ni por nadie arriesgaría el cariño de Nalia.

— Cuando seáis padre comprenderéis mi postura, Jaime de Moriel. Sois un joven honrado y agradable, y es un honor que un caballero tan noble desee a Nalia. Por otra parte, mis hijas son lo primero para mí y no destruiré la confianza que siempre han depositado en mí —afirmó con pesar—. Nalia y vos formáis una buena pareja y quizás hubieseis tenido un bonito futuro juntos. Ella prefiere escoger otro camino y yo no me opondré. Lo siento.

Jaime era un hombre razonable y en condiciones normales lo hubiera entendido. ¡En esos momentos, no! Furioso con Nalia sobre todo, rechazó el planteamiento de Saffah y salió airado de la habitación.

Esa noche no durmió bien. Los sueños placenteros y escabrosos se mezclaban en su mente, produciéndole un desasosiego que le impedía descansar. Primero veía a Nalia junto él, sonriendo, contenta... De pronto, su semblante cambiaba y salía corriendo, alejándose de él cada vez más. Desesperado, intentaba alcanzarla, pero sus piernas se tambaleaban, no le respondían.

Envuelto en una especie de neblina, se quedaba paralizado mientras veía angustiado cómo la imagen de su amada desaparecía para siempre. Un último grito llamándola, al tiempo que alargaba la mano para intentar inútilmente cogerla, lo despertó envuelto en sudor.

Sentado en la cama y respirando con dificultad, Jaime decidió que ya no arriesgaría más. No sabía qué sería de su vida, pero estaba seguro de que quería vivirla al lado de Nalia. Hubiera sido sensato pensar de qué manera iban a vivir esa vida, perteneciendo ambos dos culturas tan diferentes. No lo hizo, prefiriendo dejar esas dolorosas elucubraciones en manos del destino. Al parecer, empezaba a convencerse seriamente de que le sería muy difícil, si no imposible, olvidar a Nalia de Toledo.

No fue solamente Jaime el que no logró dormir bien esa noche en casa de Saffah. Sancho, el fiel caballero que le había servido desde que era un niño, estaba también intranquilo. Conocía muy bien a Jaime y lo quería como a un hijo. Ajeno al trato que habían hecho Jaime y el rey después de la batalla de Zalaca, intuía que algo grave estaba ocurriendo en el ánimo de su pupilo. De carácter alegre y despreocupado, últimamente lo veía inquieto y apesadumbrado.

No sabía exactamente el motivo de su preocupación, pero su instinto de viejo le decía que Jaime estaba sufriendo el mal de amores al que tanto se había resistido y que él mismo había temido.

Unos golpes en la puerta muy temprano extrañaron a Jaime.

Antes de que él la abriera, Sancho se identificó y solicitó permiso para entrar.

— Has madrugado mucho, Sancho. ¿Te ocurre algo? —inquirió Jaime mientras se acercaba a la jofaina que había en un rincón de la habitación y se lavaba la cara.

— Precisamente eso es lo que vengo a preguntarte yo. ¿Qué es lo que está pasando?

Jaime lo miró sorprendido. Debía haber aprendido hacía mucho tiempo que a su antiguo ayo no se le escapaba nada de lo que ocurría a su alrededor.

— ¿A qué te refieres?

— No me tomes por tonto, muchacho. No te lo he consentido nunca ni lo voy a hacer ahora. Conozco perfectamente mi trabajo, Dios me libraría de coartarte cualquier iniciativa que se te ocurriera, pero sé por tu actitud y tu semblante que algo importante te ocurre, yo tengo la obligación de saberlo para ayudarte en lo que pueda.

— Es un asunto personal. Esto no tiene nada que ver con tu trabajo.

El veterano caballero se acercó a Jaime, furioso.

— Si ese asunto personal se llama Nalia de Toledo, sí tiene mucho que ver con mi trabajo.

— ¡No, Sancho! —gritó Jaime con genio—. Ya no soy un niño, sino un hombre que sabe muy bien lo que quiere. Lo que ocurre entre Nalia y yo sólo nos atañe a nosotros dos. Por favor, no te entrometas.

— Nunca lo he hecho; sin embargo, no debes olvidar que también soy tu consejero, y que siempre has confiado en mi buen juicio, según tus propias palabras.

Jaime movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

— Es cierto. Ya escuché tus consejos acerca de Nalia...

— Y no me hiciste caso —le cortó Sancho—. El amor es un sentimiento muy fuerte, Jaime, que todos los hombres sentimos por lo menos una vez en la vida. Te lo advertí y tú no quisiste tener en cuenta mis palabras. Ahora, te encuentras atrapado en las redes de esa mujer.

Jaime no quiso ceder ni siquiera a sus propios sentimientos.

— Deseo a Nalia. Eso no quiere decir que sienta amor por ella.

— Si sólo es deseo, elige entre las muchas mujeres, nobles cristianas, que estarían deseosas de tus atenciones. Deja que Nalia se vaya; aléjate de ella para siempre —lo intentó el caballero de nuevo— El deseo se satisface con cualquier mujer, y cuando te enamores de verdad, fundarás tu propio hogar y no volverás a acordarte de las mujeres que deseaste a lo largo de tu vida.

Las palabras de su leal amigo eran muy sensatas, pero ni él ni nadie podrían comprender la intensidad de su deseo. Él, más que nadie, había intentado olvidar a esa mujer: no lo había logrado, ni siquiera durante los meses que la guerra los había mantenido separados.

Jaime se irguió en toda su estatura y miró a Sancho con determinación.

— Mientras que yo me encuentre a gusto al lado de Nalia, no permitiré que se separe de mí.

Dándole la espalda, se dirigió hacia la puerta, dando la conversación por terminada. Sancho no se inmutó; no estaba dispuesto a ceder.

— Ella no te quiere, Jaime. No desea quedarse contigo. ¿Acaso la vas a forzar a aceptarte?

Sus palabras le afectaron. Eran demasiado duras y podían ser verdad.

— Nalia es una mujer muy testaruda, de una gran personalidad. Si yo no estuviera seguro de que me desea tanto como yo a ella, no perdería mi tiempo.

— Quiere ir a Sevilla para asistir a la boda de su hermana y es muy comprensible...

— ¡No irá, maldita sea! ¡No irá! —gritó furioso.

La obcecación de Jaime también irritó al veterano caballero.

— ¡¿Y cómo vas a impedírselo?! Nalia es una mujer libre, no puedes retenerla como a una esclava.

— El rey me ayudará.

Sancho se quedó pensativo, reflexionando acerca de las palabras de Jaime. Cuando quiso volver a interrogarlo, el joven ya no estaba en la habitación.

¿El rey?, pero ¿cómo podría...? ¡Zalaca!, la derrota de Zalaca, cerca de Badajoz, batalla en la que Jaime le había salvado la vida Alfonso. De pronto, el caballero comprendió todo lo que Jaime tenía en mente. Alfonso VI le debía la vida, y tal vez le hiciera algunas concesiones. Lo que Sancho no sabía era que el rey ya le había dado su palabra a Jaime tiempo atrás.

La frustración e irritación por la indiferencia de Nalia la descargaba Jaime en los entrenamientos. Con golpes certeros violentos practicaba los ejercicios hasta unos límites exhaustivos, provocando a veces las quejas de los otros caballeros.

— ¿Pretendes matarnos a todos, Jaime, o es que nos confundes con el enemigo? —le reprochó una mañana Lope mientras trataba de esquivar las fuertes embestidas de su jefe.

Él pestañeó al oírle, completamente ausente, inconsciente de la brutalidad de sus movimientos.

— Estaba pensando en otra cosa, perdona.

— Últimamente estás muy distraído.

— Estoy un poco cansado. Esta tarde continuaremos con los ejercicios.

Dándose la vuelta, abandonó el campo de entrenamiento y se dirigió a los establos.

Sus hombres lo miraron extrañados. Todos intuían lo que le ocurría, aunque no se atrevían a exponerlo claramente. Si bien en un principio el romance entre Jaime y la bella Nalia les había hecho gracia, pues ellos mismos tonteaban con bellas moras siempre que podían, ahora empezaba a preocuparles, igual que a Sancho. Conscientes todos ellos de la importancia de la familia de Jaime en el país, sabían perfectamente que no autorizarían un matrimonio con una musulmana.

Su padre, sus tíos y sus primos, poderosos barones, siempre habían formado parte de la élite de Castilla-León, la que ayudaba al rey e influía enormemente en sus decisiones. La fortuna de la familia estaba basada en las donaciones del rey por sus servicios y en los lucrativos matrimonios que tanto hombres como mujeres de Moriel habían hecho a lo largo de generaciones.

Jaime era el primogénito de Pedro de Moriel, y era su deber realizar un buen matrimonio. A todos los miembros jóvenes de la familia, en edad casadera, se les exigía que aumentaran el poder y el patrimonio de la familia eligiendo una esposa o un marido a la altura de su apellido. Era evidente que el linaje de Nalia no entraba dentro de las opciones elegibles para optar al título de esposa de Jaime de Moriel.

Nalia levantó la vista de la labor que tenía entre las manos cuando oyó entrar a Ahme en sus aposentos.

— Hay fuera un mensajero que viene de parte de la reina —le anunció Ahme.

Nalia lo miró extrañada.

— ¿Constanza ha vuelto?

— Parece ser que regresó ayer por la tarde.

Nalia dejó el bastidor sobre una mesa baja y salió de sus habitaciones con el fiel mestizo.

Un joven, ataviado con el uniforme de los sirvientes de la reina Constanza, los esperaba en el patio. Al ver aparecer a Nalia hizo una cortés inclinación de cabeza.

— Perdonad mi intromisión, señora, pero me envía la reina para que os pregunte si seríais tan amable de acompañarla esta tarde a dar un paseo por los jardines del alcázar.

Nalia ya había acudido otras veces a palacio requerida por la reina y siempre había pasado un rato agradable con ella. Constanza había estado ausente bastante tiempo, y ahora que había vuelto, Nalia le resultaba grato reanudar su amistad.

— Será un honor acompañarla —contestó al mensajero—. Por favor, dadle las gracias en mi nombre por su amable invitación.

Cuando lo comentó con su familia a la hora de comer, Saffah la miró orgulloso.

— Eso es señal de que la reina Constanza se encuentra a gusto contigo.

— Yo también lo estoy con ella. Aunque parece retraída porque prácticamente todos los que la rodean son extraños para ella, la reina es una mujer muy amable y sensible. Alejada de su país, de su familia y de sus amigos, se encuentra bastante sola.

— Su situación parece muy triste —afirmó Zelima compungida— No me extraña que desee hacer algunas amigas. Según me han dicho, sus damas son todas señoras mayores, ¿no?

— Sí —afirmó Nalia—. Las dos más jóvenes se han casado y han vuelto a su país. Al parecer, dentro de poco llegarán varias jóvenes castellanas. Con ellas se animará mucho.

Zelima movió la cabeza con pesar. Ella también iba a alejarse de su familia, pero no se sentía triste porque todavía conservaba la esperanza de que Nalia la acompañara a Sevilla y terminara aceptando a Ismail Bakr. Jaime de Moriel era el único que obstaculizaba sus ilusiones. Esperaba que entre todos pudieran convencerle para que permitiera hacer el viaje a Nalia.

11

El verano estaba terminando. La temperatura era cálida, pero no agobiante. Las flores estaban espléndidas, protegidas bajo los frondosos árboles. El jardín de palacio era un arcoiris de colores. Paseando entre los bellos macizos de rosas, claveles, pensamientos y toda una variedad de plantas, la reina Constanza y Nalia se estaban poniendo al día acerca de lo acontecido tanto en Toledo como en León.

— Una boda siempre es un motivo de alegría en una casa, especialmente si los novios están muy enamorados —expresó con regocijo la reina una vez que Nalia le hubo hablado acerca del compromiso de su hermana—. Tu compañía y tu ayuda serán muy valiosas para Zelima. En estos casos, el cariño y el apoyo de una hermana son muy apreciados.

Nalia estuvo de acuerdo.

— Ambas estamos preparando su boda con mucha ilusión, la pena es que... bueno..., no sé si finalmente podré asistir.

La reina la miró con perplejidad.

— ¿Y por qué no habrías de asistir?

Nalia no sabía cómo empezar. No había preparado ese encuentro, y menos la conversación, pero ya que había surgido tan oportunamente y Constanza se interesaba por el tema, decidió aprovechar la buena disposición de la soberana para pedirle ayuda.

— Porque el caballero Jaime de Moriel se opone a que yo abandone Toledo.

La reina no entendía nada.

— ¿Que se opone?, pero... ¿qué tiene él que ver contigo?

Constanza conocía a todos los caballeros del rey, y por supuesto, a Jaime de Moriel y a su familia.

— Él y su grupo de caballeros viven en nuestra casa desde la conquista de Toledo. Siempre han sido muy considerados con nosotros—alegó en su favor— pero el caballero de Moriel se ha encaprichado conmigo y no desea que me aleje, ni siquiera por un tiempo, para asistir a la boda de mi hermana.

La reina se sintió irritada por la osadía de ese joven. Apreciaba mucho a Nalia, una muchacha buena y culta. Ambas hablaban en francés y siempre aprendían algo la una de la otra. Se encontraba muy a gusto a su lado, y no deseaba que nadie le hiciera daño, por más que se tratara de uno de los caballeros que gozaba de la máxima confianza de su marido.

— Pero eso es absurdo. Él no tiene ninguna autoridad sobre ti. Sería una crueldad que no te dejaran asistir a esa boda —exclamó enfadada—. Hablaré con el rey, querida, y todo se arreglará, ya lo verás.

Nalia recuperó algo de la esperanza perdida. Con todo, una fuerte aprensión continuaba instalada en su corazón.

— ¡Ojalá tengáis razón, señora!

— Claro que la tengo; además, cuando vuelvas, me gustaría que fueras una de mis damas de compañía. Nos entendemos muy bien, me encantaría que con el tiempo llegáramos a ser buenas amigas.

A Nalia le halagó la petición de la soberana. Constanza era una mujer dulce y afectuosa, y para ella sería un honor entrar a su servicio.

Tal y como había prometido, Constanza no tardó en hablar con su marido. Al rey no le hizo mucha gracia su intromisión. Tenía una deuda con Jaime de Moriel y pasara lo que pasara la pagaría. A pesar de esta decisión escuchó a su mujer.

— Quizás tengas razón, Constanza, pero he dado mi palabra debo cumplirla.

— Sé lo que les debes a tus caballeros y a sus familias, y sé también que sería indigno de un rey no cumplir las promesas formuladas, pero ¿no podríamos buscar otra solución alternativa?

Alfonso no había pensado en eso y no le pareció mala idea.

— ¿Tienes alguna en mente?

La reina recogió sus voluminosas faldas y se sentó cómodamente en uno de los sillones situados delante del mirador.

— La cuestión es que tú le debes un gran favor a Jaime de Moriel y él desea a Nalia de Toledo como recompensa, ¿no es así?

El rey asintió interesado.

— Lo que tú decidas es ley, eso todos lo saben, pero también eres un hombre honorable y no te gusta transgredir las leyes por capricho —le recordó con astucia—. Nalia es libre. Puede hacer lo que desee y viajar a donde quiera. También es cierto que es una mujer, por su propia seguridad debe someterse a la autoridad de su padre y de su rey.

Alfonso se sentó enfrente de ella y la miró con impaciencia.

— ¿Se puede saber adónde quieres llegar?

— Entregársela a de Moriel como amante no sería honorable. En principio podrías permitirle asistir a la boda de su hermana en Sevilla, acompañada de algún hombre del caballero para que ella no se sintiera tentada a quedarse. Después, puede ser instalada en palacio, bajo nuestra tutela y como dama mía, para que Jaime de Moriel y ella se traten y se conozcan mejor. Si pasado un tiempo resulta imposible que esos dos jóvenes puedan unirse en matrimonio a causa de la religión de cada uno, Nalia quedará libre de volver a su casa.

El rey negó con la cabeza.

— No creo que Jaime esté de acuerdo. Él me pidió claramente que se la entregara...

— Y lo harás, pero con unas condiciones.

La alternativa no estaba mal, y era una solución para resolver el problema de momento.

Alfonso no quiso pensar más. Ya tenía suficientes problemas como para además preocuparse de la seguridad de una mora. Lo que le proponía su mujer era una alternativa inteligente, y él procuraría llevarla a cabo para mantener la paz de su hogar.

Cuando Jaime volvió a casa de Saffah, después de pasar unos días de patrulla, se dio cuenta con desaliento que la actitud de Nalia hacia él no había cambiado. Aún ofendida, no acudía al salón a la hora de la cena. Tampoco consentía en pasear con él o disfrutar de los ratos de intimidad que Jaime tanto deseaba. Empezaba a hartarse de esa situación, y ya había decidido que a la mañana siguiente pediría audiencia al rey para reclamar lo que Alfonso le había prometido.

El rey sabía que la demanda de Jaime no se demoraría mucho más, por ese motivo no le sorprendió la visita del joven. Con paso seguro y porte majestuoso, Jaime entró en la sala de audiencia dispuesto a conseguir lo que tanto deseaba. Ningún varón de su familia hubiera aguantado tanto a una mujer, y a él ya se le había agotado la paciencia.

— Espero que te encuentres bien, Jaime, y que tu visita no se deba a ningún problema importante.

— Por ahora todo está tranquilo, señor. Yusuf ha vuelto con su ejército al norte de África, como ya sabéis, y parece que podremos gozar de algún tiempo de paz.

El rey se había alegrado enormemente al conocer la noticia.

Según le habían comunicado los espías, Yusuf tenía también problemas en sus dominios y se había visto obligado a regresar. Eso les daba a los cristianos un respiro para organizarse y para disfrutar de un merecido descanso.

— Quizás es hora de dar permiso a algunos de mis caballeros para que vayan a visitar a sus familias —sugirió Alfonso, condescendiente. Cuánto más demorara el asunto de Jaime con la mora Nalia, mejor para todos—. La guerra es cruel y nos aleja de los nuestros, por ese motivo hay que aprovechar los breves momentos de paz para reunirnos con ellos.

Jaime no podía contradecirle. Alfonso tenía razón, y en otras circunstancias él hubiera brincado de alegría. Siempre le alegraba volver al hogar y gozar del cariño de los suyos; sin embargo, en esos momentos no era lo más conveniente para él. Si se alejaba ahora, Nalia se le escaparía. En cuanto él saliera de Toledo, Saffah organizaría el viaje a Sevilla y no volvería a verla. Esa posibilidad estaba descartada, y ya era hora de que ella se convenciera de una vez.

— Deseo ver a mi familia —reconoció el joven—, pero todavía me queda un asunto importante que resolver aquí.

Alfonso suspiró con desánimo. El muchacho era testarudo no estaba dispuesto a ceder.

— ¿Te refieres a aquél "asunto" sobre el que hablamos después de la batalla de Zalaca?

— Sí, señor. Mi petición a vuestro ofrecimiento continúa siendo la misma. Mi interés sigue depositado en Nalia de Toledo y deseo tenerla.

El rey se movió incómodo, pensando detenidamente lo que iba a decir para que el joven caballero no se sintiera ofendido o defraudado.

— Tengo entendido que su hermana va a casarse pronto y que lo hará en Sevilla con un rico musulmán. Supongo que Nalia la acompañará—era una frase de tanteo. Alfonso quería ver la reacción de Jaime.

— Por ese motivo estoy aquí, señor. No deseo que Nalia realice ese viaje. Me consta que la intención de su padre es instalarse con sus hijas en Sevilla, y yo no estoy dispuesto a permitirlo —expresó con determinación.

Al notar la firmeza del caballero, Alfonso supo que no sería tarea fácil convencerle para que cediera un poco.

— Lo comprendo, Jaime, y tienes mi apoyo; no obstante, estas cuestiones deben ser tratadas con sutileza. En esta conquista no ha habido prisioneros ni esclavos. Por el bien de todos, no conviene ofender a la población.

Si la toma de Toledo se hubiera realizado durante una batalla normal, Nalia hubiera sido considerada botín de guerra y él la habría reclamado sin ningún miramiento.

— No entiendo lo que tratáis de decir, señor —dijo Jaime con tono irritado.

Jaime de Moriel era un caballero leal y honorable, pero también era implacable ante lo que consideraba injusto. Su familia el resto de la nobleza cedían hasta un punto. Alfonso también sabía que eran muy conscientes de su poder y que jamás toleraban un agravio. Siempre era aconsejable tener a la nobleza a favor, de ahí el equilibrio y la astucia que guiaban siempre todos sus movimientos.

— Según me han contado, esas dos jóvenes están muy unidas. ¿No crees que sería una crueldad negarle a Nalia la asistencia a la boda de su hermana? Los árabes le dan mucha importancia a esas celebraciones y siempre se rodean de toda la familia.

Jaime se irguió orgulloso y miró al rey con recelo.

— No es un placer para mí privarla de ese viaje, pero no me queda más remedio si quiero conservarla a mi lado.

— Hay otra solución —afirmó Alfonso captando la interesada atención del joven— permitir que Nalia acompañe a su familia, estrechamente vigilada por algunos de tus hombres. Nada más terminar las celebraciones, ellos y los hombres de su padre la acompañarán de vuelta hasta aquí.

Aun siendo una alternativa razonable, a Jaime no le convenció. Por la expresión de su rostro, Alfonso supo que el joven caballero continuaría insistiendo. Antes de que lo hiciera, él se adelantó.

— En cuanto vuelva, será instalada en palacio y tú podrás visitarla cada vez que lo desees. Ya sabes que la reina está muy gusto con esa joven y no le importaría que fuera una de sus damas.

Jaime sintió cómo la ira reprimida ardía dentro de él. Esos no eran sus planes. Él deseaba que Nalia viviera con él. Empezaba sospechar que, entre la reina, Alfonso y quizás la misma Nalia, confidente de Constanza, habían conspirado contra él a sus espaldas, dejándolo en una delicada posición. El rey le entregaba Nalia... a su manera.

— Yo acompañaré a Nalia en su viaje —se ofreció el joven, tajante.

Alfonso negó con la cabeza.

— Para mí y para cualquier soberano, los buenos caballeros son de un valor incalculable. Si vosotros nos falláis se desmorona todo el ejército. Mi deber es evitaros peligros innecesarios.

— Saffah llevará como escolta a un gran número de hombres. Entre todos nos defenderemos muy bien en caso de ataque —insistió Jaime.

— No lo dudo, pero no deseo exponerte. Además, me gustaría que regresaras a Moriel con los tuyos. Sería aconsejable que de nuevo te encontraras en tu hogar, rodeado de tu familia, y te dieras un tiempo para reflexionar.

Un centelleo de sospecha oscureció sus ojos.

— Tenéis la esperanza de que allí, en mi entorno y con los míos, me olvide de Nalia, ¿no es así?

A pesar de que Alfonso tenía fama de buen diplomático astuto negociador, sabía que al caballero de Moriel no podía mentirle.

— Espero que recapacites, que hables con tu padre aproveches las oportunidades que se te presenten de conocer mujeres de tu mismo rango. Sabes que sería sensato olvidar a Nalia de Toledo, sensato para los dos —le aconsejó con prudencia—. De todos modos, decidas lo que decidas, mi palabra sigue en pie. Cuando vuelvas de Moriel, Nalia estará viviendo en palacio y tú podrás verla cada vez que quieras.

Sería inútil seguir insistiendo. El rey había optado por la única solución posible, teniendo en cuenta las leyes que él mismo había decretado. Siempre se hacían excepciones, pero Jaime había tenido la mala suerte de no contar con el apoyo de la reina. Constanza se había encariñado con Nalia y no permitiría una injusticia. No hacía falta que le dijeran que las dos damas habían hablado y que Nalia le había pedido ayuda.

Derrotado y furioso, Jaime abandonó el alcázar maldiciendo el día que se le ocurrió llevar a Nalia a la fiesta de la coronación del rey. De no haberlo hecho, nadie la hubiera conocido, y él podría disponer de ella con total libertad.

Como una tromba, entró más tarde en casa de Saffah, atravesó el zaguán y el patio con pasos acelerados y se encaminó, sin dirigir la palabra a ninguna persona con las que se encontraba, hacia los aposentos de Nalia. Al llegar a sus puertas, Ahme le interceptó el paso.

— No podéis traspasar esta puerta. Mi ama está ahora ocupada.

De considerable estatura ambos, los dos hombres se miraron desafiantes, dirigiendo sus manos hacia las armas que ambos portaban. Jaime tocó su letal espada, y Ahme el mortífero puñal que siempre le acompañaba. En caso de enfrentamiento, ambos resultarían heridos, pues ninguno de los dos descansaría hasta derrotar al otro.

— Aun así deseo hablar con Nalia.

— Ningún hombre está autorizado a invadir esta parte de la casa, y vos lo sabéis.

Jaime bullía de cólera, y esta interrupción estaba aumentando aún más su mal humor.

— Yo soy el que manda aquí, Ahme, ya deberías haberlo aprendido, y soy muy libre de entrar en cualquier habitación de esta casa. Si me lo impides, te juro que lo lamentarás.

El fiel sirviente enrojeció de ira. Realizaba su trabajo con celo, y aunque había llegado a respetar al caballero cristiano por su consideración y moderación con todos ellos, no había que olvidado que era un poderoso caballero castellano que no dudaría en condenarlos a todos si llegaba a sospechar cualquier atisbo de traición. Había cortejado respetuosamente a Nalia. Su deseo por ella era cada día más impetuoso, lo que hacía sospechar a Ahme que la joven no siempre estaría segura con él. Impotente para actuar libremente, Ahme no desechó sus palabras, recordando además la orden de su ama dada tiempo atrás.

El fornido sirviente se echó a un lado y le dejó el camino libre.

Con paso decidido, Jaime abrió la puerta y se detuvo al oír las risa de Nalia y de Zelima. Subida sobre una especie de taburete, Zelima hablaba con su hermana, que contemplaba detenidamente la labor que iban realizando las costureras que la rodeaban. Mirando el vestido con parsimonia, Nalia les iba indicando dónde tenían que hacer el arreglo en cada momento. Se trataba de uno de los bellos trajes del ajuar, y ella deseaba que cada una de las prendas que su hermana llevara al matrimonio fuera hermosa.

A Jaime le maravilló momentáneamente la risa y el buen humor de Nalia, mas al recordar el motivo que lo había llevado hasta allí, tensó la mandíbula y sus ojos brillaron peligrosamente.

Al notar cómo las costureras y las sirvientas habían callado de repente, Nalia siguió la dirección de sus miradas, notando cómo su corazón se aceleraba al ver a Jaime. Perpleja, lo

contempló en silencio durante unos segundos. Advirtiendo instantáneamente la furia que endurecía sus atractivas facciones, sintió una tenebrosa aprensión.

— Acompáñame, Nalia, tenemos que hablar.

¡Era el colmo de la arrogancia! A pesar de que Nalia había notado su irritación, no calculó hasta qué extremo él se estaba conteniendo.

— Ahora estoy ocupada. En otro momento —contestó ella con altivez.

Las otras mujeres permanecían en silencio, intuyendo la tormenta que se avecinaba. Nalia fue más temeraria y se dio la vuelta con insolencia, desechando sin miramientos la petición de Jaime.

Sin previo aviso, el joven se plantó a su lado en tres zancadas, la tomó del brazo con fuerza y la arrastró fuera de la habitación.

Desconcertada y furiosa, Nalia protestó y lo insultó mientras atravesaban las estancias a toda velocidad. Jadeante, la joven trató de zafarse, pero la presión de la garra de acero que la sujetaba no disminuyó.

— ¡Detente, Jaime, por favor, no puedo seguirte!

Sus súplicas no fueron escuchadas. Por el contrario, el joven caballero dio un fuerte tirón de ella y casi la arrastró por las escaleras que conducían a su habitación.

Aterrorizada y temiéndose lo peor, Nalia luchó por soltarse, pero fue inútil. Obligada a traspasar la puerta, Jaime la cerró a continuación de un portazo. Asustada y confusa, lo fulminó con la mirada desde el centro de la habitación.

— ¿Se puede saber qué te propones?

La expresión de Jaime era aterradora. Se sentía indignado, engañado, y eso era algo a lo que no estaba acostumbrado. De una vez por todas, esa mora tendría que aprender quién era el amo allí.

Después de contemplarla desde la puerta sin contestar a su pregunta, Jaime se acercó a ella y comenzó a dar vueltas a su alrededor, mientras escudriñaba lentamente cada centímetro de su cuerpo.

— Eres muy guapa, Nalia; hermosa, inteligente, culta y... tentadora, muy tentadora —pronunció despacio con tono malévolo— Estoy seguro de que muchos hombres han caído enamorados a tus pies sin que les dieras ni siquiera una oportunidad —continuó situándose a su espalda y acariciándole el pelo con delicadeza—pobres víctimas de tu altivez y superioridad. Todos ellos cometerían el error de acercarse a ti con caballerosidad y galantería, siendo rechazados sin miramientos. —Ante la hilaridad de Nalia, Jaime seguía acosándola con sus palabras, sin dejar de mirarla con intensidad cada vez que sus dedos le acariciaban el rostro. Nalia trató de impedirlo, pero no pudo alejarse mucho de él—. Yo estuve a punto de caer en el mismo error; al fin y al cabo soy un caballero de noble cuna y no se podía esperar menos de mí —añadió con sarcasmo—hasta que me he dado cuenta de que bajo esa belleza frágil y delicada se esconde una fortaleza inquebrantable y una voluntad férrea, muy capaz de cambiar el curso de los acontecimientos con constancia y manipulación. Hasta el rey, con el que acabo de hablar, parece sentir debilidad por ti.

Cansada de su juego, Nalia retiró la cara con desdén cuando él le deslizó el dedo delicadamente por la mejilla.

— Que yo sepa, aquí el único que ha manipulado eres tú, intentando coartar mi libertad al impedirme viajar a Sevilla. Tú eres un invasor, un enemigo, y yo no tengo por qué aceptarte —le espetó con dureza—. Si fueras un caballero admitirías mi negativa a quedarme contigo.

— No lo esperes, amor. Ciertamente, fui investido caballero hace mucho tiempo y procuro respetar las leyes de la caballería, pero no pienses ni por un momento que voy a dejarme manejar por los caprichos de una mujer —le aseguró con aire beligerante— Reconozco que eres lista y te has adelantado a mí. ¿Lo has hecho convenciendo a la reina con tu carita angelical, o seduciendo al rey con tu embriagadora belleza? —preguntó con una maldad que la hirió en lo más profundo. ¿Por quién la tomaba?

La respuesta de Nalia no se hizo esperar. Dolida por su insinuación y sin detenerse a sopesar las consecuencias de su acción, levantó la mano repentinamente y lo abofeteó con fuerza.

Atónito ante su osadía, Jaime la traspasó con una mirada letal, prometiéndole a través de los chispazos de ira que refulgían en sus ojos una venganza que jamás olvidaría.

Repentinamente, Nalia se sintió aterrorizada, muy consciente de la villanía que acababa de cometer. A pesar de que el corazón le estallaba en el pecho de rabia, Jaime logró controlarse y hablar con una calma que a Nalia resultó todavía más aterradora.

— Debes despreciarme mucho cuando te atreves a golpearme. Te aseguro que nadie lo ha intentado jamás. Sin embargo, yo no creo que tu odio sea tan feroz. Simplemente necesitas recibir una lección que recuerdes a lo largo de toda tu vida.

Asustada, Nalia dio un paso atrás.

— No era mi intención golpearte. Simplemente me he defendido de tu insulto. Me has provocado a propósito y yo he reaccionado.

¡Esa maldita mujer no se arrepentía de lo que había hecho!

¡Era el colmo de la insolencia!

— Te has sentido insultada con mis palabras, pero ¿no es cierto que le has ido contando cuentos a la reina y has intrigado a mis espaldas, convenciéndola para que hablara con el rey y desbaratara todos mis planes? —le preguntó con un tono peligroso mientras se acercaba a ella con amenazadora lentitud.

Nalia retrocedía despacio, temiendo que el coraje empezara abandonarla. Le enfurecía que ese hombre la atemorizara; sin embargo, era de las que pensaba que una retirada a tiempo valía más que una derrota. Con un rápido movimiento intentó alcanzar la puerta. Para su desesperación no llegó siquiera a tocar el picaporte.

Jaime la tomó del pelo, enlazando su larga y sedosa melena entre sus dedos al tiempo que la atraía lentamente hacia él. Sin ninguna capacidad de movimiento, Nalia no pudo resistirse. Apretada contra él, Jaime le dedicó una severa mirada, condenando implacablemente que ella le hubiera desautorizado ante la reina.

— Te haré una advertencia, Nalia, y no la volveré a repetir —su expresión era tan temible que Nalia intuyó que debería tomar en serio sus palabras—. Esta será la primera y la última vez que contrarías mi voluntad intentando con artimañas convencer a otras personas para que te apoyen. Yo sé muy bien lo que quiero, y te aseguro que lo que planeo lo hago con todas las consecuencias.

Presionada contra él, Nalia apenas podía moverse. A pesar de la superioridad física del caballero, el destello de furor que relampagueó en sus ojos fue una clara respuesta a su autoritarismo.

— Puedes hacer todos los proyectos que quieras. Yo no tengo por qué entrar en ellos. Nada nos ata, y mi vida nunca estará ligada ti.

En ese momento Nalia no podía saber que su afirmación había sido excesivamente temeraria. Lo que ella dijera no cambiaría la postura de Jaime. Es más, sus palabras alentaron la firme voluntad del caballero a doblegar a esa orgullosa mujer.

Una diabólica sonrisa se dibujó en sus atractivos labios mientras que sus manos comenzaban a acariciarle la espalda.

— Yo creo que nos ata algo importante, amor, ¿o es que intentas esquivar el deseo y la pasión que nos atrae?

Nalia se revolvió con genio entre sus brazos. No quería escuchar nada más.

— Eres un engreído si crees que me atraes. Me eres indiferente, Jaime de Moriel, y si tuvieras un mínimo de decencia me soltarías ahora mismo y te olvidarías de mí para siempre.

Jaime sonrió con una mueca burlona.

— Mi credo han sido siempre el honor y la lealtad. Contigo he estado tentado varias veces de quebrantarlos, lo reconozco, pero no lo he hecho. No me arrepiento, porque, en parte, mi honorable cortejo dio su resultado —afirmó enigmáticamente—. Veo que no ha sido

suficiente. Ahora me doy cuenta de que tu obcecación rebeldía necesitan nuevas pruebas para comprobar que estamos hechos el uno para el otro.

Nalia lo taladró con su cortante mirada. Ni eso ni sus posteriores protestas impidieron que Jaime la aferrara con fuerza buscara sus labios con ferocidad. Ni aun reuniendo todas sus fuerzas pudo separarse de él, siendo sofocados inmediatamente sus intentos de lucha. No quería dejarse dominar por él; temía que tuviera razón. Sabía desde hacía tiempo que lo deseaba, y había intentado con todas sus fuerzas neutralizar ese deseo apartándose de él y convenciéndose a sí misma de que ese hombre no le convenía.

Nalia se había buscado un mecanismo de evasión para abstraerse de su atracción por el castellano, pero no le había dado resultado. Solamente alejándose lograría olvidarlo, y ahora él pretendía derribar las defensas que ella, con mucha dificultad, había conseguido erigir a su alrededor.

La pugna que mantenía en ese momento era más bien contra ella misma, contra sus propios sentimientos, pues sabía que si Jaime lograba vencerla y se rendía a la pasión que él conseguía encender en su corazón, significaría la victoria que el castellano necesitaba para convencerse a sí mismo de que no se había equivocado.

Tumbada en la cama, Nalia miró a Jaime jadeante, notando en su expresión la determinación que se había apoderado de él.

— No puedes hacerme esto —dijo con mirada de súplica.

Los ojos del joven ardían de pasión y la hipnotizaban con el fulgor de deseo que resplandecía en ellos. Desoyendo sus palabras, él continuó besándola. Poco después le susurraba tiernamente al oído.

— Eres mi amor, Nalia, y no descansaré hasta que seas completamente mía. No permitiré que te alejes de mí, y te aseguro que nada me detendrá.

Obnubilada por su ternura y su gentileza, Nalia suspiró con desaliento al notar cómo las cada vez más atrevidas caricias de Jaime empezaban a derrumbar sus defensas. Se sentía flaquear, perdiendo aceleradamente las fuerzas y la voluntad. Sin poder evitarlo, en pocos minutos su cuerpo traidor correspondía con vehemencia cada uno de los avances del castellano.

Estaba perdida, descubriendo perpleja que en esos momentos ella no deseaba otra cosa. Jaime de Moriel era el hombre al que ella quería. Eso era un hecho que hasta ahora no había querido aceptar.

Cuando la verdad de este sentimiento fue reconocida por su mente por su corazón, sonrió, decidida a amar a Jaime de Moriel y a luchar juntos por su amor.

Unas voces en el corredor interrumpieron la escena amorosa. Saffah había llegado a casa y buscaba a su hija. Jaime, irritado, profirió un juramento y ayudó a Nalia a incorporarse.

— Ha sido una pena, cariño, pero a pesar de mi frustración, no deseo que nadie te vea en situación comprometida. Los momentos íntimos son sólo nuestros; no los compartiré con nadie.

Aturdida aún, Nalia intentó arreglarse el vestido. Jaime sonrió con picardía, mientras observaba orgulloso el rubor que teñía sus mejillas. Estaba pletórico porque había comprobado lo que en el fondo de su corazón él ya sabía: que Nalia le deseaba, le quería. Con esa certeza no habría obstáculos que lograran interponerse entre Nalia y él.

12

Después de haber estado cabizbaja durante toda la tarde, rumiando su reciente descubrimiento, Nalia decidió recuperar la compostura para que los demás, especialmente Jaime de Moriel, no notaran el nuevo rumbo que había tomado su corazón. Su fiel Ahme la conocía muy bien y había estado observándola pensativo. No se había atrevido a hablarle de ese tema, pero ella estaba segura de que el instinto de ese hombre había captado hacía tiempo la naturaleza de sus sentimientos. No era ese el caso de Zelima, cuyos pensamientos únicamente giraban en torno a su prometido y a su próxima boda.

— Ya está terminado el ajuar y yo todavía no sé cuándo podré casarme —se lamentó Zelima mientras Nalia y ella disfrutaban del baño de la tarde—. Mi situación es injusta, y todo por esta maldita guerra...

Nalia la miró compungida.

— Creo que muy pronto podremos partir. Según cuenta nuestro padre, los monarcas árabes están tranquilos, y Yusuf, el más peligroso, se ha retirado con su ejército a su país.

— Has dicho "podremos", ¿significa eso que nos acompañarás? —preguntó Zelima con un brillo de esperanza en sus ojos.

Nalia recordó la discusión que Jaime y ella habían mantenido esa mañana y que había dado lugar al encuentro amoroso. Se ruborizaba sólo de pensar en cómo le había respondido. ¡Era inaudito! La interrupción de Saffah había sido muy oportuna.

También había impedido que ella se enterara de lo que Jaime y el rey habían hablado. Teniendo en cuenta el enfado del castellano, la decisión de Alfonso no debía haberlo agradado. Lamentablemente, ella aún no conocía las conclusiones a las que habían llegado.

— Lo voy a intentar por todos los medios, cielo. Jaime de Moriel es muy obstinado, pero espero que la reina Constanza me ayude a convencerlo.

Una ancha sonrisa iluminó el rostro de Zelima.

— La reina es una buena mujer y está muy a gusto contigo, Nalia. Rogaré a Alá para que nos ayude. Ya sabes que mi boda sin ti no sería tan alegre.

Nalia sonrió a su hermana con cariño.

— Estaré contigo. Te lo prometo.

Durante la cena, Nalia y Zelima bromearon con los caballeros y rieron espontáneamente de sus ocurrencias. Todos parecían contentos esa noche. La frágil paz de la que disfrutaban los animaba.

Eran buenos guerreros y estaban acostumbrados a las batallas, pero cuando se les daba la oportunidad de gozar de la tranquilidad de la paz, sus caracteres se tornaban más alegres y su necesidad de saborear lo bueno de la vida, más imperiosa.

Jaime contemplaba a Nalia extasiado. Todavía no se creía que ella le hubiera respondido con tanta pasión. Siempre había creído en su mutua atracción. Ahora que lo había comprobado, su corazón latía alborozado por ella.

Nalia lo miró sorprendida cuando él le cogió la mano debajo de la mesa. Instantáneamente, sus ojos se volvieron cálidos y le dedicaron una tierna mirada.

— Jaime, ¿son ciertos los rumores que corren por palacio sobre posibles permisos a ciertos caballeros del rey? —preguntó Lope.

Jaime desvió su mirada y sus pensamientos del objetivo que más le interesaba y trató de responder a la pregunta de Lope.

— Yo también lo he oído —contestó sin comprometerse—, quizás sea verdad.

Todos, excepto Jaime, tenían la esperanza de que les tocara ellos, aunque sabían que el rey sería muy prudente a la hora de conceder esos permisos: Toledo no podía quedar desguarnecida.

Aun no acechando un peligro inminente, esa bella ciudad tenía muchos enemigos que no dudarían en aprovechar cualquier ocasión que se presentase para apoderarse de ella.

Jaime alargó la cena todo lo que pudo. Cualquier otro día habría insistido en reunirse con Nalia en el patio, pero esa noche sabía que Saffah no daría su permiso. Había sorprendido a su hija con él en la zona reservada a los caballeros cristianos, y eso no le había gustado. El comerciante era un hombre comprensivo y no desaprobaba la relación de Nalia con Jaime, pero no de esa manera.

Tenía muchas esperanzas en esa unión y no estaba dispuesto a que la fogosidad del caballero lo estropeara. Jaime de Moriel estaba interesado por su hija, eso era evidente. Saffah deseaba aún más; tenía que lograr que se enamorara locamente de ella. Saffah sabía que sólo así conseguiría que el caballero la desposara con todas las consecuencias. El tiempo se agotaba; ellos tenían que viajar pronto Sevilla. Si para entonces no conseguía su objetivo, quisiera de Moriel o no, Nalia iría con ellos y procuraría que aceptara a Ismail o alguno de los hijos de sus ricos amigos mozárabes. Sus hijas tenían que casarse. Un marido sería su mejor protección cuando él faltara.

De momento estaba rebosante de salud, pero iba siendo mayor quería dejar zanjada cuanto antes la cuestión de los matrimonios de sus hijas.

Pasados unos días, Jaime se entrevistó una vez más con el rey e insistió en su petición acerca de Nalia. Alfonso se mostró comprensivo y reiteró su promesa de entregarle a la muchacha, bajo las circunstancias de las que ya le había hablado anteriormente.

— Sé lo que es estar enamorado y comprendo tu anhelo, Jaime; sin embargo, dada mi posición, he de ser cauteloso con las concesiones que hago. Ten paciencia y sigue mi consejo: ve a tu casa y reflexiona; tu familia puede ayudarte más de lo que tú crees.

El rey se mostró tan cordial como inflexible.

Cuando salió de palacio, Jaime ya sabía que la posibilidad que Alfonso le ofrecía era la única oportunidad que se le brindaría de conseguir a Nalia.

— Nuestro padre ya ha fijado la fecha del viaje. Los días pasan y tú todavía no le has preguntado a Jaime lo que ha decidido acerca de ti —se quejaba un día Zelima mientras expertas sirvientas les daban masajes con suaves cremas perfumadas—. Me contaste que un día se enfadó mucho contigo porque habías intercedido por tu causa ante la reina, pero no sabemos qué es lo que nuestros soberanos le dijeron.

Tumbada boca abajo y con la cabeza apoyada indolentemente sobre los brazos, Nalia miraba al infinito, pensativa.

— Hoy mismo se lo preguntaré, no te preocupes.

Lo que Nalia no sabía era que Jaime no había hablado con ella porque había tenido la esperanza de que el rey cambiara su decisión.

No lo había conseguido, y eso lo tenía amargado. A pesar de que Alfonso le daba todas las garantías, Jaime desconfiaba de ese viaje.

Esa noche, ante el asombro de todos, fue Nalia la que pidió su padre en la cena que le permitiera hablar con Jaime mientras paseaban por el jardín.

— Si es importante y el caballero de Moriel está de acuerdo...

Jaime no quería ceder, no deseaba decirle a Nalia lo que el rey había decidido. No solamente porque significaba el triunfo de ella, sino también porque tenía miedo de todo lo que pudiera ocurrir. Si en vez del rey hubiera sido cualquier otra persona la que le hubiera impuesto acatar esas condiciones, jamás las habría aceptado; no obstante, sabía que no podía desobedecer. Si lo hiciera, ni siquiera su poderosa familia podría librarle del duro castigo que se le impondría.

Todas las miradas convergieron en el caballero, esperando su respuesta. Lo quisiera o no, había llegado el momento de informar Nalia. Le quedaba una última posibilidad de retenerla, y él procuraría sacar partido de ella.

— Sabes que me encanta pasear contigo, sea a la hora que se—contestó mirándola en profundidad.

Sus hombres silbaron y bromearon acerca del caballero enamorado. Nalia también sonreía mientras se ponía de pie y salía del comedor. Jaime la siguió, no sin antes dirigirles una mirada feroz a sus hombres.

El perfume de las flores los envolvió con su aroma, y el murmullo del agua sirvió de relajante a sus corazones atribulados. Ambos jóvenes entrelazaron sus manos instintivamente y se unieron en un dulce beso.

Contemplando su bello rostro y sintiendo su delicada suavidad, Jaime se preguntó si sería finalmente capaz de dejarla partir, a pesar de la orden del rey. Desesperado, la estrechó con fuerza, anhelando que ella se fundiera con él para llevarla consigo todas partes.

— Dime qué sientes por mí, Nalia.

La joven lo miró confundida. Era una pregunta muy directa, ella todavía no podía hablar de sus sentimientos.

— Yo... te aprecio y... te deseo, Jaime de Moriel. Me pareces un hombre muy interesante y me atraes mucho.

Un reflejo de decepción ensombreció fugazmente los ojos del caballero. Él quería mucho más de Nalia. Desafortunadamente, ella no acababa de entregarle lo que tanto deseaba.

— ¿Te gusta estar conmigo?

— Mucho —contestó Nalia con sinceridad.

— Entonces, ¿por qué deseas separarte de mí?

Su mirada al hacerle esa pregunta estaba llena de tristeza, y Nalia le partió el corazón. Sabía que se refería a su viaje a Sevilla. Últimamente, era lo único que los separaba.

— No lo deseo, Jaime, pero no puedo estar en dos sitios a la vez. Zelima es mi hermana y le dolería mucho que yo no asistiera su boda. Por favor, trata de entenderlo —le suplicó con los ojos brillantes de lágrimas.

— No deseo haceros daño a ninguna de las dos —respondió conmovido por su expresión suplicante—, pero yo tampoco quiero prescindir de ti. El rey va a concederme un permiso para ir a casa; me harías muy feliz si me acompañaras.

Nalia se apartó de él perpleja.

— ¡¿Pero sabes lo que dices?! Yo soy mora, musulmana, una enemiga; tu familia jamás me aceptaría como huésped en tu casa.

— Los ciudadanos de Toledo no sois enemigos. Ya sois castellanos, y si el rey os acepta como súbditos suyos, sus nobles tienen que hacerlo igual.

Jaime tenía razón. Esa era la ley de Alfonso VI. Eso no quería decir que todos la aceptaran.

— Creo que todavía es prematuro para eso. Antes debemos darnos más tiempo para acostumbrarnos a convivir unos con otros.

El caballero no estaba dispuesto a rendirse.

— Entonces puedes hacer el papel de cristiana. Conoces nuestras costumbres, y estoy seguro de que con nuestras ropas estarás igual de preciosa —aseguró mirándola con admiración.

Aun siendo Jaime muy testarudo, Nalia estaba decidida conseguir lo que quería.

Acercándose a la fuente, se sentó en el borde y sumergió su mano derecha en el agua. Jaime la siguió y la contempló durante unos minutos con arrobamiento. Permaneció de pie mirándola, preguntándose, como tantas otras veces, cómo era posible que esa mujer se hubiera introducido tan profundamente en su corazón. Era increíble pero cierto, y él ya no podía hacer nada por evitarlo.

— Lo siento, Jaime; ahora debo cumplir con mi deber acompañar a mi hermana en el día más importante de su vida.

Ni ruegos ni lamentos cambiarían la decisión de Nalia.

Con un rápido movimiento, él la levantó y la aferró con fuerza.

— Debido a tus maquinaciones y a la simpatía que te profesa la reina, no puedo prohibírtelo —le espetó con rabia—, pero te concederé únicamente los días necesarios para viajar a Sevilla, asistir a la boda y volver, y por supuesto, bajo la atenta vigilancia de mis hombres — añadió con mirada maligna. Ella desconocía esos últimos planes, Jaime esbozó una sonrisa triunfal al ver el reflejo de incredulidad que refulgió en el violeta de sus ojos.

— Si no hubiera pedido ayuda a la reina, no me habrías permitido hacer ese viaje...

— De eso puedes estar segura —la interrumpió con furor—, como puedes estarlo de que algo así jamás volverá a suceder.

Harta de su prepotencia, Nalia hizo un brusco movimiento trató de zafarse de su abrazo sin conseguirlo

— Me acusas de maquinar, pero veo que tú también lo has hecho. Aunque la reina no te haya dejado llevar a cabo tu mezquino plan, has conseguido lo que querías —le reprochó consternada.

— Te equivocas. Sólo se me ha concedido parte de lo que se me debe. El día que me paguen el total de la deuda, nadie volverá arrebatármelo.

Nalia lo miró confundida, sin dejar de temer sus palabras.

Jaime de Moriel no hablaba por hablar. Ahora ella no quería pensar en nada más que no fuera su inminente viaje, y tenía que averiguar cómo sería exactamente.

Cerró los ojos durante unos instantes y luego lo miró con candor.

— Siempre terminamos enfadados, y eso no es muy agradable. Por favor, cuéntame cómo será mi viaje.

El joven castellano relajó un poco sus músculos ante su petición. Lo hecho, hecho estaba, y Nalia tendría que saber lo acordado con el rey tarde o temprano.

— Aun en contra de mi voluntad, Alfonso permite que hagas ese viaje. La influencia de su mujer sobre él es mayor de lo que yo creía —añadió con desdén—. Acompañarás a tu padre y a tu hermana. Os darán escolta un gran número de soldados, entre ellos algunos de mis hombres —este último punto era el que más lo tranquilizaba—Estarás en Sevilla los días que dure la boda, e inmediatamente después volverás igualmente protegida. A continuación te instalarán en palacio como dama de la reina, según deseo de los reyes, y allí tendré libertad total para verte cada vez que quiera.

Jaime observó con interés las distintas emociones que se reflejaron en el rostro de Nalia.

Si bien era cierto que no deseaba separarse de él, pues estaba segura de que le echaría mucho de menos, su mente práctica la movía a pensar con sentido común.

— Por lo que dices, tendremos mucho tiempo para estar juntos; sin embargo, a mi hermana quizás no la vuelva a ver nunca más. No creo que sea mucho pedir que me permitas pasar más tiempo en Sevilla, sólo hasta que Zelima se habitúe a su nueva vida.

Jaime negó con la cabeza mientras la miraba con seriedad.

— La reina me tiene afecto y yo estaré encantada de complacerla como dama de compañía —continuó insistente—Constanza es muy amable conmigo y estoy segura de que no le importará que me incorpore a su servicio unos días más tarde.

La oscuridad tormentosa que se reflejó en los ojos de Jaime la asustó.

— ¡No volverás a insistir en este tema con la reina! —exclamó con genio—. Si lo haces, te juro que soy capaz de emplear todo mi poder y el de mi familia para impedir que salgas de Toledo.

Nalia le creyó. Jaime de Moriel estaba tan obsesionado con ella que no dudaría en cumplir su amenaza. Ella no podía arriesgarse a tanto.

— ¡No me amenaces, Jaime! Tampoco estoy acostumbrada que me chillen, así que modera tu carácter.

La osadía de esa mujer cada día lo dejaba más perplejo.

— Eres un caso extraño de mujer musulmana. La sumisión, obediencia y candidez que le dedican a los hombres las mujeres de tu raza están ausentes en ti. Por el contrario, eres rebelde, osada desobediente. No sé en qué estaría pensando tu padre cuando os educó. La labor que llevó a cabo contigo no es muy encomiable.

Nalia se apartó de él con ira y le dedicó una mirada fulminante.

— Si tanto te desagrado, déjame ir. Tú necesitas una mujer sumisa y dulce, que nunca te lleve la contraria. Ese es el tipo de mujer que te gusta, ¿no? No entiendo entonces por qué pierdes el tiempo conmigo.

El caballero intentó acercarse de nuevo, pero Nalia dio un paso atrás y levantó una mano advirtiéndole que se detuviera. Él le dedicó una extraña mirada y se echó a reír.

— ¡Que me aspen si no eres única, amor! Me desafías, me desobedeces, intrigas a mis espaldas, me enfureces como nadie lo ha hecho jamás, y además, intentas sacar partido de nuestras discusiones, como en estos momentos. ¡Es increíble! —exclamó de buen humor—, y admito que tienes razón: ni yo mismo entiendo por qué me atraes. Lo que sí te puedo asegurar es que el reto que tú supones para mí lo ganaré con creces. El día que consiga domarte, no habrá en el mundo mujer más perfecta que tú.

Su arrogancia era insufrible, y Nalia no estaba dispuesta aguantarlo ni un minuto más.

— Ahme, estoy cansada, por favor acompáñame a mis aposentos.

El fiel sirviente apareció al instante y se situó al lado de sama. Jaime no se opuso. Ya era tarde y todavía dispondría de varios días para disfrutar de su compañía antes de que partiera.

Muy pronto se supo quiénes serían los afortunados que podrían disponer de un permiso. Jaime estaba entre ellos, como ya le había anticipado el rey. Toledo tenía que continuar estando muy bien protegida, por ese motivo serían pocos los caballeros que abandonarían la ciudad. Esa noche, Jaime reunió a sus hombres en su habitación.

— Todos merecéis descansar y disfrutar de vuestras familias, pero en esta ocasión no ha podido ser. Quiero que sepáis que yo no deseaba este permiso: me ha sido impuesto por el rey. Como sabéis, Saffah y su familia se disponen a viajar a Sevilla, y yo he decidido que, aparte del grupo de soldados que los escoltarán, algunos de vosotros también los acompañéis. — Mirándose entre sí confundidos, dejaron que su jefe continuara—. Yo me ofrecí voluntario, pero mi petición fue rechazada. Por motivos que todos os imagináis, el rey prefiere que vuelva a mi casa durante un tiempo. Pese a que yo no lo deseo, debo acatar la orden de Alfonso. En cuanto pasen los meses más crudos del invierno, partiré hacia León.

— Me parece muy juiciosa la decisión de Alfonso —afirmó Sancho con regocijo.

El veterano caballero ignoró por completo la mirada tenebrosa que Jaime le dedicó.

— Sólo serán necesarios dos hombres, y tú, Sancho, serás uno de ellos.

De un brinco, el fiel guardián se puso en pie para protestar.

— ¡Yo soy tu guardaespaldas! ¡Mi misión es estar siempre contigo!

— Lo sé, Sancho, y es precisamente debido a tu gran experiencia en ese campo por lo que prefiero que acompañes a Nalia.

Sancho gruñó taciturno.

— No protestes. Mi decisión ya está tomada. Tú debes quedarte en Toledo, Lope, así que el segundo tendrá que ser alguno de vosotros dos —dijo dirigiéndose a Alonso y a Álvaro.

Ambos se ofrecieron. Finalmente sería Álvaro el que iría Sevilla.

— El grupo irá bien protegido; vuestra misión específica será vigilar continuamente a Nalia. No tengo por qué ocultar mi interés por ella y mi profundo anhelo de que vuelva sana y salva a mi lado.

Sancho estaba enfadado, aunque en el fondo le enorgullecía que su pupilo confiara en él hasta el punto de encomendarle la misión de proteger a alguien tan valioso para él como era Nalia de Toledo.

Las cosas parecían marchar bien para todos en la casa de Saffah. A pesar de que a Jaime todavía le contrariaba que Nalia se alejara de él, ahora se sentía más tranquilo. Dos hombres de su máxima confianza la acompañarían. Ella estaría segura, y además, lo quisiera o no, la traerían de vuelta.

Después de un crudo invierno, el verano había llegado, y pesar de la buena temperatura, todavía no hacía demasiado calor.

Los sirvientes, supervisados por Nalia y Zelima, empezaban trabajar muy temprano, aprovechando el frescor de la mañana. En tres días partirían para Sevilla y había mucho que hacer. Toda la ropa que se había confeccionado para la familia, especialmente para Zelima, estaba siendo empaquetada cuidadosamente en enormes baúles. Se habían empleado las más finas telas traídas de Oriente, los velos más transparentes y los zapatos más suaves. Saffah no había escatimado dinero para vestir a sus hijas con todo lujo, siendo también muy generoso

con la dote de la novia. Zelima aportaba al matrimonio exquisitas ropas de casa, lujosas joyas y valiosos tapices.

Además, su padre le entregaría el día de la boda una bolsa con monedas de oro. Empaquetar todo eso requería tiempo dedicación, pues la delicadeza de todo ello precisaba un extremo cuidado.

Durante esos días de preparación del viaje, Nalia y Jaime apenas se vieron. Las dos hermanas caían exhaustas y siempre se excusaban para poder retirarse temprano. Eso no significaba que Nalia no quisiera ver a Jaime. Le echaba mucho de menos, pero no le parecía prudente encontrarse con él. Jaime había aceptado esviaje a regañadientes, y Nalia temía que discutieran de nuevo y él se echara atrás.

Durante el invierno Jaime y sus hombres habían tenido que ausentarse con frecuencia y sus encuentros no habían sido muy numerosos. Aunque la joven sabía que ni siquiera un personaje tan importante en el reino de Alfonso como era Jaime de Moriel podía desobedecer al rey, prefería no tentar a la suerte. La imponente personalidad de ese hombre era abrumadora, y ella, hasta que volviera de Sevilla, prefería evitarse problemas.

La tarde anterior a la partida, Jaime sorprendió a Saffah con una petición insólita. Le rogó que le permitiera cenar a solas con Nalia.

— Sabéis muy bien que cualquier padre musulmán rechazaría vuestra solicitud, pero os conozco, Jaime de Moriel, y sé que sois un hombre honorable. Sólo porque estoy seguro de que respetaréis a Nalia, os concederé mi permiso. De todas formas, antes he de consultarlo con mi hija.

La sonrisa que Jaime había esbozado al escuchar la aprobación de Saffah se desvaneció instantáneamente al exponer el musulmán su última intención.

— Eres un padre muy singular, Saffah; sin duda te sales de los canones normales.

Sus palabras iban cargadas de una cierta ironía, pero el bondadoso comerciante no lo tuvo en cuenta. Sabía que era demasiado complaciente con sus hijas y no le importaba. Ellas se lo merecían y a él le encantaba verlas felices.

Saffah sonrió condescendiente.

— No os preocupéis. Estoy seguro de que Nalia aceptará cenar con vos.

No se equivocó. Nalia deseaba ver a Jaime, cenar con él, estar con él. Para ella no había sido fácil prescindir de su compañía. pesar de las circunstancias, de los inconvenientes, y de su desafortunado primer encuentro, Nalia quería a Jaime de Moriel.

Aunque consideraba un error lo que él pretendía, ella estaba enamorada y nada ni nadie podrían cambiar sus sentimientos. La angustiaba no poder abrirle su corazón, siendo una carga muy pesada tener que callar su amor. Ambos sabían que el sentimiento que los unía era muy fuerte. Tristemente, sus pasos no iban por el mismo camino.

Ahme fue el encargado de organizar el encuentro de los enamorados en un pequeño cuarto cerca de los aposentos de Nalia.

Lo había dispuesto todo para que ambos se sintieran cómodos y no fueran molestados. El fiel guardián conocía los sentimientos de la pareja y le conmovía que tuvieran que separarse. Por primera vez su ama se sentía atraída por un hombre y él sólo quería su felicidad.

Después de pasarse una hora en el jardín escogiendo las mejores flores, Nalia adornó la habitación con esmero. Deseaba el marco perfecto para la que sería la última reunión con Jaime de Moriel, el hombre al que ella amaba. Todo estaba planeado para que ella regresara a Toledo, pero no sabía lo que podría ocurrir en Sevilla durante el camino.

Las sirvientas le prepararon el baño y Nalia se sumergió en el agua humeante y perfumada. Después de secarse, las dos jóvenes que la atendían la ayudaron a ponerse el vaporoso traje verde que ella había elegido por tener el mismo color que los ojos de Jaime.

Nalia no deseaba olvidar esa noche, y estaba segura de que ese traje siempre le recordaría a su amado cristiano.

Sin apenas hablarse durante el trayecto, Jaime y Ahme atravesaron los pasillos que llevaban a la zona de las mujeres.

Durante la estancia de los castellanos en el hogar de Saffah se habían transgredido muchas reglas. Los habitantes de la casa se habían acostumbrado a la convivencia con los caballeros y ya no suponía ninguna novedad encontrarse al jefe de los cristianos en la parte que siempre había estado prohibida para los hombres.

Ahme abrió la puerta del pequeño gabinete y dejó pasar acaballero. Después se retiró, dejándolo solo.

Un grato aroma lo envolvió, apreciando con placer los delicados jarrones llenos de flores. Todo era exquisito y armonioso en esa casa, pero cuando sus ojos captaron la hermosa imagen de Nalia, vestida con un traje verde que delineaba con esplendidez cada una de las curvas de su maravilloso cuerpo, creyó estar soñando. Su pelo negro, rodeado con una hilera de perlas, había sido peinado hacia un lado y le caía delicadamente sobre el pecho. Nunca había tenido ante sus ojos visión más espléndida, y sin embargo, por motivos ajenos a su voluntad, tenía que prescindir de ella, pensó con furor.

— Espero que te agraden las flores —dijo Nalia sonriendo—. Yo las considero el mejor adorno de una casa.

Sin dejar de mirarla, Jaime se acercó parsimoniosamente a ella, la besó suavemente en los labios, le cogió la mano y se la llevó al corazón.

— No existe en todo el mundo una flor más bella que tú. Todas las demás palidecen a tu lado.

Conmovida por sus galantes palabras, Nalia le dedicó una radiante sonrisa.

— Ven, sentémonos —dijo señalándole la mesita baja en la que estaban dispuestos los alimentos.

Guiado por ella, Jaime se sentó en los mullidos almohadones que habían sido colocados alrededor de la mesa. Nalia se sentó enfrente y lo miró con complicidad. Al instante apareció una sirvienta con un recipiente de agua y un lienzo blanco. Ambos se lavaron las manos y se secaron, pasando después a degustar la suculenta cena que Nalia había elegido.

— ¿Te gusta nuestra comida?

Llevaban más de un año viviendo en la misma casa, y sin embargo, nunca le había hecho esa pregunta. Nalia daba por hecho que todo lo que salía de la cocina de su casa era excelente.

— Mucho. Me encanta cómo preparáis el cordero, el arroz al azafrán y, especialmente, los dulces. Creo que aquí como demasiado.

Nalia rió.

— Pero no has engordado. Yo te encuentro igual que el día que llegaste.

Jaime cogió un dátil y se lo llevó a la boca mientras la miraba enigmáticamente.

— Físicamente puede que esté igual; sin embargo, mis sentimientos no son los mismos. —Jaime la miraba con un brillo especial en sus ojos—. Tu belleza me impactó desde el principio, pero jamás creí que llegaras a introducirte en mi corazón de una forma tan honda. Eras tan rebelde...

Nalia hizo una mueca de impaciencia.

— No soy como tú crees, Jaime. Simplemente me rebelo contra lo que considero injusto. Si tú hubieras estado en mi lugar, estoy segura de que no habrías permitido que invadieran tu casa.

El tono pausado que empleaban al hablar indicaba que ambos se habían propuesto dialogar civilizadamente, sin enfadarse.

— La posición del conquistado nunca es agradable, pero por su propio bien debe ser prudente. Tú te comportaste de una forma muy arriesgada, Nalia, y quiero que me prometas que no volverás a ser tan temeraria. No deseo que te ocurra nada —terminó en un susurró, mostrando una expresión de angustia.

Jaime estaba siendo sincero. La conocía y le horrorizaba pensar que su carácter impetuoso la condujera a una tragedia que él nunca superaría.

Su expresión preocupada la enterneció. Ese hombre sentía algo por ella. Ninguno de los dos tenía libertad para expresar sus verdaderos sentimientos, pero era un hecho que el anhelo que sentían el uno por el otro era muy profundo.

— Te lo prometo, aunque he de recordarte que voy a un lugar donde me encontraré rodeada de amigos y familiares. Nada malo nos ocurrirá.

— Eso espero. Aun así, prefiero que te mantengas alerta.

La sirvienta volvió a aparecer para cambiar los platos. Con rapidez, despejó la mesa y sirvió los postres que a Jaime tanto le gustaban: pasteles fritos de almendra y pasteles de avellana y miel.

— ¡Uhmmm, están riquísimos! —exclamó Jaime con placer mientras se metía en la boca un pastel—, ¡ojalá las cocineras de mi casa supieran hacerlos...!

Nalia lo miró divertida.

— Si algún día las conozco les enseñaré tus platos favoritos.

— Si quisieras cambiar de planes...

Nalia no le dejó terminar. Jaime trataría de convencerla hasta el último momento; ella no podía ceder, y tampoco deseaba otra lucha verbal.

— Por favor, Jaime, no hablemos de eso y disfrutemos de nuestra mutua compañía. Yo... estoy muy a gusto aquí contigo —reconoció con un cierto azoramiento— y no quiero que nada disturbe nuestra velada.

Jaime le dirigió una mirada penetrante, alargó la mano por encima de la mesa y cogió la de Nalia.

— Comprendo lo que sientes, pero también debes entender mi postura, Nalia. No quiero perderte, y este viaje no deja de preocuparme.

La joven sintió una gran congoja en el corazón. Ella tampoco quería perderlo. Sin embargo, no encontraba la forma de que pudieran estar algún día juntos. Su situación era descorazonadora, triste y sin esperanza. El problema era que Jaime no acababa de darse cuenta.

Nalia acarició su mano.

— No me gusta verte así. ¿Cómo podría convencerte de que todo saldrá bien?

— Prometiéndome que volverás cuanto antes.

Impulsada por él, Nalia se levantó. Con las manos todavía entrelazadas, Jaime la fue acercando lentamente. Rodeándole la cintura con el brazo, la estrechó con ternura y apoyó el mentón sobre su pelo.

— Prométemelo, amor mío. Yo confiaré en ti.

Nalia quería volver a su lado, a sus brazos, aunque le asustaba su incierto porvenir.

— Deseo regresar, debes creerme. No sé qué será de nosotros en el futuro y eso me inquieta. De lo que sí estoy segura es de que me gusta estar contigo.

— ¿Hasta el punto de entregarte a mí y comprometerte a ser única y exclusivamente mía?

Presa de una agitada lucha interior, Nalia lo miró desconcertada.

— No puedes exigirme eso ahora. Creo que será mejor que hablemos de ello cuando vuelva; para entonces tendremos las ideas más claras.

A Jaime le disgustó su respuesta. De todos modos, se propuso mantener la calma.

— Yo las tengo muy claras...

— ¡No! —respondió ella airada—, no es cierto. Teniendo en cuenta que ambos pertenecemos a culturas diferentes y que además tú eres un poderoso noble castellano y yo la hija de un comerciante musulmán, no creo que pueda haber nada claro con respecto nuestro futuro juntos. Te empeñas en desechar la evidencia, Jaime, pero las circunstancias son como son... ¡oh, Dios mío...! —exclamó acongojada apartándose de él y dándole la espalda. Le dolía enormemente reconocer que su destino y el del hombre que amaba iban por caminos diferentes; sin embargo, esa era la realidad, por muy sangrante que fuera.

Jaime se acercó a ella para consolarla. Sabía que Nalia tenía razón, aunque él seguía resistiéndose a aceptar la realidad. Lucharía hasta el final con tal de conseguir a Nalia de

Toledo. Abrazándola por la cintura y apoyándola contra su pecho, Jaime la meció amorosamente.

— Encontraremos una solución, cariño. Tú podrías convertirte al cristianismo. Ese sería el primer paso para que tú y yo pudiéramos formalizar nuestras relaciones.

Nalia se alegró de estar de espaldas a él para que no viera su expresión contradictoria. Su propuesta la había dejado boquiabierta y además le había provocado un sentimiento de culpa. Ella era cristiana. Desgraciadamente, no podía decírselo por el momento.

Mientras los Jaranegra siguieran siendo tan poderosos, su vida correría peligro si llegaran a descubrir la verdad acerca de su identidad. Sólo desenmascarando la traición de esos hombres podría ser libre. Hasta que llegara ese momento, su verdadero nombre tendría que seguir oculto.

Tomándola de los hombros, Jaime la giró hacia él y la miró con un brillo de esperanza en sus ojos.

— No puedo hacer eso, Jaime; por favor, no me lo pidas.

A pesar de sus propósitos, el caballero comenzó a perder los estribos.

— Muchas mujeres lo han hecho por amor —le reprochó con frialdad.

Estaba descartado que un caballero castellano perteneciente la nobleza se convirtiera al Islamismo. De hacerlo, sería considerado un paria, rechazado por los suyos y arrojado de la Corte.

Automáticamente perdería su condición de caballero y su influencien el círculo que rodeaba al rey. No habría lugar para él en su país.

Jaime jamás renunciaría a su religión.

Nalia respiró en profundidad y habló con pesar.

— Muchas cosas admirables se hacen por amor. Yo... tengo que pensar. Necesito tiempo.

Y era cierto. Sólo el tiempo aclararía el enigma de su vida.

Jaime la estrechó de nuevo y le alzó el rostro delicadamente para que lo mirara directamente a los ojos.

— Muy bien, amor, te concederé lo que deseas. Hablaremos de esto cuando vuelvas — admitió condescendiente—. Ahora, prométeme lo que te he pedido.

— Volveré. Lo prometo.

El tiempo había pasado muy rápido y había llegado el momento de despedirse. Jaime no había conseguido que Nalia anulara su viaje, pero le tranquilizaba que ella le hubiera prometido que volvería.

La hizo sentarse de nuevo y se recostó sobre ella. Lentamente, delineó su rostro mientras sus ojos se fundían con los de ella en una profunda mirada. Muy despacio Jaime la besó en la frente, en las sienes, en los párpados y en su rostro de terciopelo, hasta que sus labios se unieron en un beso largo y apasionado, provocando en ambos las más intensas sensaciones. El corazón de Nalia se aceleró, palpitando al unísono con el de Jaime. Olvidados del mundo que los rodeaba, solamente ellos dos tenían importancia en esos momentos.

La atracción de ambos era irresistible, y las caricias de Jaime empezaban a llevarla al límite de su cordura. Entregados a la fascinación que el amor ejercía sobre ellos, ninguno de los dos estaba dispuesto a detener el torrente de emociones que inundaba sus almas. Esos sentimientos eran nuevos para ambos, haciendo que la pareja experimentara por primera vez su acción devastadora.

Una maldición salió de los labios de Jaime cuando su cerebro, obnubilado por el amor, captó los insistentes golpes que alguien daba en la puerta. Nalia abrió los ojos desconcertada y vio a Jaime contemplándola con ojos ardientes de pasión. El desencanto por la interrupción se reflejaba en sus rostros. Repentinamente, Nalia se dio cuenta de lo que había estado a punto de suceder. Miró hacia la puerta, alarmada, y ayudada por Jaime se incorporó.

Con voz apenas audible, dio permiso para que entrara la persona que estaba en la puerta. Tal y como Jaime se imaginaba, Ahme se introdujo con precipitación en la habitación y los

observó con expresión severa, imaginándose con sólo mirar a la pareja lo que estaba sucediendo cuando él llegó.

— Es hora de retirarse, mi ama. Os acompañaré a vuestros aposentos —añadió dirigiéndose al caballero.

— ¡No es necesario! —exclamó Jaime cortante, dedicándole una mirada feroz al fiel guardián—. ¡Conozco muy bien el camino!

Tomando la mano de Nalia se la besó dulcemente.

— Te veré mañana temprano, amor. Que tengas felices sueños.

La joven le dedicó una sonrisa de complicidad.

— Lo mismo te deseo, Jaime de Moriel. Buenas noches.

Era muy temprano cuando Ahme despertó a las dos hermanas.

Tenían que salir cuanto antes para recorrer el mayor camino posible antes de que anocheciera. Todos se dieron prisa con los últimos preparativos, y en dos horas, el voluminoso equipaje estaba cuidadosamente ordenado en los carros.

Los caballeros estaban ya montados en sus caballos cuando Zelima y Nalia hicieron su aparición. Pálido y deprimido, Jaime se acercó a Nalia y la besó, ayudándola a continuación a montar en la bonita yegua que él le había regalado.

— Espero que "Joya" te lleve con prudencia por los caminos te devuelva a mí sana y salva.

Luchando por controlar sus emociones, Nalia le acarició el rostro y sonrió.

— Es un buen animal. Será una excelente compañera.

El jefe de los soldados que Saffah había contratado para escoltarlos dio la orden de salida y el numeroso grupo se puso en marcha.

Jaime y sus hombres los acompañarían hasta las puertas de la ciudad. A partir de ahí sólo Sancho y Álvaro continuarían con la familia de Saffah.

Cabalgando al lado de Nalia, Jaime rumiaba con rabia y su frustración. Nunca habían sido contrariados sus deseos de forma tan dolorosa; ésta era la primera vez que sus planes no se llevaban cabo. Había supuesto un duro golpe para su ego, pero sobre todo lo había sido para su corazón.

Nalia miró a Jaime con aflicción en el momento de atravesar la puerta que los alejaría de Toledo. Haciendo detener la caravana, Jaime desmontó de su caballo y ayudó a Nalia a descender del suyo.

Todos los miraban expectantes, pero ellos dos sólo tenían ojos para la persona amada. Retirándole el velo, Jaime la abrazó y la besó con desesperación.

— Pensaré en ti en todo momento. Por favor, no me olvides, amor mío.

Nalia le dedicó una amplia sonrisa.

— Nada me impedirá volver a tu lado, Jaime de Moriel. Cuídate.

El caballero castellano la abrazó de nuevo, y después de ayudarla a montar, observó consternado e impotente cómo se alejaba la única mujer que le interesaba en el mundo.

13

El jefe de los soldados y Saffah iban al frente de la caravana.

Viajaban con lentitud, y, afortunadamente, no habían tenido ningún percance. El guía se había adelantado para buscar un lugar apropiado donde acampar durante la noche. A pesar de que todos estaban cansados y deseaban dejar cuanto antes los caballos y estirar las piernas, era importante que se asentaran en una zona segura.

Cuando el guía volvió, la caravana lo siguió hasta el lugar elegido. Se trataba de un claro en el bosque bordeado por un cristalino riachuelo. Después de colocar los carros en sitio seguro, los soldados llevaron a los animales hasta el agua para que bebieran; a continuación los dieron de comer.

Exhausta, Nalia fue ayudada a bajar del caballo por su padre. Lo mismo hizo con Zelima.

— En cuanto esté la cena os avisaré. Mientras tanto podéis descansar en el carro.

Nalia negó con la cabeza.

— Prefiero pasear un poco. ¿Me acompañas, Zelima?

— Sí, estoy completamente entumecida.

Ambas hermanas se adentraron en el improvisado campamento y se dirigieron hacia el arroyo, donde se lavaron las manos y la cara.

— Menos mal que ya no hace tanto calor...

— No, y la brisa de la noche es reconfortante —contestó Zelima— Creo que a pesar de las incomodidades, voy a dormir de un tirón.

— Más nos vale, porque mañana nos espera una jornada igual de dura.

Sancho y Álvaro, recostados sobre un árbol, observaban a Nalia sin perderla de vista. Las órdenes de Jaime habían sido muy claras, ninguno de los dos deseaba enfrentarse a su furia si algo llegara sucederle a la mora.

Contemplando la belleza de la joven, Sancho comprendía muy bien la vehemencia de Jaime por ella. También seguía pareciéndole una imprudencia la obstinada persecución a la que él la sometía.

Ésta hubiera sido una magnífica oportunidad para olvidarla; sin embargo, ese joven testarudo la había desaprovechado. No sólo no estaba dispuesto a desechar de su cabeza a esa belleza morena, sino que además la hacía vigilar con la irrevocable orden de llevársela de vuelta lo antes posible. ¡Jóvenes impetuosos...!

Una suculenta cena a base de carne y arroz calmó el hambre de todos. Después de beber en el río y refrescarse de nuevo, las dos hermanas se dirigieron al carro que había sido preparado exclusivamente para ellas. Ahme se había encargado de colocar los camastros, y una de las sirvientas que las acompañaban sacó la ropa que necesitarían.

— Gracias, Ahme, eres maravilloso —dijo Nalia con voz soñolienta mientras cogía la mano que él le ofrecía para ayudarla subir al carro.

— Buenas noches —les deseó él a las dos.

Al amanecer, los soldados y todas las personas que componían el grupo de Saffah se pusieron en movimiento. Había que aprovechar el frescor de la mañana para viajar, pues al mediodía el calor sería tan intenso que tendrían que detenerse y resguardarse de los rayos del sol a la sombra de algún bosque.

— ¿Has descansado bien, hermanita? —le preguntó Nalia Zelima cuando finalmente ésta logró despertarse.

La joven estiró los brazos y esbozó una ancha sonrisa.

— Estupendamente. He soñado con Yazid.

Nalia se echó a reír.

— ¡Me encanta que estés tan enamorada! ¡Estoy segura de que vuestro matrimonio será maravilloso! —exclamó con nostalgia.

Zelima notó su expresión y la miró apesadumbrada.

— Tú también estás enamorada, ¿verdad, Nalia?

Hasta ahora no había querido admitirlo, pero había decidido no fingir más ante su hermana.

— A pesar de que mi futuro no se presenta tan alentador como el tuyo —admitió con pesar—, no puedo ocultar mi amor por Jaime de Moriel. Parece que ambos carecemos del suficiente sentido común como para evitar la catástrofe que se nos avecina.

— No digas eso. Estoy segura de que con el tiempo todo se arreglará. Vuestro amor podrá con cualquier inconveniente.

Nalia adoraba el optimismo de su hermana. Lamentablemente, en este caso lo consideraba desmesurado. A pesar del poco juicio que había demostrado al enamorarse de un noble castellano, se consideraba bastante realista. Lo que Jaime pretendía era peligroso, y sin duda les traería problemas.

El viaje empezó a hacerse monótono con el paso de los días.

Nalia disfrutaba por las mañanas del paisaje y de las criaturas de la naturaleza, pero a medida que el calor se hacía más sofocante, el cansancio y la aglomeración de pensamientos encontrados la sumían en un profundo silencio. Sancho y Álvaro apenas se apartaban de ella, vigilando atentamente cada uno de sus movimientos.

— ¿Me acompañáis porque el caballero de Moriel no se fía de mi palabra o simplemente para protegerme de los peligros del camino? —les preguntó un día a los dos caballeros con sonrisa maliciosa.

Ambos hombres se dirigieron una mirada de complicidad.

— A Jaime le preocupa mucho tu seguridad, Nalia. No es más que eso —contestó Álvaro para tranquilizarla. Él sabía que su respuesta no era del todo cierta, pero no quería crear más problemas entre la pareja.

Nalia fingió aceptar su versión. Acostumbrado a la estrategia a planificar cada uno de sus pasos en la batalla, Jaime de Moriel no dejaba ningún cabo suelto. Jamás hubiera sido tan ingenuo compara fiarse de la palabra de Nalia.

— Este viaje debe haberos contrariado. Os pido disculpas.

— Nosotros obedecemos órdenes —saltó Sancho enseguida—Jamás las cuestionamos.

Nalia sonrió.

— Lo sé. Es lo que hacen los buenos guerreros; aun así, supongo que unas se cumplirán con más complacencia que otras, ¿no es verdad?

Sancho la miró con ojos penetrantes. Esa mujer era muy sagaz. Tendrían que tener mucho cuidado con ella.

— Supongo que sí. Eso ni siquiera nos lo planteamos.

Nalia los miró divertida. Esos hombres eran completamente leales a Jaime. En ningún momento cometerían ninguna indiscreción.

Ni el calor, ni el polvo, ni la dureza del camino lograba disminuir el entusiasmo de Zelima. Esos largos viajes quebraban el espíritu de cualquiera menos el suyo. Ilusionada con la idea del próximo encuentro con su prometido, no reparaba en los inconvenientes que pudieran rodearla.

Nalia, en cambio, dedicó mucho tiempo a reflexionar. Se alegraba enormemente de la felicidad de su hermana, sin embargo no dejaba de preocuparle la incertidumbre de su propia vida.

El día que acamparon a la orilla de un ancho río, Nalia Zelima aprovecharon para darse un baño. Acompañadas de una sirvienta, de Ahme, de Sancho y de Álvaro, se encaminaron hacia la orilla. Era obvio que no podían bañarse delante de todos, así que apostándose en lugares estratégicos para la vigilancia, los dos caballeros castellanos permanecieron alerta a cualquier ruido extraño. Ahme, aunque de espaldas, se mantuvo más cerca de lados jóvenes, sonriendo cada vez que las hermanas reían y chillaban divertidas. Cuando salieron del agua, Nalia y Zelima fueron ayudadas a vestirse por la sirvienta. Ambas jóvenes echaban de menos las comodidades de su casa, especialmente los relajantes baños y masajes de los que disfrutaban cada día.

Después de varios días de viaje, el guía les comunicó que se encontraban a pocas leguas de Sevilla. Zelima miró a su hermana con ansiedad, nerviosa ante el inminente encuentro que tanto había deseado. Nalia acercó la yegua al caballo de su hermana y le tomó la mano.

— Gracias a Dios y a Alá, hemos llegado bien. Esto es un buen presagio. Tu boda va a ser maravillosa.

Zelima sonrió emocionada.

— Soy muy feliz. Especialmente porque tú vas a estar a mi lado en el momento más importante de mi vida.

La ciudad de Sevilla, acogedora y bulliciosa, los recibió media tarde, cuando el sol, formando un espectáculo de fondo naranja, se ponía majestuoso en el horizonte.

La caravana atravesó las puertas de la ciudad, atrayendo la atención de los habitantes, que se detenían para observar con admiración a la comitiva, especialmente a las dos bellas mujeres montadas sobre magníficos caballos.

Desviándose a la derecha, Saffah y el guía los dirigieron hacia una zona más alejada del centro. Después de mucho mirar la última vez que estuvo en Sevilla, Saffah se había decidido por una bonita casa con jardín. Sin escatimar en gastos había ordenado que la abastecieran con lo mejor. Era su deseo que tanto sus hijas como él mismo no carecieran de las comodidades a las que estaban acostumbrados.

Mientras los sirvientes, ayudados por los soldados, descargaban los carros, Ahme entró corriendo en la casa, seguido por dos sirvientas, para hacerse cargo enseguida de todo lo relacionado con las necesidades de sus amas. Una vez hecha la inspección de los aposentos femeninos, comenzó a dar órdenes para que se dispusieran inmediatamente los baños para Nalia Zelima.

— Todo esto es precioso, padre —lo elogió Nalia mientras recorrían las estancias de la casa—, especialmente el jardín, lleno de flores y naranjos.

— Es un sitio maravilloso para recibir a Yazid —señaló Zelima alborozada—. Gracias, padre.

Saffah las tomó a ambas de la mano.

— Os merecéis todo lo mejor, mis dulces niñas. Mi mayor desees que ambas seáis felices.

Las dos jóvenes se abalanzaron sobre su padre, besándolo con cariño.

— No hay en el mundo un padre mejor que tú, ¿verdad Nalia?.

Con los ojos llenos de lágrimas, Nalia asintió sin poder hablar.

— ¿Te aflige algo, querida? —le preguntó Saffah preocupado.

Su movimiento negativo contradecía la expresión de su rostro.

— No... sólo que... me entristece pensar que nos tenemos que separar.

El bondadoso comerciante le acarició la mano y la miró sonriente.

— No te preocupes por eso ahora, pequeña. Piensa solamente en lo que vamos a disfrutar con la boda de Zelima y en lo feliz que es ella.

A Nalia se le alegró la cara al mirar a su hermana.

— Es cierto; eso es lo más importante. Afortunadamente, todavía nos quedan muchos días para estar juntos.

Al día siguiente, a la misma hora, Zelima se paseaba nerviosa por la habitación. En media hora, Yazid y su padre acudirían a la casa de Saffah para presentar sus respetos a la novia y cenar con Saffah.

— Pareces un león enjaulado. Las joyas se te caerán si sigues moviéndote tanto — regañó Nalia a su hermana—. Siéntate y relájate, Ahme nos avisará cuando llegue Yazid.

Vestida con lujo, Zelima relucía en todo su esplendor. El suntuoso vestido naranja acentuaba su belleza morena y le daba un resplandor especial a sus ojos castaños. Las joyas que llevaba en el pelo y en el cuello iluminaban su rostro, dándole un aire puro y virginal.

Nalia había sido más discreta en su vestimenta. Esa noche era muy importante para su hermana, y ella había decidido permanecer en un segundo plano.

— Llevo tantos meses sin verlo... ¿crees que seguirá queriéndome igual que antes?

— Hay que estar loco para no quererte a ti, cariño. Yazid sabe que eres una joya y te querrá siempre. Jamás un hombre tuvo tanta suerte —exclamó Nalia, alabando a su hermana con orgullo.

Zelima sonrió agradecida y volvió a levantarse. En esos momentos entró Ahme y escoltó a las dos jóvenes hasta el salón donde esperaban los hombres.

Al igual que su novia, Yazid estaba también muy nervioso.

Después de tantos meses sin verla, encontrarse con Zelima lo llenaba de felicidad. Fue muy triste para él tener que salir de Toledo con su familia dejando a Zelima atrás. Durante ese tiempo había insistido enérgicamente ante su padre para que la trajera a su lado.

Por fin lo había conseguido, y ya era cuestión de pocos días que ella fuera suya para siempre.

La imagen perfecta que Yazid tenía de Zelima no era nada comparado con la espléndida mujer que se acercaba a él en esos momentos. Su idealizada imagen palideció al examinar la belleza, vestida con un vaporoso traje naranja, que le sonreía. Los dos jóvenes se quedaron hipnotizados al contemplarse después de tanto tiempo, teniendo que ser Saffah el que interrumpiera su silencioso diálogo de amor.

Nalia sonreía divertida mientras contemplaba la escena, pensando en la marca candente que era capaz de dejar el amor quienes lo sufrían. La imagen de un arrogante caballero castellano vino a su mente, produciéndole una nostalgia que ella se apresuró erradicar. ¡Estaba con su familia y era feliz!; ¡no permitiría que ese entrometido cristiano se introdujera en sus pensamientos! Vano intento. Su corazón sufría su ausencia con una dolorosa añoranza.

Los padres de los novios discutieron las condiciones del contrato matrimonial y se fijaron las dotes que ambos novios aportarían al matrimonio. Mientras los padres de los futuros contrayentes negociaban esos asuntos, los dos enamorados se retiraron al jardín, donde hablaron de sus propios asuntos privados.

La fecha para la boda fue fijada. El enlace se celebraría tres semanas después. Ese mismo día, un correo enviado por Sancho, cabalgaba hacia Castilla con una misiva.

Tras varios días de veloz marcha, Jaime había llegado a Moriel, al hogar que siempre había proporcionado paz y tranquilidad a su espíritu guerrero. Desde hacía más de un año no había podido regresar al castillo en el que se había criado. Siempre lo había echado de menos, lo mismo que a su familia; sin embargo, en esa ocasión, él hubiera preferido viajar en otra dirección y volver más tarde a Moriel, acompañado de Nalia. El rey lo había prohibido y él había tenido que obedecer. Eso no impedía que, por primera vez, su corazón se encontrara dividido.

Toda la familia se había reunido para recibir a Jaime. Enterados de lo que había ocurrido en Zalaca y del importante título que había recibido por parte del rey, sus padres, tíos, hermano primos se agolpaban para abrazar orgullosos al barón de la Lanza.

Jaime los saludó a todos con cariño, quitando importancia a la que había hecho por Alfonso.

— Fue un acto instintivo. De haberse percatado, cualquier otro caballero hubiera reaccionado igual —expuso con modestia.

— Pero no con tanta valentía —añadió su madre cogiéndole la mano y llevándosela a los labios—. Hubiera sido terrible que Alfonso muriera en esa batalla. Todos los habitantes de este país deberían estarte agradecidos.

Jaime rió, complacido con el amor que su madre siempre le había demostrado.

Su padre, Pedro de Moriel, los miraba emocionado. Sus hijos se parecían a él, aunque era indudable que la labor educativa paciente que su esposa había sabido llevar a cabo a lo largo de toda la vida de los jóvenes, había sido esencial para completar la formación de sus hijos como hombres y mujeres de bien.

— Tu madre tiene razón, muchacho —afirmó su tío Guzmán con voz sonora palmeándolo en la espalda—, nuestra familia tiene mucho que celebrar. Tu bravura ha hecho que el nombre de Moriel sea aún más importante de lo que ya era. Nuestros rivales estarán

verdes de envidia, pues saben muy bien que no sólo te has convertido en amigo del rey, sino que además no habrá quién pare nuestro poder influencia.

Todos estuvieron de acuerdo. Eran tiempos difíciles y siempre había que estar alerta.

Guiomar, la madre de Jaime, los interrumpió.

— Hablaremos esta noche durante la cena. Ahora dejad que Jaime coma algo y descanse.

Rodeado de los suyos, el joven caballero atravesó el patio de armas y entró en el sólido edificio que acogía a la familia. Varios sirvientes se acercaron a saludarlo y él les habló con afecto. Era muy agradable estar en casa, aunque lo sería aún más si Nalia estuviera su lado.

Poco antes de la cena, Jaime se reunió en el salón con su padre, su hermano Lucas, sus tíos Guzmán y Nuño y sus primos, Tirso y Ramiro, hijos de Nuño de Moriel. Conversaban sobre política, como era habitual cada vez que estaban juntos. Los mayores estaban ya retirados del ejército, aunque aún conservaban su influencia en la Corte. Jaime y su primo Tirso eran caballeros de Alfonso, mientras que Lucas y Ramiro, por ser los pequeños, cuidaban de sus respectivas propiedades.

Guzmán de Moriel, hombre fuerte y jovial, no había tenido descendencia. Si bien de recién casados su mujer y él se habían sentido desilusionados, pasado un tiempo cogieron tanto cariño sus sobrinos, con los que tenían mucha relación por vivir cerca, que no les importó no tener hijos propios. Tanto él como su esposa ayudaron a sus hermanos a criar a sus hijos. Para Jaime y sus hermanos: Lucas, Isabel y Sol, ya casadas, sus tíos habían sido como unos segundos padres.

Hacía cinco años que Guzmán se había quedado viudo. La muerte de la mujer con la que había estado tan unido había sido un duro golpe para él. Afortunadamente, su pena se había visto mitigada al verse rodeado del amor de su familia. Guiomar insistió en que fuera a Moriel a vivir con ellos y él aceptó. A partir de ese momento decidió que Lucas dirigiera su propiedad y defendiera su castillo. Guzmán consideraba que ya había batallado bastante.

Ahora ansiaba una vida tranquila, rodeado de los suyos.

— Según tengo entendido, Alfonso acaba de hacer una alianza con el sultán de Sevilla, ¿no es así Jaime? —le preguntó su tío Nuño.

— Cierto. Nuestro rey es un estupendo diplomático. Esa alianza nos aportará unas parias que son muy necesarias para el Reino.

— Supongo que durará hasta que Yusuf vuelva a la península —conjeturó Ramiro.

— Parece que el monarca almorávide tiene problemas graves en su país —contestó Jaime de nuevo—. No creemos que tenga intención de atacar por ahora.

— Si lo hiciera, estaríamos preparados —intervino Tirso— Durante todo este tiempo el ejército se ha recuperado e incluso ha aumentado en hombres. No creemos que volviera a vencernos.

Las mujeres entraron en el salón y avisaron a los caballeros de que la cena estaba preparada.

Antes de dirigirse hacia la mesa, Guiomar se adelantó, acompañada de una hermosa mujer de pelo y ojos castaños, y se plantó delante de Jaime.

— Hijo, te presento a Mencía, sobrina de tu tío Guzmán, hija de una hermana de su esposa —le informó con una sonrisa complaciente—. Al quedarse viuda hace un año, buscó la protección de Guzmán y también vive con nosotros.

Jaime la miró sorprendido. Apreció la delicadeza de su rostro su armoniosa figura. La joven le sonreía, y él la saludó con cortesía. A continuación le ofreció su mano y la acompañó hasta la mesa.

Guzmán y Pedro se dirigieron una mirada de regocijo. El encuentro entre la pareja a la que ellos tenían esperanzas de unir, había empezado bien. Guiomar había tratado a Mencía y le parecía buena para su hijo, además de muy rica. De todos modos, lo que más le importaba era que Jaime fuera feliz.

Los matrimonios de conveniencia eran normales entre la nobleza. Las alianzas entre las familias eran importantes para mantener la paz, y también lo era el aumento de las propiedades para conservar su poder.

Los padres de Guiomar, madre de Jaime, habían acordado su matrimonio con la poderosa familia de Moriel. La joven lo aceptó regañadientes. Cuando conoció a Pedro, su futuro marido, se enamoró de él. A pesar del trato entre sus padres, ambos se habían casado enamorados, por lo que su matrimonio había sido muy feliz.

Eso mismo quería para sus hijos. Todavía no había olvidado la triste unión que había sido el matrimonio de sus padres. Ambos se habían enamorado de otras personas antes de casarse, no pudiendo unirse ellas. El resultado fue un matrimonio desdichado, y ella y sus hermanos lo habían sufrido.

Mencía se mostró encantadora con todos. Conocía muy bien su atractivo y sabía sacarle partido. A pesar de tener solamente veinticinco años, era una mujer con experiencia. Conocía a la perfección las debilidades de los hombres y el poder de seducción de las mujeres. Con su marido, sus artimañas habían surtido efecto, y no le cabía duda de que sería igual con otros hombres.

Jaime la trató con deferencia, valorando su atractivo. Para desilusión de la joven, el apuesto caballero en ningún momento cayó en sus redes. La joven castellana no tardaría en aprender que los ardides de algunas mujeres no hacían ninguna mella en el ánimo del astuto caballero. Jaime era un hombre de acción, y nunca perdía el tiempo con rodeos, por lo que dedicaba todo su esfuerzo dedicación al objetivo en el que estuviera centrado.

14

Un día que se avecinaba bastante caluroso, Nalia y Zelima, acompañadas de Ahme, Sancho y Álvaro, se encaminaron temprano hacia la Medina, ciudad amurallada donde se encontraban los principales mercados, el Alcázar y la Mezquita Mayor. En esta zona, las calles estaban empedradas, igual que en Toledo. Los zocos, situados en pequeñas plazas que se formaban en las partes más anchas de las calles, estaban llenos de gente. El bullicio y los olores característicos a especias, hierbas comidas, eran los mismos que en Toledo. Los compradores abarrotaban los puestos donde se exponían todo tipo de productos.

Mirando hacia todos lados para no perderse nada, Nalia escudriñaba con detenimiento las mercaderías hasta encontrar lo que deseaba. Ella y Zelima hojearon algunos libros y compraron varios, adquirieron también frutas exóticas para la cena. Poco después, se detuvieron a estudiar detenidamente las hierbas del herbolario. Ambas hermanas tenían siempre a mano su saquito con los emplastes y ungüentos que ellas mismas elaboraban.

Su vieja aya Fanor, muerta el año anterior, había sido una cristiana francesa que se había encargado de que las dos jóvenes las que cuidaba aprendieran su lengua, enseñándoles también todo lo que ella había aprendido sobre los medios curativos de sus antepasados. La educación religiosa de Nalia la dejó Saffah a su cargo, aunque la obstinada sirvienta, a pesar de las órdenes de Saffah, nunca dejó de enseñar también a Zelima a rezar las principales oraciones. Para ella no existía más religión que la suya no quería que su niña Zelima se perdiera en el infierno.

Los médicos árabes eran los mejores de Europa, y la familia de Saffah se podía permitir el lujo de disponer de sus servicios. Eso no había impedido que Fanor hubiera insistido en que sus pupilas aprendieran a curar. De hecho, el médico de su padre confiaba tanto en Nalia que siempre la reclamaba de ayudante cada vez que visitaba la casa de Saffah.

Nalia tampoco olvidó comprar regalos para la reina Constanza. Había sido muy buena y comprensiva con ella. Tras recorrer varios puestos, encontró una bella pieza de seda azul y la compró. A continuación, y contando con el asesoramiento de Zelima, se decidió por un perfume elaborado a base de esencias de rosas y violetas.

Paseando de un zoco a otro, el tiempo pasó con rapidez y el calor se hizo insoportable. Había llegado la hora de retirarse. Antes de hacerlo, Nalia se detuvo delante de un puesto donde estaban alineadas todo tipo de armas salidas de las fraguas de Toledo y de Córdoba. Las miró detenidamente hasta que localizó dos dagas de fino acero, de diseño árabe y bellamente adornadas en la empuñadura con filigranas de plata. Las cogió y las estudió despacio, pasando con mucho cuidado el dedo por la hoja.

Zelima admiraba el conocimiento que su hermana tenía de las armas. A ella también le había enseñado Ahme a manejarlas, pero su falta de interés hizo que aprendiera muy poco sobre ellas.

Nalia por fin se decidió y pagó lo que acababa de adquirir, volviéndose a continuación con una sonrisa mientras se acercaba Sancho y a Álvaro.

— Esto es un regalo para vosotros, caballeros —dijo ante el asombro de los dos hombres—. Con ello quiero premiar vuestra esforzada dedicación a mi persona.

Ambos se miraron confundidos sin saber qué decir. Lo que Nalia estaba haciendo era de lo más insólito. Ellos eran sus vigilantes, y sin embargo ella los recompensaba con un valioso regalo. Vacilantes, los dos caballeros alargaron la mano y tomaron el regalo que ella les ofrecía.

— No tenías por qué hacerlo, Nalia. Nosotros solamente cumplimos con nuestro deber —señaló Álvaro.

— Muchas gracias, Nalia —logró decir Sancho mientras carraspeaba con timidez—, es una daga excelente.

La joven árabe se había guiado por un impulso. Le gustaba recompensar a los que la servían con lealtad, y esos dos hombres, pesar de estar al servicio de Jaime de Moriel,

cumplían sus órdenes a la perfección. Estaba segura de que incluso llegarían a arriesgar la vida por ella si fuera necesario. Sin haberlo preparado y con total ingenuidad, Nalia se había ganado la admiración y la lealtad de lodos fieles caballeros cristianos.

Ahme sonreía al ver la cara de asombro de los dos castellanos.

Él ya estaba acostumbrado a esas salidas de Nalia. Era una mujer muy generosa, y él tenía muchos regalos de ella y de Zelima.

El noble Ismail Bakr anunció su visita con antelación.

Sancho y Álvaro fruncieron el ceño al enterarse de la noticia. pesar de que Jaime no les habló de la disputa que había tenido lugar entre Nalia y él a raíz de la visita del noble árabe en Toledo, ellos se habían enterado inmediatamente. Era prácticamente imposible que ocurriera algo en casa de Saffah sin que dejaran de saberlo todos los que vivían en ella. Los rumores corrían de una esquina a otra de la casa hasta que, finalmente, la verdad de lo sucedido salía a la luz.

A causa de la guerra, Ismail Bakr no había podido volver Toledo. Nalia seguía en su pensamiento y estaba decidido a convertirla en su esposa. La última vez que se habían visto, ella parecía complacida con su visita. Fue muy amable, y él creía haberla convencido cuando de pronto apareció aquel maldito castellano echando por tierra todos sus planes. De haber podido, le hubiera atravesado allí mismo con su espada; sin embargo, consciente de la situación tan delicada en la que se encontraba la familia de Saffah, decidió calmarse y volver en otra ocasión más propicia.

Desgraciadamente, la guerra impidió un nuevo encuentro. No obstante, siempre estuvo al tanto de los movimientos de Nalia.

— Ismail Bakr insiste contigo, hija, pero yo no quiero forzarte—le comentó Saffah mientras comían—Mi mayor deseo es que seáis felices, por ese motivo os doy libertad para que elijáis a vuestros futuros maridos.

Nalia lo miró con cariño. Saffah prefería para Nalia a Jaime de Moriel, pero aprobaría el matrimonio con el árabe, en caso de que Nalia así lo decidiera, porque lo veía también muy ventajoso para ella.

— Eres maravilloso, padre, y yo te adoro. Mereces que todos tus deseos se cumplan con creces, pero yo aún no estoy decidida casarme —contestó, temerosa de desilusionarlo.

Saffah quería que Nalia siguiera los dictados de su corazón, aunque no perdía la esperanza de que sus dos hijas vivieran siempre a su lado. Saffah era consciente de que ese era un deseo egoísta, pues muy bien sabía que Ruy de Ara, verdadero padre de Nalia, hubiera preferido un marido cristiano y noble.

— Prefieres al caballero castellano, ¿verdad? —no se trataba de un reproche, sino más bien de una certeza.

No hacía falta que contestara. La expresión de sus ojos era muy elocuente.

— Por orden del rey he de entrar al servicio de la reina, además... prometí a Jaime de Moriel que volvería.

Saffah movió la cabeza con preocupación.

— Me gusta el cristiano y lo admiro. Por otra parte, no me cabe duda de que vendría a buscarte con un ejército si no cumplieras tu promesa.

Nalia asintió, dando la razón a su padre.

— Los sentimientos no se pueden controlar, ya lo sé —continuó Saffah—, pero yo te aconsejo que reflexiones, Nalia. Ya no eres una niña y sabes discernir perfectamente entre lo que más te conviene.

Ella sabía que lo que más le convenía era casarse con Ismail Bakr o con algún mozárabe, vivir en Sevilla con su padre y su hermana y olvidarse para siempre de Jaime de Moriel. Todos serían felices con esa decisión. Desafortunadamente, ese planteamiento también acarreaba más inconvenientes de lo que parecía. A pesar de su promesa, Jaime se había asegurado de que ella volviera. Nalia sabía que Sancho y Álvaro la llevarían a rastras de vuelta a Toledo si ella se oponía. Estaba también la orden del rey y el deseo de Constanza de

que entrara en la Corte, y por último su propia intención de averiguar algo sobre su padre o sobre su supuesta traición a través de gente de la Corte.

— Debo volver, padre. Mi corazón así lo desea. Por otra parte, lloraré vuestra ausencia cada día —susurró desconsolada—. Tú debes quedarte con Zelima; ella te necesita, y aquí tienes ahora a todos tus parientes y a tus amigos.

— Pero tú...

— Yo estaré bien. Los reyes me protegerán.

— Ahme cuidará de ti.

— No. Me quedaré más tranquila si permanece al lado de Zelima y vela siempre por ella. Yo soy más fuerte y sabré cuidarme.

Ismail Bakr se presentó rodeado de toda la pompa que correspondía a su rango. Montado en un valioso caballo árabe de la más fina estampa, enjaezado con adornos y espuelas de oro y plata, iba acompañado de un séquito de soldados y sirvientes, cargado con presentes para la familia de Saffah.

A pesar de no haberse esmerado ni en el arreglo ni en el atuendo para no llamar excesivamente la atención, a los ojos del noble árabe Nalia de Toledo seguía siendo la mujer más hermosa que conocía. Sus ojos brillaron de admiración al verla, anhelando que el corazón de esa mujer palpitara al mismo ritmo que el suyo.

Nalia también admiró su porte y sus delicados modales, fastidiándole en el fondo no sentir nada por él. Si se hubiera enamorado de Ismail Bakr desde el primer momento, se habría ahorrado muchos problemas. Tras los saludos protocolarios, Nalia, Zelima, Saffah Ismail tomaron el té.

— Me alegro mucho de que el viaje transcurriera sin ningún altercado. Los caminos son peligrosos y las distancias muy larga—comentó al árabe, preocupado.

— Estábamos bien protegidos. Nadie hubiera osado atacar una caravana rodeada de tantos soldados —le informó Saffah.

— Me alegro por todos, especialmente por las dos damas —afirmó Ismail dedicándole una mirada especial a Nalia.

— Ella era la más protegida. Jaime de Moriel, el caballero castellano que fue nuestro huésped en Toledo, hizo que nos acompañaran dos de sus mejores hombres para que cuidaran de Nalia en todo momento —le explicó Zelima con ingenuidad, sin percatarse del reflejo de ira que había nublado los ojos del noble musulmán.

¡Lo sabía! ¡Sabía que ese maldito cristiano estaba interesado en Nalia! Desde que en Toledo había irrumpido tan violentamente en la sala donde se encontraba él con Nalia y Saffah, había intuido que ese arranque tan brusco solamente había estado motivado por los celos. La traición fue una excusa para despistar a Nalia. A él no le había engañado.

— Muy considerado, desde luego —contestó el noble con un matiz desdeñoso.

Nalia servía el té con impecables modales bajo la admirativa mirada del árabe. Ismail Bakr no podía disimular su interés por ella, decidió que así como se enfrentaba a los cristianos en el campo de batalla, también se enfrentaría al castellano Jaime de Moriel en el terreno del amor. Se consideraba un hombre de honor, pero no dudaría en olvidarse momentáneamente de sus más elementales principios con tal de conseguir a Nalia de Toledo.

La conversación derivó hacia los temas políticos, centrándose especialmente en la alianza que ahora mantenían el rey de Sevilla Alfonso VI de Castilla. A Saffah le interesaba esa alianza, pues cuanto más durara, más seguros serían los caminos que unían lodos reinos.

— El rey castellano nos hace pagar altas parias, pero en estos momentos en los que nuestro ejército se está recuperando de las bajas de las últimas batallas, necesitamos que nuestros belicosos vecinos, los reyes de Granada y de Córdoba, sepan que contamos con el apoyo del poderoso ejército del monarca cristiano —explicó Ismail.

Las alianzas siempre eran débiles y todos lo sabían; no obstante, en determinados momentos se hacían muy necesarias.

Después de merendar, y a petición de Ismail, Saffah y Zelima los dejaron solos. Cuando salieron de la sala, Sancho y Álvaro los miraron con aprensión. Su intención cuando llegó el

noble árabe había sido permanecer dentro de la sala, vigilando desde la puerta, teniendo siempre a la vista a Nalia, como les había ordenado Jaime.

Los soldados con los que se presentó Ismail Bakr se lo habían impedido. Con buenos modales, pero con las armas muy a la vista, les habían explicado que se trataba de un asunto privado. Los dos castellanos no habían tenido otra alternativa que rumiar su furia fuera de la habitación. Para colmo, ahora Saffah dejaba solos a la pareja. ¡Era desesperante! Frustrados, ambos caballeros sabían que no tenían ninguna posibilidad de salir victoriosos si se enfrentaran una fuerza mucho mayor.

Nalia disponía de valiosas joyas, pero ninguna de ellas podía compararse con el espectacular collar de brillantes y oro blanco que en esos momentos le estaba ofreciendo Ismail Bakr. Perpleja ante tan fabuloso regalo, Nalia enmudeció, dudando cómo empezar rechazar semejante tesoro. Había estado temiendo ese momento.

Ismail Bakr era un personaje muy importante en Sevilla, igual que lo había sido en Toledo, acostumbrado a tener lo que quería y a no sufrir ningún tipo de desagravio.

— ¿Te gusta, Nalia? —preguntó el árabe, satisfecho de la expresión de la joven.

— Jamás vi una joya tan bella.

El noble musulmán le dedicó una seductora mirada.

— Cierto. Es lo que se merece tu hermosura. Ninguna otra mujer sería digna de lucirla.

Nalia se sentía incómoda y perturbada. Ese hombre le ponía el mundo a sus pies, y sin embargo, ella no podía aceptarlo.

— Eres muy galante, Ismail, pero exageras. Te aseguro que yo no merezco tanto. Además... —continuó, lanzándole una firme mirada—, no puedo aceptarlo.

Una sombra de incredulidad apareció fugazmente en los ojos del árabe.

— Sé lo que estás pensando, Nalia, pero mi intención no es comprarte, sino ofrecerte matrimonio. Te quiero desde el momento que te vi, y deseo intensamente que seas mi esposa.

Nalia sabía que eso sería imposible y tenía que encontrar el modo de explicárselo de la forma más mesurada y acertada posible.

— Eres un hombre muy atrayente, Ismail, por muchos motivos, pero en estos momentos yo no estoy en libertad de comprometerme con nadie.

Él la miró extrañado.

— ¿Que no estás en libertad?

Nalia hizo un movimiento negativo con la cabeza.

— Por una serie de circunstancias, el rey Alfonso de Castilla me ha ordenado volver en cuanto se den por concluidas las celebraciones de la boda de mi hermana. Es deseo de la reina que yo entre a su servicio como una de sus damas.

Ismail Bakr no podía creerlo. Era absurdo.

— ¿Por qué tú?

— Porque la reina es francesa y yo hablo francés y le agrado.

Al noble musulmán le parecía un motivo muy débil.

— Todos saben que cuando las damas desean casarse abandonan el servicio de la reina. Si tú decides quedarte aquí conmigo, estoy seguro de que la reina Constanza no se opondrá a tu felicidad. Además... tú no eres castellana...

— Ahora todos los habitantes de Toledo lo somos —lo interrumpió ella.

— Pero tu familia se quedará a vivir aquí, y espero que tú también —terminó dirigiéndole una mirada penetrante—. Sabes que estoy en posición de ofrecerte todo lo que desees. Puedo prometerte que tu vida sería muy placentera a mi lado.

Sabía que eso era cierto. De todas formas, no podía aceptar.

— He hecho una promesa —afirmó sin decir a quién— y debo volver.

Por más que insistió el joven árabe, no consiguió que Nalia le diera la respuesta que él deseaba. Todavía disponía de varios días para convencerla, y él procuraría emplearlos con eficacia.

Nalia le rogó que se llevara las joyas que le había regalado: el collar y la magnífica pulsera que le ofreció en Toledo. El joven árabe se negó.

— Por favor, guárdalas por ahora. Tengo la esperanza de que cada vez que las luzcas pienses en mí. —El noble musulmán le tomó la mano delicadamente y se la llevó a los labios. Nalia captó su gesto seductor, pero en ningún momento palpitó su corazón con la misma energía como cuando Jaime de Moriel se le acercaba.

Sancho y Álvaro respiraron aliviados cuando el árabe se retiró. A partir de ese momento podrían vigilar a Nalia tal y como Jaime quería. Tras esa visita los dos hombres se sentían bastante recelosos.

Habían oído hablar del poder y la influencia de ese musulmán, lo que lo convertía en un hombre peligroso. Según los cotilleos de los sirvientes, el noble árabe pretendía a Nalia, y eso sin duda eran malas noticias. La categoría de Ismail Bakr lo convertía en digno rival de Jaime de Moriel.

Transcurridos los días en los que la familia había agasajado a Jaime con devoción, la normalidad había vuelto al castillo de Moriel.

Por la mañana, terminado el copioso desayuno, empezaba el entrenamiento de los caballeros. El ruido de las espadas al chocar las voces de los hombres se convertían en el murmullo de fondo del castillo. En un lugar tan grande y con tantas personas viviendo allí, la actividad era incesante.

Jaime ayudaba a su padre a patrullar los alrededores, a recorrer las granjas de los campesinos y a escuchar sus problemas, a recibir los emisarios de la Corte y a impartir justicia. Él heredaría el castillo de Moriel; mientras tanto tendría que hacer productivas sus propias tierras, las concedidas por el rey, y mejorar la sólida edificación dotándola con buenas defensas.

Estaba en el establo atendiendo a su caballo, cuando llegó el emisario desde Sevilla. Hacía casi dos meses que Nalia y él se habían despedido a las puertas de Toledo. Un tiempo demasiado largo. La añoraba dolorosamente, y solamente la orden del rey y la ilusión de un próximo encuentro lo retenían lejos de ella.

Jaime leyó la misiva con ansiedad, disfrutando de cada línea en la que Sancho le hablaba de Nalia. Le tranquilizó leer que el viaje lo habían realizado sin ningún altercado, y le alegró sobremanera que la boda no se demorara demasiado. Si sus cálculos no fallaban, quizá en un mes y medio podrían estar juntos de nuevo. Su regocijo apenas podía ser disimulado. Nalia estaba bien, y si él lo sobrellevaba con paciencia, en poco tiempo volverían a estar juntos.

Con ilusión renovada y el espíritu alegre, salió del establo silbando.

En el castillo todos recibían con expectación la llegada de cualquier emisario, y en ese caso no fue una excepción. En cuanto Jaime entró en el salón, su madre se precipitó hacia él preguntándole acerca de las noticias recibidas.

— Nada más que hay que ver tu semblante para deducir que han sido buenas—comentó sonriente.

— Sí. Sancho, Álvaro y la familia a la que acompañaban han llegado bien a Sevilla.

En esos momentos entraba su padre en el salón acompañado de algunos de sus hombres e intervino en la conversación.

— Esa familia musulmana debe significar mucho para ti; de otra forma no hubieras prescindido de Sancho. Desde que eras un niño, prácticamente nunca se ha separado de ti.

Jaime sonrió, recordando la escena en la que Sancho se había negado a viajar a Sevilla.

— Es cierto, pero en esta ocasión era necesaria su presencia al lado de la familia de Saffah.

— Según tengo entendido, ese comerciante tiene dos hijas muy guapas, ¿no? — preguntó su padre observándolo con curiosidad.

Jaime no quería entrar en explicaciones. Antes tenía que aclarar su situación con Nalia y buscar una solución para su futuro.

Mencía parecía ensimismada con el bordado; sin embargo, estaba muy atenta a la conversación entre padre e hijo, especialmente desde que se había mencionado la existencia

de las dos jóvenes de las que ella nada sabía. Guiomar le había hablado acerca de Jaime y sobre su actividad como caballero en el ejército del rey, pero ella deseaba saber más, mucho más. Si quería conquistarlo era importante conocer sus gustos, debilidades preferencias.

— Cierto, las hijas de Saffah son muy bellas —contestó de forma escueta—. Una de ellas ha ido a casarse a Sevilla y allí vivirá a partir de su boda.

A la joven viuda le gustó esa información.

— ¡Ah!, entonces la otra se quedará con la hermana —observó Pedro con ingenuidad—. Siendo tan rico el padre le buscará allí un marido apropiado. Es sabido que a los musulmanes les gusta vivir en familia durante toda su vida.

Jaime dio un respingo al oír la observación de su padre.

— ¡Ella volverá! —exclamó, sin darse cuenta de que había expresado sus pensamientos en voz alta.

Su padre, que ya se había vuelto a dar unas órdenes a sus caballeros, no se percató del cambio de semblante de su hijo, pero su madre, que lo observaba, sí se dio cuenta.

— ¿Tiene que volver esa joven por alguna razón, Jaime?

Distraído, apenas oyó a su madre.

— ¿Cómo dices?, ¡ah, sí, sí! —se apresuró a contestar—, tiene que volver para entrar al servicio de la reina. Nalia de Toledo es una mujer muy culta y a la reina Constanza le gusta su compañía—explicó con orgullo.

— ¡Qué cosa más singular!: una mora como dama de una reina cristiana —señaló Mencía, decidida ya a intervenir de lleno en la conversación, con un cierto desprecio—. Como si no hubiera damas cristianas bien dotadas en todos los aspectos...

Guiomar sonrió con benevolencia.

— Todas las damas de la reina son cristianas, y no me extraña que Constanza esté interesada por una cultura diferente. Al fin y acabo su marido está muy orgulloso de que se le denomine el "Emperador de las dos religiones".

Los caballeros de Pedro de Moriel salieron de la sala y él se sentó al lado de su mujer.

— ¿Y es cierto que en Toledo conviven en paz cristianos, musulmanes y judíos?

— Ya lo hacían antes de nuestra llegada —contestó Jaime— Alfonso desea que continúe la paz entre las tres culturas y quizás lo logre. Nosotros vigilamos para que no haya revueltas ni traiciones; al fin y al cabo hemos sido enemigos hasta hace muy poco. Es una medida de precaución que hasta ahora ha sido efectiva.

— Toledo es una ciudad muy ansiada tanto por los cristianos como por los musulmanes; espero que seamos capaz de retenerla —señaló Guzmán de Moriel con aprensión.

— Su seguridad está en buenas manos —afirmó Guiomar mirando a su hijo con admiración.

— Gracias por tu confianza, madre, pero hay que estar siempre alerta.

Lucas se sirvió vino de nuevo y a continuación miró a su hermano con una sonrisa pícara en sus labios.

— Los juglares ponderan mucho los bonitos ojos de las mujeres árabes. ¿Es verdad que son muy bellas?

Guzmán se echó a reír.

— No se les ve nada más. Siempre van tapadas de arriba abajo.

— ¿Entonces cómo se puede saber si son bellas o no? —preguntó la joven viuda con curiosidad.

Jaime recordó con nostalgia los maravillosos ojos violetas de Nalia. Jamás había visto nada más bello, y él ya había decidido que no podía vivir sin ella.

Pedro de Moriel rogó que dejaran hablar a Jaime.

— Él es el que ha vivido más tiempo entre ellos. Su información será más veraz que nuestras especulaciones.

Jaime no quería profundizar en el tema.

— Hay mujeres tan hermosas como las cristianas —respondió sin comprometerse.

— Según dicen, son dulces, obedientes y sumisas, dispuestas complacer siempre a sus hombres —insistió Lucas, dispuesto adquirir más información sobre las bellezas musulmanas.

Jaime no pudo evitar echarse a reír, rememorando la poco docilidad y la rebeldía que Nalia había mostrado hacia él desde el primer momento. Desde luego, su amor no era un ejemplo a seguir por otras mujeres; aun así, él no la cambiaría por ninguna otra. Nalia de Toledo era única, y era suya.

— Supongo que habrá de todo —concluyó Jaime, divertido.

15

El intenso calor del verano disminuyó al llegar septiembre.

Faltaban dos días para la boda, y a pesar de haberlo organizado todo con tiempo suficiente, todavía quedaban detalles que sólo se podían llevar a cabo en el último momento.

El vestido de la novia, fabricado con una bella tela de seda de color marfil y adornado con perlas y pequeños brillantes, estaba listo para la ceremonia. El matrimonio era el acto social más importante para la mujer hispano-musulmana, y quitando excepciones, como el caso de Nalia, que no tenía ningún interés por casarse, la ceremonia de la boda representaba la primera meta importante de la vida para estas mujeres. A partir de la boda, el sometimiento a la autoridad del marido sería total. Zelima lo asumiría con gusto. Estaba muy enamorada de Yazid y entendía que todo lo que él le ordenara sería por su bien. Nalia había sido criada con las mismas creencias respecto al matrimonio y la familia, pero no aceptaba las reglas con tanta docilidad.

Ismail Bakr visitaba la casa de Saffah con frecuencia. Decidido a no renunciar a Nalia, su cortejo: elegante, sutil y caballeroso, lo abrumaba. Le fastidiaba que la joven no fuera tan obediente como la hermana y que además el padre no la obligara a aceptarlo, pero reconocía que su resistencia le daba todavía más atractivo a su persona.

Sancho y Álvaro se habían acostumbrado a la vida de Sevilla. El carácter abierto y alegre de su gente les agradaba, y la comodidad y buen trato que recibían en casa de Saffah les era muy placentero.

Nalia no sólo no les daba problemas sino que además los trataba como amigos. Todo parecía funcionar como estaba previsto excepto por la continua presencia de Ismail Bakr. Durante sus visitas, a ellos se les prohibía estar presente. No les servía de nada rebelarse contra esas normas. El árabe era implacable con sus órdenes y nada ni nadie interferirían en el objetivo que él tenía fijado.

— Las visitas de ese hombre son peligrosas —señaló un día Álvaro con preocupación—. Hasta ahora Nalia no le ha aceptado, pero si sigue dedicándola tantos halagos y colmándola de tan ricos regalos, no estoy muy seguro de que ella no termine por acceder a sus demandas. Hay que reconocer que es un hombre de atractivo poderoso. Para cualquier otra mujer sería un honor que el noble árabe la pidiera por esposa. Estamos en una situación límite, Sancho. No sé si comunicárselo a Jaime.

Con un movimiento rotundo, el caballero mayor se opuso.

— ¡Ni hablar! Conozco mejor que nadie a Jaime de Moriel. Es un gran hombre y un magnífico guerrero: inteligente, prudente, astuto cuando la ocasión lo requiere, pero por primera vez está enamorado, y eso lo hace vulnerable —le explicó con calma—A menos que decidamos raptarla, si Nalia accede a casarse con ese hispano-musulmán, nadie podrá impedirlo. Lo único que lograría Jaime al venir aquí sería arriesgar su vida inútilmente, pues ten por seguro que Ismail Bakr no permitiría que nadie le robara lo que es suyo.

— Jaime también considera que Nalia de Toledo es suya, y ya sabes de lo que es capaz cuando algo se le mete en la cabeza... o es la sangre... —terminó Álvaro pensativo.

— Él lo cree, pero está equivocado. Nalia es una mujer libre y rica, lo que la pone en una posición de elegir libremente lo que quiere hacer con su vida —razonó Sancho con sentido común—. Si no hubiera sido por la orden del rey, quizás ella nunca hubiera vuelto a Toledo, aunque esté enamorada de Jaime. Nalia no ve ningún futuro claro con él, y es de las que están muy apegadas a su familia.

Álvaro suspiró y levantó las manos en un gesto de impotencia.

— Muy bien... tú decides.

— Espero que Nalia vuelva con nosotros a Toledo, tal y como está planeado. Sólo así evitaremos que Jaime cometa una locura.

Zelima estaba radiante el día de su boda. Acompañada de familiares y amigos y con su hermana continuamente a su lado, se sintió la mujer más feliz del mundo cuando el imán la casó con su amado Yazid.

Los festejos durarían una semana. Empezaron en casa de la novia, donde se sirvieron exquisitos y variados platos: cordero, hojaldres rellenos de carne picada, fritos rellenos de verduras, albóndigas de carne, pasteles de queso perfumados con agua de rosas y la típica almojábana, que consistía en una torta frita de queso blanco con canela y miel.

Mientras bebía jarabe de limón, Nalia hablaba con los invitados a la boda. En esos momentos era la anfitriona de la casa tenía que agasajar a todos. Tampoco desaprovechaba cualquier ocasión de acercarse a su hermana y estar con ella el mayor tiempo posible. Dentro de unos días se separarían y no sabía cuándo podría volver a verla.

Finalizado el banquete, los anfitriones e invitados se sentaron en el salón, y mientras degustaban dátiles y uvas, contemplaban a las bailarinas, que ataviadas con gasas transparentes de brillantes colores, se movían hábilmente emulando las tradicionales danzas árabes.

Transcurridos los tres días de celebraciones, la novia, acompañada de un cortejo de familiares y músicos, fue conducida la casa del novio, donde fueron de nuevo ricamente agasajados con suculentos festines y variadas distracciones.

La semana de festejos había pasado rápidamente. Todos habían disfrutado de cada uno de los días, especialmente Zelima. Era una esposa enamorada y feliz, y ahora lo que más deseaba era que su hermana también lo fuera.

— El amor es como una chispa que prende en un segundo sin que se pueda evitar —le decía Zelima a su hermana poco antes de despedirse—. No te opongas al amor, Nalia, ni intentes cambiar el curso de las cosas. Disfruta de lo que tienes y vive el presente —la aconsejó con bondad—. Deseo con todo mi corazón que seas tan feliz como yo. Estoy segura de que muy pronto encontrarás al hombre adecuado.

Nalia la abrazó conmovida.

— Ya sabes que soy muy obstinada. Teniendo en cuenta que tú eres más lista que yo —añadió provocando la risa de Zelima— procuraré seguir tu consejo. Tú has encontrado un hombre excelente que te quiere. Os deseo mucha felicidad y que Dios os bendiga con unos hijos preciosos.

Sancho y Álvaro sólo le dieron dos días para preparar el equipaje. Nalia los dedicó principalmente a pasar el mayor tiempo posible con su padre y Ahme. Aconsejada por el mozo de cuadra más veterano de los que tenía su padre, también dedicó algunas horas a recorrer el mercado de ganado para elegir un valioso regalo para el hombre que quería.

Aunque conservaría sus propiedades de Toledo para Nalia: ese sería su dote, además de joyas y dinero, Saffah había trasladado su negocio a Sevilla. Había meditado mucho acerca de lo que había estado hablando con Nalia y había llegado a la conclusión de que ella tenía razón. Nalia pasaría la mayor parte de su tiempo en la Corte. Tarde o temprano se descubriría su verdadera identidad entonces podría casarse con un cristiano, que es lo que su padre hubiera deseado. La vida de Nalia estaba en Castilla, y la suya y la de Zelima en Sevilla.

Ahme no estaba tan conforme sobre lo que Nalia y su padre habían decidido. Él hubiese preferido acompañarla a Toledo. Se sentía responsable de ella y pensaba que nadie la protegería mejor que él.

— No podrías estar en la Corte, Ahme, y sabes que tu presencia mi lado sólo ocasionaría conflictos entre Jaime de Moriel y tú.

— Aunque reconozco las cualidades de ese caballero, también sé lo que desea: tener el camino libre hasta ti. Sólo yo le impediría que se acercara más de lo debido.

A Nalia le conmovió el fervor del fiel sirviente.

— Los reyes me protegerán, no te preocupes, y además yo confío en la caballerosidad del castellano.

Ahme frunció el ceño. Jaime de Moriel era un caballero noble y valiente, pero era un hombre y además estaba loco por Nalia. Ella no era consciente de que su belleza podía

fácilmente perturbar los sentidos de cualquier hombre, por muy gentil y galante que éste fuera.

La tarde antes de la marcha, uno de los soldados que formaba el grupo que viajarían a Toledo le informó a Sancho que tres de ellos no aparecían.

— Habrán decidido quedarse aquí y ahorrarse el viaje de vuelta. Tendremos que contratar a otros.

Sancho se dirigió a Saffah, que en esos momentos despedía Ismail Bakr. El árabe había ido a visitar a Nalia en un último intento de que ella se quedara. No lo había conseguido. Nalia había dado su palabra y tenía que cumplirla. Como siempre, el noble musulmán se había presentado con un valioso regalo. En esta ocasión se trataba de una fina cadena corta de oro y un colgante en forma de corazón, incrustado de pequeños brillantes. Nalia no quiso aceptarlo, pero él le rogó que se lo pusiera.

— Por favor, Nalia, quiero ver el efecto de esta delicada joya en tu hermoso cuello. Ya que no me haces ninguna otra concesión, permíteme, por lo menos, que guarde un recuerdo tuyo luciendo uno de mis regalos.

Nalia lo miró dubitativa, reconociendo al fin lo poco que él le pedía a cambio de sus continuos rechazos. Decidió alegrarle esa última cita y accedió.

Con delicadeza, él se lo abrochó y la observó admirado.

— Es mucho más bonito teniendo como lecho tu piel nacarada. Gracias por llevarlo, Nalia —dijo tomándole la mano y besándosela—No importa que me hayas rechazado. Seré feliz pensando que las joyas que una vez fueron mías, serán lucidas por ti. Por favor, consérvalas y póntelas con frecuencia. Mi recompensa será saber que cada vez que las lleves pensarás en mí.

Al ver el gesto de contrariedad de Saffah, Ismail le preguntó.

— ¿Ocurre algo grave?

El comerciante le explicó lo que pasaba.

— Yo te conseguiré tres hombres de confianza —le ofreció el noble musulmán—. Mañana estarán aquí al amanecer.

Saffah se lo agradeció efusivamente, pues el tiempo pasaba y él no sabía cómo encontrar buenos soldados tan deprisa. Sancho también lo agradeció: no le gustaba viajar con la escolta menguada.

Al alba, el numeroso grupo a caballo y los dos carros donde se transportaban los víveres, armas y el equipaje de Nalia, salió de Sevilla. Los soldados enviados por Ismail Bakr se habían presentado puntualmente, portando vino y algunos alimentos que el noble hispano-musulmán enviaba para el camino.

Un purasangre árabe, majestuoso y esbelto, de color canela, con las crines y la cola largas y casi blancas, fue atado a uno de los carros. Sancho y Álvaro lo miraron impresionados: muy raramente se veía un caballo tan magnífico. En ese caso sí se podía decir que el animal igualaba la exquisitez de su dueña.

Una nueva vida se iniciaba para Nalia de Toledo.

Sin saber cuándo volvería a encontrarse con su familia, el rostro de la joven toledana reflejaba la tristeza y la pesadumbre que turbaban su espíritu. Solamente la ilusión de volver a ver a Jaime de Moriel le levantaba el ánimo. Contra todo pronóstico y contra toda prudencia, él era el hombre que ella amaba. No había sido educada para precipitarse al desastre sino para evitarlo; sin embargo, el destino había tejido unas circunstancias que la empujaban hacia una situación de riesgo y de incertidumbre.

Por la noche, cuando acamparon, los cocineros repartieron la cena y distribuyeron un poco de vino para cada uno de los hombres.

Estaban encantados con este regalo, especialmente porque se trataba de un vino excelente.

Nalia se refrescó un poco en una pequeña laguna cercana después de cenar se retiró a su carro, donde su sirvienta ya le había preparado un catre para dormir.

Un día soleado y cálido los recibió a la mañana siguiente. Al escuchar el trinar de los pájaros, Nalia sonrió, sintiendo cómo su ánimo recuperaba un poco de su alegría habitual al contemplar el sol y el bonito paisaje de olivos que los rodeaba.

Terminado el desayuno, el jefe de la tropa comenzó a dar órdenes mientras los demás enjaezaban los caballos y ponían en movimiento los carros. Todos aceleraban sus tareas, pues sabían que era esencial aprovechar al máximo la luz del día.

El cansancio le había impedido darse cuenta antes. Todavía llevaba puesta la cadena con el colgante que Ismail Bakr le había regalado. Quiso quitársela, pero el cierre era tan seguro que fu imposible abrirlo. Su sirvienta también lo intentó; al igual que Nalia, tuvo que desistir.

— Está bien, no te preocupes. Cuando lleguemos a Toledo le pediré a un orfebre que me la quite.

Debido a los dos carros cargados que llevaban, la marcha era lenta. Nalia procuraba entretener su mente admirando todo lo que veía: paisajes de viñas, bosques de álamos y cipreses, refrescantes riberas de claros riachuelos y esporádicos animales que corrían por el campo. Su espíritu se serenaba disfrutando de la naturaleza.

Estaba contenta porque su hermana era muy feliz y su padre estaría con Zelima. Nalia quería ser optimista, pero no podía evitar que sus ojos se nublaran cada vez que pensaba en el futuro.

Para regocijo de sus padres y tíos, Jaime y Mencía parecían llevarse bien. Ambos charlaban amigablemente, cabalgaban juntos era frecuente ver a la joven acompañando a Jaime en algunas de sus múltiples tareas.

Nada más conocerlo, la joven viuda había quedado prendada de Jaime de Moriel. El hecho de ser noble y rico, como ella, ya era atrayente; además, era guapo y barón, así que su decisión de tomarlo como marido fue irrevocable. Sólo había un inconveniente: que él la trataba como a una pariente de la familia, no como a una mujer en la que estuviera interesado. Mencía se dio cuenta enseguida de que Jaime no había caído rendido a sus pies cuando se conocieron. La trataba caballerosamente y no rechazaba su compañía, pero ella era la única que sabía que él no la cortejaba. El resto de la familia daba por hecho que a Jaime le había gustado la joven y que terminaría pidiendo su mano.

Guzmán estaba contento. Mencía era una buena muchacha muy bella. Por su nacimiento y riqueza estaba a la altura de su sobrino; una apropiada compañera para un hombre de la valía de Jaime, y muy digna de llevar el título de su futuro marido.

— Parece que esos dos jóvenes se entienden, ¿no crees, querida? —le preguntó un día Pedro de Moriel a su mujer mientras terminaban de desayunar, después de ver a Jaime y a Mencía salir juntos del castillo.

Guiomar suspiró con benevolencia. ¿Dónde tendrían los hombres la intuición? Ella era su madre y conocía muy bien a su hijo, pero ante todo era mujer y sabía captar con precisión los secretos que los hombres solían guardar para ellos.

Todos eran testigos en el castillo de que Jaime acompañaba con agrado a Mencía, mas lo hacía con el mismo talante que cuando acompañaba a alguna de sus hermanas o primas. El mensaje del muchacho era clarísimo, sin embargo, su marido y su cuñado no lo percibían.

— Lo único que veo es que se llevan bien. Desgraciadamente, hasta ahora, nuestro hijo no está interesado en esa joven.

Su marido se volvió bruscamente y la miró extrañado.

— Pero ¿cómo puedes decir eso?, si está clarísimo que se gustan. Por ahí se empieza, ¿no?

Su mujer asintió con desgana.

— Sí, suele ser así. ¡Ojalá nuestro hijo termine por enamorarse de Mencía!

— ¡Por supuesto que lo hará! Jaime sabe que es obligación de todos nosotros aumentar el prestigio de nuestra familia, y eso sólo se consigue con hazañas como la que él realizó en Zalaca acumulando tierras. Las que Mencía posee son codiciadas por todos los nobles del Reino. Sería una locura perderlas, y también una irresponsabilida—terminó con genio.

Guiomar lo miró con expresión meditativa. Los argumentos de su marido eran muy razonables. Los nobles que perdían tierras prestigio disminuían también su poder, lo que los hacía muy vulnerables. En esas circunstancias podían convertirse en presa fácil para sus enemigos.

A pesar de estar en otoño, el día estaba caluroso. A petición de Mencía, Jaime la había acompañado a pasear. Mientras andaban despacio por los verdes campos, Jaime pensó que la calidez del día la belleza del paisaje que los rodeaba invitaban a pasear, a correr y retozar con la mujer amada. Era un día hecho para los enamorados, para disfrutar con la persona que se había instalado en su corazón sin remedio. La nostalgia de Nalia fue dolorosa. Ya habían pasado tres meses desde que ella se había marchado, y él no lo podría soportar mucho más.

Los pensamientos de Jaime fueron interrumpidos al oír como en la lejanía el murmullo de la voz de Mencía.

— Me siento feliz, Jaime. El día es espléndido, y yo me encuentro muy a gusto a tu lado —declaró cogiéndole la mano con atrevimiento.

Jaime no podía creerlo. En ningún momento le había dado pie a esa mujer para que se tomara tales libertades. Su primera intención fue soltarse bruscamente: no le apetecía llevarla de la mano. Intentando ser comprensivo, se mantuvo impasible, pensando que quizás había sido un gesto inocente por parte de ella.

Mencía sabía muy bien lo que hacía. Llevaban tres meses juntos y él no se decidía a cortejarla. Estaba harta de esperar. Quería ese hombre por esposo, así que tomaría la iniciativa sin más rodeos.

Cuando llegaron a la orilla de un río, Mencía se acercó al agua y se mojó las manos.

— ¡Está estupenda!, me apetecería bañarme y nadar.

Jaime la miró asombrado.

— ¿Bañarte?, pero... Está bien, me alejaré y volveré dentro de media hora.

— ¡No, por favor! —le suplicó ella tomándole de las dos manos—Me gustaría que te bañaras conmigo.

Su mirada insinuante sacó de dudas a Jaime. Esa mujer intentaba seducirlo, atraparlo. Desafortunadamente para ella, él no era de los que se dejaban engañar fácilmente.

— ¡No me bañaré, Mencía —respondió serio—; no me apetece! Tú puedes hacer lo que quieras.

Jaime de Moriel era un hombre imponente, con una personalidad abrumadora; eso lo había sabido desde el primer momento. Confiando en sus atrayentes dotes, también había estado convencida de que podría seducirlo con facilidad si él le ponía las cosas difíciles. Había llegado el momento. Mencía sabía que cualquier día sería llamado de vuelta a Toledo, y para entonces ella quería tener solucionado el asunto de su matrimonio.

La joven le dedicó una seductora sonrisa.

— Muy bien, pero por favor, no te alejes. Me da miedo quedarme aquí sola.

Sin contestar, Jaime se volvió de espaldas y esperó a que ella se metiera en el agua.

Durante un tiempo la oyó chapotear y reír; Mencía parecía estar disfrutando. Repentinamente, se hizo el silencio y él esperó que se vistiera. Transcurridos unos minutos sin que escuchara absolutamente ningún sonido, se giró preocupado. En cuestión de segundos su expresión pasó de la inquietud a la incredulidad: de pie, delante de él, Mencía le ofrecía sin pudor su espléndida desnudez.

Mudo de asombro, Jaime la recorrió con la vista. Esa mujer era una tentación, y tiempo atrás él no hubiera rechazado tan cálido ofrecimiento. La cuestión ahora era que él estaba frío: no sentía absolutamente nada por la mujer que tenía delante.

— Deseo que me beses, Jaime. Me gustas mucho, y espero que nuestra unión...

— ¿Nuestra unión? —repitió él enfadado—. Me parece que te confundes, Mencía. Por favor, vístete y volvamos al castillo.

Los ojos de la joven relampaguearon de ira. ¡Él la estaba rechazando! ¡No era posible! Muchos hombres hubieran dado su vida por una escena semejante, y sin embargo ese altivo caballero la ignoraba.

La joven viuda ardía de rabia, y creyó que se ahogaría por el sofoco.

— ¡Eres un maldito cerdo! ¡Cómo te atreves a humillarme así?

— Te has humillado tú sola —contestó Jaime con tranquilidad—En ningún momento me he insinuado y tú tienes la suficiente experiencia como para saberlo.

Mencía recogió la ropa con genio y se escondió detrás de un árbol. No había estado errada al pensar que Jaime no era de los que se dejaban manejar, aunque ella tenía otras armas para convencerlo.

Cuando estuvo vestida, ambos emprendieron el camino de vuelta. Jaime estaba contrariado. La actitud de Mencía significaba que estaba completamente convencida de que terminarían casándose. ¿Le habría asegurado algo su tío Guzmán o lo habría deducido al escuchar algunas conversaciones?

Con actitud airada, la joven viuda atravesó el salón a toda velocidad y desapareció por la escalera que daba a los corredores de los dormitorios.

— Por el talante de tu sobrina, deduzco que ha habido una tormenta en la pareja —le comentó Pedro de Moriel a su hermano Guzmán mientras se disponían a salir al exterior.

En esos momentos entró Jaime y los detuvo.

— Me gustaría hablar con vosotros. ¿Tenéis un momento?

— Por supuesto, hijo. Ven con nosotros; nos dirigimos al muro exterior, donde, según el alférez, hay una parte muy deteriorada. Revisaremos los daños.

Los tres hombres, muy parecidos en estatura y fortaleza, encaminaron sus pasos hacia la parte más alejada del castillo. Eran tiempos de guerras y enemistades. Tanto las defensas como las armas y las provisiones tenían que estar siempre a punto; en cualquier momento podía atacar el enemigo más inesperado.

— Y bien, muchacho, ¿qué es lo que tienes que decirnos? —le preguntó su tío.

— Se trata de Mencía. Me gustaría saber si le habéis dicho prometido algo respecto a mí.

Los dos hermanos se miraron extrañados.

— ¿A qué te refieres? —preguntó su padre.

— Me parece que ella da por hecho que nos vamos a casar.

Pedro de Moriel se detuvo y miró de frente a su hijo.

— ¿Y no es así? Pensábamos que te gustaba y que pronto pedirías su mano. Sabes que es una rica heredera. No creo que debamos perder esas tierras.

— Además es muy guapa —añadió su tío.

Jaime suspiró con impaciencia.

— Sé el bien que representa para la familia hacer buenos matrimonios, aunque sean de conveniencia, pero yo todavía no he decidido casarme.

Su padre lo miró con gesto de reproche.

— Pues creo que tienes edad suficiente para formar una familia. Tú eres el mayor de los de Moriel y necesitas herederos. En los matrimonios de nuestra familia nosotros aportamos poder, patrimonio y títulos. A cambio exigimos tierras para aumentar nuestras propiedades. Tú estás a la altura de los nobles más poderosos del Reino, y no hay duda de que los superarás si te casas con Mencía de Zúgel.

Su tío le pasó el brazo por los hombros y le habló con indulgencia.

— Todos hemos tenido que pasar por esto, Jaime, y te aseguro que la mayoría nos hemos rebelado. En los tiempos que corren no podemos cometer errores: la seguridad de nuestra familia depende de nosotros. El puesto que tenemos en la sociedad y en la Corte, las riquezas acumuladas y el poder adquirido durante generaciones, tienen un precio, y a veces, muy alto.

Muy bien sabía Jaime que su padre y su tío tenían razón; también sabía que no cedería sin luchar antes por lo que más quería. Todos los convencionalismos, tradiciones e intereses estaban en su contra. Aun así no perdía la esperanza de que Nalia de Toledo y él terminaran juntos.

— Si hay otra mujer que te interesa, puedes tenerla cuando quieras —continuó su padre—, pero no debes olvidar que la familia necesita matrimonios apropiados. Mencía de Zúgel nos conviene. Por favor, piensa en tus responsabilidades.

Con el corazón dividido, Jaime entró en los establos para ensillar su caballo y perderse por los bosques y los valles. Necesitaba estar solo para olvidarse durante unas horas de quién era y a que familia pertenecía.

Se disponía a atravesar el puente levadizo cuando un soldadlo llamó a gritos.

— ¡Ha llegado un correo, señor! ¡La misiva que trae es para vos!

El corazón le dio un vuelco, pensando que esa segunda carta sólo podía significar que Nalia ya había emprendido el viaje de vuelta a Toledo.

Con ansiedad rompió el sello y la leyó nervioso.

Una sonrisa de satisfacción se asomó a sus labios. Tirando de las riendas, hizo girar al caballo y volvió a entrar en el patio del castillo.

Durante la comida, Jaime dio la noticia.

— Esta misma tarde he de volver a Toledo. Sancho y Álvaro están en camino y debemos reanudar nuestras actividades a las órdenes del rey.

Los hombres de la familia sabían que las órdenes superiores eran siempre irrevocables. Lamentaban su partida, pero así era la vida del guerrero. Esta noticia fue un duro golpe para Mencía.

Lamentaba enormemente haberse equivocado de táctica. Lo más inmediato ahora era intentar reparar el daño. Mencía aguardaba en el corredor que daba acceso a la escalera.

Jaime tenía prisa y partiría enseguida; antes tendría que escucharla.

Su futuro en esa casa dependía de su astucia. Había sido testigo de la fortaleza de Jaime de Moriel, pero también sabía lo importante que era para la familia su herencia. Jaime era responsable y estaba muy orgulloso de su apellido; no rechazaría su mano tan fácilmente.

Quizás quería esperar; eso era comprensible, y ella esperaría el tiempo que fuera necesario.

Jaime se sorprendió al verla. La creía enfadada despotricando de él en su habitación. Nunca pensó que quisiera despedirse.

— Siento mucho lo de esta mañana, Jaime. No fue mi intención forzarte a una situación comprometida —se disculpó bajando la cabeza sumisamente—. Simplemente te deseaba y no pensé en las consecuencias —declaró con expresión compungida.

Jaime hizo un movimiento de asentimiento con la cabeza.

— No te preocupes. Todo está olvidado.

— ¿Volverás pronto? —preguntó ella con su voz más dulce.

— No lo creo.

Jaime no quería ser grosero, pero tampoco simpático. Deseaba que le quedara muy claro a esa mujer que él no estaba interesado en ella.

La llamada de su madre interrumpió la conversación. Se reunió con ella y el resto de la familia en el salón, desde donde salieron todos al patio de armas para despedirlo en la puerta principal del castillo.

— Ten cuidado, hijo —le rogó su madre abrazándolo—, y no tardes en volver.

— Presenta mis respetos al rey —le pidió su tío Guzmán.

— Y también los míos, hijo.

Con una tropa como escolta, Jaime abandonó sus tierras parir en busca de la mujer que aparecía en todos sus sueños.

Cabalgaron con rapidez, descansando lo menos posible.

Aunque todos ellos estaban acostumbrados a ese ritmo, al ver que su jefe se dirigía hacia la frontera con las taifas de Al-Andalus en vez de coger el camino que llevaba directamente hacia la ciudad de Toledo, se miraron desconcertados.

— No me he equivocado de camino —informó a la tropa—, sino que he decidido salir al encuentro del grupo que ha de reunirse conmigo en Toledo.

Era una locura hacer ese camino tan largo, pero su ansiedad por ver a Nalia era tan apremiante que no hubiera tenido paciencia suficiente para esperarla en Toledo.

Su aparición tan inesperada sería una verdadera sorpresa, y él no quería perderse la expresión de Nalia al verle. Su corazón latíamás deprisa sólo con pensar que muy pronto la tendría entre sus brazos. Jamás se había sentido su espíritu tan alborozado, y ¡por Dios! que nunca dejaría de estarlo.

16

Llevaban ya varias jornadas de viaje y estaban a tan sólo dos días de la frontera castellana. El trayecto era fatigoso incómodo; sólo gracias a su espíritu joven e ilusionado soportaba Nalia con optimismo las dificultades del camino. Le regocijaba pensar que su hermana era muy feliz y que su padre estaría bien con Zelima.

A partir de ahí, su vida sería una incógnita. Todavía no sabía muy bien de qué modo las circunstancias la habían conducido a esa situación. Desechando cavilaciones que no la llevarían a ningún lado, Nalia intentaba asumirlo con una actitud positiva.

Sancho y Álvaro, sus más incondicionales servidores, admiraban su temple. Era a Jaime de Moriel al que debían toda su lealtad; no obstante, no podían dejar de reconocer la difícil situación en la que el joven caballero había puesto a la bella mora. Durante esos meses, la habían tratado con asiduidad, descubriendo a una joven bondadosa y generosa, amable y muy bien educada.

Empezaban a considerarla la esposa ideal para cualquier caballero, quizás la más apropiada para Jaime de Moriel.

Los dos reconocían sus virtudes con admiración, aunque ninguno de ellos olvidaba la distinta situación social, cultural y religiosa de la pareja. A pesar de que solamente estando juntos eran felices, había un abismo que los separaba. Cualquiera de ellos que intentara desafiarlo, podría fácilmente precipitarse al vacío.

Los días eran ya más cortos, por lo que el campamento para pasar la noche se levantaba temprano. Esa noche, como era habitual cada vez que detenían la caravana, Nalia, acompañada de su sirvienta, se acercó al río y se aseó. La noche era magnífica. La luna brillaba en todo su esplendor haciendo que el agua refulgiera con un tono plateado. El fuego de las hogueras parecía romper el hechizo de la noche y también el canto de los soldados mientras bebían el excelente vino que Ismail Bakr había enviado.

Después de cenar, Nalia y su doncella se retiraron a dormir.

Los hombres continuaron bebiendo y charlando.

Un brusco movimiento la despertó. No sabía el tiempo que había transcurrido desde que se había acostado, pero todavía era de noche. Nalia se incorporó en el camastro y miró a su alrededor. La sirvienta dormía y todo parecía en orden. Iba a acostarse de nuevo, pensando que había tenido un sueño cuando acertó a oír unos pasos clandestinos. De pronto la lona del carro se abrió y apareció Ismail Bakr. A Nalia se le dilataron los ojos por la sorpresa, no acabando de comprender qué era lo que hacía él allí.

— No te asustes, Nalia, sólo he venido a informarte que tu padre ha enfermado y quiere verte.

La angustia se reflejó de inmediato en el rostro de la joven.

Intentó levantarse, pero consciente de la poca ropa que llevaba, se quedó donde estaba.

— ¿Qué le ha sucedido? ¿Está grave? —preguntó con voz temblorosa—. Dios mío... tienes que llevarme junto a él.

Esa era la petición que él esperaba.

— ¡Por supuesto, querida!, partamos inmediatamente.

La sirvienta se despertó y ayudó a su ama a vestirse. Cuando Nalia salió del carro, un grupo de soldados, con Ismail a la cabeza, la esperaban. El noble musulmán la ayudó a montar y partieron de inmediato.

Nalia miró hacia atrás para comprobar si Sancho, Álvaro y los demás los seguían. El musulmán le explicó su plan.

— El resto de la tropa está despertando. En cuanto recojan el campamento nos seguirán. Ya les he informado de lo que sucede.

Tras esa explicación, Nalia no pensó en nada más. Sólo su padre enfermo estaba en su mente, y ella lo único que quería era llegar a su lado cuanto antes.

Los cascos de los caballos, a todo galope, hacían temblar la tierra. Nalia no sentía nada porque su corazón estaba paralizado. Su padre la necesitaba y ella no estaba a su lado. La pena le oprimía el alma y no podía pensar en nada más.

Estaba amaneciendo cuando Jaime de Moriel localizó el campamento por fin. Había conseguido recorrer el camino en mucho menos tiempo de lo que hubiese sido lo habitual. Aún sintiéndose exhausto, su corazón rebosaba de alegría al contemplar el lugar en el que se encontraba Nalia.

Le extrañó que los soldados durmieran aún. Cuando se viajaba, todos se levantaban con las primeros luces del amanecer incluso antes para aprovechar el día.

Algo no iba bien. Levantando una mano detuvo a la tropa y les ordenó que se dispersaran.

— Rodead el campamento y acercaos con las armas listas.

Con la espada en la mano y mirando hacia todas partes con cautela, Jaime dirigió su caballo hacia el centro del campamento, donde los soldados dormían alrededor de lo que había sido una hoguera. Sus hombres no estaban. Dirigió la mirada hacia los dos carros y allí los vio: acurrucados en sus mantas y completamente dormidos.

Irritado, Jaime se bajó del caballo y los despertó con brusquedad.

— ¡Se puede saber qué pasa?, ¡cómo es posible que estéis aún dormidos?

Los dos caballeros tardaron en reaccionar. Les fue difícil abrir los ojos, y más aún levantarse.

En el momento que Sancho se dio cuenta de quién era el que estaba delante de ellos, intentó incorporarse con rapidez. Llevándose la mano a la cabeza se sintió mareado y volvió a sentarse en el suelo.

— ¡Jaime! —exclamó sorprendido—. ¿Qué haces tú aquí?

Sin contestar, Jaime se dio la vuelta y se precipitó hacia los carros. Su corazón se detuvo al encontrarlos vacíos. Furioso, se plantó delante de sus hombres con expresión colérica.

— ¿Dónde está?

— ¿Dónde está... quién? —logró preguntar Álvaro con voz pastosa.

— ¡Nalia, maldita sea!, ¡quién va a ser? —chilló fuera de sí.

Intentando despejar la cabeza con bruscos movimientos, Sancho se acercó al carro, tambaleante, y miró dentro.

— ¡Dios santo! Ella no está!

El embotamiento se le pasó bruscamente, sintiendo al mismo tiempo cómo sus músculos se tensaban con temor. Jaime recorrió el campamento a grandes zancadas buscando Nalia. Su instinto se lo negaba, pero él no perdía la esperanza de que se encontrara por los alrededores dando un paseo o simplemente aseándose. Con desesperación reconoció que no había ni rastro de ella.

Despertó con rudeza al resto de los hombres. El miedo lo ahogaba con una especie de sofoco. Respiró varias veces en profundidad con el fin de intentar calmarse y no dejarse llevar por el pánico. Había que actuar con rapidez y con lógica. Algo había ocurrido allí la noche anterior, y él tenía que averiguarlo.

Ninguno recordaba nada anormal.

— Hicimos lo mismo que todas las noches —le explicó Sancho— Al anochecer montamos el campamento, cenamos, bebimos un poco de vino y nos acostamos. Nalia y su sirvienta se retiraron las primeras, como siempre, y nosotros nos quedamos bebiendo charlando un rato más.

— Quizás bebisteis demasiado —les reprochó Jaime con gesto acusador.

— Igual que las demás noches. Ismail Bakr nos regaló un excelente vino y...

Jaime sufrió una sacudida al escuchar el nombre de su rival.

— ¿Ismail Bakr?

Álvaro le contó lo que había sucedido en Sevilla con los tres soldados y lo que aconteció después.

— ¿Qué hacía Ismail Bakr en casa de Saffah en esos momentos?

Los dos caballeros se miraron con desamparo. Enderezándose con valentía, Sancho decidió que ese no era el momento de empeorar las cosas.

— Estaba de visita.

— ¿Visitaba a Nalia? —la calma con la que Jaime se expresaba era aún más peligrosa que su furia. Al notar la vacilación del caballero mayor, dio un paso al frente y dirigió a Sancho una mirada amenazadora.

— Sabes lo que te aprecio, Sancho, pero si no me cuentas la verdad, no responderé de mí.

A pesar de que ayo y pupilo habían tenido sus desavenencias alguna que otra vez a lo largo de su relación, Sancho jamás lo había visto tan furioso.

— No tienes por qué ponerte así, Jaime. Hemos cuidado a Nalia lo mejor que hemos podido. Te puedo asegurar que no sé lo que ha sucedido aquí esta noche. Yo dormía y no...

De pronto recordó que no había visto a los soldados que Ismail Bakr había enviado para sustituir a los que habían desertado.

Con pasos acelerados se dirigió hacia el grupo de hombres preguntó por los tres. Ninguno de ellos los había visto. Durante la noche todos habían dormido profundamente, incluso los que estaban de guardia. ¿Y... por qué tan profundamente? Su mente dio vueltas buscando una solución, hasta que halló la respuesta en cuestión de segundos: ¡el vino!

— Fuimos drogados con el vino —informó a Jaime, avergonzado.

— Pero si lo bebimos todas las noches...

— Sí, una treta inteligente para hacer que nos confiáramos—contestó Sancho a Álvaro, cabizbajo—. Anoche, los tres soldados de Ismail Bakr nos drogaron, sospecho que obedeciendo órdenes de su jefe.

Jaime estaba deshecho. No era capaz de pensar con coherencia, y en su frustración sus sospechas llegaron hasta Nalia: ¿habría sido raptada o estaba de acuerdo en volver a Sevilla con ese árabe para casarse con él y vivir toda la vida al lado de su familia? La duda le atenazaba el corazón como una garra mortífera. Ella le había prometido volver y él había confiado en su palabra.

— ¿Protestó Nalia alguna vez por las visitas de Ismail Bakr, por el contrario lo recibía con simpatía?

Los dos hombres lo miraron extrañados.

— Bueno... pues... —inició Álvaro—, ya sabes que los hispano-musulmanes son muy educados y hospitalarios...

— ¡Lo que quiere decir que nunca se negó a recibirlo! —terminó Jaime con genio.

— ¿No estarás insinuando que ella tuvo algo que ver con esto...?

Si seguía pensando se volvería loco. La cuestión ahora era averiguar la verdad. En el caso de que Nalia hubiera sido raptada, él la rescataría y vivirían felices. Si por el contrario hubiera tomado parte, voluntariamente, en ese complot, esa mujer aprendería muy duramente que Jaime de Moriel no perdonaba una traición.

Jaime giró la cabeza y se dirigió hacia el carro, donde había detectado bastantes huellas de caballos.

Sancho lo detuvo.

— Estoy seguro de que Nalia es inocente.

Jaime lo clavó con la mirada.

— ¿A ti también te ha seducido, Sancho?

El veterano caballero dio un paso amenazante hacia el más joven.

— Te perdono porque estás desquiciado y no sabes lo que dices, pero no vuelvas a insinuar nada semejante —se atrevió a ordenarle con voz tan fría como el hielo—. Nalia...

— Siento haber sido brusco —le cortó Jaime—. Ahora sigamos las huellas de esos caballos.

Antes de iniciar la búsqueda de Nalia, Jaime ordenó a los soldados que había contratado Saffah que a su llegada a Toledo informaran al rey de lo que había ocurrido.

— Comunicadle al rey que en cuanto encuentre a Nalia regresaremos lo antes posible a Toledo.

El corazón le martilleaba en el pecho mientras los caballos recorrían a toda velocidad un camino interminable. Las huellas estaban todavía frescas y podían ser fácilmente seguidas. Les llevaban solamente unas horas de ventaja. Se encontraban en terreno enemigo, y aunque en esos momentos existiera entre los dos reinos una frágil alianza, la situación podía empeorar conforme se adentraran cada vez más en la taifa sevillana.

Llegada la noche, se detuvieron y durmieron durante unas horas. Antes del amanecer alcanzaron un altozano, desde donde podía divisarse un fértil valle. Descendieron y lo atravesaron, topándose a continuación con una alta y abrupta montaña. Con dificultad siguieron un estrecho sendero hasta que llegaron a la cima.

Arrastrándose con sigilo, los castellanos descubrieron el campamento enemigo en un claro entre rocas. Los ojos de Jaime sólo buscaban un objetivo y lo encontraron. Nalia estaba sentada en una roca comiendo algo. A su lado, Ismail Bakr le hablaba y ella lo escuchaba atenta. Al poco rato un soldado se acercó con los caballos y el musulmán la ayudó a levantarse, le pasó un brazo por los hombros y la besó en la sien.

Jaime bullía de celos. Aquello no era un rapto sino una huida bien organizada. Sabiendo Nalia que Sancho y Álvaro no le hubieran permitido quedarse en Sevilla, había urdido un plan brillante con Ismail Bakr. Todo había salido como ellos lo habían planeado, excepto por un inconveniente: a nadie se le había ocurrido pensar que Jaime cambiaría de idea en el último momento y decidiría salir al encuentro de su amada en vez de esperarla en Toledo. Los planes veces se ven alterados por el azar, y ese era ahora el caso del noble hispano-musulmán.

A Nalia no le agradaba que Ismail Bakr se comportara de forma tan cariñosa. Le agradecía su interés y su preocupación, pero ella nunca le había dado pie para que se tomara tantas libertades.

Por otra parte no quería ser desagradecida. Gracias a él se había enterado de la enfermedad de su padre, preocupándose por que ella llegara cuanto antes a su lado sana y salva.

— No estés triste, Nalia. Estoy seguro de que tu padre ya estará mejor. Cuando yo me vine lo atendían los mejores médicos.

Ella asintió apesadumbrada y no tuvo fuerzas ni valor para desdeñar el beso que él depositó en su rostro.

Esa noche, después de cenar, y cuando los hombres se acostaron alrededor de la hoguera, Ismail pidió a Nalia que lo acompañara a dar un paseo por la ribera del riachuelo que fluía entre los árboles.

— La noche está muy bonita. Hemos cabalgado mucho y nos vendrá bien andar un poco.

A Nalia le apetecía caminar, aunque hubiera preferido que Ismail fuera otro hombre. Durante esos días había pensado mucho en Jaime de Moriel, lamentando profundamente tener que posponer su encuentro. Lo añoraba y deseaba verlo con ansiedad.

Lamentablemente, su padre la necesitaba, y él tendría que comprenderlo.

La pareja se adentró en el bosque. Envueltos en el silencio, sólo se oían los sonidos de la noche y la actividad de los hombres moviéndose en el campamento en la lejanía. La noche era plácida, aunque no tan cálida como los días anteriores. Ismail le hablaba de su vida en Sevilla y de todo lo que podía ofrecer a la mujer que se casara con él. Según afirmaba, ellos formaban la pareja ideal, además Nalia, si accedía a ser su esposa, siempre estaría al lado de su familia.

La joven escuchaba, percibiendo cómo él trataba de tocar su fibra más sensible. Nalia sabía muy bien lo que quería, pero si su padre continuaba enfermo y la necesitaba, por muy desgarrador que fuera para su corazón, jamás volvería a Toledo.

Unos gritos y el ruido de las espadas al entrechocar unas con otras llamaron su atención. El campamento había sido atacado. Con un movimiento instintivo, Ismail colocó a Nalia detrás de él y sacó su espada para pelear.

— No te muevas, Nalia. Si son ladrones no tienen por qué saber que nosotros estamos aquí. Mis hombres saben defenderse. Si el número de atacantes es muy superior, serán vencidos y nosotros no podremos hacer nada. No puedo exponerte.

El árabe la tomó de la mano para huir. De pronto, el nombre de Jaime, pronunciado por uno de sus hombres, retumbó claramente en el silencio del bosque, y Nalia supo inmediatamente quiénes eran los atacantes.

Mientras escuchaba a los hombres luchar, Nalia intentó pensar con rapidez. ¿Por qué estaba Jaime allí en vez de en Toledo y por qué luchaba contra los hombres de Ismail Bakr? ¿Estaría furioso porque ella había vuelto a Sevilla sin su permiso?, ¿o habría pensado que había huido? Teniendo en cuenta lo desconfiado que era, no creería la verdad.

— ¡Es ese maldito cristiano. Lo mataré! —aseguró el árabe empuñando la espada con fuerza al tiempo que daba un paso adelante.

Nalia lo detuvo. Si permitía que lucharan, uno de los dos resultaría muerto. Ella quería a Jaime, pero estaba muy agradecida a Ismail: jamás se perdonaría que uno de los dos muriera.

— No te expongas, Ismail. Por favor, vete e intenta ayudar a mi padre. A mí no me harán daño. Yo detendré al castellano y escaparé en cuanto pueda. Te avisaré cuando tenga la oportunidad.

Sus palabras le animaron y le abrieron los ojos. Ella tenía razón: él solo no podría vencer a los castellanos. Tampoco conseguirían huir si iban juntos. Sus planes, muy bien estudiados, eran de nuevo frustrados por el cristiano de Moriel. La próxima vez, él sería el vencedor.

Nalia comenzó a correr por la orilla del río para alejar a sus perseguidores de Ismail Bakr. No sentía nada por ese hombre y su insistencia con ella era inútil, pero había sido generoso comprensivo con ellos y Nalia le estaba agradecida.

El grupo de soldados árabes se había rendido. Los cristianos eran más, y además el caballero alto y moreno luchaba como un demonio.

— ¿Dónde están Ismail Bakr y la mujer? —le preguntó Jaime al jefe de la tropa.

La espada del castellano le oprimía el cuello, impidiéndole hacer ningún movimiento. El árabe sabía que su negativa a contestar supondría una muerte inmediata. Con cuidado dirigió sus ojos hacia el bosque, lo que provocó una convulsión en el joven caballero. Su mente torturada hizo deducciones rápidamente, aunque erróneas: la pareja había buscado intimidad en la oscuridad del bosque, lo que quería decir que...

Su rostro se convirtió en una máscara de hierro y sus ojos refulgían con ira asesina.

Sin mirar atrás se adentró entre los árboles corriendo. Sancho lo siguió. Tras recorrer un corto trayecto, Jaime se detuvo para inspeccionar rápidamente el terreno y escuchar. El silencio lo rodeaba; sólo unos pasos furtivos a lo lejos, cerca del río, captaron su atención.

Los pasos de Jaime, largos y seguros, redujeron la distancia que lo separaba de Nalia. Completamente exhausta, ella seguía corriendo, en su ansiedad por dar tiempo a Ismail para huir. Si Jaime lo encontraba lo mataría, y ella no quería tener esa muerte sobre su conciencia.

Ismail Bakr la había buscado generosamente para llevarla al lado de su padre. Aun siendo la verdad estaba segura de que Jaime jamás lo creería. Jaime de Moriel era un caballero, un guerrero entrenado para el combate y nunca, en ningún momento, confiaría en el enemigo.

Nalia supo que todo había acabado cuando una poderosa garra de hierro la tomó fuertemente del brazo y la obligó detenerse.

Respirando con dificultad, Nalia lo miró desolada. No era así como ella había soñado que se encontraría con Jaime de Moriel.

Parecía que las circunstancias siempre se ponían en contra de ellos, haciendo que ninguno de los dos pudiera olvidar que eran enemigos.

— ¿Dónde está él?

A Nalia le asustó el odio y el resentimiento que se reflejaba en sus ojos. Aunque conocía las dos caras de Jaime de Moriel, jamás le había visto una expresión tan implacable.

Nalia levantó la barbilla con valor.

— No lo encontrarás.

— ¡Buscadlo y traedlo a mi presencia! —ordenó a sus hombres, que estaban a unos pasos detrás de ellos.

Nalia intentó liberarse de su mano sin conseguirlo. Con el rostro arrebolado por la carrera, el pelo revuelto, caído libremente sobre su espalda, y los ojos brillantes por la agitación, Nalia apareció ante los ojos de Jaime más bella que nunca. Estaba hechizado por esa mujer. Nalia de Toledo era traicionera y mentirosa, capaz de hipnotizar a cualquier hombre y luego tratarlo como a un pelele. Con él no le valdrían sus tretas. Estaba enamorado de ella, eso no podía negarlo, pero de una vez por todas esa mora aprendería a obedecer y a conocer el lugar que le correspondía en el nuevo orden que se había impuesto en Toledo.

Nalia se arrebujó más en su capa y lo miró con desdén.

— ¿Qué haces aquí, Jaime?

Él esbozó una cínica sonrisa.

— ¡Qué sorpresa!, ¿verdad...? Digamos que tu plan perfecto ha sido desbaratado por mi instinto guerrero. ¿O será que, en el fondo, nunca he confiado en ti?

Nalia refunfuñó irritada.

— ¡Tú nunca confías en nadie! —le echó en cara—. A la más mínima duda piensas lo peor, sin comprender que en el mundo existen también personas honorables y leales.

— ¿Como tú, querida, o como ese bastardo de Ismail Bakr?

La joven se revolvió furiosa.

— ¡No le insultes!, él sólo vino para...

— Es enternecedor cómo lo defiendes —dijo con sorna—. Si te estuviera escuchando estaría encantado. La pena es que ya no podrá hacerlo, porque te juro por lo más sagrado que nunca volverás verlo.

Nalia tembló de miedo. Jaime sintió su agitación y se enfureció aún más.

— Ismail Bakr sabe defenderse. Estoy segura de que será muy capaz de protegerse de un canalla como tú.

— Más le vale, pues todavía no sabe, ni tú tampoco —recalcó con malicia— lo peligroso que puedo llegar a ser.

Nalia no lo dudaba. Jaime de Moriel jamás había sido violento con ella, pero no tenía piedad con los que consideraba sus enemigos.

— ¿Qué piensas hacer conmigo?

Sus ojos violetas estaban llenos de desafío.

— Aunque este desagradable asunto nos retrasará un poco, los planes siguen siendo los mismos. Primero iremos a tu casa y luego te instalarás en palacio para entrar al servicio de la reina. En cuanto tus deberes como dama terminen al final del día, estarás a mi entera disposición —le explicó con una serena satisfacción, sabiendo perfectamente que a ella le enfurecería su prepotencia.

La protesta llegó de inmediato.

— Olvidas que no soy una esclava y que tú no dispones de mi vida. No quiero ir contigo, Jaime. Mi padre me necesita en Sevilla yo he de ir con él. Ismail Bakr vino para acomp...

— ¡Te prohíbo que vuelvas a nombrar a ese hombre! —vociferó—¡Convéncete de una vez que vas a iniciar una nueva vida conmigo y que nunca te alejarás de mí. Sevilla quedó atrás; no volverás allí!

Nalia retrocedió con espanto.

— Debo volver, Jaime, por favor. Mi padre está enfermo y me necesita.

Los ojos del caballero relampaguearon con rabia.

— ¡Mientes otra vez, Nalia! Si tu padre hubiese estado enfermo tú no habrías partido de Sevilla. Sancho y Álvaro lo hubieran comprendido y habrían permitido que te quedaras unos días más. Todo iba bien hasta que apareció ese árabe y tú consentiste en irte con él —la acusó dedicándole una mirada fulminante—. ¿Dónde lo planeasteis? ¿En Toledo o en Sevilla?

Nalia estaba desesperada. Jaime no la creía, y su padre podía morir sin que ella pudiera estar a su lado. Entrecerró los ojos y lo miró con rencor.

— No me retendrás a tu lado, Jaime. Al menor descuido escaparé, y te juro que no volverás a verme.

Una expresión cínica se dibujó en el rostro del caballero.

— No te daré la oportunidad, amor, y te advierto que, aunque lo consiguieras, yo te encontraría. No hay lugar en esta tierra en el que puedas esconderte de mí.

A Nalia no le cabía ninguna duda, pero no le iba a dar la satisfacción de admitirlo.

La voz de Álvaro los interrumpió.

— El árabe no aparece, Jaime. Debe estar escondido en algún lugar que no somos capaces de ver en la oscuridad. Creemos que es mejor buscar mañana sus huellas y seguirlas.

Jaime asintió decepcionado, mientras observaba con rabia la expresión de triunfo que se reflejó en el bello rostro de Nalia.

— No te alegres tanto, querida —dijo suavemente pasándole un dedo por el rostro—, mañana lo encontraremos.

Nalia apartó la cara con ademán airado y encaminó sus pasos hacia el campamento. Jaime y Álvaro la siguieron. Los prisioneros estaban atados a los árboles con gruesas cuerdas y los soldados castellanos se disponían a organizar los preparativos para las guardias.

Al no disponer de carros, puesto que parte de los soldados había continuado con ellos hacia Toledo, Sancho se había encargado de levantar una pequeña tienda para Nalia y su doncella.

El veterano caballero estaba enfadado por lo que Nalia había hecho, aunque no por eso dejaba de compadecerla. Él conocía muy bien Jaime y sabía que no la perdonaría fácilmente y que le haría pagar muy caro su engaño.

Cuando Nalia se acercó a la tienda, Sancho abrió un poco la lona para que entrara. Ella se detuvo y lo miró afligida.

— Siento mucho todo esto, Sancho. Álvaro y tú habéis sido muy buenos conmigo y yo os estoy muy agradecida.

Sin esperar a que él hablara, entró en la tienda, acompañada por la sirvienta.

Durante dos días cabalgaron casi sin parar. La búsqueda de Ismail Bakr había sido infructuosa. El hombre había desaparecido Jaime no quería perder más tiempo en terreno enemigo. Si en alguna otra ocasión el árabe llegaba a cruzarse en su camino, no escaparía su espada.

17

Jaime no permitía que nada retrasara el viaje. A pesar de que la fatiga era notoria en todos los componentes del grupo, ninguno de ellos se atrevía a quejarse.

Cuando traspasaron la frontera castellana, el caballero aminoró la marcha.

Nalia y él seguían sin hablarse, aunque ambos jóvenes eran dolorosamente conscientes de la presencia del otro. El joven castellano no la perdía de vista, observándola con ojos admirativos cada vez que ella no lo veía. Si bien su resentimiento no había disminuido, tampoco había aminorado su deseo. Era una tortura tenerla tan cerca y no poder tocarla en ningún momento.

Llegada la noche, todos los hombres se ponían en acción levantaban el campamento. Nalia, según era su costumbre, después de cenar se alejaba con su sirvienta hasta una distancia prudente para gozar de la intimidad que proporciona la oscuridad. Era el momento de dedicarlo a su aseo personal.

La sirvienta la acompañaba portando la ropa para dormir y los utensilios para el aseo.

— La temperatura es cálida. Hoy podréis gozar de un buen baño—comentó la criada mientras ayudaba a Nalia a desnudarse.

— Es lo que más echo de menos durante los viajes: los acogedores baños de mi casa.

— Pronto disfrutaréis de ellos. Según he oído a los hombres, ya estamos cerca de Toledo.

Nalia suspiró con preocupación al imaginarse el oscuro futuro que se cernía sobre ella.

Probó el agua con el pie y le agradó que no estuviera demasiado fría. Poco a poco, con prudencia, fue adentrándose en el riachuelo, notando cómo el agua se arremolinaba placenteramente su alrededor. Cuando le llegó a la altura de las caderas se sumergió de pronto, intentando quitarse del pelo todo el polvo del camino.

Nadó durante unos minutos, deleitándose con la calidez del agua.

Luego se enjabonó y volvió a bucear durante unos instantes para quitarse del cuerpo todo rastro de espuma, surgiendo poco después de entre las aguas como una diosa de los océanos.

Chorreando y retorciéndose el pelo para escurrirlo mejor, Nalia miró en derredor, pero no vio a su sirvienta. La llamó, pensando que se habría adentrado un poco más en el bosque. La voz que le contestó no era la que ella esperaba. Conocía muy bien ese tono grave y profundo; por ese motivo se asustó aún más.

— La muchacha está descansando; yo te ayudaré —respondió Jaime desde la oscuridad.

Atónita por la osadía de ese hombre, Nalia retrocedió y volvió a meterse en el agua, sumergiéndose hasta los hombros.

— No me hace falta tu ayuda, Jaime de Moriel. Aléjate inmediatamente de aquí y déjame en paz ¿o es que has olvidado las reglas de la caballería? —le interpeló la joven con malicia.

— Jamás las olvido. Respeto y defiendo a las mujeres con mi espada, sean de la raza que sean, pero no cuando se trata de traidoras. En esos casos se las ajusticia, se las destierra o se las toma como esclavas, obligándolas a que siempre obedezcan a su amo.

No confiaba en ella, nunca había confiado. Cuando estaban en Toledo la posible traición política se interponía entre ellos, y ahora los separaba lo que él consideraba una traición amorosa.

— Y puesto que, al parecer, me consideras culpable de traición, ¿cuál de las tres alternativas has elegido para mí? —preguntó todavía desde el agua, sin atreverse a salir hasta no saber lo que él tenía en mente.

— Por supuesto, la tercera —contestó el caballero sin vacilar—. Si te matara o te desterrara mi venganza no sería tan dulce. Creo que mi orgullo se recuperará cuando te tenga a mi merced y consiga de ti lo que más deseo. Sólo entonces nuestras deudas quedarán saldadas — afirmó con una nota amarga en su voz.

Nalia se estremeció. Un frío siniestro le heló la sangre, temiendo hondamente los oscuros planes que ese hombre le tenía reservados. Las hazañas de Jaime de Moriel en el campo de batalla eran muy conocidas, como también lo eran el poder y las riquezas con las que el rey le premiaba. Nalia era consciente de que su vida su destino estaban en manos de ese castellano; no obstante, jamás se rendiría sin luchar. Ella no era una esclava y nunca lo sería.

Levantando la barbilla con altivez e irguiéndose en toda su belleza, Nalia se incorporó en el agua y salió del río con la misma majestuosidad que una reina.

Jaime admiró su arrogancia, enorgulleciéndose de desear a una mujer semejante. A pesar de encontrarse en inferioridad de condiciones, Nalia actuaba con valentía, que era más de lo que se podía decir de muchos hombres, y el coraje era una cualidad que Jaime apreciaba sobre todas las cosas.

Con elegante naturalidad Nalia se envolvió en la bata de lino que utilizaba después del baño.

— Si bien he de decir que la frágil confianza que en un momento determinado pude depositar en ti ha quedado destruida después de esta traición, he de reconocer que mi admiración por tu belleza sigue intacta —comentó en un susurro, muy cerca de ella.

Nalia se sobresaltó ligeramente. No le había oído acercarse. Se propuso permanecer serena, esperando su siguiente movimiento.

Rodeándola, Jaime se situó delante de ella, alto e implacable.

De espaldas a la resplandeciente luna llena que iluminaba el río, él distinguía perfectamente cada uno de los rasgos de Nalia. Ella, en cambio, no podía ver su expresión. De haberlo hecho, habría huido sin demora: la decisión estaba marcada en el rostro del caballero, los ojos eran dos ascuas ardientes. Nada ni nadie hubieran detenida Jaime de Moriel; fue el destino el que vino una vez más interponerse entre ellos.

Un brillante destello captó la atención del caballero y detuvo el movimiento que estaba a punto de iniciar. Intrigado, se acercó Nalia para averiguar de donde procedía. Ella retrocedió. Tomándolo del brazo la atrajo hacia sí, y fijando detenidamente sus ojos en el colgante que llevaba al cuello, lo cogió con delicadeza.

La luna iluminaba la noche, permitiéndole ver con claridad la forma de la joya. No había duda de que se trataba de un corazón. En el momento que sus ojos volvieron a posarse en el bello rostro de la joven, Nalia vio ante sí la fría máscara de los celos y la rabia.

No hizo falta que Jaime hablara para que Nalia se diera cuenta de cuán peligrosa se volvía su situación.

— Un colgante muy delicado, Nalia. Parece un regalo de amor—comentó con una serenidad atemorizadora.

Nalia no tenía alternativa. Su precaria situación sólo admitía una respuesta.

— Y lo es. Me lo regaló mi padre antes de partir.

Intentó desviar la cara nada más lanzar la mentira, pero Jaime no se lo permitió. Tomándose su tiempo la traspasó con la mirada, tratando de adivinar cada uno de sus pensamientos e intentando desnudar su mente y su alma.

Nalia lo miraba vacilante, sin la calma que ella pretendía aparentar.

— No me parece el regalo de un padre.

La joven se revolvió furiosa e intentó apartarse.

— ¡Basta ya, Jaime. Estoy cansada. Por favor, deja que me vaya!

— ¡Sancho! —llamó a voces Jaime.

Al poco tiempo apareció el fiel caballero de entre las sombras.

— Trae inmediatamente a mi presencia a la sirvienta de Nalia. He de hacerle algunas preguntas.

Sancho movió la cabeza con desaliento. Quería a Jaime coma un hijo, pero también había aprendido a apreciar a Nalia. Le disgustaba la actitud de enfrentamiento que continuamente mantenían los dos jóvenes, preocupándole sobre todo la situación de Nalia.

La joven mora intuyó enseguida lo que Jaime pretendía y supo que no tenía otra opción que decir la verdad. Su sirvienta le temía. En cuanto él la presionara un poco la joven le explicaría todo lo que había sucedido. Nalia decidió no empeorar aún más la situación.

— No hace falta que la molestes. Yo contestaré a tus pregunta—susurró con desaliento.

Solos de nuevo, Nalia lo miró desafiante antes de hablar. La mano del caballero, cálida y perturbadora, continuaba sujetando el colgante, como un mal presagio de lo que estaba a punto de ocurrir.

— Estoy esperando, Nalia —le recordó con impaciencia—. ¿Quién te ha regalado esta joya?

— Ismail Bakr.

La reacción de Jaime fue tan rápida que a Nalia no le dio tiempo a justificarse para intentar calmarlo. Ante el tirón de su mano la fina cadena cedió sin resistencia. En esos momentos colgaba entre sus dedos mientras él miraba el corazón con furia.

Sus ojos pasaron de la joya a Nalia, dedicándole una mirada neutra que ella no supo descifrar.

— Insistes en mentirme, Nalia, sin darte cuenta de que lo único que consigues con eso es perjudicarte.

— Tus bruscas reacciones me obligaron a ello. Debido a tu condición, disfrutas de muchos privilegios, lo sé, pero no debes olvidar que no tienes ningún derecho sobre mí. Soy libre, y no tengo por qué aceptarte si no quiero. Cuento con el permiso de mi padre, de modo que nadie podrá impedirme que tome por esposo a quien yo desee.

Una sonrisa letal se dibujó en los labios de Jaime. Nalia desconocía su trato con el rey; de haberlo sabido no habría hablado tan a la ligera.

— Yo te lo impediré, Nalia. Tú eres mía, y siempre permanecerás a mi lado.

— ¿Hasta que te veas obligado a casarte?

— He dicho siempre. Mi matrimonio, si es que alguna vez me decido a dar ese paso, como el de la mayoría de los nobles, será sólo de conveniencia. Esa circunstancia no tendrá nada que ver con nosotros.

Su arrogancia y la seguridad que tenía ese hombre en que ella sería siempre su amante aumentó su furor hasta tal extremo que en un arranque de rabia declaró algo que su corazón no sentía.

— No lo esperes, Jaime. Ismail Bakr me ha pedido en matrimonio y mi familia desea esa unión. En cuanto cumpla mi servicio con la reina Constanza, volveré a Sevilla.

A Jaime le dolió su declaración. Era evidente que la guerra nunca terminaría entre ellos si él no lo solucionaba. Consideraba que había tenido bastante paciencia con esa mora rebelde, y creía que había llegado el momento de acabar con esa farsa de una vez por todas.

— Estás unida a mí, Nalia, y a partir de esta noche lo estarás aún más.

Si bien a Nalia le hicieron sospechar sus palabras, Jaime no le dio tiempo para reaccionar. Antes de que ella pudiera salir corriendo, la había aferrado con fuerza y la estrechaba con toda la intimidad que permitía la casi total desnudez de ella.

Luchó intentando desasirse de sus poderosos brazos, pero fue inútil.

— ¡Pediré auxilio si no me sueltas ahora mismo! —le amenazó, dedicándole una mirada fulminante. El caballero no movió ni un músculo.

— Gritarías en vano. Mis hombres no osarían inmiscuirse en lo que no les concierne. Llamando su atención sólo lograrías ponerte en evidencia al descubrirles claramente lo que está sucediendo. Este es un asunto privado entre tú y yo, y nadie más tiene por que enterarse.

Nalia lo miró pensativa durante unos instantes. Él tenía razón, lo que quería decir que su lucha sería una inútil pérdida de energías.

Quizás fuera más razonable dialogar civilizadamente. Teniendo en cuenta que las fuerzas no estaban ni mucho menos igualadas, sólo la astucia podría ser efectiva en esa nueva batalla que estaba a punto de librarse entre ellos.

— ¿Qué pretendes demostrar con esto, Jaime?

— Quiero que mis sueños se hagan realidad. Te deseo desde el primer momento que te vi y quiero que seas mía ahora y siempre. Cada mujer pertenece a un hombre y tú me perteneces a mí.

— ¿Y si yo no te deseara? —preguntó sin ninguna convicción.

El caballero levantó una ceja con incredulidad.

— Muy pronto lo vamos a comprobar.

Nalia se mantuvo estática y pasiva ante las primeras caricias de Jaime, intentando demostrarle una indiferencia que estaba muy lejos de sentir. Nunca había tenido que poner su voluntad tan a prueba como en esos momentos, y no estaba muy segura de que sus fuerzas aguantaran hasta el final. Sabía que lo que estaba ocurriendo entre ellos era un momento decisivo. Si resistía, quizás Jaime de Moriel la dejara en paz. Si por el contrario sucumbía ante su seducción, nunca permitiría que se alejara de él, dibujándose ante ellos un futuro sombrío y en la clandestinidad.

Subyugada por sus besos y las cada vez más atrevidas caricias de Jaime, Nalia comenzó a flaquear. Era horrible que su cuerpo traidor le obedeciera a él más que a su propia voluntad, pero nunca, desde que le conocía, había podido evitarlo.

Despacio y con delicadeza, Jaime la tendió sobre la tierna hierba, sin dejar de besarla apasionadamente. Nalia comenzó responderle como él esperaba. Su paciencia empezaba a tener su recompensa y eso lo llenó de satisfacción y de una plenitud como jamás había sentido. Al ver el reflejo del amor en sus ojos, Jaime comenzó a susurrarle palabras que salían de la profundidad de su alma. Nunca había pronunciado nada semejante; en esos momentos era su corazón el que hablaba por él.

Nalia captó y correspondió a cada una de esas palabras, siendo muy consciente del momento mágico y pleno que ambos estaban viviendo. El placer la envolvía como una delicada seda, transportándola a un mundo cargado de gozo, sintiéndose por primera vez completamente unida a Jaime de Moriel, como si los dos formaran un único ser. El amor era maravilloso, sobre todo cuando se convertía en algo sublime y fascinante.

La entrega entre ellos había sido total: íntima y bella. Nada podía ser más hermoso y dulce que esos momentos de amor que ambos habían compartido.

Jaime la miró hipnotizado. En su rostro apuesto y enamorado había desaparecido toda huella de arrogancia, orgullo o ira. Sólo la devoción y su amor por ella daban brillo a sus ojos. Nalia también lo miraba fascinada, completamente perpleja de la profundidad de sus sentimientos.

— ¿Eres feliz, Nalia? —le preguntó mientras la miraba deslumbrado.

Una sonrisa cautivadora apareció en su rostro.

— Sí, mucho, ¿y tú?

— Jamás lo he sido tanto.

En esos momentos, eran dos jóvenes enamorados, hechizados el uno por el otro. En ese claro del bosque no existía la guerra, ni los enemigos ni las diferencias religiosas. Solamente existía la vida, dos corazones que palpitaban al unísono y que se adaptaban perfectamente al ritmo de la naturaleza que los rodeaba.

— Parece que has confirmado tu teoría —señaló Nalia mirándolo con picardía.

— Tenía que convencerte, cariño —respondió acariciándole el rostro con gentileza—. Hasta que no aceptaras la verdad que existe entre nosotros, era muy difícil que nuestra relación siguiera adelante.

— Algo sabía, pero nunca pensé que me lo hicieras ver tan claramente.

— Mi demostración tenía que ser total y decisiva. De otro modo siempre hubieras intentado huir de tus propios sentimientos. Nada tiene por qué separarnos, Nalia. Hemos de ser valientes y seguir adelante juntos.

La joven cerró los ojos con pesar. Jamás sería su amante.

Jaime lo sabría a su debido tiempo, pero no en esos mágicos momentos. Por nada del mundo estropearía esos instantes que siempre serían para ella los recuerdos más bonitos de su vida.

— No hablemos de lo que sucederá mañana. Disfrutemos del presente, de estas horas maravillosas que estamos viviendo juntos.

— Pero amor, tenemos que aclarar...

Nalia no lo dejó terminar. Su boca se unió a la de él, apasionada y tentadora, demostrándole una vez más todo lo que era capaz de entregar su corazón enamorado.

Todos dormían cuando unas horas después ambos jóvenes se despedían en la entrada de la tienda de Nalia con un dulce beso.

— Felices sueños, amor mío. Esperaré con ansia la mañana para volver a verte.

Nalia estaba abrumada por su gentileza.

— Que descanses, Jaime. Me has hecho muy feliz —dijo antes de desaparecer dentro de la tienda.

Nada podía ser comparable con la ilusión y la felicidad que inundaban el corazón del joven castellano. Nalia le quería. Se había entregado a él y era por fin suya. Después de esa noche, siempre estarían juntos.

Consciente de su posición en la Corte y en el ejército, Jaime conocía muy bien sus responsabilidades como miembro de una de las familias más poderosas de Castilla. No los decepcionaría.

Acataría su deber, pero Nalia siempre estaría cerca de él.

A lo largo del día siguiente, ambos jóvenes cabalgaron durante toda la jornada uno al lado del otro.

Sancho y Álvaro estaban encantados de que la armonía hubiera vuelto a la pareja. También les preocupaba, pues los dos sabían que el amor entre el caballero y la bella mora era tan profundo que sin duda les traería problemas.

— Quiero pedirte disculpas por mi comportamiento de ayer.

Nalia lo miró sorprendida.

— ¿Cómo dices?

Jaime acercó su caballo un poco más al de ella y le tomó la mano.

— Me refiero a lo del colgante. Yo... no quería hacerte daño, pero me puso tan furioso que llevaras una joya de otro hombre que... ¿por qué aceptaste un regalo de amor de Ismail Bakr, Nalia?

— Yo no lo acepté. Él insistió y me rogó que me lo pusiera para ver cómo me quedaba. Siempre había sido muy atento y gentil conmigo, así que no pude negarme. Más tarde, cuando quise quitármelo no pude, ni siquiera con ayuda de mi sirvienta...

— Muy listo... —murmuró Jaime con los dientes apretados.

— Pensaba pedírselo a un orfebre cuando llegáramos a Toledo.

— ¿Eso significa que no pensabas aceptar su petición de matrimonio?

— Todas las veces que me lo ha pedido lo he rechazado; él continúa insistiendo.

— Si le rechazaste, ¿por qué huiste con él? —preguntó con expresión dolorida.

Nalia lo miró con aflicción. A pesar de haberla amado la noche anterior, Jaime aún creía que ella le había traicionado.

— No huí, y debes creerme. Ismail Bakr se presentó durante la noche y me dijo que mi padre estaba muy enfermo y que me necesitaba. Yo lo seguí sin vacilar.

— Pero fue un engaño para llevarte con él...

— A mí me pareció sincero. Ahora... no estoy tan segura — exclamó Nalia, apesadumbrada—, y debo averiguarlo.

Jaime la miró pensativo. Quería creer en Nalia y ella parecía decir la verdad.

— No te preocupes, amor. Lo sabremos muy pronto. En cuanto nos detengamos le escribirás una carta a tu padre y la enviaré rápidamente con un correo. En unos días tendremos la respuesta.

Casi anochecía cuando a lo lejos avistaron las murallas de Toledo. A Nalia se le iluminaron los ojos al contemplar de nuevo la ciudad que tanto amaba. Habían pasado varios meses desde su partida y habían ocurrido muchas cosas durante ese tiempo. La incertidumbre

y la nostalgia de los suyos ensombreció su rostro, pero al mirar a Jaime y ver la devoción con la que la observaba, se alegró su espíritu.

— Tenemos que hacer planes, Nalia. No quiero que permanezcas separada de mí.

— Me temo que eso no será po...

Nalia había decidido decirle lo que pensaba, lo aceptara él no. No pudo hacerlo; su conversación fue interrumpida por la llegada de un grupo de soldados del rey.

El alférez se adelantó y se dirigió a Jaime.

— Espero que hayáis tenido un buen viaje, señor. Llevamos varios días aguardando vuestra llegada con una orden del rey: debéis dirigiros inmediatamente al alcázar.

— Muy bien, alférez. ¡Sancho!, continuad vosotros el camino hasta la casa de Saffah. Yo iré más tarde.

El oficial del rey intervino de nuevo.

— La dama también debe acompañarnos, señor. Son órdenes del rey.

El rostro de Jaime se volvió más ceñudo. Ni siquiera un día le permitían estar a solas con Nalia.

— ¿Estáis seguro?

— Sí, señor. Nuestro soberano fue muy claro cuando me dio las órdenes.

Gracias a esta orden imprevista del rey, Nalia no tenía que darle, por el momento, explicaciones a Jaime. Las circunstancias estaban a su favor, pues evitaban, o al menos posponían, un nuevo enfrentamiento entre ellos.

Antes de seguir a Jaime y a los soldados, Nalia giró su caballo lo puso a la altura del de Sancho.

— Supongo que el carro con el equipaje estará en mi casa. ¿Podríais traérmelo al alcázar?

— Con mucho gusto, Nalia. ¿Alguna cosa más?

La joven se acercó un poco más a él y le hizo una confidencial oído.

Sancho sonrió y asintió complacido.

18

La reina sonrió agradecida al contemplar la bella tela y los perfumes que Nalia le había traído de Sevilla.

— Eres muy amable, Nalia. Me han gustado mucho los regalos.

— Gracias, señora.

Constanza tomó a Nalia delicadamente del brazo y la invitó que se sentara a su lado.

— Supongo que tendrás muchas cosas que contarme. Me encantaría saber cómo fue la boda de tu hermana.

Nalia le relató con gusto la ceremonia y las fiestas que tuvieron lugar a continuación. De nuevo revivió todos los acontecimientos que habían hecho a su familia tan feliz, notando una vez más con tristeza el dolor por la ausencia de los suyos.

— ¡Qué bonito, Nalia! Espero que tú tengas la misma suerte que tu hermana y encuentres a un buen hombre que te quiera.

Aun conociendo el trato entre su marido y Jaime de Moriel, Constanza no pensaba revelárselo a la joven mora. Apreciaba Nalia y deseaba de todo corazón que fuera feliz. Veía difícil la unión entre el caballero castellano y Nalia de Toledo, pero no perdía la esperanza de que algún día ambos jóvenes pudieran construir una vida juntos.

Nalia la miró con afecto por su comprensión, pero tampoco le habló a la reina acerca de sus más íntimos secretos y temores.

En otra parte del palacio, el rey y Jaime mantenían una acalorada conversación.

— ¡Maldita sea, Jaime! ¡Has desobedecido mis órdenes y has expuesto tu vida adentrándote en territorio enemigo! ¡Me salvaste la mía y tengo que perdonártelo, pero te advierto que no te daré más concesiones! —le increpó el monarca, furioso.

Jaime ya había contado con esa reacción de Alfonso. A pesar del riesgo que había corrido no se arrepentía en absoluto de haber salido al encuentro de Nalia. De no haberlo hecho, ella no se encontraría ahora en Toledo.

— Os aseguro que el territorio no era tan hostil puesto que tenemos una alianza con el rey de Sevilla. Además, yo iba muy bien acompañado. De todas formas solicito vuestro perdón si os he ofendido con mi comportamiento. Simplemente seguí mi instinto y acerté con mi decisión.

Alfonso bufó con indignación.

— Sabes muy bien que las alianzas se rompen en un instante.

— Lo sé, pero era un riesgo que tenía que correr.

El rey suspiró con impaciencia.

— Te ha dado fuerte, muchacho. Ten cuidado; las mujeres pueden llegar a ser muy peligrosas. Dan placer y felicidad, eso es cierto, pero hay que tratarlas con cautela. A pesar de su aparente fragilidad, son muy conscientes del poder que ejercen sobre nosotros. No lo olvides —le advirtió el monarca. Alfonso conocía muy bien la inteligencia y la fortaleza del joven castellano, pero estaba enamorado, y eso podría muy fácilmente debilitar sus defensas.

— Gracias por el consejo, señor. Os aseguro que en este, como en tantos otros asuntos, espero mantener la cabeza sobre los hombros.

El rey sonrió comprensivo. La aguda respuesta de Jaime no lo defraudó. Ese joven era digno de confianza.

La habitación de Nalia, muy cerca de los aposentos de la reina, era espaciosa y lujosa. Al fondo destacaba la cama con un dosel labrado en madera y revestido con ricas telas de vistosos colores.

Apoyados contra la pared había dos enormes cofres para la ropa un diván bajo, adornado con mullidos cojines, que servía para sentarse o tumbarse cómodamente, a la vez que hacía de asiento para comer sobre la mesita baja que había sido colocada delante.

Nalia se sentía a gusto. Gozaba del aprecio de la reina, y las otras damas la habían acogido con simpatía. Iniciaba una nueva etapa en su vida y ella quería empezarla con optimismo y esperanzas en el futuro.

Jaime seguía instalado en casa de Saffah. Para estar más cerca de Nalia, hubiera preferido el palacio como residencia; sin embargo, muy leal a sus hombres, continuó viviendo con ellos.

Llevaban tres días en Toledo y para su frustración todavía no había podido ver a Nalia. Al día siguiente de su llegada, todos los caballeros habían sido convocados por el rey para comunicarles los mensajes que se habían recibido de los espías apostados en los reinos de taifas. Al parecer los almorávides habían vuelto con el ejército renovado y con la clara intención de reconquistar Toledo.

— Avanzan deprisa, según las últimas noticias. Calculamos que podrían estar ante nuestras puertas en un mes como mucho —le informó Alfonso con expresión preocupada—. Pese a que disponemos de un gran ejército, desgraciadamente, no podemos concentrarlo por entero aquí. Si así lo hiciéramos, dejaríamos sin protección nuestras principales plazas, y eso provocaría nuevas derrotas.

La flor y nata del ejército castellano se encontraba en esos momentos en Toledo. Todos sabían que si Yusuf se movía con tan inmenso ejército como se rumoreaba, ellos se encontraban en inferioridad de condiciones, a pesar de las sólidas fortificaciones que rodeaban la ciudad.

— Podría asegurar que nuestras fuerzas serían muy capaces de defender la ciudad —continuó Alfonso—, pero no podemos correr ese riesgo. Toledo debe seguir siendo cristiana, y yo haré lo imposible para que así sea —insistió con contundencia—. Ha sido decisión mía, contando con el apoyo de la mayoría de mis consejeros, pedir ayuda a Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador. —La sorpresa dejó a los convocados con la boca abierta. Todos conocían el enfrentamiento casi continuo que mantenía al rey y a su vasallo distanciados—. Como sabéis, Rodrigo y yo no nos tenemos mucho afecto; eso no quita que yo reconozca que es un gran guerrero, quizás el mejor que he conocido. Es un hombre orgulloso y empecinado, de ahí nuestras discrepancias. También he de admitir que nunca me ha dado motivos para pensar que sea un traidor. Los moros le temen, y su ejército, muy bien entrenado, sólo consigue victorias. Su ayuda nos es necesaria, y yo ya he mandado llamarlo.

Mirándose unos a otros y murmurando en voz baja, los caballeros de Alfonso daban sus diferentes opiniones sobre la noticia. A pesar de ser un desterrado, la mayoría de los caballeros del rey admiraban al Cid, al igual que el pueblo en general. La enemistad entre Alfonso VI y Rodrigo Díaz de Vivar venía desde el juramento de Santa Gadea, cuando el Cid, entonces alférez mayor de la Corte de Sancho, el hermano de Alfonso, asesinado ante los muros de la ciudad de Zamora cuando la asediaba, le hizo jurar a Alfonso, antes de ser coronado rey, que él no había tomado parte en el asesinato de su hermano. Alfonso sabía que si no hacía ese juramento y quedaba libre de culpa, el pueblo y la Corte no lo nombrarían rey, por lo que tuvo que ceder y declararse inocente de ese crimen.

A pesar de que en esos momentos la ceremonia del juramento fue lo más conveniente que se podía hacer, Alfonso lo consideró una humillación y no se lo perdonó a Rodrigo. Eso no impidió que el rey castellano nunca hubiera dejado de admirar el valor y la inteligencia del Cid.

— Me parece muy acertada la decisión del rey —le comentaba Jaime a sus hombres—. Rodrigo Díaz de Vivar es un guerrero admirable y uno de los vasallos más leales de Alfonso. No dudo que acudirá en su ayuda, y puede ser que después de esto se acaben las rencillas entre ellos.

Sancho estuvo de acuerdo.

— Tu padre siempre ha hablado muy bien de él, elogiando su valentía y su lealtad, a pesar de la animadversión de Alfonso. Tampoco olvida al caballero Ruy de Ara, muy amigo

del Cid. Ambos fueron leales a Sancho y luego a Alfonso, aunque Ruy consiguió su amistad y Rodrigo no. Fue una pena que años después tuviera que ser también desterrado.

— Mi padre siempre lo creyó inocente. Está convencido de que los Jaranegra, los que lo acusaron, mintieron en su testimonio. Desgraciadamente, Ruy nunca consiguió las pruebas para hacer una acusación formal contra ellos.

— Se le acusaba de haberse quedado con el dinero de unas parias, ¿no? —intervino Lope.

— Nadie lo creyó —continuó Sancho—, pero el dinero fue encontrado en su castillo. Al rey no le quedó más remedio que acusarlo de traición y condenarlo al destierro.

La voz de Alfonso interrumpió la conversación de los caballeros.

— Hoy mismo empezarán a formarse los equipos para inspeccionar las murallas, las puertas y las torres. Todos sabéis en qué consiste vuestro trabajo en estos casos, así que comenzaremos ahora mismo con los preparativos más urgentes.

Durante los días siguientes, la ciudad se preparó para el inminente ataque de los almorávides. Los soldados destinados en las murallas inspeccionaban y reforzaban cada piedra. La población llenaba los almacenes y los silos de alimentos, y las norias no dejaban de funcionar para llenar los aljibes de agua.

Los caballeros estudiaban el plan de defensa y ataque, preparando cuidadosamente las armas.

Jaime estaba preocupado por Nalia. A pesar de tener la firme convicción de que el enemigo no ganaría, no dejaba de inquietarle su seguridad. Era un riesgo enorme permanecer en una ciudad mientras ésta era atacada. Sus habitantes podían morir en cualquier momento, y si el enemigo conseguía entrar, los hombres raramente se salvaban y las mujeres eran tomadas como esclavas.

La reina y sus damas se pasaban el día preparando medicinas y ungüentos para los posibles heridos. También confeccionaban paños y vendas. Aparte, Nalia tenía su ballesta a punto y había hecho traer a sus aposentos gran cantidad de venablos.

Valorando el trabajo exhaustivo que habían llevado a cabo los soldados durante varios días, Alfonso decidió compensarlos invitando una noche a su mesa a los caballeros que habían dirigido sin descanso las pesadas tareas que era necesario realizar cada día.

La reina también se presentó acompañada de sus principales damas, entre las que se encontraba Nalia. Jaime no había esperado ese encuentro.

Después de bañarse arreglarse convenientemente para la cena del rey, se había dirigido con semblante aburrido hacia el palacio. Alfonso le había prometido entregarle a Nalia, pero hasta el momento no le había concedido ni siquiera el permiso para visitarla. El joven comprendía que el rey estaba ahora demasiado preocupado como para pensar en otros asuntos que no fuera el inminente asedio por parte de los almorávides. Por otra parte, su paciencia se agotaba y su ansiedad por volver a ver a Nalia era cada día más apremiante. Había decidido no esperar más. Esa misma noche hablaría con Alfonso conseguiría su permiso para poder verla.

Al entrar en el salón y encontrársela de pie en el centro, charlando con otras jóvenes damas, a Jaime se le aceleró el corazón, notando cómo la sangre fluía con un renovado vigor en sus venas.

¡Nalia, su amor, la única mujer que él deseaba, estaba allí! Su cuerpo y su espíritu cobraron vida inmediatamente. Aprovecharía cada instante de esa oportunidad que el rey le brindaba.

Su primer impulso fue dirigirse hacia ella. Deteniéndose tiempo, siguió los pasos que dictaba el protocolo. Caminó hacia el estrado donde se encontraban los reyes y los saludó ceremoniosamente.

— Gracias por tu esfuerzo, Jaime. Como siempre, mis caballeros me hace sentir orgulloso de mi ejército —expresó el rey, complacido.

— Sólo cumplo con mi deber, señor, al igual que cualquier soldado o ciudadano de esta ciudad.

La reina lo miraba con simpatía.

— Cierto que todos colaboramos, Jaime —añadió Constanza—, pero vuestro trabajo, realizado con eficacia y habilidad, es esencial para la seguridad de todos. Creo que os merecéis una recompensa digna—señaló con una enigmática sonrisa, dirigiendo su mirada hacia Nalia.

Jaime inclinó la cabeza a modo de agradecimiento.

— ¿Cuento entonces con vuestro permiso para ver a Nalia?

— Por supuesto —contestó el rey—. También me gustaría que no olvidaras los consejos que te he dado.

Jaime los recordaba perfectamente; sin embargo, ni un consejo ni miles conseguirían que él perdiese a Nalia.

Despacio, con los ojos clavados en ella, fue aproximándose agrupo en el que se encontraba Nalia. Su mirada no se desviaba de su objetivo, como si quisiera absorber y retener para siempre cada uno de sus rasgos.

Nalia lo recibió con una radiante sonrisa, sin poder dominar los acelerados latidos de su corazón.

Las jóvenes damas miraban embobadas al guapo caballero. Al darse cuenta de que Jaime de Moriel sólo tenía ojos para Nalia de Toledo, se alejaron riendo, mientras cuchicheaban acerca de la pareja.

— Buenas noches, amor —dijo tomándole la mano y besándosela con devoción—. Nunca creí que volver a verte fuera a causarme tanto impacto. Me siento feliz, Nalia, gracias a ti.

La joven no hizo ningún ademán por retirar la mano que él apretaba con suavidad.

— Yo también estoy muy contenta de verte, Jaime.

— ¿Me has echado de menos? —preguntó el joven con ansiedad.

— Sí. Todos estamos muy ocupados. En estos momentos hay tareas mucho más importantes que hacer.

— De todos modos me gustaría verte al final del día. Mi trabajo será mucho más satisfactorio si sé que podré estar contigo a diario.

— Eso no depende de mí; la reina...

— Los reyes me han dado permiso para visitarte cuando ambos estemos libres de trabajo —la interrumpió él, alborozado.

— Entonces estoy de acuerdo. Yo también deseo estar contigo.

Jaime le apretó un poco más la mano, transmitiéndole con ese contacto la alegría que sentía.

El mayordomo anunció la cena y todos se sentaron en sus respectivos lugares.

Para alegría de la pareja, ambos pudieron estar juntos durante toda la velada, disfrutando intensamente de la compañía del otro de la austera, aunque rica, comida.

Cuando llegó la hora de retirarse, la reina ordenó a dos de sus damas que acompañaran a la pareja a una distancia prudencial para permitirles que hablaran en privado. A Jaime no le hizo gracia que Constanza les pusiera carabinas; eso impedía que pudieran despedirse como él deseaba. Su último encuentro había sido maravilloso e intenso, por ese motivo se había forjado la ilusión de que a partir de ese momento siempre sería así.

Ahora estaban en palacio, y Jaime empezaba a comprender con frustración que, a pesar de la promesa de Alfonso, Constanza jamás permitiría que él se tomara unas libertades que no le correspondían. La cuestión era si soportaría tener que prescindir de Nalia.

Jaime la besó en los labios suavemente y la abrazó con fervor antes de desaparecer por los pasillos de palacio.

Nalia ayudaba a la reina con la correspondencia y con la ropa.

También le enseñó algunos bordados que ella había aprendido cuando era muy jovencita, y la distraía con leyendas árabes que Nalia le relataba en un perfecto francés. Aunque nadie hablaba del inminente ataque de los almorávides, la aprensión y el temor se reflejaban en los ojos de todos. Tanto la Corte como la población confiaban por completo en

la capacidad del ejército para protegerlos. Aun así, el peligro existía, y el miedo a una derrota se sentía en el ambiente.

— El rey me ha sugerido abandonar la ciudad y dirigirme a Leópara estar más segura —le explicó un día la reina a sus damas—. Yo he rehusado. Si las mujeres que habitan esta ciudad afrontarán los ataques con valentía, yo no puedo ser menos. No sería digna esposa de un rey si me marchara. De todas formas, vosotras sois libres de volver a vuestras casas si así lo deseáis.

Las jóvenes se miraron sorprendidas. Muy conscientes de cuál era su deber, todas rehusaron. Orgullosa de las mujeres que la rodeaban, Constanza les dilas gracias y alabó su coraje.

Leonor Enríquez, una de las jóvenes damas que se había hecho muy amiga de Nalia, llamó a la puerta de la joven mora.

— ¿Quieres darte prisa, Nalia? La cena será anunciada de un momento a otro y nosotras todavía no estamos en el salón —la apremiaba la joven castellana.

— Adelántate tú. Yo ya estoy casi lista. No tardaré nada—contestó Nalia mientras trataba de ordenar en sitio seguro los nuevos venablos que le había conseguido uno de los pajes de palacio a cambio de una suculenta propina. No lo había comentado con nadie, pero pensaba colaborar en la batalla. Ella tenía igual o mejor puntería que los ballesteros del rey, y no iba a desaprovechar esa facultad en un momento tan crucial como era la defensa de su ciudad.

Jaime empezó a inquietarse al comprobar que pasaban los minutos y Nalia no aparecía en el salón. Era difícil que estando en palacio le hubiera ocurrido algo, pero él tenía que averiguar el porqué de esa demora.

Sus pasos acelerados retumbaban en los solitarios pasillos por los que pasaba, llamando la atención de los pocos pajes y sirvientes con los que se cruzaba. Al llegar a la habitación de Nalia dio dos golpes de aviso y entró sin esperar siquiera una respuesta.

Sorprendida, Nalia se giró hacia la puerta y abrió los ojos sobresaltada al ver a Jaime.

— ¿Se puede saber qué haces todavía aquí?

Nalia intentó tapar con su cuerpo la ballesta y las flechas que estaba colocando en lo más profundo de su cofre. Jaime captó el movimiento extraño y se acercó a ella.

— ¿Qué sucede, Nalia?, ¿qué tratas de esconder?

— Nada... sólo ordenaba mi cofre —contestó con voz vacilante.

Desconfiando, Jaime la apartó a un lado y vio asombrado lo que ella trataba de ocultar. Tras dedicarle una dura mirada de censura, cogió la ballesta y unos cuantos venablos.

— ¡Explícate, Nalia!

— No hay nada que explicar. Siempre llevo armas conmigo y tú lo sabes muy bien.

— Quiero que te protejas, pero tal número de venablos me hace sospechar que no has reunido todo esto sólo para defenderte. Más bien me induce a pensar que en tu linda cabecita se está fraguando un disparatado plan, ¿me equivoco?

Su expresión inocente no le engañó.

— ¿Plan? No sé de qué me hablas.

Jaime soltó un bufido de impaciencia ante la poca disponibilidad de Nalia a contarle la verdad.

— Empiezo a conocer cómo funciona tu mente, Nalia, así que sen algún momento has considerado la posibilidad de participar en esta batalla, será mejor que lo olvides. Te lo prohíbo terminantemente.

La reacción de Jaime era la esperada. Ahora tenía que convencerlo.

— Por favor, Jaime, no te obceques. Yo puedo serviros de mucha ayuda. Mi puntería es perfecta; jamás fallo, y estoy segura de que apostada en un lugar protegido puedo causar muchas bajas en el enemigo...

— Si no tenemos que lamentar primero la tuya. No, Nalia, permanecerás en palacio con el resto de las mujeres. Tu labor aquí, cuidando a los heridos y atendiendo a otras mujeres y

niños, será igual de importante que la que nosotros realizaremos allí fuera —le recordó el caballero juiciosamente.

— Ya hay muchas mujeres para eso. Yo seré más eficaz fuera...

— ¡No, Nalia! —gritó colérico—, y si en algún momento llego sospechar que sigues con esa idea, te juro que te encerraré en esta habitación durante toda la batalla —la amenazó implacable. Nalia lo miró ofendida, sabiendo muy bien que sería inútil discutir. Lo conocía lo suficiente como para estar segura de que Jaime cumpliría su amenaza si ella le obligaba.

Jaime no quería reñir con Nalia. Ella era su amor, estaban enamorados y él necesitaba que reinara la armonía entre ellos.

— Por favor, cariño, trata de comprender. Tu vida es tan valiosa para mí como la mía propia. No podría soportar perderte —confesó afligido—. Prométeme que no intentarás salir de aquí. No me obligues a hacer algo que no deseo. Júralo, Nalia —le rogó con una ansiedad que conmovió a la joven.

Nalia le abrazó con cariño al descubrir con claridad la profundidad de los sentimientos de ese hombre hacia ella. No lo decepcionaría. Jaime no merecía ni podía estar preocupado por ella. Si así lo hiciera, su concentración en la batalla sería precaria, pudiendo cualquier distracción provocarle la muerte.

— Lo juro, Jaime. No era mi intención preocuparte. Sólo trataba de ser lo más útil posible en los difíciles momentos que se nos avecinan.

— Lo serás, amor, pero dentro del palacio.

A pesar de que el tiempo apremiaba y de que de un momento otro todos se sentarían a la mesa, Jaime aprovechó esos instantes de privacidad para besar a Nalia con todo el anhelo que sentía su corazón. Nalia le ofreció sus labios sin reserva, reavivando la chispa que nunca se apagaba cuando estaban juntos.

Sofocados por la carrera, los dos enamorados entraron corriendo en el salón, justo en el momento que se sentaba el último comensal.

Los reyes se miraron con complicidad al ver a la pareja tan acalorada.

— Parece que debo guardar mejor a mi dama. Tu caballero de Moriel no deja de estar continuamente al acecho.

— Es comprensible. Ambos son jóvenes y están enamorados. Es natural que intenten pasar el mayor tiempo posible juntos —respondió el rey, condescendiente.

— Tienes razón. También comprendo lo que le debes a ese muchacho y la promesa que le hiciste, pero yo protejo a mis damas, Alfonso, lo sabes muy bien, y no permitiré que Jaime de Moriel comprometa a Nalia.

El rey suspiró comprensivo.

— No te preocupes, Constanza. Jaime es un caballero y sabrá respetar a Nalia.

La reina no estaba tan segura. Ese joven era todo un carácter: decidido, apasionado y valiente, un verdadero peligro para la mujer que escogiera su corazón.

Otros ojos habían seguido a la pareja hasta sus asientos. Artal Jaranegra los miraba con envidia. No había olvidado a Nalia de Toledo, a pesar de que apenas habían hablado desde que se conocían. Cuando ella había vuelto a Toledo y la había encontrado en palacio, su corazón se alegró.

Era absurdo que un hombre como él, perteneciente a la familia más influyente del Reino, pudiera fijarse en una mora. Para bien o para mal así había sido. Nalia de Toledo era única, la mujer más bella que jamás había conocido, y él haría todo lo posible para quitársela a Jaime de Moriel.

Mientras cenaban, Jaime no dejaba de pensar en lo que había visto en la habitación de Nalia. Le preocupaba su temerario atrevimiento. Nalia estaba convencida de que su puntería los ayudaría, sin darse cuenta del peligro que supondría para ella exponerse tanto.

— Estás muy callado, Jaime. ¿Reflexionas sobre algo importante?

— Muy importante. Me gustaría que salieras de Toledo. Estarías mucho más segura en mi castillo, con mi familia.

Nalia no pudo disimular un gesto de asombro.

— Pero ¿cómo puedes pedirme eso? Toledo es mi ciudad, ésta es mi gente, y yo no puedo huir cuando precisamente más nos necesitamos unos a otros.

Jaime la miró con benevolencia.

— Comprendo tus sentimientos, Nalia, pero debes entender también los míos. No quiero que te ocurra nada y...

— Tranquilízate, amor —le susurró con tono seductor—. Estaré perfectamente. Por favor, no te preocupes por mí —le rogó con dulzura, acariciándole la mano.

Jaime se la tomó sin disimulo mientras sus miradas se transmitían los profundos sentimientos que convulsionaban sus corazones.

19

Nalia aprovechó el descanso que le dio la reina a sus damas para dirigirse a los establos. A pesar de saber que todos los caballos estaban bien cuidados por mozos muy competentes, a ella le gustaba echar un vistazo de vez en cuando a "Joya" y al alazán que había traído de Sevilla. Lo había comprado para Jaime y le había puesto el nombre de "Conquistador", pues su brío y fogosidad le recordaba al caballero castellano. Ambos estaban tan ocupados que todavía no había tenido tiempo de entregárselo.

El caballerizo mayor se acercó. Conocía a Nalia y le tenía simpatía. La joven era muy agradable y sabía tratar a los caballos. Los dos de su propiedad eran de los mejores de la cuadra, dos ejemplares incomparables, igual que su dueña.

— Buenos días, señora; sus animales la echaban de menos.

— Buenos días, Berenguer —le saludó la joven mientras acariciaba al caballo árabe—. Me gustaría venir con más frecuencia montar a "Joya" de vez en cuando, pero no puedo.

— Sí, ese Yusuf tiene la culpa de que todo ande alborotado. ¡Ojalá se lo lleve el diablo!

La vehemencia del hombre la hizo reír.

— No logrará entrar, Berenguer. Nuestro magnífico ejército nos protegerá.

— ¡No lo dudes, preciosa! —exclamó una voz desde atrás.

Nalia y Berenguer se giraron para ver de quién se trataba. Artal Jaranegra desmontaba en esos momentos de su caballo.

— Celebro verte, Nalia —continuó el joven, entregando las riendas a Berenguer y acercándose a la joven—, tenía ganas de volver a hablar contigo.

Nalia cerró la puerta de la cuadra de sus caballos y lo miró con desdén. A pesar de haberse propuesto en una ocasión fingir con ese hombre para intentar averiguar algo acerca de lo que le ocurrió a su padre, no podía dejar de sentir aversión y hostilidad cada vez que lo veía.

— ¿De algo en especial?

A Artal le hizo gracia su altanería. Las mozas briosas le gustaban. Sería un placer conquistar a esa belleza.

— Simplemente, me gustaría pasear contigo y charlar sobre nosotros.

— Creo que pides mucho. Desgraciadamente, ahora no hay tiempo para esas cosas.

— Siempre se puede encontrar un rato —insistió él—. Por ejemplo, ahora. Podemos ir a los jardines de palacio. Es el fondo más bello para una mujer tan hermosa como tú. —Antes de que Nalia pudiera impedirlo, Artal le estaba besando la mano.

— ¡Suéltala inmediatamente! —retumbó una voz atronadora desde el fondo de los establos. Jaime y sus caballeros no se fiaban de los Jaranegra. Uno de sus hombres había visto entrar a Nalia en los establos y a continuación a Artal. El caballero temió por la seguridad de la joven y avisó a Jaime. Éste había llegado en el momento más inoportuno.

Asustada, Nalia retiró la mano, mirando con aprensión a Jaime mientras se acercaba.

— No tengo por qué obedecerte, de Moriel. Nalia de Toledo es libre y me ha permitido hablar con ella.

— Pero yo te lo prohíbo. Nalia es mía y no consentiré que te acerques a ella.

— ¿Tuya? —Artal soltó una estruendosa carcajada—. Te atribuyes derechos que no tienes, de Moriel. Nalia no está atada a nadie, lo que quiere decir que cualquiera de nosotros puede optar a su mano. Tú te has erigido en dueño y señor de ella por el simple hecho de haber vivido en su casa, pero eso no significa nada.

Jaime dio un paso amenazante hacia Artal.

— ¡Cuidado, Jaranegra! Lo que es mío nadie me lo quita. No me provoques demasiado.

Al observar cómo Artal dirigía peligrosamente su mano a la espada, Nalia se dispuso a intervenir. Afortunadamente, no fue necesario; en esos momentos entró Sancho y separó a los dos caballeros.

Al encontrarse en inferioridad de condiciones, Artal optó por la retirada, hirviendo de furia y soltando toda clase de amenazas.

— ¿Qué hacías aquí con él, Nalia? —preguntó Jaime con voz acusadora cuando se quedaron solos.

Nalia conocía ese tono severo. No lo tuvo en cuenta. Jaime no podía saber que en ese caso era inmerecido.

— Creo que exageras la situación, Jaime. Él me habló con cortesía y yo le contesté. Eso fue todo.

— ¿Fue un encuentro casual?

Todo lo referente a ellos dos tenía que estar claro. De no ser así la base de su relación no podría tener la solidez que él pretendía.

— ¡Por supuesto que sí!

— Jaranegra no es de fiar. Te ruego que tengas cuidado y te alejes de él.

Nalia lo sabía muy bien, pero todavía no podía confesarle Jaime que cada paso que diera hacia ese hombre estaría cuidadosamente estudiado para perseguir el fin que ella buscaba.

— Bien, todavía no me has dicho qué hacías aquí —insistió Jaime, interrumpiendo sus pensamientos.

Nalia le dedicó una deslumbrante sonrisa.

— Ven, tengo algo que enseñarte —dijo cogiéndole de la mano mientras le guiaba apresuradamente por el establo.

Jaime la siguió intrigado, aceptando con buen humor el juego de Nalia.

— Ya hemos llegado —le informó, deteniéndose delante de la cuadra—. ¿Quieres hacer el favor de abrir? —le pidió señalándole la puerta.

El caballero obedeció y Nalia sacó al caballo. Jaime lo miró impresionado, dudando si en alguna ocasión había visto un animal tan espléndido.

— ¡Es magnífico! ¿De quién es?

Nalia se acercó a él seductoramente, le rodeo el cuello con sus brazos y lo besó en los labios con una intensidad que lo hizo temblar instantáneamente.

— Tuyo, amor. Después de mucho buscar, este fue el mejor regalo que pude encontrar en Sevilla digno de ti.

Jaime la miró atónito, disfrutando del mayor júbilo que jamás había sentido su corazón. Si bien el alazán le pareció magnífico, era el hecho de que Nalia se hubiera acordado de él en Sevilla, hasta el extremo de molestarse en buscar algo extraordinario, lo que lo llenaba de felicidad.

— Ven aquí, amor mío —dijo arrastrándola hasta un rincón más apartado— y demuéstrame todo lo que sientes por mí. Bésame, Nalia, lo necesito tanto como respirar.

Nalia obedeció gustosa, recibiendo a cambio la pasión y el ardor que Jaime siempre le demostraba. Ese no era el sitio ni el momento y ambos lo sabían. Con desesperación, los dos enamorados se separaron, reflejándose en sus ojos la frustración y la incertidumbre.

— No podemos seguir así, Nalia. Tienes que venirte a vivir conmigo.

Los dos sabían que eso era imposible y Nalia se lo recordó.

— ¡Es injusto que nos separen! —exclamó furioso—. Tú y yo tenemos que estar juntos. Siempre juntos.

Nalia lo abrazó con fuerza, sabiendo que eso era lo que ambos deseaban, pero que nunca lograrían.

Los preparativos para el inminente ataque continuaron durante los días siguientes, hasta que se anunció la llegada del Cid a Toledo. A partir de ese momento, en el palacio se inició la actividad de organizar una fiesta para recibir con todos los honores al mejor guerrero y al vasallo más leal de Castilla.

Escoltado por la élite de los oficiales de Alfonso, Rodrigo Díaz de Vivar entró en Toledo bajo las ovaciones del pueblo que lo vitoreaba sin descanso. Emocionado por tan

cálido recibimiento, el Cid saludaba lleno de orgullo. Se sentía querido por el pueblo porque él representaba el espíritu de los castellanos. Lo adoraban porque era valiente, independiente, firme y leal, el mejor representante del caballero cristiano.

El rey, rodeado de los altos dignatarios de la Corte, lo esperaba al pie de las escaleras del palacio. Cuando el Cid llegó hasta él y se bajó del caballo, ambos hombres se saludaron con cortesía, aunque con un cierto distanciamiento. A pesar de que a través de los correos y espías sabían siempre uno del otro, hacía mucho tiempo que no se veían. Los dos se mostraron serios en un primer momento, teniendo que ser Alfonso el que iniciara la conversación.

— Mi corazón se alegra de veros aquí, Rodrigo, y os agradece la lealtad que siempre me habéis demostrado.

— Conocéis muy bien mi carácter, señor. Yo soy castellano y juré lealtad al rey de Castilla. Nunca dejé de considerarme vuestro vasallo.

— Lo sé, Rodrigo. Ningún rey tuvo jamás mejor vasallo que tú.

Alfonso saludó con afecto a Jimena y a sus hijas, acomodándolas a continuación en los mejores aposentos de palacio.

Esa noche, el rey, el Cid y los mejores caballeros de ambos, se reunieron para hablar sobre las estrategias que se seguirían a lo largo del asedio. Al día siguiente tendría lugar la fiesta en honor del Cid.

El agasajo se organizó con austeridad debido a las circunstancias. Los soldados trabajaron igual que los demás días, duplicando la guardia al anochecer. La fiesta no podía suponer ninguna excusa para descuidar el deber y la seguridad de todos.

Una de las sirvientas estaba ayudando a Nalia con su atuendo cuando alguien llamó a la puerta. La sirvienta la abrió, retirándose precipitadamente al captar claramente el gesto de Jaime para que se retirara.

Jaime miró a Nalia asombrado. Nunca dejaba de impresionarlo su belleza. Todos los colores le favorecían, y esa noche, vestida con un lujoso traje de gasa roja, era la tentación personificada.

A pesar de estar orgulloso de su hermosura y de admirarla por todas sus cualidades, Jaime sintió una punzada en el pecho. Nalia era suya, estaban enamorados, pero inconscientemente ella representaba una tentación para cualquier hombre, y eso lo asustaba.

Al igual que él estaba dispuesto a todo por ella, otros podrían intentarlo también, provocando serios problemas.

— Siempre superas mis expectativas, querida. Esta noche quiero ofrecerte algo para aumentar aún más tu esplendor —dijo al tiempo que le depositaba tiernamente un beso en la mejilla y le extendía un rico envoltorio.

Nalia desenrolló la fina tela y abrió la pequeña bolsa que había dentro. Intrigada, miró a Jaime, pero él permanecía expectante y en silencio. Sólo sus ojos expresaban la satisfacción que sentía ante el desconcierto de la joven.

Nalia abrió los ojos con asombro al contemplar la joya que aparecía ante su vista: una gargantilla formada por dos filas de perlas engarzadas unas con otras con pequeños corazones de rubíes.

Nalia besó a Jaime con amor.

— Gracias, cariño, es la joya más bonita que jamás he tenido.

Poseía joyas magníficas, especialmente las que le había regalado Ismail Bakr, pero realmente para ella, esa era la mejor, la más hermosa y la más querida.

La joven se la ofreció para que se la pusiera.

— Esto sólo es una pequeña prueba de mi amor. Esos corazones representan al mío: apasionado, ardiente y enamorado. — Tomándola de los hombros y girándola hacia él, Jaime la miró en profundidad, preparándose para declarar lo que sentía su corazón desde hacía mucho tiempo.

— Te quiero, Nalia. Eres la mujer de mi vida, el único amor que tendré jamás.

Nalia lo miró emocionada, asimilando conmovida su declaración. La duda sobre su futuro juntos intentó buscarse un hueco entre sus pensamientos; ella la desechó rápidamente. Había decidido vivir el momento, disfrutar intensamente de la compañía del amor de Jaime hasta que llegara el día de su separación. Los años siguientes serían tristes y solitarios, se casara con otro hombre o no, pero tendría el recuerdo del tiempo vivido al lado de Jaime de Moriel para darle fuerzas y seguir adelante.

— Yo también te quiero, Jaime, y siempre seré tuya.

Un profundo y largo beso selló las declaraciones de los dos enamorados, dándole sentido a unas palabras que serían una promesa para el futuro.

— Eres una joya, Nalia, una bella gema incrustada en mi corazón. Bendigo el día que te conocí; a partir de ese momento mi espíritu recobró la vida que le faltaba.

Nalia recibió sus palabras y sus caricias con un exultante alborozo. A pesar de la felicidad que siempre había disfrutado con su familia, el tiempo que pasaba al lado de Jaime era el más gratificante, el más pleno y el que convulsionaba sus sentimientos más profundos. Pasara lo que pasara más adelante, ella siempre lo querría.

Su belleza y su rico atuendo levantaron comentarios de admiración cuando la pareja hizo su aparición en el salón. Formaban una pareja magnífica, provocando incluso el orgullo de Alfonso, que veía en ellos plasmado su sueño como Emperador de las dos religiones. La pareja formada por Nalia de Toledo y Jaime de Moriel significaba la unión de las dos Españas: la musulmana y la cristiana. A pesar de los convencionalismos y tradiciones, el rey lo miraba con buenos ojos. Consideraba a los dos jóvenes dignos uno del otro.

— Me suena la cara de ese joven —le comentó el Cid al rey— ¿Quién es?

— Era un niño cuando os marchasteis —contestó con pesar Alfonso, siendo muy consciente de que él había sido el culpable de ese alejamiento—. Se trata del hijo de Pedro de Moriel, un magnífico caballero.

Rodrigo recordó enseguida.

— Cierto, muy valiente y leal. ¿No se encuentra en Toledo?

— Se alejó hace unos años de la Corte. Vive en su castillo de Moriel, rodeado de toda su familia.

El Cid continuaba pensativo mirando a la pareja.

— ¿Y la joven? Es toda una belleza.

Alfonso lo miró con buen humor.

— A pesar de estar siempre guerreando, se ve que no habéis perdido el buen gusto. Lo tuvisteis cuando elegisteis a Jimena, una de las mujeres más hermosas de Castilla, por esposa.

— Y espero no perderlo —contestó Rodrigo riendo.

— La joven es mora. Se llama Nalia de Toledo y es hija de un rico comerciante de aquí llamado Saffah.

El famoso guerrero hizo un gesto de sorpresa; Alfonso no supo interpretarlo. Instantes después, Rodrigo le susurraba algo a su esposa.

— La mujer morena vestida de rojo es la que buscamos.

— ¡Dios mío, es muy hermosa! Pero... ¿qué hace aquí? — preguntó Jimena, desconcertada.

El Cid se encogió de hombros.

— Todavía no lo sé. Con discreción y cada uno por nuestra cuenta, trataremos de averiguarlo.

— Conocéis los apellidos de la mayoría de mis caballeros, pero no los conocéis a ellos personalmente. Os los presentaré —le dijo el rey a Rodrigo.

Uno por uno, acompañados de sus parejas, los caballeros fueron pasando ante el estrado donde estaban sentados los reyes sus invitados. Rodrigo los saludó a todos cordialmente. En el momento en que Artal Jaranegra se inclinó ante ellos, Rodrigo lo miró con detenimiento, buscando en el joven algún rasgo de la crueldad de su padre. El muchacho lo miró con insolencia, demostrándole la soberbia y el orgullo de los que los Jaranegra siempre habían hecho gala.

— Y ahora tengo el honor de presentaros al caballero que salvó mi vida en la batalla de Zalaca, Jaime de Moriel, barón de la Lanza.

Jaime se inclinó y saludó al Cid con simpatía.

— Siempre he admirado a los valientes, muchacho. Sois digno hijo de vuestro padre.

— Gracias, señor, vos también contáis con mi sincera admiración. — ¿Y esta bella joven? —preguntó Rodrigo, desviando su atención hacia Nalia.

Jaime se la presentó con orgullo.

— Es magnífico comprobar que en nuestra querida ciudad de Toledo la belleza de las mujeres árabes iguala a la de las cristiana—señaló Rodrigo con galantería.

Nalia sonrió y le dio las gracias.

— Me acaba de comunicar la reina que no solamente sois guapa sino que además sois instruida y habláis francés. Es una combinación magnífica en una mujer —afirmó Jimena sonriendo Nalia—. ¡Ojalá todas nosotras tuviéramos esas cualidades...!

— Sin duda las vuestras superan con mucho a las mías, señora.

— Sois muy gentil, muchacha. Una dulce joven con la que me gustaría contar para enseñar francés a mis hijas. ¿Sería ello posible, señora? —preguntó Jimena dirigiéndose a la reina.

— Por supuesto. Los deberes de Nalia pueden dejarle algún tiempo libre para instruir a vuestras hijas.

Jimena le dedicó a Constanza una dulce sonrisa.

— Y tú Nalia, ¿estás de acuerdo?

La joven la miró complacida, encantada de que una gran dama como Jimena, la mujer del Cid, le hiciera esa petición.

— Será un gran honor, señora.

Jaime se sentía orgulloso de Nalia. Él sabía muy bien lo que ella valía y le complacía que las dos principales mujeres de Castilla admiraran todas las cualidades que adornaban a Nalia.

— Te ganas a todo el mundo, cariño, y no me extraña: eres un tesoro. Pero hay algo que no me agrada tanto...

A Nalia le sorprendió su último comentario.

— ¿Y qué es?

— Que todas esas solicitudes de tu persona irán en detrimento del tiempo que me dedicas a mí. Cuántas más obligaciones tengas, de menos libertad dispondrás para nuestros encuentros.

Nalia no lo había pensado.

— Procuraré que eso no ocurra, amor.

En el transcurso de la velada, Jaime fue solicitado por Alfonso, por lo que Nalia volvió con el grupo de damas. No estuvo mucho tiempo con ellas, pues Artal Jaranegra se acercó enseguida.

— Buenas noches, preciosa. Parece que de Moriel se ha propuesto acapararte durante toda la noche. No me gusta la actitud posesiva que ha adoptado contigo —afirmó con una arrogancia que Nalia consideró insufrible.

— Pero puede ser que a mí no me disguste.

— Vamos, Nalia, no seas mentirosa. Tú eres una mora toledana y nosotros somos los conquistadores de esta ciudad. Todo lo que suene a castellano debe horripilarte, ¿vas a decirme que nos has perdonado tan pronto?

— Confieso que en un principio me enfureció enormemente vuestra presencia. En compensación no ha habido muertos ni heridos, lo que debemos agradecérselo al rey Alfonso; además, los caballeros que he conocido han sido muy galantes conmigo.

Una sonrisa socarrona se dibujó en los atractivos labios del orgulloso caballero.

— ¿Te refieres en especial a Jaime de Moriel?

— Me refiero a él y a sus hombres.

El joven se echó a reír.

— Cuando me conviene yo también puedo ser muy gentil. Eres muy bella, Nalia, el mejor de los premios para un soldado, y tan seguro que cualquiera de nosotros desplegaría ante ti cualidades que no tiene con el único fin de conquistarte.

Nalia no cedería ante ese hombre.

— Es difícil que los demás lleguen a ver cualidades que uno no posee, por mucho que nos esforcemos.

— ¡Qué poco conoces a los hombres, querida! Yo no voy confesar virtudes que no tengo, pero jamás te mentiría —señaló mirándola significativamente—. Me gustas mucho, Nalia, me atraes con locura y deseo que me des una oportunidad.

Nalia se mantuvo serena, aunque su semblante no mostraba simpatía.

— ¿Oportunidad?, ¿olvidáis que yo soy musulmana y vos uno de los caballeros más importantes de Castilla?

— También lo es de Moriel y sin embargo consentís sus atenciones.

— Es un amigo muy agradable y yo le tengo afecto.

Él le dedicó una mirada suspicaz.

— Por su actitud yo diría que de Moriel se considera más que un amigo de vos, ¿es que le habéis dado esperanzas?

Nalia esbozó una sarcástica sonrisa.

— Me temo, caballero, que hacéis demasiadas preguntas.

— Quizás las hago porque estoy muy interesado en las respuestas.

Nalia se echó a reír.

— Según parece, los caballeros castellanos no son sólo osados, sino también bastante testarudos.

Artal la miraba embobado.

— Os he hecho reír, bella Nalia, y eso me llena de placer. Conseguiré que esa radiante sonrisa brille en vuestro rostro cada vez que estéis conmigo.

"Se desplomará el cielo sobre la tierra antes de que eso ocurra."

El rey captó el gesto adusto de Jaime y siguió la dirección de su mirada, comprendiendo instantáneamente la razón de su furia.

— Todos hemos sentido celos alguna vez, y te aconsejo que te los tomes con calma —le advirtió Alfonso antes de que el joven castellano iniciara ningún movimiento.

Jaime conocía la agudeza y sagacidad del rey castellano, pero no se imaginaba que llegara hasta el extremo de adivinar sus pensamientos.

— Sois muy perspicaz, señor. Si me permitís decirlo, parecéis estar dotado de una clarividencia especial para adivinar el pensamiento.

El rey estalló en carcajadas.

— Es mi obligación observar y aprender, y te aseguro que de no haberlo tenido muy en cuenta, quizás en estos momentos no estaría vivo.

Jaime también rió.

— Vuestras palabras son siempre aleccionadoras.

— La sabiduría es la ventaja que nos proporcionan los años. Sé que Artal y tú no sois precisamente amigos, pero al igual que tú, él es uno de mis valiosos caballeros —le recordó con suavidad—. Es osado y temerario, lo sé; no obstante, no hace ningún mal intentando entablar conversación con una mujer guapa como es Nalia de Toledo—Alfonso estaba de parte de Jaime, eso todos lo sabían, pero no podía exponerlo abiertamente.

— Creí que Nalia me pertenecería sólo a mí —señaló Jaime con un tono de reproche.

— Y así lo prometí bajo unas condiciones. Ambos debemos respetarlas.

Jaime ardía de rabia a causa de esas malditas condiciones que la reina había conseguido introducir en su trato con Alfonso. Si Constanza no hubiera intervenido, a esas horas Nalia y él estarían viviendo juntos en casa de Saffah, y no en la Corte, rodeada de hombres que se creían con el mismo derecho que él sobre ella.

Requerida por la reina, Nalia dejó a Artal con la miel en los labios.

— ¿Has despertado ya de tu letargo amoroso? —le preguntó su primo, Hernán Jaranegra, con ironía—. Desde luego la moza lo vale, no parece disgustarle tu compañía.

Un gesto de arrogancia curvó los labios de Artal.

— ¿Conoces a alguna que se me haya resistido?

Hernán se echó a reír.

— Bien sabe Dios que no. Tu táctica no falla; el problema viene luego, cuando todas lloran por tu abandono y no dejan de acosarte.

— Sabes que rápidamente las pongo en su sitio —puntualizó sin piedad—. Mi posición me permite obtener lo que deseo, y te aseguro que esa morita adornará muy pronto mi habitación.

La duda se reflejó sin disimulo en la expresión de Hernán.

— Te olvidas de Jaime de Moriel. Me temo que es un rival demasiado peligroso.

Artal hizo un gesto desdeñoso.

— No está a mi altura. Nosotros somos la familia más poderosa del Reino. El rey nunca se negaría a la petición de un Jaranegra. —Un frío fulgor maligno apareció en sus ojos cuando añadió—: además, ya sabes que hay muchos métodos para quitarse de encima a los que estorban.

Una carcajada siniestra retumbó en el salón, como un distintivo de identificación de la maldad de los Jaranegra.

— Al parecer de Moriel es un doble rival para ti, pues según tengo entendido, Mencía de Zúgel, la heredera que tu padre quiere para ti, está instalada en su casa. No hace falta ser muy listo para adivinar que lo que pretende la familia de Moriel es emparentar con la rica viuda, casándola con Jaime.

Artal miró a su primo, reflexivo.

— Dicen que también es muy bella, así que no me importaría echarle una ojeada. Sus tierras nos harían dueños de una parte importante de Castilla. —Una sonrisa cruel cruzó sus labios—. Me pregunto si Nalia de Toledo conocerá los planes matrimoniales de los de Moriel...

20

Pese a que el invierno se echaba encima, a los árabes no parecía importarles. El aviso de que los almorávides se dirigían hacia Toledo llegó al mismo tiempo que la carta que Saffah había escrito a su hija.

Mientras disfrutaba del ambiente cálido que un enorme brasero proporcionaba a la habitación, Nalia leyó con placer la misiva de su padre. Tal y como Jaime había sospechado, Saffah se encontraba perfectamente de salud, al igual que Zelima. Ambos la echaban mucho de menos y esperaban volver a verla pronto. Zelima era muy feliz en su matrimonio y esperaba con ansiedad que Nalia también se encontrara pronto en ese mismo estado.

Ajeno a lo que había ocurrido con Ismail Bakr durante el camino de vuelta, Saffah ni siquiera lo nombraba. Se limitaba relatarle anécdotas familiares y a hablarle sobre las excelencias de Sevilla.

Jaime se alegró mucho de que Saffah se encontrara bien.

— Espero que después de esto seas un poco más crédula acerca de mis sospechas de Ismail Bakr —le decía un día mientras paseaban cogidos de la mano por los jardines del alcázar.

— Jamás hubiera creído que Ismail se atreviera a tanto.

Jaime la besó con dulzura.

— Cualquier hombre haría locuras por ti, así que ten cuidado, Nalia; por favor, no te pongas en peligro.

La joven le dedicó su sonrisa más encantadora.

— Te lo prometo, amor.

Algunos de los nobles principales del Reino abandonaron sus castillos y se dirigieron a Toledo con sus soldados. Todos tenían que colaborar para rechazar a los almorávides. La ciudad estaba protegida con sólidas fortificaciones, pero si el enemigo lograba entrar, nada conseguiría detenerlo, a no ser que se contara entre sus murallas con un ejército semejante al de ellos.

Bernardo Jaranegra hizo su aparición con toda la pompa que requería su posición. El rey lo recibió con los honores que se merecían los nobles de Castilla. Siguiendo el mismo protocolo, aunque desplegando mucha más simpatía personal, Alfonso realizó la misma ceremonia con Guzmán de Moriel, que venía acompañado por su sobrino Tirso, hijo de su hermano Nuño. Pedro, el padre de Jaime, y Lucas, su hermano, se habían quedado al cuidado de sus propiedades.

— Me doy por satisfecho, Guzmán. La familia de Moriel está muy bien representada con tres de sus miembros —contestó Alfonso tras escuchar sus explicaciones.

— Nos hacemos mayores, señor. No obstante, sigo pensando que nuestra experiencia es esencial para la formación de nuestros jóvenes caballeros.

— Estoy de acuerdo. Creo que la sangre caliente de nuestros jóvenes cachorros necesita ser enfriada en bastantes ocasiones.

Los dos hombres rieron con buen humor.

— Ponme al día de lo que ha ocurrido en la Corte durante todo este tiempo —le pedía Bernardo Jaranegra a su hijo mientras se cambiaba en sus aposentos las ropas de viaje por otras limpias—Aunque nuestras tierras son demasiado extensas como para dejarlas sin la protección constante de los amos, no quiero que disminuya nuestra influencia aquí. Tendrás que estar muy alerta, Artal, sobre todo ahora que ha vuelto Rodrigo Díaz de Vivar.

El joven Artal adoptó una expresión de disgusto.

— Ese hombre es insufrible. Se cree un rey, y todos tenemos que hacer lo que él dice. La gente le adora y los caballeros del rey se sienten orgullosos de estar a sus órdenes. ¡Es increíble que todos tengamos que humillarnos ante él! —exclamó con ira—. Estoy seguro de que si del pueblo dependiera, el Cid sería el rey.

Bernardo admiró la agudeza de su hijo.

— Es lo que temíamos cuando Alfonso heredó la corona. Los nobles estábamos seguros de que el pueblo de Castilla prefería ser dirigido por Rodrigo antes que por un rey joven e inexperto, como era Alfonso. Esa coronación hubiera sido catastrófica para nosotros. Rodrigo, un infanzón sin importancia, hubiera favorecido más al pueblo que a nosotros. Su sentido de la justicia le hubiera llevado a dictar leyes que nos habrían perjudicado enormemente. Tuvimos que evitar a toda costa que ocurriera algo semejante.

— Entonces provocasteis el destierro y os quitasteis ese problema de encima —añadió Artal—.Fuisteis muy listos. Lamentablemente, ahora parece que el problema vuelve.

Un diabólico brillo resplandeció en los ojos de Bernardo Jaranegra.

— Todos los problemas tienen solución si uno la busca. Alfonso nos conviene como rey porque gracias a las deudas que tiene con nosotros no puede desafiarnos. En cambio, Rodrigo no nos debe nada, y además, desde que ocurrió lo de su amigo Ruy de Ara, no nos tiene ninguna simpatía. No pudo probar nuestra culpabilidad, pero está convencido de ello. Mientras estuvo fuera de Castilla no nos preocupó. Si ha vuelto para quedarse, su odio puede moverlo a investigar más en profundidad, y eso no nos conviene en absoluto.

— ¿Quieres decir que su presencia aquí es peligrosa para nosotros? —preguntó Hernán, siempre en el medio de cualquier intriga.

— No olvidéis que la mitad de nuestras tierras pertenecían a Ruy de Ara. Las huellas de nuestros pasos fueron borradas minuciosamente, pero Rodrigo es un hombre muy testarudo, nunca olvida una ofensa.

Hernán reflexionaba mientras paseaba por la habitación.

— Entonces habrá que tomar medidas —afirmó el joven sin vacilar.

— Esperaremos. Si el Cid vuelve a Valencia después de la batalla, no habrá nada que temer. Si no lo hace, yo diría que habría llegado el momento de preocuparnos.

— Pero ¿y si Alfonso muere en la batalla y el pueblo le proclama rey?

— Entonces estaríamos perdidos.

Las palabras de su padre sonaron como una sentencia.

— Tendremos que proteger a Alfonso para que no le ocurra nada, o...

— O eliminar el problema sin demora —terminó Artal con expresión malévola mientras cruzaba una significativa mirada con su primo Hernán.

En otra parte del palacio los varones de Moriel celebraban su encuentro.

— ¿Qué tal están todos en Moriel? —preguntó Jaime.

— Muy bien, muchacho —contestó su tío con jovialidad— Tu madre te echa de menos y espera que vayas a verla después de la batalla. Mencía también se acuerda mucho de ti.

El dardo había sido lanzado.

— No sé cuándo podré volver a Moriel.

— Convenceré al rey para que te permita acompañarme cuando yo vuelva. Ya sé que tus servicios como caballero son imprescindibles, pero también necesitas descansar de vez en cuando, sobre todo cuando te esperan mujeres tan bellas.

El gesto de Jaime se volvió más adusto.

— Sabes perfectamente que por ahora no tengo planes de boda, así que no insistas en ese tema, por favor.

Su tío se tornó más serio.

— ¿Por alguna razón en especial?

Nada más formular Guzmán la pregunta, Jaime supo que su familia conocía su relación con Nalia. Miró a su primo Tirso con gesto de reproche, pero éste se encogió de hombros.

— Él no nos ha hablado de tus devaneos con esa mora. Nos han llegado rumores, y tú sólo tienes que afirmarlos o negarlos.

Había llegado el momento de enfrentarse a la verdad.

— No es un simple devaneo ni una aventura pasajera. Estoy enamorado de Nalia de Toledo y nunca me separaré de ella.

Guzmán de Moriel se quedó atónito ante la declaración de su sobrino. Conociendo la fuerza de su personalidad y su firmeza, esas palabras significaban un verdadero peligro.

— Creo que el amor te ha sorbido el seso, Jaime. ¿Sabes lo que estás diciendo?

— Perfectamente. Mencía de Zúgel es una mujer bella y muy rica, pero yo no la quiero.

— ¿Crees que en nuestro entorno social alguien se casa enamorado de su cónyuge? ¡Por el amor de Dios!, ya no eres un niño, y sabes perfectamente que nuestros matrimonios son de conveniencia —exclamó Guzmán con ira—, por ese motivo nadie critica que los hombres tengan sus amantes para divertirse. No pondremos objeciones a eso, por supuesto, pero es necesario que los miembros de nuestra familia hagan matrimonios apropiados.

— Aun siendo muy consciente de mis obligaciones —le cortó Jaime—, yo aún no estoy preparado para asumirlas. Estad seguros de que, de una forma o de otra, nunca perjudicaré a mi familia.

Esta aseveración no tranquilizó a Guzmán. Jaime estaba enamorado, y esa peligrosa circunstancia podría conducirlo a una salida excesivamente osada.

— La joven con la que se te relaciona es musulmana, ¿no?

— Sí. Ese es otro inconveniente para nuestra relación, ya lo sé, aunque a mi modo de ver, ese problema también tiene solución.

— ¿Te refieres a una conversión por parte de ella?

— Por supuesto. Si me quiere de verdad terminará cediendo.

Guzmán de Moriel tenía sus dudas, pero no seguiría discutiendo. Él ya había dicho bastante. El resto del trabajo le correspondía a su hermano Pedro, padre de Jaime.

— Tu padre está preocupado por estos rumores. Te rogaría que le visitaras pronto.

— Muy bien —cedió Jaime—, iré en cuanto Toledo vuelva a estar segura.

Transcurridos varios días de nerviosismo y preparativos exhaustivos, los almorávides, con el temido Yusuf a la cabeza, aparecieron en el horizonte. En ese mismo instante, mujeres y niños fueron confinados en el interior del alcázar, el lugar más seguro.

Jaime encontró unos segundos para entrar en palacio y buscar a Nalia.

— Recuerda tu promesa, amor —dijo abrazándola con zozobra—Por favor, mantente segura entre estos muros.

Nalia asintió y ambos se besaron con desesperación.

— Ten cuidado, Jaime, mucho cuidado —le rogó Nalia temblando.

— Lo que me espera aquí dentro después de la batalla es demasiado valioso para mí como para dejarme matar.

La joven lo despidió con lágrimas en los ojos. Había hecho una promesa y no la rompería, pero no permanecería inactiva. Disponía de dardos y flechas árabes, y el paje que le había proporcionado los venablos para la ballesta le había hablado de una de las torres del palacio, donde había algunas habitaciones con pequeñas troneras desde las que se podían observar las murallas principales. Nalia descubrió con placer, cuando el joven se la enseñó, que también se podía disparar a través de ellas, por lo que sin romper su promesa podría ayudar como vigilante guardaespaldas de los caballeros que estuvieran a su alcance.

Los hombres, desplegados a lo largo de la muralla, observaban atentamente cada uno de los movimientos del enemigo. Los árabes avanzaban sin vacilar, muy conscientes del poderío que les confería el disponer de tan enorme ejército.

El Cid había dirigido cada una de las operaciones, siendo el jefe supremo del ejército, al que todos debían obedecer.

Los almorávides avanzaban despacio pero sin descanso, al ritmo de los tambores y de la potente maquinaria que habían preparado para que el asedio fuera más efectivo. Como monstruos con vida rodaban las torres móviles, los arietes y las catapultas.

— Si Dios no lo remedia, el asalto será duro —exclamó el Cid al ver el número de soldados y las armas que portaban.

— Vienen bien preparados —estuvo de acuerdo Alfonso— Nosotros también lo estamos, y ruego a Dios que no nos abandone.

Muy cerca ya de los muros, Yusuf ordenó a sus hombres que se protegieran unos a otros y llenaran los fosos con los leños que portaban para deslizar sobre ellos las enormes torres de madera. Los castellanos intentaron hacer fracasar esta maniobra disparando una lluvia de

flechas. Muchos árabes cayeron, pero había hombres suficientes como para volver a intentarlo.

Los arietes, que protegían hábilmente a los soldados que iban dentro, comenzaron a ser empujados contra la muralla para intentar romperla y entrar a través de ella. La catapulta tampoco paraba de lanzar enormes bloques de piedra contra las fortificaciones.

Al final del día, parte de la muralla había sido dañada.

Afortunadamente, no lo suficiente como para que el enemigo pudiera infiltrarse a través de ella. El primer día había sido agotador.

Los árabes habían desplegado todo su potencial bélico y habían demostrado su firme intención de entrar en Toledo. Los castellanos la habían defendido con valentía, pero la batalla sólo acababa de empezar.

Por las noches se reparaba lo que los árabes destrozaban durante el día.

Tras varios intentos de asaltos con toda la fuerza de hombres y maquinarias, los almorávides empezaron a darse cuenta de que traspasar la firme solidez de las fortificaciones toledanas sería muy difícil si no imposible. Los castellanos, bien preparados para el ataque, habían destruido una parte considerable de las armas rodantes árabes desde el parapeto de las murallas. Muchos enemigos habían caído durante los asaltos y apenas unos cuantos soldados castellanos. Todos se mantenían vigilantes. Los árabes eran hábiles listos y no se podía descartar nunca astutas estrategias para tratar de entrar en la ciudad.

Nalia tuvo que suspender un día su vigilancia desde la tronera de la torre porque la reina la necesitó para atender a los heridos.

Tenía experiencia como curandera y conocía muy bien las hierbas medicinales. A partir de ese momento, todos los días tenía que dedicarles tiempo, así como a los niños que caían enfermos. Era un trabajo que le gustaba, pero en cuanto tenía un momento libre, corría hacia la torre y se apostaba en la pequeña ventana con su ballesta preparada. Afortunadamente, todavía no había tenido que matar a ningún árabe, puesto que no habían conseguido entrar en la ciudad. Sus ansias de proteger lo que tanto quería, la mantenía continuamente alerta. Los hombres iban y venían, y alguna que otra vez había tenido ocasión de contemplar a Jaime, al rey o a alguno de los caballeros que ella conocía.

Un día, mientras escudriñaba cada uno de los rincones de la muralla que entraba dentro de su campo de visión, vio al Cid de pie mirando en la lejanía. Ensimismado, Rodrigo contemplaba la majestuosidad del río Tajo y las múltiples gargantas que había ido cincelando para proteger la ciudad. El Tajo era el primer vigía, la primera defensa de Toledo. Era protección y riqueza, la arteria principal del sólido cuerpo que era la ciudad de Toledo.

En esos momentos estaba sólo, aunque muchos hombres se movían de allá para acá a su alrededor. Nalia lo observaba a él y los demás con atención. Todo parecía normal. De repente, apareció en su ángulo de visión la figura de Hernán Jaranegra, el siniestro primo de Artal, acompañado de otros dos caballeros. Sus movimientos no le parecieron naturales. Nada de lo que les rodeaba parecía importarles; sólo la figura del Cid retenía su atención. Los observaba detenidamente, y de pronto, para asombro de Nalia, los tres hombres armaron sus arcos. Nalia pensó que se girarían en el último momento para disparar sobre algunos enemigos a su alcance.

Al darse cuenta, horrorizada, de que su objetivo era Rodrigo Díaz de Vivar, no vaciló ni un segundo y apuntó a Hernán Jaranegra.

No falló: el venablo se clavó limpiamente en la pierna, provocando la caída instantánea del malvado caballero. Aturdidos instantáneamente, los otros dos hombres parecieron vacilar durante unos segundos; enseguida recordaron sus órdenes y se dispusieron completar la misión que se les había encomendado. Nalia no tenía tiempo para cargar su ballesta de nuevo, así que cogió el arco y apuntó el segundo hombre.

Tampoco falló. El tercero, dando un pequeño rodeo, intentó cambiar de lugar para alejarse de las flechas enemigas, sin saber que con ese movimiento se ponía más a tiro del cazador. Su caída fue fulminante.

Nalia observó el revuelo que se originó en el momento que los demás vieron a los heridos. Los hombres y familiares de Hernán corrieron hacia él, sacándolo de la muralla y llevándolo al interior del palacio.

La joven mora permaneció en su sitio. Por nada del mundo curaría a ese cerdo. Bastante trabajo le costaba tener que sonreír al indeseable de Artal, cuando lo que le apetecía era lanzarse a su cuello y apretarlo hasta que le contara la verdad acerca de la falsa acusación contra su padre. Él debía ser muy pequeño para haber tomado parte en esa traición, pero estaba segura de que conocería la historia por su padre. Nalia no dudaba de que él habría cometido fechorías semejantes a lo largo de su vida.

Esa noche, Jaime se acercó al salón donde se había instalado el hospital provisional con la esperanza de ver a Nalia. Contaba con muy poco tiempo, pues su guardia empezaría enseguida. Se acercó a Leonor Enríquez, la joven dama amiga de Nalia. En esos momentos estaba ayudando al médico a sacar el venablo del muslo de Hernán.

Jaime se quedó sorprendido. Él había estado esa tarde en otra parte de la muralla y no se había enterado de lo ocurrido.

Hernán chillaba por el dolor, lo que provocó que Artal, que entraba en esos momentos, blasfemara contra los almorávides.

— Es una suerte que no le hayan matado —comentó el médico—Debía tener mala puntería el que disparó.

En esos momentos Jaime reparó en el venablo y en las flechas que el médico había dejado sobre una mesa. Los reconoció al instante. Aun siendo árabes, estaba seguro de que no pertenecían ningún enemigo, por lo menos hombre...

Las pisadas de un hombre armado retumbaron por los pasillos. Jaime entró como una tromba en el cuarto de Nalia, pero estaba vacío. Miró en su cofre. Las armas no estaban allí. Sólo quedaban los venablos castellanos; los de fabricación árabe habían desaparecido. La buscó por otras dependencias y tampoco dio con ella. El tiempo se le terminaba y debía volver a su puesto.

Al día siguiente, Jaime la encontró en el hospital. Nalia lo miró preocupada. Estaba demacrado y con aspecto cansado. Le extrañó que no le dedicara ni una sonrisa, como era su costumbre cada vez que la veía; por el contrario, sus ojos, más que una expresión amorosa, parecían acusarla de algo.

— ¿Qué tal ayer, Nalia?

— La misma monotonía de todos los días. Acompañé a la reina y luego estuve aquí hasta que me retiré a mi habitación.

— ¿No te agota estar aquí hasta tan tarde?

— Un poco, pero no tengo otra cosa que hacer. Me gusta ayudar a los demás —añadió con sinceridad—. Tú pareces cansado. Creo que necesitas dormir —dijo con expresión preocupada.

Jaime seguía sospechando de ella y eso le dolía de una forma desgarradora. La quería con locura, pero la conducta de Nalia lo empujaba a seguir considerándola una enemiga. Para colmo, era una tiradora excelente. Nadie lo sabía, por lo que ninguna persona de la Corte sospecharía de ella.

Nalia de Toledo, una verdadera defensora de los suyos, sería la mejor aliada de Yusuf dentro de las murallas de Toledo. Desde algún lugar secreto, había disparado contra tres caballeros castellanos, lo que significaba que, en cuanto el rey u otros caballeros importantes se le pusieran a tiro, los mataría o los heriría.

Si eliminaba a los principales, el resto estaría perdido.

Jaime no quería pensar que él fuera uno de los objetivos.

Aunque había invadido su ciudad, su casa y la había obligado volver de Sevilla, abandonando a su familia, no creía que ella lo odiara.

Estaba confuso, cansado y dolido. Si ella no era una espía, ¿por qué no le contaba los motivos que había tenido para disparar contra hombres castellanos?

A los dos días, otros tres caballeros castellanos cayeron bajo las mismas circunstancias.

Nalia había creído que ya no volverían a atentar contra la vida del Cid, pero se equivocó. En cuanto tuvieron una oportunidad, sus enemigos planearon un nuevo intento. En otro lugar de la muralla, ella no hubiera podido alcanzarlos, pero Rodrigo parecía encontrarse cómodo en aquel sitio en concreto, y al atardecer acudía a él. Consideró que había llegado el momento de ponerle sobre aviso.

Jaime no tardó en enterarse de lo sucedido. Al visitar a los heridos vio las flechas y no tuvo dudas de a quién pertenecían. Nalia tramaba algo, y él lo averiguaría.

Convocados sus hombres, los cuatro acudieron a su habitación al anochecer.

— ¡Qué misterioso estás, Jaime!, ¿sucede algo grave? —preguntó Sancho, preocupado.

Todos habían notado un cambio en su carácter en los últimos días. Estaba irritado, serio e impaciente. Parecía haber perdido la alegría que últimamente le caracterizaba.

— Quiero que Alonso y tú —dijo señalando a Lope— os turnéis para vigilar a Nalia de Toledo. No la perderéis de vista ni un segundo y me informaréis de cada uno de sus movimientos.

— ¿Vigilar a Nalia? ¿Te has vuelto loco? —exclamó Sancho, sorprendido por la petición de Jaime—. Nalia es de toda confianza. Es buena y comprensiva, y nos trató en Sevilla como si fuéramos amigos.

— Es cierto —intervino Álvaro—, hasta nos regaló estas magníficas armas —dijo sacando el puñal con empuñadura de plata—. No tenía por qué hacerlo. Tanto Sancho como yo lo consideramos un gesto de amistad.

Jaime resopló con impaciencia.

— ¡Os compró, bobos inocentes, eso es lo que hizo! Es más lista que vosotros y os aseguro que no permitirá que nadie la aparte del camino que ella tenga marcado.

Los hombres se miraron unos a otros sin comprender.

— Perdona, Jaime, pero no entiendo nada —señaló Sancho—. Se supone que Nalia y tú estáis enamorados, que os queréis..., por lo menos eso es lo que parece cuando estáis juntos; ¿a qué viene entonces esta orden?

Una mueca de resentimiento curvó sus labios.

— Por mucho que yo la ame no antepondré mis sentimientos la seguridad de Castilla.

Los caballeros continuaban perplejos.

— No creo que Nalia te haya dado motivos...

Jaime cortó a Álvaro contándoles lo que había ocurrido y sus sospechas al respecto.

— ¿Estás seguro? —preguntó Lope.

— Completamente. Esas flechas y venablos pertenecen a Nalia, no me cabe ninguna duda. Si no escondiera algo, me habría contado el incidente. De hecho, cuando he intentado sonsacarle, me ha mentido.

Sancho estaba aturdido. Conocía a Jaime y sabía que sus deducciones siempre eran certeras. Por otra parte, también creía conocer a Nalia. La apreciaba y la admiraba. Su corazón estaba de su parte, aunque debía obedecer a Jaime. Él era un hombre inteligente tendría poderosas razones para dudar de la mujer que amaba.

21

La temperatura en el exterior era baja, por lo que las horas de las guardias habían sido reducidas para que los hombres pudieran entrar en calor. Nalia observó a los soldados hasta que vio entrar a Rodrigo, acompañado de un grupo de sus caballeros.

Tenía que hablar con el Cid, informarle de lo que estaba ocurriendo a sus espaldas. Sus enemigos estarían alertas, así que no podía pedir una audiencia con él. Optó por conectar con Jimena.

Las clases de francés que iba a dar a sus hijas todavía no se habían iniciado. En esos momentos de incertidumbre todos estaban demasiado ocupados como para pensar en otra cosa que no fuera el peligro que corrían.

Informada de que Jimena estaba cosiendo en la sala de costura, Nalia se encaminó hacia allí. Acompañada de otras mujeres, charlaban acerca de las incidencias del día anterior.

— Estoy deseando que termine esta pesadilla. Es horrible que nuestros hombres estén todo el día expuestos a las armas enemigas. Gracias a Dios no ha habido muchos heridos, pero en cualquier momento... —comentaba una de las damas de Jimena.

— Por favor, cambiemos de conversación —sugirió Jimena—Intentemos mantener la calma y la moral alta hablando de asuntos más agradables. —En esos momentos vio a Nalia y sonrió—. Entra, querida. Quizás tú puedas alegrarnos un poco contándonos historias de tu gente. Los relatos árabes son muy entretenidos. Estoy segura de que sabrás algunos.

Nalia se acercó a ella y se sentó a su lado, iniciando el relato de algunos cuentos.

Cuando consiguió que todas rieran, durante una pausa se acercó disimuladamente un poco más a Jimena.

— Tengo que hablar urgentemente con vuestro esposo —dijo en un susurro.

Jimena captó la inquietud en los bellos ojos de la joven asintió con gravedad.

— Después de la cena venid a mis aposentos.

Tras esas dos breves frases, los relatos continuaron, haciendo que durante unas horas los ánimos de las mujeres allí presentes se olvidaran del peligro que rondaba sus puertas.

Por la tarde, pasó dos horas atendiendo a los enfermos, y más tarde volvió a su rincón de la torre hasta que el aviso para cenar retumbó en los muros del palacio.

Nalia buscó a Jaime entre la gente que entraba y salía del salón, pero él no apareció. Desde que los árabes habían iniciado su ofensiva, apenas se veían, y las veces que se habían encontrado, Nalia había apreciado en su rostro macilento el cansancio y la preocupación que lo atormentaban. Ella lo trataba con dulzura consideración, a pesar de su distanciamiento. Comprendía su estado de ánimo y su responsabilidad, por ese motivo no le había contadlo que hacía y lo que había descubierto. No quería preocuparlo, además no estaba muy segura de que él la creyera. Prefería relatarle toda la verdad más adelante, cuando ambos supieran con seguridad hacia donde encaminarían su relación.

Una vez que las voces se fueron apagando y el palacio se quedó en silencio, Nalia, vestida de oscuro y cubriéndose la cabeza con un mantón negro, salió de su habitación y se dirigió hacia los aposentos del Cid. Afortunadamente, su recorrido no era muy largo.

Con habilidad y paciencia pudo esquivar a los soldados que vigilaban las esquinas de los corredores.

Jimena la recibió con afabilidad y le rogó que se sentara. Apoco rato entró Rodrigo y la saludó con deferencia.

— Buenas noches, Nalia. Según me ha dicho mi mujer, tienes algo importante que decirme. Esa es una coincidencia, pues nosotros también queríamos hablar contigo —le informó él—. Debida la precipitación de los acontecimientos no hemos podido hacerlo antes. Creo que ya ha llegado el momento.

Nalia lo miró intrigada.

— No sé lo que tenéis que comunicarme, señor, pero estoy segura de que lo que yo tengo que decir es más urgente.

— Habla entonces, joven —le ofreció el Cid.

Nalia tragó saliva y lo miró con preocupación. Rodrigo Díaz de Vivar, un hombre vigoroso y de gran porte, imponía respeto. Con un prestigio que traspasaba cualquier frontera, todos lo adoraban.

Incluso los árabes lo admiraban y respetaban como a ningún otro líder cristiano. Nalia temía su reacción cuando le contara lo que había visto. La posibilidad de que no la creyera entraba dentro de lo posible; aún así debía arriesgarse.

— Estáis en serio peligro, señor. Dos veces, durante los días de asedio, han intentado mataros por la espalda. Yo lo he impedido.

El Cid no pudo disimular la incredulidad que brilló en sus ojos. Lo que contaba esa joven era realmente fantástico; sin embargo, Rodrigo, un hombre con experiencia, sabía que hasta lo más increíble podía ser posible.

Antes de que el veterano caballero hiciera ningún comentario, Nalia pasó a relatarle todo lo que había ocurrido desde que decidió vigilar la muralla principal.

Jimena miraba a su marido atónita mientras Nalia hablaba. Algo le decía que esa joven no mentía.

— ¡Voto al cielo que nunca he visto una mujer más osada que tú! —exclamó Rodrigo con admiración—. El joven de Moriel va a tener mucho trabajo intentando aplacar los bríos de una joven tan valiente —añadió lanzando una carcajada.

— Simplemente, intento ayudar, señor.

— Y lo has hecho, muchacha. Sabía que en cuanto pusiera los pies en Castilla esto terminaría ocurriendo, tarde o temprano. Aquí tengo muchos enemigos, Nalia, y ya ves que no pierden el tiempo.

Nalia le dedicó una mirada apreciativa.

— No entiendo cómo un hombre tan valiente y honrado como vos puede tener enemigos.

— Los personajes más queridos y valorados por el pueblo son víctimas de envidias y calumnias por parte de cortesanos, altos dignatarios y nobles importantes —le explicó con pesar—. Sus propios intereses y ambiciones los llevan a la maldad e incluso al crimen.

Una sombra de congoja nubló los ojos de la bella joven. El relato sobre lo que le había sucedido a su padre vino a su mente, igualando la situación actual del Cid con la que debió sufrir su padre años atrás.

Compasiva, Jimena acarició dulcemente la mano de la joven.

— Tendrás mi agradecimiento eterno por haber salvado la vida de mi marido, querida Nalia. Gracias a tu puntería él sigue vivo. Eres admirable, muchacha, un tesoro para un hombre inteligente que sepa apreciar tu valor.

Nalia le agradeció el cumplido humildemente.

— Estamos en deuda contigo, Nalia —señaló el Cid, considerando en todo su valor el arrojo de la joven. — "Digna hija de su padre", pensó—. Yo también he de advertirte del peligro que representan los Jaranegra para ti.

Saffah le había dicho que nadie sabía quién era ella excepto él.

Entonces, ¿cómo había llegado a averiguar el Cid que ella también tenía poderosos enemigos?

Su primera pregunta fue de tanteo.

— ¿Por qué lo creéis, señor?

— Porque tuve el honor de contar con la amistad de tu padre y sé todo lo que ocurrió.

Nalia se quedó perpleja al oírle.

— ¡Dios mío..., entonces sabéis quién soy...!

El Cid asintió con una expresión compasiva en su rostro. Despacio, se acercó a ella y le habló al oído.

— Eres la hija de Ruy de Ara, barón de los Riscos. Se te conoce como Nalia de Toledo, hija de Saffah, y esa será la única verdad por el momento.

Nalia habló también con voz queda. Era muy importante que fueran prudentes.

— Os ruego que me habléis de mi padre y me contéis todo lo que pasó.

Rodrigo la miró reflexivo. Había prometido a su amigo Ruy buscarla y luchar por sus derechos, pero ahora que todo estaba tan agitado en Castilla y que los Jaranegra continuaban ostentando el mismo poder que antaño, dudó sobre la prudencia de ese paso.

Nalia intuyó el miedo de Rodrigo a ponerla en peligro y se adelantó a él.

— Saffah me habló de mi padre. Me dijo que había sido acusado injustamente de traición y que fue desterrado. No supo nunca nada más de él. ¡Por favor, contadme la verdad! —le rogó con ojos suplicantes.

Era peligroso, pero Rodrigo decidió cumplir la última voluntad de su amigo.

— Tu padre y yo fuimos siempre amigos. Por una serie de circunstancia que ya conocerás, yo nunca logré la amistad del rey Alfonso. Tu padre consiguió su confianza y fue nombrado Alférez Real. Aunque ese puesto le daba mucho poder, él siempre lo supo emplear con inteligencia y honradez.

Rodrigo hizo una pausa para ordenar sus pensamientos.

— Los Jaranegra ambicionaban ese puesto. Se creían con más derecho que tu padre por ser su nobleza más antigua. No podían soportar la influencia que Ruy ejercía sobre el rey. Ellos querían dominarlo todo y aumentar su inmensa fortuna y su poder. Decidieron eliminar el obstáculo que los separaba de su objetivo — continuó con expresión furiosa—. Lo planearon todo para que el rey de Badajoz exigiera pagar las parias solamente si Ruy iba personalmente a buscarlas. Alfonso no quería, pero Ruy decidió partir y cobrar el dinero.

Nalia escuchaba con atención, sin poder evitar que la congoja y el desamparo se reflejaran en sus ojos.

— Ruy volvió con las manos vacías. Según declaró él, y sus amigos le creímos, el rey de Badajoz no quiso pagar los impuestos. Los Jaranegra lo acusaron de haberse quedado con el dinero. Nadie creía tal barbaridad, sin embargo, éste y otros tesoros fueron encontrados en su castillo. Alfonso siempre lo creyó inocente. Desgraciadamente, las pruebas eran irrefutables y fue declarado culpable.

Nalia no había conocido a su padre, pero sintió una enorme pena por el hombre que debía haber sufrido tanto.

— Ruy se dirigió hacia Aragón. Unos amigos lo recibieron gustosos en su castillo y allí se atentó de nuevo contra su vida. La torre en la que él tenía sus aposentos fue incendiada por alguien enviado por sus enemigos. Varias personas murieron, dándosele a él también por muerto.

— ¡Dios mío, qué final más trágico! —exclamó Nalia desconsolada.

Jimena se acercó a Nalia con dulzura.

— Tranquilízate, querida, y deja que mi esposo continúe con su relato.

— Unos meses después, Ruy apareció en mi campamento. Fue una de las mayores alegrías de mi vida —exclamó con sinceridad—. El incendio del castillo aragonés había sido atroz, pero él consiguió salvarse. Me acompañó en mis campañas los últimos años de su vida, y he de decirte que se acordaba continuamente de ti, a pesar de no haber vuelto a verte desde que eras pequeña. Muchas veces estuvo tentado de ponerse en contacto contigo, pero el temor a que te ocurriera algo lo hizo desistir de esa idea. Como hija de Saffah estabas segura y él no quiso arriesgar esa seguridad.

Nalia no pudo evitar el llanto. ¡Qué tragedia más terrible la de su padre!

— Desgraciadamente, en una de las batallas fue herido y no pudimos salvarle la vida. Antes de morir me entregó algo para ti.

Dirigiéndose a un cofre lo abrió y sacó de él una serie de objetos. Nalia se levantó cuando el Cid se acercó a ella de nuevo.

— Esta era su cadena y su medallón, Nalia. Ahora te pertenecen. También me entregó su sello, su fina espada y las monedas ganadas duramente en las batallas.

Nalia lo cogió con manos temblorosas mientras gruesas lágrimas rodaban por su rostro.

— Deseaba que todo lo que le pertenecía fuera para ti. Tú eres su única heredera y la persona a la que más quiso en el mundo. —Su expresión comprensiva la animó. Nalia apenas conocía a ese hombre, pero su vigor y entereza le daban tranquilidad—. Me ofrecí ayudarte a

recuperar vuestras tierras y Ruy aceptó, con la condición de que en ningún momento pusiera tu vida en peligro.

— No ambiciono tierras, señor. Lo que quiero es redimir el nombre de mi padre.

— Lo conseguiremos, muchacha; confía en mí.

Rodrigo hizo una pausa antes de continuar con su última advertencia.

— Según tengo entendido, estás muy unida al joven de Moriel. — Al oír el nombre de Jaime, Nalia pareció despertar de un letargo—. Su padre y sus tíos, al igual que él, son caballeros honorables. Tanto el rey como yo los consideramos personas de confianza.

Nalia lo miraba expectante.

— A pesar de lo que acabo de decir, por nuestra seguridad incluso la de ellos, lo que hemos hablado debe quedar entre nosotros. En el momento que tenga algo importante que comunicarte te avisaré. ¿Has comprendido?

— Perfectamente.

Si en algún momento había pasado por su cabeza la idea de confiarle todo a Jaime, después de esa entrevista quedó descartado. La seguridad de todos dependía de su prudencia, y ella apreciaba demasiado su vida y la de su amor como para exponerla estúpidamente.

Los objetos de su padre quedaron a buen recaudo en los aposentos del Cid. Allí estarían más seguros que en la habitación de Nalia.

Jaime recorría la habitación como un lobo enjaulado esperando la información de Lope. Desde que había hecho su descubrimiento respecto a Nalia, estaba desesperado. Su corazón se debatía entre el amor que sentía por ella y el cumplimiento de su deber. No es que le tuviera ningún aprecio a los Jaranegra, pero eran caballeros castellanos, y como compatriotas estaban obligados defenderse.

Tan pronto Lope hizo su entrada en la habitación, Jaime se precipitó hacia él.

— ¿Qué noticias traes? —preguntó con ansiedad.

Aún apreciando mucho a la hermosa mora, Lope tenía que contar la verdad.

— Nalia de Toledo parece que practica varias actividades en palacio. No sólo cuida a los enfermos y heridos sino que además vigila las murallas con su ballesta desde una de las torres de palacio.

Jaime se golpeó la mano izquierda con su puño derecho.

— Lo sabía, sabía que esa traidora...

— ¿Qué te enfurece más, Jaime?, ¿que Nalia vaya hiriendo por ahí a nuestros caballeros o que no te cuente sus más ocultos secretos?—se atrevió a preguntar Sancho.

Jaime dirigió al veterano caballero una mirada tenebrosa.

— No sé lo que te habrá hecho esa mujer, Sancho, pero te advierto que tu osadía puede costarte muy cara.

Los otros caballeros se miraron con preocupación. Últimamente Jaime y Sancho sólo reñían a causa de Nalia.

— No me amenaces, Jaime. Sabes lo que significas para mí, pero alguien tiene que decirte la verdad.

— ¡Verdad?, ¡qué verdad? —gritó Jaime dando un paso amenazante hacia su viejo ayo.

— Que Nalia de Toledo confía en ti tanto como tú en ella.

Los ojos del joven caballero despedían fuego de rabia. Adelantándose al desastre, Lope decidió intervenir antes de que tuviera lugar la ruptura definitiva entre ayo y pupilo.

— ¿Puedo seguir con mi información?

Jaime intentó calmarse. Las palabras de Sancho eran duras y él no quería reconocer lo que parecía bastante evidente. Nalia era su amor, le quería y tenía que confiar en él por completo: era su obligación.

— Continúa.

— Por la tarde, Nalia se reunió con Jimena y sus damas en la sala de costura. Después de cenar se dirigió con bastante sigilo a los aposentos del Cid.

— ¡Cómo dices? —exclamó Jaime levantándose de un salto del sillón en el que se acababa de sentar. Esa mora era un enigma, cada día que pasaba aumentaba el misterio que la rodeaba.

— Estuvieron reunidos durante más de una hora —siguió Lope—Transcurrido ese tiempo, dos damas de Jimena la acompañaron hasta su habitación.

— Quizás tuvieron esa reunión para fijar las horas de las clases de francés que Jimena quiere que Nalia dé a sus hijas —sugirió Sancho.

Jaime lo descartó enseguida.

— Si fuera algo tan inocente no se habrían encontrado a horas tan intempestivas —señaló Jaime de mal humor—. ¡Nalia de Toledo trama algo, y por Dios que lo averiguaré a cualquier precio!

Los días pasaban y el enemigo continuaba con su asedio a la ciudad de Toledo. A causa del frío y a la desmoralización que sufrían los soldados árabes al no recibir resultados positivos a sus esfuerzos, las embestidas contra las murallas eran cada vez más débiles.

Yusuf no estaba acostumbrado a perder el tiempo. Disponía de un gran ejército y lo había calculado todo para apoderarse de Toledo en poco tiempo. Lo que no había previsto era que el Cid, el mejor guerrero castellano, que siempre había estado enemistado con el rey de Castilla, le prestara ayuda en esta ocasión. Contar con la colaboración de ese hombre y su magnífico ejército cambiaba las circunstancias por completo.

Se hicieron nuevos ataques. Los soldados, bien dirigidos polos oficiales, intentaban una y otra vez traspasar las murallas. Las torres de asalto, cargadas de hombres, llegaban a las fortificaciones con mucha dificultad, para luego ser rechazadas enérgicamente polos soldados castellanos.

Los heridos y muertos en el bando musulmán eran considerables. En cuanto Yusuf tuvo noticias de que se estaban iniciando importantes revueltas en el norte de Africa, levantó el campamento y abandonó con precipitación las tierras castellanas.

Los toledanos celebraron la paz por todo lo alto. La gente cantaba y bailaba en las calles, invocando los nombres del Cid y de Alfonso. La bonita ciudad de Toledo seguía en pie y todos habían decidido convertirla en la más próspera del Reino.

Desde la noche en la que Lope le había informado acerca de los pasos de su amada, Jaime apenas había visto a Nalia. Cuando él disponía de algún tiempo libre, Nalia estaba ocupada, y por la noche, cuando Nalia volvía a su habitación, él debía permanecer en su puesto en las murallas. Los problemas personales debían ser descartados en esos momentos cruciales. Sabía muy bien que cualquier distracción podía costarle la vida. Tampoco podía evitar que la duda lo consumiera.

¿Qué perseguía Nalia?, ¿qué era lo que realmente quería? ¿Lo querría de verdad o su postura era solamente una farsa?

La derrota de Yusuf llenó de alegría a Nalia. Su amada Toledo estaba a salvo. Esto animó su espíritu y la impulsó a continuar con el objetivo que se había marcado con la ayuda del Cid. Desde el día de su primera entrevista, no habían vuelto a encontrarse en secreto. Los dos sabían que debían ser cuidadosos. Los enemigos de ambos eran implacables y si en algún momento los conectaban o llegaban averiguar la verdadera identidad de Nalia, ambos estarían perdidos.

Debía ser cauta y paciente, ya se lo había advertido Rodrigo. Cada paso hacia adelante debía ser muy bien medido.

Los caballeros heridos por ella habían mejorado mucho. Nalia no los había atendido, pero los médicos de palacio habían hecho un buen trabajo. Aunque Hernán todavía cojeaba, era joven y fuerte; sanaría para continuar haciendo fechorías con su primo.

Estando un día en el establo con su caballo, Nalia vio a lo lejos entrar a los Jaranegra. Instintivamente se agachó y se escondió entre el heno. No se fiaba de esos hombres.

— Tu pierna parece que mejora, primo. ¿Has averiguado quién fue el tirador desconocido?

— ¡No! —contestó Hernán con rabia—, ¿y tú?

— No, pero una vez descartado que la mano que disparó el venablo no podía ser árabe por la dirección en la que entró en tu pierna, sin duda se tratará de algún caballero de Rodrigo. Es de suponer que un guerrero como él disponga de varios guardaespaldas que velen por su seguridad —contestó Artal.

— Era una oportunidad estupenda para quitarlo del medio.

— Cierto, pero no contamos con su "ángel de la guarda". Lo que todavía no comprendo es por qué ese excelente tirador se limita a heriros.

— Supongo que porque su puntería no es perfecta.

— Al contrario. Yo creo que por alguna razón que no alcanzo comprender, no quiso mataros.

Hernán lo miró con incredulidad.

— No lo creo. El tirador falló. Te aseguro que en cuanto averigüe quién fue ese bastardo, yo sí que no fallaré, ni tampoco la próxima vez que lo intente con el Cid.

Artal miró hacia un lado y a otro con preocupación.

— Cuidado, primo. Ya sabes que las paredes oyen, así que ándate con cautela.

Se detuvieron justo delante de la cuadra donde se encontraba Nalia. A la joven le latía aceleradamente el corazón. Si la descubrían, sería mujer muerta. Completamente inmóvil y casi sin respirar, Nalia acertó a escuchar las últimas palabras de los dos primos.

— Afortunadamente, el rey no ha muerto en este asedio, por lo que se nos quita un gran peso de encima. Si Rodrigo vuelve Valencia, nuestros problemas se habrán acabado por ahora. Si no lo hace, habrá que pensar en una nueva estrategia para eliminarlo—sentenció Artal con voz tenebrosa.

Nalia comenzó a temblar por el miedo. De nuevo tenía que advertir a Rodrigo y convencerlo para que se marchara.

En cuanto las voces se perdieron en la distancia, mirando a su alrededor con temor, Nalia salió del establo. El Cid debía ser advertido cuanto antes.

Ciñéndose el manto a la cabeza y a la cara para no ser reconocida, Nalia subió escaleras y atravesó los pasillos con prisa hasta alcanzar los aposentos del Cid y Jimena.

Jimena se sorprendió al verla.

— Nalia, te arriesgas mucho viniendo aquí.

— Lo sé, señora, pero he de advertiros de nuevo que vuestro esposo corre peligro.

Rodrigo entró desde la otra habitación y escuchó atentamente el relato de Nalia.

— Estoy acostumbrado a vivir en peligro, pero agradezco tu advertencia. Siempre se tiene ventaja conociendo los planes del enemigo.

A Nalia le asombraba que la calma nunca abandonara a ese hombre.

— Debéis iros, señor, vuestra vida...

— Sí —la cortó Rodrigo—, valoro mi vida, muchacha; sin embargo, no tendría valor sin honor. Prometí a tu padre que te ayudaría y lo haré. —Al ver la sombra de preocupación que nubló los ojos de la joven, el Cid la tranquilizó—. Me protegeré, te lo prometo, tú debes hacer lo mismo. Por favor, no levantes sospechas —le rogó el gran guerrero—. Procura llevar la vida rutinaria de siempre y no intentes hablar a solas conmigo. Si en algún momento tienes algo importante que decirme, comunícaselo a Jimena cuando haya más gente delante. Si lo haces con astucia, nadie se enterará.

— Pero yo... ¿en qué modo puedo ayudar?

El Cid mantuvo una expresión cavilosa.

— No disponemos de mucho tiempo, pues no sé cuándo tendré que volver a Valencia. No quiero que te expongas innecesariamente, pero puedes ayudar manteniendo los ojos muy abiertos y los oídos alerta.

Eso era fácil. También decidió poner un poco de su parte no desalentando demasiado a Artal Jaranegra. Odiaba tener que recurrir a esa argucia, pero tenía que averiguar cuanto antes lo que había ocurrido y demostrar la inocencia de su padre. La ayuda del Cid era esencial, y él no podría permanecer mucho tiempo en Castilla. Si conseguía que Artal se confiara, podría descubrir algo.

La calma y la valentía del Cid impresionaron a Nalia. Su padre debió ser un gran hombre para contar con el afecto y el apoyo de tan extraordinario amigo.

22

Jaime ya no podía soportar más el peso de la duda. Necesitaba a Nalia, deseaba verla con ansiedad, y lo que era lo más importante, anhelaba que ella le confiara sus más recónditos secretos. Decidido a aclarar las cosas entre ellos de una vez por todas, se dirigió sin demora hacia su habitación.

Los lujosos pasillos del palacio, adornados con ricos tapices alumbrados con antorchas, fueron testigos del paso firme e impetuoso del joven caballero castellano. A pesar de su desilusión, la esperanza nunca abandonó el corazón enamorado de Jaime. El comportamiento de Nalia debía tener un motivo, y ella se lo explicaría.

Jaime iba distraído, sumergido en sus pensamientos.

Repentinamente, su instinto de soldado se despertó al escuchar el ruido de unos pasos sigilosos que se acercaban. Se detuvo abruptamente y se ocultó detrás de uno de los arcos. Observó en silencio mientras esperaba que el intruso pasara cerca de él. Su corazón se detuvo al descubrir de quién se trataba. Sólo pudo verla de espaldas, pero reconoció su forma de andar y el seductor porte al mover las caderas. Se trataba de Nalia de Toledo, y según dedujo unos instantes después, cuando fue capaz de poner en orden sus pensamientos, Nalia procedía del ala donde se encontraban los aposentos del Cid. Más misterio..., ¡por Dios! que su intriga no dudaría mucho tiempo más.

Nalia respiró aliviada al cerrar tras de sí la puerta de su habitación. Rodrigo tenía razón; era un imprudencia intentar hablarle en secreto. En palacio los intrigantes siempre estaban al acecho, sospechando enseguida de cualquier reunión o conversación que se saliera de la rutina diaria. No volvería a hacerlo. A partir de ese momento seguiría a rajatabla las órdenes del Cid.

Su tranquilidad no duró mucho. Apenas había tenido tiempo de quitarse el mantón que cubría su cabeza, cuando se oyó un fuerte golpe en la puerta.

— ¿Quién es? —preguntó con voz trémula.

— Soy Jaime.

Nalia esbozó una sonrisa de felicidad y se precipitó hacia la puerta. Lo abrazó con cariño nada más verlo, provocando el desconcierto en la mente del caballero y un auténtico caos en su corazón. Esa mujer era imprevisible y única. No la entendía, recelaba de su conducta, pero la quería, y esa era la única verdad.

— ¡Oh, Jaime, qué contenta estoy de que todo haya terminado, de que tú estés bien! Tenía tanto miedo...

Jaime la estrechó con fuerza, expresando con ese abrazo sus profundos sentimientos.

— Ha sido una tortura tener que permanecer apartado de ti. Creo que mi disciplina de guerrero se habría resquebrajado si Yusuf y su ejército hubieran resistido más tiempo.

— Gracias a Dios las bajas han sido mínimas y los heridos no revisten gravedad.

Jaime la miró con desconfianza, recordando lo que Nalia había hecho. El amor le ofuscaba a veces la mente, pero la realidad estaba ahí y él no podía olvidarla.

— Sí, curiosamente, seis caballeros fueron heridos con ballesta. Yo diría que los venablos que les dispararon eran iguales a los tuyos.

El caballero acababa de empezar el proceso de probar la culpabilidad o inocencia de Nalia.

Nalia pareció desconcertada momentáneamente. Se apartó de él con disimulo y se dio la vuelta para que no viera su turbación.

— ¿Estás seguro?

— Completamente; es más, yo diría sin temor a equivocarme, que la persona que disparó el arma fuiste tú.

La joven bajó la cabeza, sintiéndose derrotada. Jaime lo sabía, aunque no se explicaba cómo había llegado a averiguarlo. Respecto a lo del Cid no tenía nada que ocultar. Jaime también lo admiraba y se alegraría de que ella le hubiera salvado la vida.

— ¿Odias a los castellanos hasta el punto de querer matarnos poco a poco?, ¿o es que tenías la esperanza de que Yusuf entrara en la ciudad y se encontrara muertos al rey y a los

principales caballeros de Castilla? ¿También estaba yo entre tus objetivos o pensabas entregarme a Yusuf como esclavo? —le preguntó acalorado—. Hubiera sido la venganza perfecta, ¿verdad, Nalia? —continuó con crueldad, sin ninguna piedad en su tono de voz.

Nalia se volvió bruscamente y lo miró horrorizada. Jaime, su amor, el hombre que había confesado quererla y al que ella amaba, permanecía impasible, sin sentir ningún remordimiento por lo que acababa de decir. No sólo no confiaba en ella, sino que era capaz de atribuirle las acciones más viles. A pesar de lo que había ocurrido entre ellos, seguían siendo enemigos. Ante la mínima duda, Jaime se ponía del lado de los suyos, sospechando de ella. Estaba convencido de que todas sus acciones tenían como fin la traición.

Nalia creía haberle demostrado su amor. Se había equivocado por completo; para Jaime no había sido suficiente como para eximirla del pecado de ser una enemiga.

Tragándose su rabia y su decepción, la joven le dio la espalda levantó la barbilla con arrogancia.

— No sé de qué me hablas.

Durante unos instantes, Jaime se quedó petrificado ante su osadía. Cuando pudo reaccionar, se acercó en dos zancadas y la giró hacia él con brusquedad. La traspasó con una mirada mortal, pero Nalia no se dejó intimidar.

— ¡Mientes, maldita sea! Uno de mis hombres descubrió tu escondite en la torre y yo reconocí tus venablos.

Con serenidad, Nalia trató de desasirse sin conseguirlo.

— ¡Tus hombres...! —exclamó haciendo una mueca de desdén— Olvidaba que los tienes continuamente vigilando mis pasos. Espero que en esta ocasión los espías no fueran ni Sancho ni Álvaro. Nos hicimos amigos en Sevilla, aunque ellos siempre anteponían ante todo su inquebrantable lealtad hacia ti.

El caballero le lanzó una mirada desdeñosa.

— ¿Amistad con dos cristianos? Yo diría más bien que los compraste con modales exquisitos y regalos caros. Cayeron en tus redes como idiotas, pero a mí no me engañas, Nalia. Te conozco sé lo que te propones. Jamás aceptarás esta conquista, y harás todo lo posible para que las circunstancias cambien a tu favor —expuso con falsa serenidad—. Pierdes el tiempo, querida, y será mejor para ti que te hagas a la idea cuanto antes de que ahora nosotros somos los amos aquí. Toledo pertenece a Castilla y tú me perteneces a mí.

La calma de Nalia empezó a evaporarse. La arrogancia de ese hombre seguía siendo insufrible, y ella ya le había aguantado bastante. Con un brusco movimiento se zafó de él y se alejó de su lado.

— Te crees con derecho sobre mí porque me entregué a ti en una ocasión. Estás equivocado, Jaime. Aquello fue solamente un encuentro fortuito que no nos ata a ninguno de los dos.

A pesar del dolor que le causaron sus palabras, Jaime intentó dominar su genio.

— Los derechos se adquieren, amor —manifestó con una seguridad que la hizo recelar—. Y yo ya me encargué hace tiempo de ganarme esos derechos sobre ti.

Los ojos de la bella mora centellearon con desconcierto.

— ¿A qué derechos te refieres?

— El rey quiso recompensarme por salvarle la vida, y yo te reclamé para mí.

Nalia se quedó atónita.

— Pero el rey no puede...

— Alfonso VI, rey de Castilla y emperador de toda España lo puede todo, y a estas alturas ya deberías saberlo. —Jaime no añadió que esa entrega tenía unas condiciones. Quería bajar a Nalia de su pedestal, que se diera cuenta de que nunca saldría victoriosa en una batalla contra él—. Desde el principio tuve que vigilarte, y tus últimas actividades me confirman que debo seguir haciéndolo. He decidido que no volverás a separarte de mí —le explicó con malévola satisfacción—. Me acompañarás a Moriel dentro de tres días. Por asuntos familiares he de pasar allí una temporada y tú estarás conmigo, vigilada en todo momento.

El furor ruborizó las mejillas de la joven árabe. Ella era libre, todos lo sabían. No era noble, pero pertenecía a la burguesía más floreciente de Toledo. Su padre era un hombre importante y rico, admirado por los comerciantes y respetado por los altos cargos de la ciudad. Ella no era una cualquiera y no permitiría que Jaime de Moriel, barón de la Lanza, la convirtiera en un juguete de diversión.

— ¡No iré contigo a ninguna parte! —gritó con genio—. Mi puesto está aquí, en Toledo, al servicio de la reina, y aquí permaneceré hasta que ella me dé su permiso para volver a Sevilla.

Fue lo peor que podía haber dicho.

Jaime notó cómo sus peores instintos se despertaban en él. duras penas pudo controlar la ira. Nalia estaba decidida a salirse con la suya, aun a costa de sus propios sentimientos hacia él. Era evidente que no le conocía lo suficiente.

— Yo impediré, con todas las armas a mi alcance y haciendo uso del poder que me confiere mi posición, que no se te conceda ese permiso.

Nalia le lanzó una mirada flamígera.

— ¿Quieres retenerme para acusarme de espía o sólo para mantenerme vigilada y tratarme como a una esclava?

— He de tener pruebas suficientes para hacer una acusación formal, y yo aún no las tengo. Sé que fuiste tú quien disparó, pero necesito más evidencias para probar tu culpabilidad.

Nalia luchó por mantener la compostura, pero no pudo evitar que la pena nublara sus ojos.

Todo había terminado. Las circunstancias estuvieron siempre en contra de ellos, y al parecer, ni el tiempo ni el amor pudieron echar en el olvido sus diferentes orígenes y los momentos adversos en los que se habían conocido.

— Muy bien. Hasta que reúnas las pruebas no tienes por qué volver a molestarme. A partir de ahora no habrá ninguna relación entre nosotros.

Muy digna, Nalia lo despidió con osadía, sin prever, una vez más, el alcance de la personalidad de Jaime de Moriel. El caballero la atravesó con una mirada letal y no le permitió moverse.

— El problema político ya está zanjado. Ahora queda la cuestión personal.

Nalia dio un respingo y lo miró con extrañeza.

— ¿A qué te refieres?

— Me refiero a nuestra relación como hombre y mujer.

— Creo que es bastante evidente que esa relación es inviable—le recordó con una nota sarcástica en su tono de voz—. Me acusas de espionaje y tú te eriges en mi carcelero. ¿Esperas que me humille ante ti con la esperanza de que algún día me perdones por ser quien soy?

— Yo no espero nada, Nalia. Ordeno y exijo —le aclaró con una sonrisa triunfal, disfrutando del poder que podía ejercer sobre ella—. A pesar de mis sospechas, sigo deseándote y no renunciaré a ti. El amor a veces obnubila la mente; afortunadamente, yo no estoy tan ciego. Serás mi amante. No pienso ser tan tonto como para dejar de disfrutar de tus encantos.

La mano de la joven mora se movió con rapidez, pero no lo suficiente como para estrellarse contra su objetivo. Una garra de hierro la detuvo a tiempo y la mantuvo aferrada mientras la fulminaba con su ardiente mirada.

— No vuelvas a intentarlo, Nalia. Si lo haces tendrás que atenerte a las consecuencias. Es inútil que te rebeles contra lo que yo decido. Por tu bien te recomiendo que aceptes tu destino.

Nalia forcejeó enérgicamente para soltarse.

— ¡Jamás me someteré a un maldito bellaco como tú! —grito desafiándolo—. ¡Nunca seré tu amante, Jaime de Moriel, nunca por propia voluntad!

— Tu voluntad no importa —le espetó él con mordacidad—. Lo quieras o no, harás lo que yo desee.

El rostro de Nalia se encendió de rabia. Estaba fuera de sí. La enorme decepción que acababa de sufrir le hizo sacar fuerzas de donde no las tenía y la movió a reaccionar con energía.

Soltándose bruscamente lo empujó dando un fuerte impulso, haciendo que Jaime perdiera el equilibrio y cayera sobre el cofre que estaba apoyado sobre la pared. Aprovechando esos segundos de desconcierto, Nalia salió corriendo de la habitación y se perdió entre los numerosos corredores de palacio.

Cuando Guzmán de Moriel conoció a Nalia de Toledo no se extrañó de la obsesión de su sobrino por ella. Era una belleza, además, culta y refinada. Si hubiera sido cristiana, él mismo se habría encargado de arreglar la boda. Desafortunadamente, no era ese el caso. Joven e impetuoso, Jaime se había enamorado perdidamente de la mujer equivocada. Era necesario alejarlo de ella y hacer que la olvidara. Una vez en casa tratarían de convencerlo de nuevo para que se casara con Mencía de Zúgel.

— ¡Gracias a Dios, la paz ha vuelto a Toledo! Creo que ha llegado el momento de viajar a casa —le sugirió una noche mientras cenaban.

Jaime esperaba este comentario; sin embargo, antes de ponerse en camino debía arreglar una cuestión muy importante.

— Las fronteras están tranquilas y los almorávides han abandonado la península —estuvo de acuerdo Jaime—. De todas formas, creo que es más prudente esperar unos días más. Quizás para principios de la semana que viene al rey no le importe conceder permisos.

— Algunos caballeros tendrán que permanecer aquí. Yo he estado hace poco en casa, así que no pediré ese permiso por ahora —dijo Tirso de Moriel.

Guzmán lo miró sorprendido.

— Creí que volverías con nosotros.

— Volveré más adelante.

Tirso, primo de Jaime, tenía sus razones para no coincidir en Moriel con Jaime. Le gustaba mucho Mencía y no le resultaría agradable verlos juntos. Él era un caballero y respetaba totalmente las reglas de la nobleza en general y las de su familia en particular.

Jaime era el heredero, el jefe de la familia y del que se esperaba que realizara el mejor matrimonio para engrandecimiento de los de Moriel. Tirso no tenía derecho a entorpecer esos arreglos; sería un agravio para todos. El problema era que a él le resultaba muy difícil esconder sus sentimientos. Había decidido alejarse de Mencía.

Quizás esa fuera la única solución para olvidarla.

Nalia había recurrido a la reina para que la ayudara. Era muy consciente de su poca influencia en la Corte y de la escasa presión que podría ejercer contra el enorme poder de Jaime de Moriel. Sólo la amistad de Constanza podría salvarla de la obcecación de ese hombre.

— Siempre procuro mantener a mis damas lejos de las redes de los caballeros de la Corte, que merodean como lobos a su alrededor. También admito que el caso de Jaime de Moriel es distinto.

Una expresión de disgusto atravesó las facciones de la joven toledana.

— Alegra esa cara, Nalia. He dicho que el caso del joven de Moriel es distinto, pero no he dicho que no podamos buscar una solución —le aclaró la soberana—. Jaime de Moriel le salvó la vida al rey y él se lo ha recompensado con tierras y un título de nobleza. Estas concesiones son las normales en esas circunstancias. Además Alfonso, por la camaradería que le une a Jaime, le concedió su más anhelado deseo, que eras tú.

Nalia ya lo sabía, y volvió a sorprenderle la petición de Jaime.

— Me decepciona que el rey se tome la libertad de quebrantar la ley —expuso con osadía, provocando, al contrario de lo que se esperaba, la sonrisa comprensiva de Constanza.

— Las cosas a veces no son lo que parecen, querida. El rey le debe mucho a la familia de Moriel y en especial a Jaime; sin embargo, no sólo te entregó para agradarle o pagarle un favor; también lo hizo pensando en ti —le explicó con una serenidad que aplacó el mal genio de Nalia—. El rey te aprecia, Nalia, y no te desea ningún mal. Quiere lo mejor para ti, igual que para el caballero de Moriel. Él intuye que existe algo profundo entre vosotros y desea daros tiempo para que vuestra relación pueda ser posible.

Sentada al lado de la reina, delante del acogedor fuego que iluminaba y calentaba la habitación, Nalia empezó a comprender el comportamiento de los reyes respecto a ella.

— Os agradezco vuestro interés, señora, y también el del rey, pero me temo que entre Jaime de Moriel y yo nunca podrá haber ningún entendimiento —expresó sintiendo un agudo dolor en el corazón—. Él no confía en mí. Sospecha continuamente de mis acciones y sigue considerándome una enemiga.

Constanza la miró con incredulidad.

— Pero Nalia, si todo el mundo comenta lo enamorado que esta ese joven de ti. Cada vez que te mira no puede disimular su embelesamiento, y siempre que estáis juntos en la misma habitación nadie existe para él excepto tú. Hay que ser ciego para no apreciar eso.

— A pesar de la atracción que siente hacia mí —admitió la joven mora—, le resulta imposible dejar de luchar contra lo que yo represento. Ese es mi problema, señora. Jaime de Moriel no me acepta como soy. Su objetivo es mantenerme como amante, como un juguete para su capricho, del que se deshará en cuanto se canse en o en cuanto llegue el momento de organizar su vida con una mujer cristiana de su mismo rango.

La reina la miró pensativa, sintiendo respeto por la inteligencia e integridad de esa mujer.

— Yo he sido educada para ser una buena esposa —continuó la joven—, y jamás me denigraré a ser lo que no deseo.

— Tú estás a mi servicio y eres una de mis damas más queridas. Nunca toleraré que seas humillada —la animó la soberana—. Me gustaría que el amor que existe entre Jaime y tú terminara en una relación seria, eso no lo voy a negar. En el caso de que fuera imposible, no permitiré que él te obligue a hacer algo que no deseas. Mis damas están a mi cargo, son mi responsabilidad y busco la felicidad para ellas.

Nalia le dedicó a la reina una dulce sonrisa de agradecimiento y le besó la mano.

— Sois una buena amiga, señora, la mejor que tengo. Con vos me siento segura y sé que impediréis que Jaime me lleve dentro de unos días a su castillo.

Constanza la miró con interés renovado.

— ¿Dices que pretende llevarte a Moriel?

— Sí, desea tenerme a su disposición en todo momento. Yo me he negado, pero él está dispuesto a reclamar al rey sus derechos respecto a mí.

Un gesto de ira se dibujó en las armónicas facciones de Constanza.

— Vuelve a tus quehaceres, Nalia. Yo he de hablar con el rey enseguida. Y no olvides que Jimena y sus hijas te esperan para empezar las clases dentro de una hora —le recordó antes de salir de la habitación.

La discusión entre los esposos reales se podía oír a través de la puerta de sus aposentos.

— ¡Maldita sea, Constanza, no puedo abusar más de la paciencia de ese joven! ¿Es que no entiendes que es uno de mis mejores caballeros si no el mejor?

— ¡Lo único que entiendo es que tu caballero de Moriel intenta abusar de la inocencia de una de mis mejores damas! —contestó con genio—. Tú eres un hombre cabal y un hombre de honor, y sabes perfectamente que Nalia de Toledo no es una mujerzuela. Es una dama y se merece un buen matrimonio. Yo la necesito, y además me agrada tenerla a mi lado, pero prefiero que la envíes de vuelta con su padre antes de que Jaime de Moriel la convierta en su amante.

Alfonso estaba indeciso y comenzó a dar vueltas por la habitación, mientras reflexionaba sobre lo que decía su mujer.

— No quiero perjudicar a esa joven y tú lo sabes. El problema es que hice una promesa y debo cumplirla.

— Puedes demorarla —insistió con empecinamiento—. En mí tienes la excusa perfecta. Yo necesito a Nalia, y también Jimena. Hoy mismo ha insistido para que Nalia empiece a enseñar francés sus hijas.

— El caballero de Moriel ya ha pedido audiencia, y después de oírte ya sé lo que va a exigir. Jaime no es un hombre cualquiera al que se le puede dar largas con evasivas. Supongo que ha aguantado porque quiere a esa joven y también desea lo mejor para ella, pero está en su derecho de reclamar lo que se le prometió.

La reina contraatacó, sin permitir que su marido tomara la decisión que ella temía.

— Estoy de acuerdo contigo en que no debes negarte —le concedió con astucia—, pero sí puedes retrasarlo.

Llegó el día de la audiencia con Jaime de Moriel y el rey temía enfurecerlo demasiado. Con otra mujer que contara con la aprobación de la familia de Moriel no se hubiera mostrado tan osado, pero sabía que ellos jamás aceptarían a una hispano-musulmana como esposa del heredero de la familia. Eso le daba un cierto margen de atrevimiento. De todas formas, no le resultaba agradable enfrentarse a la ira de Jaime, y menos ponérsele en contra.

— Si has venido a pedirme permiso para viajar con tu tío Moriel ya está concedido —se adelantó el rey—. Me gusta que mis caballeros disfruten lo más posible con la familia y no permanezcan durante mucho tiempo alejados del hogar.

Jaime recibió con agrado la buena disposición del rey.

— Gracias, señor. Espero también que en esta ocasión no haya problemas para que Nalia me acompañe. Deseo enseñarle mi hogar y...

— Entiendo lo que me pides, Jaime, y soy muy consciente del derecho que te acoge, pero ¿no podrías dejarlo para más adelante?

Jaime no podía creer que Alfonso hablara en serio.

— ¿Cómo decís, señor?

Alfonso inspiró en profundidad.

— Nalia es ahora necesaria aquí, como bien sabes. La reina no puede prescindir de ella y Jimena ha solicitado una vez más sus servicios como profesora de sus hijas. Creo sinceramente —siguió un poco vacilante— que éste es un mal momento para que te la lleves.

Jaime empezó a sentir cómo la furia le hacía temblar. Sabía que no podía desatar su ira contra el rey. De haberse tratado de otro hombre, en ese mismo momento le habría retado con gusto para hacerle cumplir lo que hacía tiempo le había prometido.

— Yo también la necesito, señor —señaló con voz glacial— quiero tenerla a mi lado el tiempo que esté en Moriel.

Alfonso conocía muy bien a Jaime de Moriel y sabía que estaba punto de estallar. Tenía que calmarlo y convencerlo. De no ser así, podrían surgir problemas serios entre ellos.

— Muy bien. Tú quieres llevarte a Nalia, y muchos aquí desean que se quede porque es necesaria. Yo creo que la solución a este problema es aceptar ambas sugerencias.

Una sombra de duda oscureció las facciones del caballero.

— No entiendo lo que intentáis decir, señor.

— Nalia se quedará aquí por ahora, y dentro de unos días convenceré a mi esposa y a Jimena para que hagan un viaje a Moriel. Sus damas principales acompañarán a la reina, naturalmente, y Nalia podrá continuar en Moriel dando las clases de francés a las hijas del Cid. Sé que tu madre y Jimena fueron muy amigas. Estoy seguro de que estarán encantadas de volver a verse.

Aun siendo una sugerencia bastante válida, digna de la astucia de Alfonso, a Jaime no acababa de convencerlo.

— Por supuesto que la reina y Jimena serían recibidas con gran alegría en Moriel, pero yo preferiría que Nalia me acompañara ahora. Yo... bueno... no deseo separarme de ella.

Alfonso sonrió comprensivo y le pasó un brazo por los hombros al joven caballero.

— Lo comprendo, muchacho, y tendrás a esa joven. Ahora, te ruego que tengas paciencia. La promesa que te hice hace tiempo, la mantengo. Sólo te pido que me concedas unos días.

Jaime quería confiar en Alfonso, siempre lo había hecho, sin embargo, le costaba rehusar a lo que le pertenecía.

— ¿Cuántos días, señor? —preguntó serio.

— No lo sé; espero que no sean muchos.

Una vez más, Jaime tuvo que aceptar la palabra del rey. Salió muy enfadado de la audiencia, maldiciendo la influencia que ejercía la reina sobre su esposo. Nalia había ganado de nuevo. De un humor tempestuoso, se juró a sí mismo que esa victoria no sería muy duradera.

23

Las diferentes actividades de la ciudad, paralizadas a causa del ataque de los almorávides, se habían reanudado con entusiasmo. Los gremios habían vuelto a abrir las puertas de sus tiendas con nuevos artículos y los mercados aparecían abarrotados de un público ávido de adquirir mercaderías y de disfrutar de la vida, después del encierro al que se habían visto sometidos por la aparición del enemigo.

La reina Constanza y Jimena también estaban deseosas de pasear por la ciudad y visitar los zocos. Acompañadas de su séquito y de un grupo de soldados, las dos damas se dirigieron hacia la Alcaicería, un mercado de lujo donde se vendían productos de primera calidad.

— Este es un buen momento para que elijáis bonitas sedas brocados —aconsejó la reina a las mujeres que la acompañaban—; he de anunciaros que el rey pretende dar un banquete para celebrar nuestra victoria sobre los almorávides.

Todas gritaron de alegría. A pesar de que las jóvenes damas se mantenían ocupadas durante el día, sin tiempo para aburrirse, ellas consideraban que las diversiones eran escasas. Cualquier banquete o festejo eran bienvenidos, pues ello implicaba estrenar nuevos trajes, disfrutar de las actuaciones de trovadores, saltimbanquis y acróbatas, y lo que era lo más atrayente, una mayor libertad para hablar y relacionarse con los caballeros.

Nalia recorrió los puestos con sus amigas, intentando disimular su tristeza para que nadie notara el gran peso que oprimía su corazón.

— Nalia, mira esta seda malva. Es preciosa y hace juego con tus ojos. ¿Por qué no te la compras? —le sugirió Leonor Enríquez mientras contemplaba con entusiasmo las telas expuestas.

— Tengo muchos vestidos; no necesito ninguno más.

La joven castellana la miró extrañada.

— Pero ¿qué te ocurre?, estás muy seria. ¿Es que no te hace ilusión adquirir algo nuevo?

— Siempre es agradable comprar algún detalle, lo que pasa es que yo... bueno, hoy no estoy de humor.

Leonor le dirigió una mirada cómplice.

— Se trata del caballero de Moriel, ¿verdad? ¿Habéis reñido?

— ¡Entre ese hombre y yo ya no existe nada! —exclamó Nalia con genio—. ¡Es un maldito cabezota, el hombre más desconfiado que me he echado a la cara!

La joven dama se acercó a ella y la tomó del brazo.

— Nalia, es normal que los enamorados riñan. Me da la impresión de que el caballero de Moriel, además de guapísimo —aseguró con una sonrisa pícara—, es un hombre muy especial. Según los rumores, está loco por ti; tendrás que tener paciencia con su vehemencia.

La reina las llamó para que la aconsejaran en la elección de una bella pieza de orfebrería. A Nalia le gustó un broche de plata finamente labrado, y Constanza optó por comprarlo. Jimena eligió una hermosa seda verde y un cinturón exquisitamente trabajado en cuero para su marido.

Rodeado de sus hombres, Jaime contemplaba con ceño fruncido el vaso de vino que el posadero acababa de traerle. Todo parecía estar en contra suya para que él no consiguiera lo que deseaba. Nalia seguía intrigando a sus espaldas, envolviendo a la reina para que ejerciera su influencia sobre su marido. Parecía mentira que una simple mora pudiera conseguir que el rey de Castilla y emperador de España, uno de los reyes más importantes de la Cristiandad, postergara sus promesas a uno de sus caballeros más poderosos. ¡Era increíble!, y peor todavía, que él tuviera que aguantarlo.

Con irritación tomó el vaso y apuró su contenido de un solo trago.

— ¡Trae otra jarra, posadero! —ordenó a gritos.

— ¿Celebramos la próxima fiesta del rey o estamos de funeral?—preguntó Sancho con sarcasmo. Los otros rieron la ocurrencia, retrocediendo a continuación ante la mirada furibunda de Jaime.

— Si no quieres beber, puedes irte —contestó Jaime, malhumorado.

Sancho inspiró con resignación, muy consciente de la paciencia que había que tener con los jóvenes enamorados.

— Yo nunca desecho una copa, joven —le recordó mientras llenaba de nuevo su vaso—. Pero me gustaría que recordaras mis enseñanzas. Mientras estés en una batalla debes concentrarte por completo en lo que haces y conservar la cabeza fría.

— Ahora no estamos en combate —contestó el caballero con desgana.

— Te equivocas; estás en plena batalla emocional, y nunca la ganarás si no reflexionas seriamente y eliges el camino que más te conviene.

Sancho siempre tan franco. Nada le atemorizaba, ni siquiera la ira de Jaime. Había sido su ayo y ahora era su guardián y su amigo. Se creía con todo el derecho a exponer siempre lo que pensaba.

Mientras Jaime y Sancho hablaban, los otros observaron con aprensión la entrada de Artal Jaranegra, acompañado de su primo Hernán y de su grupo de hombres. Jaime no los había visto. Se dio cuenta de su llegada al oír la voz de Artal.

— ¡Posadero! —gritó Jaranegra—, ¡trae dos jarras de vino. Hoy tenemos mucho que celebrar!

— ¿Te refieres a la derrota de los almorávides? —le preguntó Hernán.

— Sí, y también quiero brindar por la hermosa Nalia de Toledo, la mujer más bella de este Reino —dijo levantando su vaso al tiempo que miraba a Jaime de reojo.

Jaime apretó el vaso hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Un brillo mortal centelleó en sus ojos. Sancho se temía lo peor. Sabía que difícilmente podría retener a Jaime ante tal provocación.

— Sí, es digna de ti, primo —contestó Hernán—, pero no creo que sea fácil de conquistar. Si la dejaran escoger, estoy seguro de que selección recaería sobre algún hispano-musulmán rico y poderoso.

— Por el momento, ella se queda aquí, y yo estoy decidido tener mi oportunidad.

Jaime se levantó de un salto, haciendo que la silla cayera a su espalda. Artal también se levantó y sonrió a Jaime.

— ¡Oh, si estás aquí, de Moriel! —exclamó con ironía—, creí que ya habías partido hacia tu castillo.

— Antes creo que tendré que matarte —vaticinó Jaime con peligrosa calma mientras sacaba su espada de la vaina.

Artal hizo lo mismo. Antes de que pudieran enzarzarse, ambos jóvenes fueron detenidos por sus respectivos hombres.

— Nadie se va a pelear aquí, Jaime. Si llegaras a matarlo, el rey jamás te lo perdonaría; ya sabes lo que valora la vida de sus caballeros.

— ¡Suéltame, Sancho! ¡Ya estoy harto de soportar tus sermones!

Ni Sancho ni los demás obedecieron. Por primera vez, una orden de Jaime era desobedecida por todos sus hombres.

— Nos volveremos a encontrar, Jaranegra, y te juro por lo más sagrado que si llegas a acercarte a Nalia serás hombre muerto.

— Tus amenazas no me asustan, de Moriel, y te aseguro que ni tú ni nadie me impedirá hacer lo que me plazca.

Jaime se revolvió furioso, pero sus hombres no le dieron lo oportunidad de volver a enfrentarse al otro caballero. A rastras lo sacaron de allí y, después de coger los caballos, se dirigieron a casa de Saffah.

Estaba desesperado. En aquél lugar todo le recordaba a Nalia, rebelándose aún más por no tenerla a su lado. Durante los dos días siguientes, Jaime intentó verla sin conseguirlo.

Según le dijeron, las damas de la reina estaban muy atareadas con el nuevo atuendo que Constanza luciría en la fiesta de palacio y no salían de los aposentos reales.

El rencor del joven caballero se acentuó. Se sentía atrapado, engañado, y sin embargo deseaba verla más que nunca. Nalia tenía que saber que no se saldría con la suya. Él se lo diría antes de marchar a Moriel.

El día del banquete, Nalia y las otras damas se arreglaron temprano. La reina quería lucir sus mejores galas y necesitaba la ayuda de las jóvenes para que su atuendo y su peinado estuvieran perfectos. A los ojos de Nalia, Constanza estaba realmente majestuosa con el hermoso vestido de seda verde. El tocado, confeccionado en la misma tela, resaltaba el color nacarado de su piel, acentuando los atractivos rasgos de su rostro.

— Estáis muy guapa, señora. Seréis sin duda la dama más bella en el salón.

El halago agradó a la reina.

— Gracias, Nalia. Por el contrario, yo creo que difícilmente podría superarte cualquier mujer de este palacio —expresó con sinceridad. Nalia se ruborizó, no queriendo competir con Constanza en ningún aspecto.

— No lo creo, señora. Vuestra elegancia es innata, la lleváis dentro de vos. No creo que ninguna de nosotras os pueda igualar jamás.

— Tu dulzura y gentileza son muy agradables, querida. No me extraña que los caballeros del Reino estén revolucionados contigo. Estoy deseando ver su reacción cuando aparezcas esta noche vestida con ese magnífico traje color violeta y aderezada con ese impresionante collar de brillantes y oro blanco cayendo como una acariciadora cascada sobre tu pecho. Yo que tú, hoy no prescindiría de la bella daga con la empuñadura de piedras preciosas; es posible que puedas necesitarla —añadió dedicándole una sonrisa insinuante.

Las otras damas rieron la ocurrencia de la reina.

— Todas mis damas son excepcionales; por ese motivo intento cuidarlas con mimo — aseveró mirándolas con afecto—. Gracias por vuestra ayuda: el trabajo que habéis realizado ha sido excelente.

La aparición de la reina y de Jimena, acompañadas del grupo de damas, causó verdadero impacto en la sala. Todos los hombres, empezando por el rey, se quedaron boquiabiertos al contemplar tanta belleza. Como un ramillete de las más preciosas flores, todas ellas avanzaron detrás de Constanza y se dirigieron hacia el estrado, donde ya se encontraba Alfonso, sentado en el majestuoso sillón real, y el Cid, de pie a su lado.

Sentada Constanza al lado de su marido, las jóvenes permanecieron escoltando a su reina mientras ésta y su esposo recibían con deferencia a otros miembros de la Corte.

Majestuosa y exquisita, Nalia brillaba con luz propia. Muchos ojos se concentraban en ella, aunque ningunos tan penetrantes como los de Jaime de Moriel, que la taladraban con el fuego que despedían. Recorriendo despacio cada centímetro de su cuerpo, Jaime valoró el bello vestido, bordado con finos hilos de oro que, elegantemente ceñido a su cuerpo hasta las caderas, resaltaba cada una de sus bellas curvas. Sobre el pelo llevaba un velo muy transparente, del mismo color que el vestido, y una diadema de piedras preciosas. Llamó especialmente su atención el magnífico aderezo que adornaba su cuello. Él no conocía ese collar, lo que le provocó una cierta desazón. Reparó también en la bonita daga enjoyada apoyada en la cadera. ¿Se la habría puesto para defenderse de los posibles pretendientes, o sería una advertencia para que se mantuviera alejado de ella?

Una sonrisa cínica asomó a sus atractivos labios. "Pierdes el tiempo, cariño. Ni una daga ni todo un ejército lograrían apartarme de ti" —pensó con arrogancia.

Nalia también lo había visto. Lo había ignorado con altanería, aunque sin dejar de apreciar la elegancia de su atuendo. El color burdeos de la túnica le sentaba muy bien. Confeccionada con un tejido de calidad, se ajustaba a la cintura con un cinturón de piel con hebilla de oro. La valiosa cadena que le colgaba del cuello con el medallón de su familia, le daba más brillo a sus ojos.

Jaime de Moriel era el hombre al que ella había amado mucho, dándose cuenta demasiado tarde de que no la merecía. Ella le había entregado todo lo que una mujer puede

entregar, y sin embargo, para él no había sido suficiente. A pesar de todo, él seguía desconfiando de ella. Continuaba considerándola una enemiga, sin sentir ningún reparo en acusarla de traición. Un hombre así no era digno de ningún amor, y menos del suyo.

Los jóvenes enamorados estaban distanciados desde la terrible discusión que habían mantenido tres días antes. Eso no impidió que Jaime se dirigiera con determinación a reclamar lo que consideraba suyo.

— Buenas noches, amor. A pesar del despliegue de hermosura con el que se nos ha regalado esta noche a los hombre, tú destacas como una gema entre todas las demás.

Nalia se puso rígida al oírlo a su espalda. No lo había visto acercarse, y desde luego no había esperado que se atreviera dirigirse a ella. Con gesto incrédulo se giró y lo miró muy seria.

— ¿Es que tu osadía no tiene límites, Jaime? No quiero hablar contigo, así que, por favor, déjame en paz.

— Recuerda que debo vigilarte. —Nalia enderezó la espalda con un respingo—. Hasta que no seas completamente sincera conmigo no podré confiar en ti, y además tenemos que aclarar todavía algunos puntos respecto a nuestra relación.

— ¡Ya no existe tal relación, y...!

Artal apareció de pronto y solicitó la compañía de Nalia, interrumpiendo la turbulenta discusión que mantenían los dos jóvenes.

Jaime lo miró con odio, a punto de perder los estribos.

Nalia se movió inquieta. Conocía a Jaime y estaba segura de que no permitiría que la acompañara otro hombre que no fuera él. También conocía por referencias la soberbia y el orgullo de Artal.

Ninguno de ellos cedería, y ella se encontraba en medio de dos peligrosos fuegos.

— Vete de aquí, Jaranegra. Nalia estará solamente conmigo.

— No creo que seas tú el que lo tiene que decidir. Nalia es la que debe elegir.

Avisado por Sancho, el rey se percató enseguida de que si no detenía de inmediato la discusión entre sus dos caballeros, el final podría ser trágico. Explicó lo que sucedía a la reina y ésta decidió ayudar a su esposo.

Por medio de un lacayo, hizo llamar a Artal y le rogó que la acompañara.

— Mi esposo debe darle el brazo a Jimena y yo te he elegido a ti porque tu conversación siempre me resulta muy amena —le decía mientras hacían el recorrido hasta la mesa donde se sentarían los reyes y sus invitados principales.

Artal apreciaba a Constanza, pero esa noche hubiera preferido estar con Nalia de Toledo. Esa mujer le gustaba mucho, la deseaba con locura y él no perdería ninguna oportunidad para disfrutar de ella.

Para Nalia fue un alivio que Artal se alejara para atender a la reina. El dilema en el que ese caballero pretendía ponerla hubiera sido demasiado penoso para ella. A pesar de estar enfadada con Jaime y tener la triste sensación de que había cometido un error al haberse enamorado de él, jamás elegiría a ningún Jaranegra como acompañante. Jaime era testarudo y arrogante, pero era un hombre honorable. Saber que no se fiaba de ella la enfurecía, aunque también le proporcionaba la seguridad de que jamás haría ninguna acción deshonrosa.

— Doy por hecho que no le habrías elegido a él, Nalia. Por el bien de todos espero que nunca lo hagas —la amenazó sin ningún escrúpulo.

La joven lo miró con rencor. Alfonso siempre apoyaría a Jaime. Sería inútil dar un espectáculo rechazando su brazo. Con gesto vacilante, la joven mora apoyó su mano sobre la del caballero.

Él la miró embelesado, muy orgulloso de ser el acompañante de una mujer tan magnífica.

— No osaría desobedeceros, mi señor —puntualizó con ironía— Jamás se desafía a un carcelero.

Jaime se echó a reír.

— Todo iría mucho mejor entre nosotros si esa postura sumisa que acabas de adoptar fuera verdadera. Desgraciadamente, no es así, y eso sólo nos acarrea problemas.

— ¡No me doblegaré ante ti, Jaime. Ya deberías saberlo! —siseó con genio.

Él entrecerró los ojos en un gesto amenazante

— Ya lo veremos, amor, ya lo veremos.

Por primera vez en mucho tiempo, la cena fue realmente suculenta. Todos los asistentes pudieron disfrutar de las excelentes piernas de jabalí, patos aderezados con ricas salsas, pollos rellenos, truchas y deliciosos postres, acompañado todo ello con vino hidromiel.

— Estás comiendo poco, cariño. Me gustas como estás; no desearía que adelgazaras demasiado —le decía Jaime al oído mientras contemplaba el plato de Nalia lleno de comida.

— Tu preocupación me conmueve —contestó ella con ironía—, pero preferiría que te olvidaras de que existo.

Jaime le cogió una mano y se la llevó a los labios.

— Eso sería imposible. Nunca olvido ni descuido nada de lo que me pertenece.

De un brusco tirón se soltó de él, fulminándolo a continuación con la mirada.

Mientras escuchaba las graciosas y picantes canciones de los juglares, Nalia se olvidó momentáneamente de sus problemas. También disfrutó mucho de la actuación de los bailarines y de los malabaristas. La velada fue muy entretenida y divertida.

A pesar de que era tarde, nadie daba síntomas de cansancio, hasta que los reyes se pusieron en pie y anunciaron su retirada. partir de ahí el resto de los asistentes los siguieron.

Nalia intentó unirse al grupo de damas, pero Jaime se lo impidió reteniéndola del brazo.

— Yo te acompañaré a tu habitación.

— No es necesario que te molestes...

— ¡No discutas, Nalia, por favor!

Agotada, Nalia no se sintió con fuerzas para enfrentarse a él.

Caminando en silencio, al llegar a la puerta de su dormitorio, la joven se detuvo. Jaime la abrió y le pidió que entrara.

— Nos despediremos aquí, Jaime. Buenas noches.

— Mañana me marcho de viaje y pienso despedirme con algo más de intimidad que la que me proporciona un corredor con gente pasando continuamente —contestó enfadado.

Nalia se plantó delante de la puerta, intentando impedirle el paso.

— ¡No te permitiré el acceso. Tú y yo hemos terminado y...!

Harto de la farsa que ambos estaban viviendo últimamente, la cogió sin miramientos y se la cargó al hombro, cerrando la puerta con el pie. Con un brusco movimiento la dejó caer sobre la cama se abalanzó sobre ella, acallando con sus ávidos besos las protestas que luchaban por salir de la boca de Nalia.

Forcejeó hasta que se agotó. Jaime la tenía bien sujeta, apretándole las manos sobre la cama, a la altura de la cabeza. Nalia no quería sucumbir. Intentaba rechazar cada caricia que él le dedicaba. Desgraciadamente, a cada segundo que pasaba se le hacía más difícil resistirse a su apasionado ardor.

— No me hagas esto, Jaime. Por favor, déjame.

El caballero la besaba por todas partes, muy poco dispuesto escuchar sus ruegos.

— No renunciaré a tu dulzura, Nalia. No tengo por qué hacerlo.

El collar la molestaba. Era demasiado peso para la posición en la que estaba. A Jaime también lo detuvo la frialdad de las piedras.

En contraste con la calidez de la piel de Nalia, esa joya era como un témpano de hielo. Incorporándose un poco, sus ojos, cargados de un fulgor mortífero, pasaron del bello collar a los ojos de Nalia, los cuales lo contemplaban expectantes.

— ¿Es otro regalo de ese bastardo árabe?

— Por favor, no lo rompas; me harías daño. Yo me lo quitaré—le imploró intentando incorporarse.

Jaime no hizo ningún movimiento.

— Cuando un hombre regala a una mujer un regalo de este calibre es porque espera algo a cambio. ¿ Qué te exigió Ismail Bakr?

Nalia no tenía ganas de hablar del noble árabe. No quería contestar a las preguntas de Jaime. Teniendo en cuenta la situación tan precaria en la que se encontraba, cualquier respuesta equivocada podría enfurecerlo aún más.

— Me pidió en matrimonio, ya lo sabes.

— ¿Por qué no aceptaste?

— Tenía que entrar al servicio de la reina y además... —continuó titubeante—, te había prometido volver.

El caballero se movió con indignación, haciendo que su presión sobre las manos de Nalia fuera aún mayor.

— ¿Por ese motivo tuve que ir a buscarte y traerte a rastras?—preguntó furioso.

— Creí que ese tema había quedado zanjado. Te expliqué lo que había ocurrido y tú aceptaste mis palabras. ¿Por qué vuelves dudar?

— Porque sigues poniéndote las joyas que él te regaló, en vez de las mías.

Nalia cerró los ojos con pesar, sintiendo en lo más profundo no haber llegado a compenetrarse ni a gozar aún de la confianza del hombre que amaba.

— No es por añoranza de Ismail Bakr por lo que me he puesto este collar sino porque es muy bonito y tú... no mereces mi consideración.

A Jaime le dolió su razonamiento y le pareció demasiado atrevido.

— No ablandarás mi corazón haciéndote la mártir. No mereces ese apelativo y mi instinto me dice que eres de las mujeres que están dispuestas a todo con tal de conseguir lo que quieren. Tu padre te mimó demasiado, Nalia. No esperes encontrar en mí la misma debilidad de carácter que Saffah.

Un movimiento brusco de la joven mora lo desestabilizo momentáneamente. Enseguida recuperó la posición que la inmovilizaba.

— ¡Jamás podrías compararte con mi padre! —exclamó con genio—. Él es bondadoso, amable y comprensivo, mientras que tú eres egoísta, desconfiado y arrogante. Siento lástima por la mujer que tenga que ser tu esposa.

Una sonrisa burlona se dibujó en los atractivos labios del caballero.

— Siéntela por ti misma entonces, amor mío —contestó en un tono de voz tan bajo que Nalia no pudo comprender sus palabras.

— Estoy cansada, Jaime. He trabajado todo el día y necesito dormir. Por favor, vete.

Su tono y su mirada fueron suplicantes, pero Jaime no se inmutó.

— Quítate el collar.

La joven lo miró aturdida, sin saber cuál sería su siguiente paso. A pesar de sus dudas se incorporó y se desabrochó el lujoso aderezo. Bajo la atenta mirada de Jaime, que seguía cada uno de sus movimientos, Nalia se volvió hacia la pequeña mesita que había al lado de la cama y lo depositó con cuidado en el joyero que él mismo le había regalado tiempo atrás. Nalia siempre lo llevaba; era el recuerdo que tenía, junto con el collar y la elegante yegua, de la faceta gentil de Jaime.

Lentamente se volvió y lo miró desafiante.

— Ya puedes irte tranquilo. No volveré a ponérmelo.

— Eso ya lo sé —aseguró con insolencia mientras alargaba una mano para quitarle la diadema del pelo. Al hacerlo, el velo cayó al suelo y una hermosa cascada de sedoso cabello negro los envolvió los dos.

Nalia intentó apartarse del peligro que suponía tener a Jaime tan cerca. No lo consiguió. Él volvió a tumbarla sobre la cama acalló con rapidez sus airadas protestas. En esa ocasión Nalia no pensaba ceder, no se rendiría ante un hombre que confesaba quererla pero que no confiaba en ella. En esas condiciones, ¿qué amor, por muy profundo que fuera en un principio, lograría sobrevivir a la adversidad?

Su perseverancia y dominio empezaban a hechizarla. Jaime insistía confiado, sabiendo que el amor que los unía siempre terminaba por dominarlos a los dos.

Sin muchas contemplaciones la despojó del vestido y comenzó a acariciarla y a besarla con el ardor que sentía solamente cuando se trataba de Nalia. La joven movía la cabeza de un lado a otro tratando de esquivar sus besos, siendo muy consciente de que si Jaime lograra seducirla ella no podría reprimir su deseo por él.

Harto de su resistencia, Jaime la miró con disgusto.

— ¡Es inútil que luches contra mí, Nalia! ¡No permitiré que tú obstinación se interponga en mi camino! Mañana me marcho y ni siquiera tú me impedirás que me lleve de ti el mejor recuerdo.

— ¡Maldito bellaco...!

Jaime selló sus labios con un beso arrasador, provocando de inmediato un hormigueo en el interior de la joven. Esa sensación la debilitó, sabiendo que ya era cuestión de segundos que él se hiciera con la victoria.

Entre besos y caricias enloquecedoras, Jaime le dedicaba apasionadas palabras de amor, animándola a seguirle y a demostrarle el profundo amor que ella también sentía por él. La red del amor y el deseo era infalible y ambos lo sabían. Una vez atrapados, no había vuelta atrás, y ellos lo estaban desde que se conocían.

— Puedes estar orgulloso, Jaime. Siempre logras lo que deseas.

El joven la miró dolido. Habían compartido momentos sublimes, de entrega total, y habían culminado en una unión maravillosa el profundo amor que se tenían. A pesar de sus disputas, desconfianzas o recelos, este hecho era incuestionable, y ambos debían alegrarse por ello.

— Sólo estoy orgulloso de quererte y de que me quieras. Necesito tu confianza, Nalia, tu completa y total confianza, pero tú te empeñas en negármela —expresó con aflicción.

Nalia sintió remordimientos. Ella había intentado en una ocasión contarle lo que había sucedido en la muralla con Hernán Jaranegra, pero él la había frenado con sus insultantes palabras.

También era cierto que se sentía culpable por no hablarle de su verdadera identidad. Todavía no podía hacerlo. No ya por su seguridad, sino por él mismo. Meterlo en su secreto era ponerlo en peligro, y eso jamás lo haría.

— Nos separan muchas barreras, Jaime, y precisamente ese cúmulo de dificultades que nos rodea es el que impide que tú y yo podamos sostener una relación normal. Nuestro amor es una equivocación...

— ¡No digas eso! —exclamó enfadado—. Tengo la cabeza sobre los hombros y los pies bien asentados en la tierra, y sé que nuestro camino juntos no será fácil. Aun así lo recorreremos de la mano. Tu amor es lo más importante para mí, Nalia, el mejor tesoro que tengo y no pienso perderlo.

Nalia sintió cómo su corazón rebosaba de alegría, no pudiendo impedir que los ojos se le llenaran de lágrimas.

— ¡Oh, Jaime!, eres tan... tan dulce... —afirmó abrazándose a él—Mi corazón también te ama y siempre te pertenecerá.

Jaime la estrechó con ternura y besó delicadamente cada una de sus lágrimas. Nalia se aferró a él con desesperación, como si temiera que un nuevo golpe del destino volviera a separarlos para siempre.

Mirándola con arrobamiento, Jaime comenzó a besarla con pasión, besos que eran respondidos con la misma entrega que él exigía. En esta ocasión no tuvo que guiarla. Como dos almas gemelas y dos corazones que palpitan a la vez, ambos jóvenes siguieron el mismo ritmo que dictaba el inmenso amor que dirigía sus vidas.

Amanecía cuando Jaime salió del lecho para responder a la llamada de Sancho.

— Te traigo la ropa —dijo Sancho alargándole una serie de prendas—. No te demores, ya es hora de partir.

Jaime volvió a cerrar la puerta y comenzó a vestirse con desgana. Nalia lo miraba sonriente, con las mejillas aún arreboladas por la noche de amor.

— Me enfurece tener que irme sin ti. Los días se me harán eternos y no habrá momento que no me pregunte qué estarás haciendo—protestó Jaime, enfadado—. Por otro lado... tenemos mucho que aclarar, Nalia, y cuanto antes lo hagamos, mejor.

Nalia no podía confiarse a él aún. Lo único bueno de ese viaje era que ella tendría más margen de tiempo para solucionar el enigma que envolvía su vida.

— Yo también te echaré de menos, amor. Hasta que vuelvas viviré de los recuerdos, de los maravillosos momentos de amor que me has dedicado.

Vestido con ropas de viaje, Jaime completó su atuendo con una gruesa capa de armiño, un lujo que sólo los nobles muy ricos podían permitirse. Antes de ceñirse la espada, se acercó a la cama abrazó a Nalia.

— Si no nos encontramos antes —dijo recordando la promesa del rey de llevar a Nalia a Moriel— volveré lo antes posible a tu lado. Por favor, ten cuidado y no te separes de la protección de Constanza y Alfonso.

— Vete tranquilo; ellos cuidarán de mí.

Antes de salir, Jaime le lanzó un beso desde la puerta.

— Buen viaje, amor mío. —Nalia tenía los ojos brillantes por la sensación de pérdida que la embargaba cada vez que Jaime se alejaba de ella. Siempre tenían que despedirse cuando disfrutaban de los momentos más felices de su relación. En cambio, debido a algún acontecimiento adverso, cuando volvían a encontrarse se veían forzados a empezar de nuevo.

24

El grupo de Jaime apenas se encontró con gente durante el trayecto. El frío invierno retenía a los posibles viajeros en casa, haciendo que postergaran sus viajes hasta un poco más adentrada la primavera.

Arrebujados en sus gruesas capas, los caballeros marchaban despacio a través de la nieve que aún cubría los caminos. Apenas hablaban. El duro viaje los mantenía ateridos y ensimismados en sus propios pensamientos. Su anhelo más perentorio era llegar a casa tomar un buen guiso caliente delante de la chimenea, mientras el calor del fuego calentaba sus helados cuerpos.

— Ya falta poco. Esta noche llegaremos a Moriel —comentó Guzmán mirando a su sobrino—. Espero que cuando entres en el castillo cambies esa expresión lúgubre por otra más alegre.

La puya había sido directa, pero Jaime no se lo tomó a mal. Estaba triste y furioso por haber tenido que separarse de Nalia. También comprendía que ni su tío ni sus hombres tenían la culpa.

— Es el frío. En cuanto me encuentre en mi hogar me sentiré mucho mejor.

Su tío dudó de la veracidad de sus palabras. Sabía muy bien por qué su sobrino estaba deprimido. Esa mora aún seguía en sus pensamientos. Él y su hermano lograrían que la olvidase y se decidiera, de una vez por todas, a cumplir con su deber. Mencía de Zúgel era la mujer idónea para él y la más conveniente para toda la familia.

Tirso le lanzó a su primo una sonrisa cómplice. Si bien en un principio había pensado permanecer en Toledo el tiempo que Jaime estuviera en Moriel, al comprobar que Jaime estaba enamorado de Nalia de Toledo, siendo sus sentimientos, al parecer, mucho más profundos de lo que todos habían pensado, decidió volver a Moriel con su familia y ser testigo de la decisión de Jaime respecto a Mencía. Sus esperanzas habían vuelto a renacer. Mencía estaba fuera de su corazón y si Jaime no había cambiado en esos años, no tardaría en decirle a su familia y a la misma Mencía lo que realmente sentía. Jaime no era hombre de disimulos.

Entraba dentro de lo posible que la responsabilidad que animaba todas sus acciones debilitara en cierta medida su decisión y removiera su conciencia, pero Tirso conocía la fuerza del amor; él mismo era esclavo de ese sentimiento, y dudaba que Jaime renunciara a lo que realmente le hacía feliz por acumular más tierras y riquezas.

Varias horas después, cuando ya empezaba a anochecer, el grupo formado por Guzmán, Tirso, Jaime y sus caballeros, entraban en el patio de armas del castillo de Moriel. Hombres con antorchas los saludaron y les iluminaron el camino hasta la puerta. Allí fueron cariñosamente recibidos por los padres de Jaime y el resto de la familia.

— Gracias a Dios que habéis llegado bien —exclamó Guiomar abrazando a su hijo—. Entrad, necesitáis calentaros.

Aferrada al brazo de su hijo, Guiomar los guió hasta el salón, donde ya se había dispuesto una mesa llena de variados platos y el mejor vino que tenían.

— Estaréis helados y hambrientos. Por favor, calentaos al fuego y luego cenad —les ofreció Guiomar con la dulzura y amabilidad que la caracterizaban.

Jaime le dio un beso de agradecimiento.

— Eres maravillosa, madre. Piensas en todo. No sé qué sería de este castillo sin ti.

— Y que lo digas, hijo —estuvo de acuerdo su padre—. Tu madres es la auténtica reina de este lugar. Lo dirige a la perfección, recordándonos continuamente que su mano es de hierro, aunque... envuelta en guante de seda.

Jaime se echó a reír, envidiando la felicidad que disfrutaban sus padres después de tantos años casados. Él quería esa misma felicidad en su hogar, y sabía que sólo la conseguiría al lado de Nalia.

— Te has perdido una batalla triunfal, hermano —vociferó Guzmán—, aunque bien es cierto que ni siquiera entramos en combate.

— No hizo falta —intervino Sancho—. Las defensas estaban tan bien organizadas que, después de estar más de un mes atacándonos por todas partes, el enemigo decidió que no había manera de entrar en Toledo.

— Enseguida nos llegaron las buenas noticias —contestó Pedro de Moriel—. Después de la angustia vino el alivio.

— Pasamos unos días terribles —añadió Guiomar—, temerosos de que los almorávides lograran entrar en Toledo y lo arrasaran todo. Hubiera sido un desastre, y las pérdidas de vidas... no lo quiero ni pensar.

Guzmán le pasó un brazo por el hombro a su cuñada para consolarla.

— Todos confiábamos en la victoria y así fue. Gracias a Dios las bajas fueron mínimas y los caballeros heridos muy pocos.

Jaime recordó en esos momentos lo que había ocurrido con Nalia por ese motivo. Ese era un tema pendiente entre ellos. No quiso insistir en su último encuentro. Tarde o temprano, ella tendría que explicarse con claridad.

Cuando llegó la hora de sentarse a la mesa, Mencía, muy bella, hizo su aparición. Jaime la saludó con amabilidad, al igual que todos los demás, especialmente Tirso.

— Celebro que estés bien, Jaime. Hemos estado muy preocupados por vosotros.

— Toledo estaba bien protegida. Los almorávides fueron rechazados con eficacia. ¿Y tú qué tal te encuentras?

— Bien. Todos se portan maravillosamente conmigo, aunque yo... tenía ganas de que volvierais. —Habló en plural, pero su cálida mirada, dirigida a Jaime, denotaba un significado muy particular.

Guiomar reclamó a su hijo a su derecha, y a su izquierda colocó a Mencía. Ella era partidaria del amor entre los jóvenes, por ese motivo ponía todo su empeño para que Jaime y Mencía se enamoraran. Aun conociendo el beneficio que reportaban a las familias las buenas alianzas, también había visto la infelicidad en muchos matrimonios de conveniencia. Guiomar no quería eso para sus hijos.

Convencido de que Jaime no quería a Mencía, Tirso inició su asedio sentándose al lado de la joven. Los dos hablaron distendidamente a lo largo de la cena, lo que permitió a Jaime charlar más con su madre. Después de cenar, toda la familia se retiró. Ya era tarde, y los viajeros estaban muy cansados.

Al día siguiente, cuando Jaime bajó a desayunar, Mencía lo estaba esperando en el salón. Muy solícita, le sirvió el desayuno intentó entablar una conversación amena. Quería que Jaime olvidara el altercado que había tenido lugar entre ellos la última vez que estuvo en Moriel. Demasiado tarde descubrió que ese no era el camino para conquistar el corazón del guerrero y decidió rectificar tiempo. A todos los hombres les gustaban las mujeres dulces y atentas, y lo que más les atraía era tomar la iniciativa con respecto a una mujer. Les gustaba ser los conquistadores, los que elegían. Despreciaban a la mujer que los agobiaba o los obligaba con triquiñuelas a dar un paso que ellos no deseaban dar.

Decidió cambiar de táctica radicalmente, con la convicción de que Jaime, en esa ocasión, difícilmente se resistiría a sus encantos.

— Gracias, Mencía, eres muy amable.

— Bueno... quería decirte que estoy muy contenta de que estés aquí. Me gustaría que fuéramos amigos y disfrutáramos de este bello lugar juntos.

Jaime se temía lo peor. Mencía empezaba de nuevo su acoso y él no había venido a Moriel para perder el tiempo.

— Mencía, es importante que comprendas que mi amistad es lo único...

— ¡Pero cariño, si ya estás desayunando...! —exclamó su madre entrando en el salón.

— Mencía ha sido tan amable de prepararme el desayuno.

Guiomar sonrió complacida.

— Muchas gracias, querida, eres un tesoro, y no sabes lo contentos que estamos todos de que vivas con nosotros. ¿Verdad, Jaime?

El joven miró a Mencía y asintió.

— Desde luego.

Jaime no estuvo muy efusivo, y la primera en notarlo fue Mencía. A pesar de la frialdad del caballero, no se desanimó. Se había propuesto enamorarlo, pues deseaba a toda costa un matrimonio por amor. Ya había tenido que soportar uno de conveniencia y no le había resultado nada gratificante.

Con amables palabras, el caballero se deshizo de las dos mujeres y se dirigió hacia el establo. Sus hombres estaban allí. Antes de que se iniciara el entrenamiento diario darían un paseo a caballo.

Jaime oyó el relincho de "Conquistador". El animal olió a su amo, igual que olía a Nalia cada vez que ella se acercaba.

— El corcel está impaciente —comentó Álvaro—. Ya ha descansado y quiere hacer ejercicio.

Jaime le acarició el cuello, recordando nostálgicamente a la persona que se lo había regalado. "Conquistador" era un caballo magnífico, de fina estampa árabe y con el mismo porte exquisito rebelde que su antigua dueña.

A pesar de que Guiomar insistía en que su hijo descansara y disfrutara tranquilamente de su hogar, Jaime ayudaba a su padre en muchas de sus tareas. Conocía muy bien el movimiento de un castillo y sabía que cualquier ayuda siempre era bienvenida.

Mencía se sintió decepcionada por esta decisión, así como también Guiomar, que veía cómo su hijo prefería la compañía de su familia y de sus hombres antes que la de la joven viuda. Este comportamiento la convenció de que Jaime no tenía ningún interés por Mencía, y lo que era peor: no se preocupaba en disimularlo.

Al comprobar que la actitud de su primo era la que él había esperado, Tirso decidió empezar su cortejo en serio. Pese a que a la llegada de Jaime había visto a Mencía esperanzada de empezar una relación con su primo, ahora la encontraba cada día más desilusionada. Jaime le hablaba con cortesía, tratándola solamente como a una pariente más.

Jaime se encontraba en su dormitorio, sentado delante de la chimenea afilando la hoja de su espada, cuando alguien llamó a su puerta.

— Adelante.

Tirso entró y saludó a su primo.

— Ya sé que es tarde —se disculpó el joven—, pero tenía que hablar contigo a solas.

Jaime lo miró extrañado, ignorando por completo los sentimientos de su primo.

— Muy bien. Toma asiento.

— Sé que tú eres muy directo, Jaime, así que no voy a andarme con rodeos —le espetó nada más sentarse—. Me gustaría saber cuáles son tus intenciones con respecto a Mencía.

Jaime lanzó una carcajada.

— ¡Vive Dios que tú tampoco te andas por las ramas, primo! Eso me gusta, demuestra la lealtad que siempre nos ha caracterizada a los de Moriel. ¿Me equivoco si pienso que lo preguntas porque tú sí estás interesado en ella?

Tirso también se echó a reír.

— Muy listo, primo, pero me gustaría que me contaras con franqueza cuáles son tus planes para el futuro. Dependiendo de ello yo cortejaré a Mencía o no. Tú eres el heredero, el futuro jefe de la familia, y sabes que ninguno de nosotros osaría traicionarte en ningún sentido. Lo que es bueno para ti es bueno para todos, y yo siempre respetaré tu decisión.

Jaime estaba encantado. La fortuna le sonreía. Si su primo lograba conquistar a Mencía, su problema de solidaridad con la familia quedaría zanjado. De lo que se trataba era de prestigiar el nombre de la familia con una buena alianza, que el patrimonio y la fortuna de Mencía aumentaran el poder de los de Moriel, ahuyentando así a sus enemigos.

— Mencía me parece, además de bella, una mujer con muchas cualidades. La considero una esposa muy digna para un buen caballero, pero yo no estoy enamorado de ella —confesó con sinceridad—. Hace un tiempo pude haberme planteado un matrimonio de conveniencia; ahora sería imposible. He comprobado que sólo seré feliz casándome con la mujer que amo.

Los ojos de Tirso brillaban de excitación. Tenía el campo libre, y haría lo imposible por conquistar a la mujer que quería.

— Entonces, ¿no te importa que corteje a Mencía?

— Al contrario, deseo que lo hagas. Es muy importante para todos nosotros que Mencía de Zúgel entre a formar parte de nuestra familia. Si consigues que te acepte como esposo, todos te estaremos agradecidos.

Horas después, acurrucado bajo las cálidas mantas de piel, Jaime recordó con satisfacción la expresión de felicidad del rostro de su primo cuando él le había dado permiso para casarse con Mencía. La misma felicidad que lo envolvía a él cada vez que pensaba en Nalia.

Nalia... ¡cómo la añoraba...!

Guiomar lo intentó todo para unir a la pareja, sin conseguir ningún avance. La joven viuda sí estaba interesada en su hijo, pero Jaime no parecía reparar en sus insinuaciones o simplemente le eran indiferentes.

Una mañana que Jaime se disponía a cabalgar, vio a lo lejos la figura de su madre que le hacía señas con la mano. Se detuvo en su camino hacia el portón del castillo y esperó a que ella se aproximara.

— Hace un día espléndido —dijo ella levantando la cabeza para mirarlo—. ¿Te importa que te acompañe?

Él la miró extrañado. No era frecuente que su madre saliera a dar un paseo tan temprano.

— Por supuesto, madre. Tu compañía será muy reconfortante.

Jaime llamó a uno de los mozos del establo y le ordenó que ensillara un caballo para su madre.

La ayudó a sentarse sobre la montura y le colocó adecuadamente la capa de piel que la envolvía. Estaban casi en primavera y los días eran más cálidos, pero a primera hora de la mañana las prendas de abrigo eran aún necesarias.

Jaime dirigió los caballos hacia el sendero que desembocaba en un bello valle. Sabía que a su madre le gustaba ese paisaje.

— Me gusta recorrer los campos en primavera —comentó Guiomar—. Los árboles empiezan a llenarse de brotes y las flores pintan de color el sombrío paisaje invernal. Me gusta que estés aquí, cariño—dijo mirándole con amor maternal—. Tu padre y yo os echamos mucho de menos y siempre agradecemos la grata presencia de tu tío y de Mencía.

— Sé que es ingrato que los hijos se vayan. Espero que, a partir de ahora, pueda volver con más frecuencia.

Su madre lo miró ilusionada.

— ¿Tienes planes de boda, hijo?

Aunque había pensado ser más sutil, su ansiedad la hizo precipitarse. Jaime le sonrió con dulzura. Al parecer su madre no cedía. Quería verlo casado cuanto antes y sentía verdadera necesidad por conocer sus intenciones.

— Sí.

La escueta respuesta la desconcertó momentáneamente, pero enseguida se recuperó del impacto. Lo que ella no sabía era que se había equivocado por completo en sus deducciones.

— Siempre he admirado tu inteligencia y tu sentido de la responsabilidad. Mencía es la mujer perfecta para ti, y...

— No es Mencía de Zúgel la mujer con la que pienso casarme.

Aun sabiendo que su aclaración había sido un tanto brusca, Jaime no tenía intención de andarse con rodeos. Su madre tiró de las riendas para detener al caballo y miró a su hijo con ojos desorbitados.

— ¿Cómo has dicho?

— Has oído bien, madre. Estoy enamorado de una mujer de Toledo. Es musulmana, maravillosa y muy bella. Deseo pasar el resto de mi vida a su lado.

Guiomar estaba tan impresionada que, momentáneamente, se quedó sin habla. Habían oído rumores acerca del romance que mantenía Jaime con la bella mora, pero no le habían dado importancia. Le conocían y sabían que sólo se trataría de una aventura. Un hombre como él jamás cometería un error semejante.

— ¡No puedo creer que estés hablando en serio!

— Comprendo tu sorpresa, madre —continuó él con calma— Tampoco yo hubiera creído jamás que esto llegara a ocurrir. De hecho, cuando conocí a Nalia pensé en mantener con ella tan sólo una aventura pasajera. Para mi sorpresa, no ha sido así. Ambos estamos enamorados, nos amamos profundamente —aseguró sin vacilar—, y yo he comprobado que mi vida sin ella no tiene ningún sentido.

— ¡Pero es una mora, una infiel...!

— Ahora es una mujer castellana, y lo único que la diferencia de nosotros es que pertenece a otra religión.

— ¡Son nuestros enemigos!

— Ya no. No olvides que la taifa de Toledo nos pertenece, Alfonso está muy interesado en que sus habitantes vivan en armonía.

Su madre dio un respingo, enfadada.

— ¡Sí, pero no hasta el extremo de que tengamos que casarnos con ellos!

Jaime la miró con gesto benevolente.

— Por supuesto que no, madre; el rey es demasiado respetuoso como para presionar a la gente. Yo he elegido libremente, y ni siquiera sé aún si Nalia me aceptaría por esposo.

A pesar del frío, Guiomar se sintió de pronto sofocada. Necesitaba dar un paseo.

— ¿Me ayudas a desmontar, por favor? —le pidió a su hijo.

Andando delante de él, la bella dama intentaba ordenar sus pensamientos y pensar con lógica. Acababa de recibir un golpe inesperado y necesitaba tiempo para asimilarlo.

— ¿Quieres decir que todavía no la has pedido en matrimonio?

— No.

Un fulgor de esperanza brilló en los bonitos ojos verdes de la dama, iguales a los de su hijo.

— Entonces todavía estás a tiempo de rectificar tu decisión. Piensa en tu posición, Jaime, en tu apellido y en tu puesto en la Corte. ¿No te das cuenta de que podrías arruinar tu reputación y el prestigio de toda la familia con esa boda?

— Nuestro prestigio, ganado con mucho esfuerzo, está lo suficientemente consolidado como para no verse deteriorado por una boda. De todas formas es mi intención convencer a Nalia de que se convierta al Cristianismo. Nuestra religión es la verdadera y yo deseo que ella esté unida a mí en todos los sentidos.

A pesar de su disgusto, esta última intención de su hijo la tranquilizó. Guiomar era la primera que quería un matrimonio por amor para sus hijos. Aunque generalizado, pensaba que las alianzas pactadas eran una triste alternativa.

Su padre y sus tíos no fueron tan comprensivos. Una noche, los muros del castillo temblaban por la exaltada discusión que mantenían los miembros varones de Moriel. Jaime intentaba ser comprensivo. Comprobó con pesar que era muy difícil no irritarse al escuchar las duras palabras de los mayores. Conocía perfectamente sus argumentos y sus razones: él se los había planteado muchas veces antes de adoptar la decisión de tomar a Nalia por esposa.

También sabía a lo que se exponía: al rechazo de mucha gente que siempre consideraría a Nalia una enemiga. Él aún tenía dudas que aclarar con Nalia a este respecto, aunque su corazón le decía que ella le era leal y no le causaría nunca ningún mal.

Al día siguiente de la disputa, todos los habitantes del castillo cuchicheaban acerca del próximo matrimonio de Jaime. Mencía no tardó en enterarse, comprendiendo en esos momentos con disgusto la frialdad de Jaime hacia ella. Su corazón sufrió un doloroso revés con la noticia. A pesar de la indiferencia del caballero, ella siempre había tenido esperanzas de conquistarlo. Si bien conocía los rumores, había cometido el error de subestimar la fuerza del amor.

Mujer práctica e inteligente, al cabo de unos días, Mencía había decidido olvidar el incidente. Ella era una mujer valiosa en muchos sentidos y se merecía un hombre que la quisiera de verdad. Decidida no perder más tiempo, comenzó a considerar el cortejo de Tirso de Moriel, un hombre apuesto, valiente y muy interesado en conseguir su amor.

Jaime notó enseguida el cambio en la muchacha y lo aplaudió. Le gustaban las mujeres decididas, y Mencía de Zúgel estaba demostrando su fortaleza con una dignidad que le admiraba.

— Es encomiable tu comportamiento, Mencía —le dijo una noche mientras disfrutaban del calor del fuego—. Me hubiera gustado que te enteraras por mí, pero en este castillo no hay secretos.

Ella le dedicó una benevolente sonrisa.

— Saber la verdad me dolió mucho. Ahora, lo agradezco. Yo quiero un matrimonio por amor. Ya tuve uno de conveniencia, aunque no me fue mal, prefiero compartir mi vida con un hombre que corresponda a mi amor —confesó con franqueza—. Creí que ese hombre podrías ser tú, pero me equivoqué. Desde un principio tenía que haber intuido que no estábamos hechos el uno para el otro. Tú nunca me mentiste ni me hiciste creer lo que no sentías. Fue mi culpa no captar en toda su dimensión tu sinceridad —reconoció con humildad—. Te deseo lo mejor, Jaime, y sea quien sea la mujer de la que estás enamorado, espero que con ella encuentres la felicidad.

Jaime la miró agradecido.

— Yo también espero que encuentres al hombre que te merezca.

A pesar de que el tema de su próxima boda con la mora continuaba de boca en boca, Jaime notó cómo los ánimos se aplacaban con el paso del tiempo.

Su madre parecía haberse olvidado de ello y lo trataba como siempre. Su padre y sus tíos se mostraban más huraños, pero conforme pasaban los días, su actitud hacia él se fue suavizando, sobre todo al enterarse de que Nalia también dispondría de una considerable fortuna cuando se casara.

Jaime se alegró enormemente de este cambio; le dolía disgustar a su familia, y siempre procuraba que la armonía reinara entre ellos. Su elección de esposa los había defraudado. Él, sin embargo, estaba seguro de que en cuanto conocieran a Nalia la apreciarían.

— Parece que has salido bien parado de este trance, muchacho—le dijo un día Sancho mientras entrenaban con la espada—. Jamás pensé que tu padre y tu tío te perdonaran esta afrenta.

— Son personas razonables...

— ... y también conocen tu carácter y tu determinación—apostilló el caballero con una carcajada, lo que le valió un empellón de la espada de Jaime.

— ¿Es que quieres acabar ya con este pobre viejo? —protestó Sancho.

Los otros caballeros rieron a carcajadas mientras continuaban con el entrenamiento.

— ¿Viejo?, ¡ja! Ni todo el ejército de Yusuf podría contigo.

Entre bromas y risas los caballeros terminaron sus ejercicios se reunieron en el salón. Mientras disfrutaban del sabroso vino que había sido dispuesto sobre la mesa, Jaime les comunicó que al día siguiente regresarían a Toledo. Las noticias que había recibido de la Corte le indicaban que la llegada de la reina a Moriel se retrasaría.

Jaime estaba impaciente por hablar con Nalia y no esperaría más tiempo.

— El rey nos habría llamado si nos necesitara, así que no es preciso que vengáis todos. Mi intención es ver a Nalia y recibir instrucciones de Alfonso.

Sancho, Lope y Alonso serían los acompañantes en esta ocasión. Los demás se quedarían en el castillo. Siempre que se pudiera era aconsejable dejar allí cuantos más hombres mejor.

25

Las alegres voces de las jóvenes damas que jugaban bromeaban en el jardín hicieron sonreír a la reina Constanza. Todas ellas eran muchachas nobles y muy bien educadas, preparadas ya para ser dignas esposas de nobles caballeros.

Nalia de Toledo, que permanecía a su lado explicándole los entresijos de un complicado bordado, era la que tenía un futuro más inseguro. Por su condición de plebeya y musulmana difícilmente podría ser solicitada por un caballero cristiano. Por su belleza, educación y cultura era merecedora de la más alta consideración. Era su origen el que alejaría a los pretendientes.

Constanza conocía y aprobaba los amores entre Nalia y el caballero de Moriel, pero hasta no saber las verdaderas intenciones del caballero, protegería a su dama por encima de todo. Ella era mujer antes que reina y comprendía perfectamente cada uno de los problemas y preocupaciones de su damas. Apreciaba mucho a Nalia y la consideraba una persona muy valiosa. No permitiría que ningún caballero le hiciera daño.

La joven mora añoraba dolorosamente la ausencia de Jaime de Moriel. Su amor por él era cada día más profundo, habiéndose cerciorado desde hacía tiempo que jamás podría querer a ningún otro hombre como lo quería a él.

El cortejo de Artal Jaranegra era constante, lo que le producía desasosiego e irritación. Siguiendo los consejos del Cid, no se enfrentaba abiertamente a él para no descubrirse. Rodrigo le había prometido ayudarla y ella confiaba por completo en él.

Acompañada por sus damas y por Jimena, la reina salió del comedor y se sentó delante de la chimenea para continuar un rato más la charla antes de retirarse.

— Mis hijas están muy contentas contigo, Nalia, y yo también. Me gusta tu método para enseñarles francés.

— Gracias, señora. Adoro a los niños, y sus hijas son encantadoras.

— También pueden practicar conmigo, Jimena —se ofreció Constanza—. Cuando quieran pueden venir a charlar en francés con Nalia y conmigo.

— Sois muy amable, señora —contestó Jimena, agradecida.

Los hombres comenzaron a entrar en el salón, y Artal Jaranegra no tardó en acercarse a Nalia.

— Ya casi está terminando la temporada de la buena caza, señora —dijo Artal dirigiéndose a la reina— y en mis tierras suele haber unas piezas magníficas. ¿Os gustaría pasar unos días en mi castillo y practicarla? Mi familia estaría encantada de recibiros a vos y vuestro séquito —terminó, volviendo sus ojos hacia Nalia.

Constanza lo miró con interés. Le gustaba la caza y también la cetrería. No estaría nada mal salir durante una temporada de Toledo y viajar un poco.

— Primero tendréis que pedir permiso al rey.

— Ya lo he hecho, señora, y le ha parecido muy buena idea. Considera que un cambio de aires os vendría bien.

Un rictus divertido se reflejó en la expresión de la reina. Su marido parecía conocerla mejor de lo que ella creía.

— ¿Qué os parece, Jimena? ¿Me acompañaríais? Para mí sería mucho más grato contar con vuestra presencia.

Jimena se había hecho amiga de Constanza y le gustaba acompañarla, pero antes debía contar con el permiso de su marido.

— Sería un placer viajar con vos, señora. Esta noche lo hablaré con mi esposo.

— Por supuesto, querida.

A Rodrigo no le hizo mucha gracia que su mujer se metiera en las tierras de los Jaranegra. Nunca le había gustado Bernardo Jaranegra. Siempre había sido un intrigante, considerándolo culpable de las desgracias ocurridas a algunos de sus amigos. A pesar de su rechazo por la idea, no pudo oponerse. Constanza deseaba la compañía de Jimena y él no debilitaría el frágil lazo que le había unido de nuevo al rey de Castilla.

Las jóvenes damas saltaban de alegría. Cualquier cambio que las sacara de la rutina diaria suponía para ellas nuevas diversiones.

Nalia fue la única que no expresó regocijo, siendo Artal el primero en notarlo. Al conocer el motivo del poco entusiasmo de la bella mora, un reflejo de furor atravesó sus facciones.

Constanza notó lo que ocurría y se dirigió a Nalia.

— ¿No te hace ilusión viajar, Nalia?

— Haré lo que vos deseéis, señora.

La reina le sonrió con ternura.

— No es eso lo que te he preguntado, Nalia. No es necesario que me acompañen todas mis damas. Si tú prefieres quedarte por algún motivo, te ruego que me lo digas con confianza.

Nalia miró a la soberana, vacilante. Ese no era el lugar para desvelar sus razones para quedarse.

— Bueno... yo no soy muy aficionada a la caza. Si algunas de vuestras damas mayores no os acompañan, yo preferiría quedarme con ellas.

La negativa de Nalia fue para Artal como un golpe en pleno rostro. Su orgullo acababa de ser pisoteado, y eso era más de lo que estaba dispuesto a soportar. Nalia se quedaba para esperar a Jaime de Moriel. Él le cambiaría radicalmente esa idea.

Al día siguiente abordó a Nalia en la primera ocasión que tuvo. Sabía perfectamente su horario. La esperó en el pasillo que daba las habitaciones del Cid. En cuanto Nalia salió de los aposentos de las hijas de Rodrigo para dirigirse al saloncito de la reina, se encontró con él y no pudo zafarse de su compañía.

Artal la miró muy serio, todavía enfadado por su negativa viajar a sus tierras.

— ¿Por qué no quieres acompañar a la reina?

— No te importan mis razones.

Artal la tomó del brazo antes de que Nalia se girara para marcharse.

— Sí me importan, aunque no hace falta que me las expliques: las conozco muy bien. Esperas a Jaime de Moriel, ¿verdad? ¿Es que él te prometió que volvería? —Una carcajada siniestra retumbó en el pasillo—. Esperarás en vano, amor, porque él está en estos momentos en Moriel preparando su boda —le informó con maldad—. ¿Nunca te contó que su futura esposa, Mencía de Zúgel, ya vive con los de Moriel en su castillo? —Hizo una pausa en su explicación para observar la reacción de la joven—. Veo que no, de otro modo no te habrías puesto tan pálida.

Nalia se sintió débil, segura de que se desmayaría de un momento a otro. Artal la sujetó con fuerza y la apoyó contra la pared.

— No te creo, estás mintiendo —dijo en un susurro—. Jaime me lo habría contado.

— Lo que te estoy diciendo es verdad. A pesar de mi rivalidad con Jaime de Moriel, sería una estupidez por mi parte contarte una mentira sin ninguna base. —La agitación de Nalia lo animó a proseguir. Quizás esa fuera su mejor oportunidad para apoderarse de Nalia—. Mencía de Zúgel es una rica y joven viuda, pariente de un tío de Jaime. También es bella y educada, la mujer ideal para cualquier noble —continuó mientras observaba el aturdimiento que se reflejaba en el rostro de la joven—. Ningún noble dejaría irse un partido semejante, y por ese motivo los de Moriel se apresuraron invitarla a residir con ellos. Jaime es el heredero de la familia y ha sido el elegido para que se case con Mencía.

Nalia siempre había sabido que esta posibilidad existía. Lo que Artal le estaba contando es lo que ocurría normalmente entre los nobles. No tendría que sorprenderla esta noticia. Sin embargo, le había destrozado el corazón. El amor jugaba malas pasadas.

Obnubilada por la pasión que Jaime y ella sentían, había olvidado pensar con coherencia y se había dejado llevar por la fantasía. La cruda realidad se exponía ahora claramente ante sus ojos, una realidad que Jaime, muy convenientemente, le había ocultado.

Reponiéndose del golpe con dignidad, Nalia enderezó la espalda y se soltó de la mano de Artal.

— Gracias por tu información, Artal. Buenas noches.

Las lágrimas corrían por su rostro cuando enfiló sus paso hacia los aposentos de su amiga Leonor Enríquez.

— ¿Pero qué te ocurre? —le preguntó Leonor, alarmada—. ¿Poe qué lloras?

Nalia entró en la habitación, se limpió las lágrimas y preguntó directamente.

— ¿Sabías que Jaime estaba prometido con Mencía de Zúgel, una joven heredera? Por favor, dime la verdad, Leonor, no podría soportar más mentiras.

Un rubor de azoramiento tiñó las mejillas de la joven dama. No quería hacer sufrir a Nalia. También sabía que no podía mentirle.

— Es un rumor muy extendido —confesó con una cierta vacilación—, pero yo no lo tendría en cuenta. Supongo que si Jaime no te ha hablado de ello es porque no es verdad —añadió en defensa del caballero.

— ¿Conoces a Mencía de Zúgel?

— No. Creo que fue dama de la reina antes de casarse la primera vez. Yo aún no estaba en la Corte.

Nalia se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

— Gracias por tu sinceridad, Leonor. Eres una buena amiga.

Al día siguiente se iniciaron los preparativos para el viaje. Nalia de Toledo formaría parte del séquito.

Mientras Nalia y Leonor terminaban de ordenar los trajes para meterlos en los cofres de la reina, la joven mora se dirigió Constanza.

— ¿Podría hablar con vos unos minutos a solas?

Constanza asintió y ambas entraron en la habitación contigua.

— Me alegra que nos acompañes en el viaje, Nalia. Ya sabes que tu compañía me es muy grata.

— Gracias, señora, pero he de ser sincera con vos y contaros mis razones.

La reina escuchó atenta el relato de Nalia. Lo sentía enormemente por su dama; no obstante, lo que Jaime de Moriel iba hacer era lo normal. Lo único reprochable era que se lo hubiera ocultado a Nalia.

— No critico su decisión. Por su familia es lo que debe hacer—admitió la joven mora a pesar de lo herida tan dolorosa que le había causado la noticia—. Lo que quiero pediros es que en cuanto termine este viaje, permitáis que vuelva con mi familia a Sevilla. Creo que allí es el único lugar donde podré encontrar un futuro digno.

Constanza la abrazó con afecto.

— Lo que me pides es muy justo, querida, y así será. Comprendo tu decisión, a pesar de lo mucho que te echaré de menos. En cuanto volvamos hablaré con el rey y organizaremos tu viaje a Sevilla.

La comitiva se adentró despacio en las tierras de León. A la cabeza del grupo iba Artal, seguido de otros caballeros, la reina y su séquito, rodeadas de soldados, el voluminoso equipaje, cuidadosamente resguardado en carretas, y otro grupo de soldados.

La marcha era lenta, pero las jornadas fueron cuidadosamente estudiadas para que la reina durmiera todas las noches bajo techo, ya fuera en castillos o en casonas más modestas.

A pesar del bello paisaje que ofrecía la temprana primavera, Nalia no reparaba en nada que no fuera su amarga desilusión. Disimulaba su tristeza con ficticias sonrisas, completamente exentas de alegría.

Artal la acompañaba con frecuencia, ante las risitas de las otras damas.

— ¿Qué les das, Nalia? —le preguntó un día Leonor de broma, tratando de dibujar una sonrisa en su rostro—. Terminas con uno y ya tienes a otro en la puerta. No te aflijas, querida. Ya ves que no merece la pena.

Esa noche durmieron en una casa modesta. Sólo había sitio para la reina y sus damas; los hombres tuvieron que levantar un campamento y dormir en tiendas.

Nalia, Leonor y otras damas compartieron la habitación, y al verlas dejar sus vestidos cuidadosamente en los cofres, a Nalia se le ocurrió una idea.

— Leonor ¿te importaría dejarme mañana uno de tus vestidos? — le comentó muy bajito para no despertar a las otras.

— Por supuesto, pero ¿para qué?, los tuyo son mucho más suntuosos y te sientan de maravilla.

— Mientras esté en Castilla quiero estar en igualdad de condiciones que el resto de las mujeres. Al parecer tiento más a los hombres vestida como una mora; soy como un ave del paraíso para ellos y ya estoy harta. A partir de ahora seré una más. No quiero que ninguno de ellos se me acerque.

Leonor se echó a reír.

— ¿Y crees que lo conseguirás con sólo cambiarte de atuendo? Vamos, Nalia, no seas inocente. Eres la más bella de todas nosotras, y te pongas lo que te pongas atraerás a todos los varones que se crucen en tu camino.

— Seré una más. Quiero pasar desapercibida.

Todos notaron el cambio.

— Tus hermosos e insinuantes trajes te favorecen más —le comentó la reina cuando la vio—. Tampoco puedo negar que así también estás muy guapa.

Constanza estaba rodeada de gente y Nalia no quiso darle explicaciones en ese momento.

Artal la miró sorprendido. El cambio no le agradaba.

Disfrutaba más de la exquisitez de Nalia con la otra vestimenta. La ropa más libre y vaporosa de las mujeres árabes resultaba más atrayente a los ojos de un hombre.

— ¿Intentas convertirte en una mujer castellana?

— Si estoy en Castilla es normal que vista igual que sus mujeres.

— ¿Y hasta ahora no se te había ocurrido? —preguntó con malicia.

— Hasta hace muy poco Toledo era árabe. Allí me siento en casa y visto como siempre lo he hecho. Aquí es distinto.

— No olvides que ahora Toledo pertenece a Castilla.

Nalia levantó una ceja con desdén.

— Desde un principio me lo han recordado con insistencia. Afortunadamente, los árabes que aún residimos allí, todavía conservamos nuestras costumbres.

Artal se echó a reír. Nalia de Toledo era única, el tipo de mujer que a él le gustaba.

— Tienes respuestas para todo, amor. Yo he de confesarte que prefiero que sigas usando tus vestidos árabes.

Nalia le lanzó una mirada furiosa.

— Lo que prefieras tú o cualquier otro caballero castellano me importa un comino.

Artal la miró ensimismado.

— Me gustas, Nalia de Toledo, me gustas mucho.

Enfadada por su osadía, Nalia azuzó al caballo y se colocó en medio del resto de las damas. Soltando una carcajada, Artal se alejó al trote y volvió ponerse en vanguardia.

El imponente castillo de los Jaranegra apareció ante ellos al atardecer. Con un fondo de fuego, las murallas, resguardadas por cuatro torreones, se erguían orgullosas y desafiantes, como atentos vigías que en ningún momento descuidaban la vigilancia. En la gran fortaleza, todo estaba preparado para recibir a la reina.

Bernardo Jaranegra, barón de Motueva, acompañado del resto de su familia, dio la bienvenida a la reina en el patio de armas.

Antes de entrar, Artal le presentó a su tía Sancha, hermana de su padre, a su hermano Beltrán y a su hermana Isolina, una bella joven de 18 años.

Ayudados por los sirvientes, Constanza, sus damas y el resto del séquito fueron acomodados en los aposentos preparados para ellos.

Sancha acompañó a la reina, e Isolina fue la encargada de guiar a las jóvenes a través de las escaleras y anchos corredores. La joven estaba encantada de contar con huéspedes. Tenía algunas amigas en la zona, pero la vida en el castillo había empezado a hacérsele monótona.

— Gracias, Isolina, eres muy amable —le dijo Nalia.

La joven castellana la miró ensimismada.

— Sois muy bella, señora, ¿puedo saber vuestro nombre?

Nalia le dedicó una dulce sonrisa.

— Me llamo Nalia de Toledo.

— ¡Oh! —exclamó la joven, impresionada—, ¿vos sois de Toledo?

Leonor le dedicó a su amiga una mirada cómplice.

— Sí, de allí soy.

— Entonces no sois crist... quiero decir que antes... era tierra de moros —comentó Isolina con azoramiento.

Nalia asintió sonriendo. A pesar de ser una Jaranegra, aquella joven hablaba con inocencia. Ni en su conducta ni en sus palabras parecía haber maldad. Lo que sentía era simple curiosidad.

— Pertenezco a una familia hispano-musulmana. Antes de que el rey Alfonso entrara en Toledo, éramos enemigos. Ahora somos todos castellanos y le guardamos lealtad al mismo rey.

La voz melodiosa y dulce de Nalia le agradó mucho.

— Perdonad mi atrevimiento, pero es que aquí... bueno, no ocurren muchas cosas y yo siento curiosidad por lo que sucede en otros lugares.

— Pregúntame todo lo que quieras, Isolina; estaré encantada de conversar contigo.

La joven sonrió complacida y se despidió.

Artal se encontraba en el salón, comentando con su padre y su tía las incidencias del viaje cuando entró Isolina como un torrente les habló del descubrimiento que acababa de hacer.

— He conocido a una mora, tía, la mujer más guapa que jamás he visto, y además es muy agradable.

Sancha la contempló con gesto interrogante.

— ¿Una mora?, pero ¿de qué hablas?

— Una de las damas de la reina es de Toledo, nació allí; es hispano-musulmana.

La mujer mayor, de carácter agrio y orgulloso, se llevó las manos a la cabeza.

— No puedo creer que Constanza haya cometido una torpeza semejante. Claro que como es francesa... parece que no quiere entender las estrictas normas por las que nos regimos en Castilla—terminó con desdén.

Bernardo había conocido a Nalia en la Corte y había desaprobado la amistad que había empezado a renacer entre la reina y la mora.

— Siempre he dicho que los reyes se exceden en sus funciones. Si no fuera por el freno que les imponemos los nobles, serían capaces de pretender que fuéramos todos iguales.

— Saben que con esa postura tienen al pueblo de su parte—contestó Artal—. Se erigen en sus protectores y los ponen en contra nuestra. Eso mismo está haciendo Alfonso con los moros de Toledo. Los protege y les permite mantener sus propiedades, en vez de repartirlas entre sus caballeros.

Para el noble corazón de Isolina, la ambición de su familia no le era grata. Ella era una joven cristiana y devota, y tal y como lo explicaba el padre Damiano en la misa, había que repartir las riquezas con los más pobres y ayudar a los enfermos. En su casa, en todo el feudo de su padre, no sólo no se practicaba la caridad sino que lo que imperaba era la injusticia y la explotación.

A escondidas, ella ayudaba a las familias de los campesinos. Les daba dinero cuando lo tenía, les regalaba ropa que ella procuraba desechar en buenas condiciones y les llevaba comida con frecuencia. Se exponía a un duro castigo si la pillaban, pero sentía pena de los más humildes. Como buena cristiana, consideraba que era su deber ejercer la caridad.

— Nalia de Toledo me parecido también muy bondadosa. Dice que ellos, los hispano-musulmanes de Toledo, son leales al rey Alfonso.

Artal se acercó a su hermana y la besó en la frente.

— Nalia es una criatura maravillosa, pero es mora y hay que tratarla con una cierta distancia. No te fíes de ningún árabe, hermanita; son nuestros enemigos.

Isolina lo miró con extrañeza.

— ¿Entonces tú no te fías de una persona en la que la reina ha puesto su confianza?

— Nalia me...

Entonces se acordó de que su hermana era aún muy joven no podía hablar con libertad delante de ella.

No le podía decir que Nalia de Toledo era su pesadilla, la mujer que le robaba los pensamientos y a la que deseaba desesperadamente, pero con la que nunca se casaría. La bella morera su pasión, y ahora que la tenía en su feudo conseguiría lo que quería de ella.

— ¡No seas insolente, Isolina, y escucha los consejos de los mayores! —exclamó su tía con tono desagradable—. Ahora retírate cumple con tus obligaciones.

En los aposentos de las damas de la reina, Leonor trataba de animar a Nalia.

— Alegra esa cara, mujer, ya verás lo bien que lo vamos a pasar aquí.

Nalia deseaba compartir sus temores y su secreto con Leonor, su mejor amiga, pero no podía ponerla en peligro.

— Pienso disfrutar de todas las diversiones. Volveré a Sevilla pronto y quiero tener muchas historias que contar a mi hermana y mi padre.

Leonor la miró sorprendida.

— ¿De veras? No sabes cómo me alegra ese cambio de actitud. Algo me dice que estos días aquí van a ser decisivos, ¿no crees? — preguntó con sonrisa enigmática.

Isolina se erigió como una dama más de la reina. En todo momento acompañaba a Nalia y a Leonor, ayudándolas confeccionar trajes para Nalia, aprendiendo de Nalia delicados bordados y escuchando muy atenta los relatos que la joven mora le contaba. En pocos días se hicieron amigas, a pesar de la animadversión mal disimulada que la tía de Isolina le tenía a Nalia.

El resto de los Jaranegra tampoco veían con buenos ojos que la pequeña de la familia se relacionara tan familiarmente con una mujer árabe. De todas formas, Artal no le prohibió a su hermana esa amistad. Como era su costumbre, pretendía sacar partido utilizando a Isolina como intermediaria en sus amores con Nalia.

— Parece que a mi hermano Artal le gustas mucho, Nalia —le comentó un día Isolina mientras paseaban por el bosque acompañadas de unos soldados.

A Nalia no le agradó esa observación, aunque sabía que la joven lo había comentado inocentemente.

— ¿Por qué lo dices? —preguntó sin mucho entusiasmo, con la firme decisión de averiguar algo sobre Artal. Sabía cómo era y cómo pensaba, por ese motivo se había propuesto ir siempre un paso por delante de él.

— Me pregunta mucho por ti y me pide que le cuente lo que haces cuando él no está aquí.

No le extrañó la respuesta. Artal manejaba a su hermana y la utilizaba como espía: él conocía muy bien esas artimañas; lo que no sabía era que Isolina le había tomado tanto afecto a Nalia que depositaba en ella toda su confianza.

— ¡Qué interesante! Teniendo en cuenta que Artal es un hombre muy guapo, supongo que tendrá muchas admiradoras, ¿no?

Isolina se echó a reír.

— ¡Muchísimas! Lo malo es que se cansa pronto de ellas y las abandona sin piedad. A mí me da pena y no me parece bien lo que hace. Es una mala costumbre de mis hermanos, pero no logro convencerlos de que no hagan eso con las damas.

Nalia se quedó pensativa, esbozando a continuación una sonrisa maliciosa. "Me parece que el caballero Artal Jaranegra necesita un poco de su propia medicina".

26

Agasajados en todo momento por la familia de Artal, Nalia se dio cuenta enseguida de que Sancha y Bernardo Jaranegra la soportaban en su casa sólo porque era una de las damas de Constanza. De otro modo, una mora jamás hubiera tenido acceso a ese castillo. Su aversión por una raza a la que consideraban inferior era notoria. Nalia de Toledo era una infiel, era árabe, pertenecía a un pueblo enemigo. Ninguna familia cristiana decente la hubiera aceptado en su casa. Sancha criticaba sin ningún pudor a la reina por haber acogido a la mora y protegerla. Era deleznable que una francesa se atreviera a quebrantar las leyes de los cristianos.

Los jóvenes caballeros reunidos en el castillo de los Jaranegra no desaprovechaban ninguna ocasión para acercarse a las bellas damas de la reina. Como era de esperar, a Nalia no le faltaron pretendientes. Muchos eran los que la agasajaban e intentaban acortejarla. Artal, pendiente siempre de ella, los espantaba de malos modos, advirtiéndoles con una simple mirada a lo que se exponían si invadían su territorio.

Estaba muy claro quién era allí el jefe y a quién obedecían. Hasta Beltrán, el hermano menor de Artal, respetaba cada una de las decisiones de su hermano.

Nalia descubrió enseguida el juego de Artal y decidió desbaratarlo, no permitiendo ninguna exclusividad respecto a ella.

Cada vez que los jóvenes tenían ocasión de reunirse, Nalia hablaba con todos de forma desenvuelta, aceptando el inocente cortejo de algunos de ellos. El galanteo era inofensivo y superficial; su corazón herido no admitía otro tipo de sentimientos. La joven sólo dejaba pasar el tiempo antes de volver a Sevilla con los suyos, y de paso le enseñaba una lección a Artal Jaranegra, dañando seriamente su coraza de soberbia.

Dos cacerías se habían organizado desde que estaban en el castillo de los Jaranegra. Nalia había conseguido que la reina permitiera que ella no tomara parte. Tenía una excelente puntería, de hecho cuando estaban en el campo y se necesitaba comida fresca para la mesa, ella siempre se había unido a las partidas de caza.

Esa actividad nunca le resultaba placentera. Ahme le había enseñada manejar algunas armas, aconsejándola que utilizara esa habilidad solamente cuando fuera estrictamente necesario.

"Oculta al enemigo tus conocimientos, Nalia. El factor sorpresa es más eficaz que la fuerza".

Durante la cena, Artal volvió a sentarse a su lado. A causa de los desaires de Nalia, últimamente su mal humor era más que notorio. Isolina se quejaba de ello ante Nalia, ignorando por completo el motivo del enfado de su hermano.

— No hay quién lo aguante —le había comentado la joven esa mañana—, riñe con todo el mundo, maltratando especialmente a los criados sin motivo aparente.

Un rictus de maldad curvó los labios de la bella mora. Parecía que el soberbio Artal no estaba contento, y eso a ella la llenaba de regocijo.

— ¿Asistirás mañana a la cacería con halcón o tu delicada sensibilidad tampoco lo resiste? —le preguntó Artal con sarcasmo. El joven estaba aún ofendido porque Nalia no lo había querido acompañar en las cacerías anteriores. Le hubiera encantado demostrarle su habilidad y destreza. Para él era muy importante que Nalia valorara sus cualidades. No quería entender que jamás captaría el interés de la joven. Su orgullo y vanidad lo cegaban. Él era el mejor caballero del Reino. No aceptaría que una simple mora lo despreciara.

— Acataré las órdenes de la reina.

— Constanza es demasiado benevolente con vosotras.

— Es muy buena y por ese motivo cuenta con mi respeto y mi afecto.

Artal le dedicó una devota mirada y le habló en tono solemne.

— ¿Cuento yo también con tu afecto? —le preguntó tomándole la mano.

Nalia se soltó de un tirón.

— ¡No! —contestó radical.

Los ojos de Artal la miraron con una frialdad que la hizo estremecerse. Tomándole la mano con fuerza, hasta el punto de hacerle daño, Artal se inclinó y le habló al oído.

— ¿Es que todavía suspiras por un hombre que se ha burlado de tus sentimientos y ha preferido casarse con otra? —preguntó con crueldad.

Furiosa, Nalia intentó de nuevo retirar la mano, pero él la aferró con más fuerza, provocando un débil gemido de dolor poparte de Nalia.

— Lo que ha hecho Jaime de Moriel es lo normal entre la nobleza. Eso no tiene nada que ver conmigo. Tú también tendrás que elegir, y yo cuando vuelva a Sevilla.

— Hasta que llegue ese momento prefiero estar contigo.

Nalia lo miró con insolencia.

— Puedes preferir lo que quieras; a mí me es completamente indiferente.

¡Maldito Jaime de Moriel. Ni siquiera estando lejos permitía que él accediera al corazón de Nalia!

— Tú lo has querido, Nalia; a partir de este momento será a mi manera.

Nalia consiguió que la soltara, pero no logró calmar su espíritu.

Ese hombre era peligroso y ella lo había enfurecido. Más le valía guardarse de él. La cólera de un hombre malvado podía ser fatalmente destructiva. Ella sabía muy bien hasta donde podían llegar los hombres sin corazón.

Tomando muy al pie de la letra las palabras de Artal, Nalia no se separaba del lado de la reina. Siempre iba acompañada, no dándole a Jaranegra ni una oportunidad de encontrarla sola.

Isolina había encontrado en Nalia la hermana que nunca tuvo. Le hablaba de sus preocupaciones, de sus anhelos y del temor que le inspiraba su familia. Deploraba la ambición de su padre y de su tía, una mujer perversa y amargada que siempre había hecho la vida imposible a su madre. Ambos dirigían su vida con mano de hierro, no dándole nunca libertad para que ella pudiera expresar sus sentimientos o llevar a cabo alguno de sus más profundos deseos.

Nalia la aconsejaba y la consolaba, prometiéndole su eterna amistad.

— ¿Crees que la reina me admitiría como una de sus damas?

— Estoy segura de ello. Eres una muchacha noble y buena. Creo que Constanza se sentiría orgullosa de tenerte a su servicio.

El rostro de la joven se iluminó de alegría.

— ¿Hablarás con ella, Nalia?

— Claro que sí. Antes tendrás que pedirle permiso a tu padre.

Una nube tenebrosa cubrió de sombra sus bonitos ojos castaños.

— Mi padre no desea que yo vaya a la Corte. Teme que allí me enamore de cualquier caballero cazafortunas. Aunque mis hermanos heredarán los castillos Jaranegra, Ara y algunas plazas más, especialmente Artal por ser el mayor, yo recibiré también parte de estas tierras y una buena dote. Mi padre dice que él elegirá al hombre que será mi marido, y sin importar la edad o el carácter, me entregará al que más ofrezca. Estoy segura de que no tendrán en cuenta ni mi opinión ni mis sentimientos —terminó apesadumbrada.

Nalia se estremeció al oír el nombre de sus tierras. No había olvidado la traición de Bernardo Jaranegra y su deseo de desenmascararlo. Lamentándolo mucho, aún no había llegado ese momento. Disimulando su turbación miró a Isolina y le acarició el rostro con dulzura.

— No te preocupes ahora de eso. De todas formas hablaré cola reina y veré qué se puede hacer.

La bella castellana volvió a sonreír. Tenía puestas todas sus esperanzas en Nalia y confiaba completamente en su habilidad para convencer a Constanza.

Jaime de Moriel y sus caballeros entraron en Toledo bajo un sol radiante. A causa de la ansiedad de Jaime habían tardado en recorrer el camino desde Moriel menos tiempo de lo

normal. El joven caballero había tenido que soportar las bromas de sus compañeros por semejante prisa: a él no le había importado. Estaba tan feliz de haber podido solucionar su situación con respecto Nalia, que nada de lo que le rodeaba, por muy molesto que fuera, enturbiaría su regocijo.

Estaba deseando encontrarse con Nalia para pedirla en matrimonio. A regañadientes, su familia había aceptado su decisión.

Ahora sólo le quedaba convencer a Nalia de que se convirtiera al Cristianismo y se casara con él.

Las estrechas calles de Toledo, animadas con el continuo movimiento de la gente, le trajo los mejores recuerdos. Nalia era de allí, estaba allí, y él no era feliz nada más que con ella.

Al pasar por un zoco se detuvo, bajó del caballo y se acercó uno de los puestos. El orfebre tenía expuestos sus bonitos artículos sobre un delicado paño de terciopelo azul. Jaime observó la mercancía con detenimiento, hasta que sus ojos se toparon con lo que estaba buscando: una cadena de la que colgaba una bonita cruz de oro, adornada en el medio con un bello zafiro azul oscuro, muy parecido al color de los ojos de Nalia.

Cuidadosamente depositada en una bolsita de piel, Jaime lo guardó en su jubón para ofrecérsela a su amor en cuanto estuvieran a solas.

— Si antes de declararte ya empiezas a comprarle regalos, la acostumbrarás mal, muchacho —le amonestó Sancho ante la risa de los demás.

— Pura envidia —contestó Jaime de buen humor—. Todos daríais lo que tenéis por encontrar una mujer como Nalia.

— De eso no hay duda —respondieron sin vacilar.

— Has tenido mucha suerte, joven —continuó Sancho—. Nunca creí que un salvaje como tú llegara a conquistar a una flor como esa joven mora —añadió el caballero mayor pinchándolo.

— Ya sé que la admiras mucho y Nalia también parece apreciarte—aseguró mirando a su amigo de reojo—. Creo que... —continuó con un ronco carraspeo— te encargaré su protección.

Alonso protestó, airado.

— Sancho te protege a ti. Alguno de nosotros escoltaría gustoso a Nalia.

— ¡Ni hablar! —Saltó Jaime como si le hubieran pinchado—, vosotros tenéis la sangre demasiado caliente como para que permanezcáis impasibles a su lado.

Ellos silbaron, continuando la broma.

— Nuestro jefe está celoso... —puntualizó Lope—. ¿Es que no te fías de nosotros?

En la boca de Jaime se formó una sonrisa maliciosa.

— Confío por completo en vuestra lealtad, pero es mejor alejar las tentaciones.

— Estoy de acuerdo —coincidió Sancho mirándoles triunfante— Ya voy siendo mayor para aguantar las batallas. Creo que estaré mucho más tranquilo cuidando de Nalia.

Los demás caballeros lo abuchearon sin piedad. Jaime estalló en carcajadas.

Una vez que los mozos se ocuparon de los caballos, los caballeros se dirigieron hacia el salón, donde normalmente se reunían los dignatarios de la Corte. Jaime tomó el corredor que lo llevaría a la zona de las mujeres. Con el corazón palpitándole a toda velocidad en el pecho, sus pasos sonaban firmes y apresurados. Su deseo por ver a Nalia era tan acuciante que dudó de su capacidad para tratarla con delicadeza. Su impaciencia por tocarla, besarla... tenerla...

¡Vacía!, ¡la habitación estaba vacía! ¡No había rastro de Nalia, y ni siquiera sus cofres estaban allí!

A pesar de su intento por calmarse, los peores augurios atenazaron su corazón. Corriendo como si le persiguiera el diablo, Jaime golpeó la puerta de la salita de la reina; tampoco contestó nadie. Jadeante, entró en el Salón Real, donde el rey estaba departiendo con sus cortesanos y consejeros. Alfonso lo vio y lo saludó con afecto.

— Me alegro que estés de vuelta, Jaime —exclamó con sorpresa— Pensé que estarías más días con tu familia.

El caballero inclinó la cabeza, con la cortesía que le correspondía a un rey. Contestó a las preguntas de Alfonso y luego se retiró. El rey estaba ocupado. Ese no era el momento para tratar asuntos privados.

Alfonso lo recibió unas horas después. Sentado en el alto sillón labrado en madera, con el escudo real grabado en el centro del respaldo y tapizado con una fina tela roja de damasco, el rey apoyó la copa de la que estaba bebiendo en una mesita cercana y observó al caballero con detenimiento.

— Te noto inquieto, Jaime. ¿Te preocupa algo?

— Me gustaría saber dónde está Nalia de Toledo —expuso sin rodeos.

Alfonso se echó a reír.

— ¡Claro!, tenía que haber pensado en ello. Me estoy haciendo viejo y se me olvida lo que sienten los jóvenes enamorados —se disculpó con buen humor—. Hace unos días, la reina y su séquito partieron hacia las tierras de los Jaranegra. Artal la había invitado conocer su castillo y ella aceptó.

Jaime palideció, sintiendo un repentino ardor colérico que amenazaba con ahogarlo. ¡Nalia con Artal Jaranegra, en su casa, rodeados de su familia y con el consentimiento de la reina! Un extraño estremecimiento de terror lo atenazó momentáneamente, hasta que la rapidez de sus reflejos le hizo reaccionar con serenidad.

— Y sus damas han tenido que acompañarla, claro —fue una afirmación en forma de pregunta.

— Constanza no las obliga. Es muy consciente de que hay gente que no soporta los viajes. Las que han querido se han quedado aquí.

— Entonces, Nalia...

— Decidió voluntariamente acompañar a la reina. —Alfonso había dicho la verdad. No sabía cómo iba la relación entre su caballero y Nalia de Toledo. Según había oído era más bien turbulenta, pero ese no era asunto suyo. Nunca le había gustado meterse en los amoríos de sus caballeros.

Jaime sintió una incómoda agitación. El último encuentro entre ellos había sido maravilloso. Ambos habían expresado sus sentimientos con sinceridad y se habían despedido con la única idea de volver a encontrarse cuanto antes. Entonces, ¿por qué no estaba ella esperándole? Él apenas podía contener su impaciencia; sin embargo, Nalia había preferido irse con Artal Jaranegra.

Un fulgor de ira desfiguró su rostro, provocando inquietud en Alfonso.

— Las mujeres a veces son imprevisibles. Por mucho que se las trate, es difícil comprender sus reacciones y cambios de humo—explicó Alfonso tratando de animarlo—. Olvídate de ella y disfruta de las bellas damas que hay en Toledo. Estoy seguro de que con tu apostura no tendrías ningún problema en conquistarlas.

Las palabras superficiales del rey le resultaron ofensivas, como si ya hubiera olvidado la promesa que le hiciera hacía tiempo. ¿sería que quería quitarse un problema de encima incitándole a que olvidara a Nalia?

— Si vos me concedéis vuestro permiso iré al castillo de Jaranegra a buscar a Nalia.

Alfonso lo miró alarmado.

— ¿Pretendes que consienta que dos de mis mejores caballeros se maten por una mujer? Sabes que por tu enemistad con Artal Jaranegra nunca serías bien recibido en sus tierras. Si te atrevieras aparecer por allí reclamando a la mujer que él también desea tendríamos que lamentar una tragedia —le recordó muy sensatamente—. Deseo paz en mi Reino, no una guerra entre mis propios hombres.

A pesar de su obsesión por recuperar a Nalia, Jaime supo valorar el lógico razonamiento del rey. La decepción y el disgusto que acababa de sufrir habían debilitado su capacidad de pensar. El rey le había abierto los ojos. Tenía que buscar otra solución.

— Entonces ordenadle a Nalia que regrese. Yo la esperaré en los límites de la propiedad de Jaranegra.

Alfonso lanzó un suspiro de resignación.

— Si después de tanto tiempo no cejas en tu empeño de tener esa joven, es que realmente estás muy interesado en ella.—Levantándose con parsimonia del asiento que ocupaba delante de la chimenea, se acercó a Jaime y le posó una mano sobre el hombro— Eres un buen caballero: valiente, paciente y respetuoso. Te mereces lo que te prometí. Ya no habrá más dilaciones. En dos días viajaremos al castillo de Jaranegra y te entregaré a esa joven mora. Bien sabe Dios que tendré que luchar duramente contra la oposición de mi esposa —reconoció con pesar—, pero ya ha llegado el momento de pagar mi deuda. Afortunadamente, tus tierras y las de Jaranegra no están muy alejadas. Para evitar confrontaciones, sólo estaremos allí una noche, y espero que mi presencia evite un enfrentamiento entre vosotros. Al día siguiente de nuestra llegada todos partiremos hacia Moriel. Esa será la excusa para aplacar la ira de Artal. Mi presencia suavizará los ánimos y ayudará a que el respeto reine entre mis caballeros.

"Joya", la magnífica yegua de Nalia, lujosamente enjaezada, esperaba en la puerta del castillo de los Jaranegra, al lado de los caballos preparados para Isolina y Leonor. Nalia lo había conseguido. Sin levantar sospechas había convencido a la joven Jaranegra que le enseñara el castillo de Ara.

Isolina sabía que su padre no les permitiría abandonar el castillo, así que esperó a que toda la partida saliera hacia los bosques para dirigirse al capitán de la guardia y hablarle de la excursión.

— Sin el permiso de vuestro padre nadie saldrá de este recinto —fue la contundente respuesta del oficial.

— Será sólo un paseo. Las tierras de Ara no están lejanas y vos podéis acompañarnos.

— No puedo dejar mi puesto, señora, y deberíais saberlo —le recordó el joven con tono recriminatorio— Además, por mucho que corriéramos tendríamos que pernoctar allí.

Beltrán Jaranegra salió en esos momentos de los establos oyó parte de la conversación, deduciendo enseguida lo que su hermana trataba de hacer.

— ¿Y se puede saber a qué viene este repentino interés en visitar ese lugar?

Isolina se dio la vuelta al escuchar la voz de su hermano.

— Creí que estabais todos en la cacería.

— Pues ya ves que no. Estoy esperando una respuesta, hermanita.

Isolina bajó la cabeza, decepcionada por su propia torpeza. Deseaba estar sola con sus amigas, libre para hacer lo que le apeteciera, por ese motivo lo había planeado todo para que nadie se enterara hasta que hubieran vuelto.

— Mis amigas: Nalia y Leonor, deseaban hacer una excursión yo había pensado enseñarles el castillo de Ara.

Beltrán, que al igual que muchos otros también había sido cautivado por Nalia, sonrió condescendiente, pensando que quizás esa sería su única oportunidad de disfrutar de la compañía de la hermosa mora. Su hermano Artal la acaparaba siempre, impidiendo que los demás se acercaran a ella.

— Ese es un bonito lugar, es verdad —dijo dedicándoles una encantadora sonrisa mientras le pasaba un brazo por el hombro a su hermana—. Yo os acompañaré, y también una tropa de soldados. De esa manera nuestro padre no descargará un duro castigo sobre ti cuando volváis.

La decepción se reflejó en los ojos de la joven castellana. Ella hubiera preferido estar sola con sus amigas, pero su hermano tenía razón: si él las acompañaba no habría ningún problema.

Nalia deseaba tanto visitar el hogar de su familia que no le importó la presencia de Beltrán. A pesar de ser también un joven arrogante y orgulloso, era mejor que su hermano.

Cuando Saffah le contó lo que le había sucedido a su padre quiénes habían sido los culpables, sintió odio y deseos de venganza contra esas personas. Ahora que los conocía y que

se había encariñado tanto con Isolina, una Jaranegra, se daba cuenta de que su corazón, quizás debido a que no recordaba a su padre ni su hogar, no guardaba tanto rencor como antes.

Bernardo Jaranegra era un villano y un canalla, y ella lo detestaba. Él era el único culpable de lo que le había sucedido a su padre. Sus hijos, en especial Artal y su primo Hernán, eran también peligrosos, aunque no se les podía considerar culpables de lo que hizo su padre. Por otra parte, ella había sido testigo del intento de asesinato del Cid. Hernán Jaranegra había sido la mano ejecutora.

Lo que no sabía era si había actuado en connivencia con Artal o por su cuenta. Lo averiguaría tarde o temprano, estaba segura. Hasta que llegara ese momento no haría acusaciones precipitadas.

Beltrán no se separó ni un momento de Nalia. Continuamente le iba hablando de los lugares por los que pasaban y le explicaba la historia de cada una de las ruinas que veían. Le gustaba su país estaba orgulloso de cada rincón y de cada uno de sus héroes, especialmente del papel tan importante que siempre habían tenido los Jaranegra en la política. Nalia lo escuchaba con atención, sobre todo cuando entraron en las tierras que habían pertenecido a su familia.

Al llegar al castillo, Nalia sintió una cierta congoja. No tenía ninguna nostalgia de ese lugar porque no lo había conocido: ella era demasiado pequeña cuando la sacaron de allí.

La edificación no era muy grande, pero se la veía muy sólida pesar de su sencillez. Cuando atravesaron el puente levadizo entraron en el patio de armas, Nalia miró a su alrededor antes de bajarse del caballo. No recordaba nada; sólo al pensar que esas piedras habían sido testigos de sus juegos infantiles sintió un cierto hormigueo desolador. Se alegraba de no recordar la desgracia que había sufrido su familia.

La torre del homenaje, amplia y cómoda, estaba bien cuidada perfectamente atendida por varios sirvientes.

— ¿Te gusta, Nalia? —le preguntó Beltrán observándola expectante.

— Mucho. Isolina me había hablado muy bien de este castillo,m deseaba conocerlo. ¿Lo recibisteis en herencia o fue una adquisición posterior? —preguntó fingiendo inocencia.

Beltrán no vaciló al contestar.

— Como premio por haber descubierto a un traidor, el rey lo concedió a mi padre el castillo y las tierras de los Ara.

— ¿Y qué fue lo que hizo ese hombre para ser acusado de traidor?—preguntó Nalia con el único propósito de confirmar las mentiras de Bernardo Jaranegra.

— Robó a la Corona y el rey no se lo perdonó. Fue castigado al destierro y no se volvió a saber nada más de él.

— ¿Y su familia? —tenía que averiguar lo que sabían de ella.

— Sólo tenía una hija. Al parecer marchó con él al destierro.

Isolina, sensible y bondadosa, mostró aflicción con el relato.

— Siempre me ha parecido una historia muy triste. A pesar de que el padre fuera un traidor, la niña no tenía culpa de nada. ¡Pobre criatura! —exclamó conmovida.

— Los pecados de los padres los pagan también los hijo—sentenció Beltrán.

— Pero es injusto —afirmó la joven castellana.

A pesar de que la noche se había echado encima, Nalia le rogó a Isolina que le enseñara parte del castillo. Deseaba recorrer las habitaciones donde habían vivido sus padres y donde ella había nacido.

Acompañadas de dos sirvientes que portaban sendas antorchas, Isolina les enseñó las habitaciones más importantes.

Nalia se detuvo especialmente en el dormitorio principal, escudriñando cada rincón y respirando en profundidad el aire que habían respirado sus verdaderos padres. No podía imaginarse cómo habría podido ser su vida allí. La única madre que había conocido había sido su querida aya, aunque en sus sueños su madre siempre aparecía como una mujer bella y cariñosa.

El caballo de Artal se movió nervioso al notar la irritación de su amo. Confiado en que Nalia acudiría a la cacería con la reina, según le había dicho la noche anterior, había salido muy temprano hacia los bosques, acompañado por los monteros y los ojeadores.

Cuando los invitados habían ido llegando para ocupar sus puestos, Artal había echado de menos a Nalia. Con furor comprendió su engaño. Ya no podía hacer nada. Sabía que tenía que permanecer al lado de Constanza y acompañarla durante la cacería.

Agotada, la reina quiso retirarse pronto. Artal la acompañó de vuelta al castillo y nada más llegar se enteró de que Nalia y sus hermanos habían partido hacia el castillo de Ara.

Con la ira reflejada en su rostro, cambió de caballo y ordenó tres soldados que lo siguieran. Cabalgando a toda velocidad, Artal devoraba las leguas que lo separaban de Ara. Despechado por el engaño de Nalia, sólo pensaba en darle una lección a esa mujer orgullosa e inaccesible. De una vez por todas le enseñaría que nadie se reía de Artal Jaranegra, y menos una vulgar mora.

A punto de retirarse, Beltrán oyó el repicar de los cascos de los caballos sobre el suelo del patio de armas. Alarmado, salió de la cálida habitación para ver quién había llegado.

El rostro siniestro de Artal lo asustó, deduciendo enseguida cuál era el motivo de su enfado. Beltrán conocía muy bien a su hermano y sabía que en ocasiones podía ser muy peligroso.

Golpeando con fuerza las botas sobre la piedra de las escaleras, Artal ignoró a su hermano y entró como una tromba en la sala principal. Al comprobar que estaba vacía, se volvió hacia Beltrán y le lanzó una mirada mortal.

— ¿Dónde está Nalia?

— ¿Pero se puede saber qué te pasa? Ella está bien. Ya se ha retirado a su dormitorio.

— ¿Por qué la has traído aquí?, ¿por qué la has sacado de Jaranegra sin mi permiso? — gritó con genio.

Beltrán lo miró desconcertado.

— Nalia, Isolina y otra dama querían venir solas, acompañadas tan sólo por unos soldados. Yo no se lo permití. Me pareció más seguro acompañarlas.

Una sonrisa taimada apareció en los labios de Artal.

— Muy servicial, hermano, pero yo seré el único que acompaña Nalia a partir de ahora. ¿Queda claro?

Nalia se movió somnolienta en la cama, hasta que sus ojos captaron el cálido rayo de sol que entraba por la ventana. Se movió con lentitud debajo de las pieles. Se sentía contenta por haber dormido en la acogedora cama de sus padres. Sus sueños habían estado llenos de escenas agradables: una niña jugaba en un bello jardín lleno de flores al lado de una hermosa dama que le sonreía. La dama bordaba sobre un bastidor y la niña se acercaba de vez en cuando para mirar la labor de su madre.

Había disfrutado de ese sueño y le había aportado serenidad su espíritu. Esa escena era irreal, puesto que su madre murió cuando ella nació, pero quizás alguien muy cercana a la familia la cuidaba con el mismo cariño que una madre.

Se sentía contenta de estar en lo que había sido su hogar hacía tanto tiempo. Aunque no recordaba nada, los muros, los muebles y cada uno de los adornos que completaban el bonito mobiliario, parecían acogerla con cariño.

Artal la esperaba al pie de la escalera. Por la expresión de su rostro, la noche no había suavizado su enfado.

Nalia se detuvo con brusquedad en el penúltimo escalón y la sonrisa desapareció de sus labios al contemplarlo, ceñudo y con ojos acusadores.

— ¡Qué sorpresa, Artal! ¿Cuándo has llegado? —preguntó con naturalidad. Era obvio que el caballero castellano estaba furioso ella sabía muy bien por qué. Le daba igual: no se acobardaría ante ese hombre. Artal se acercó a ella y la taladró con su fría mirada.

— ¿Por qué me engañaste diciéndome que irías a la cacería?

— No te lo aseguré. Cambié de opinión en el último momento.

— ¡Me mentiste a propósito, como si yo fuera un vulgar siervo al que se le puede engañar con triquiñuelas! —siseó rechinando los dientes.

— De ninguna manera, Artal. Sé muy bien quién eres: el noble valiente caballero Artal Jaranegra, perteneciente a una de las familias más influyentes y poderosas del Reino de Castilla.

El caballero notó la ironía en su tono y lo desquició aún más.

— Si tan bien lo sabes, comprendo aún menos cómo te atreves a jugar conmigo; tú, una vulgar árabe, una enemiga que podría haber sido mi esclava si el rey Alfonso no fuera tan blandengue, una simple mora de Toledo.

Nalia notó cómo la sangre le latía en las sienes y cómo su corazón se aceleraba con violencia contenida. Ese maldito bellaco la había insultado sin recato, expresando en un momento de ira todo lo que pensaba de ella y de su raza. ¿Quién se creía que era?

¡Asqueroso soberbio ignorante...!

— Veo que a mí y a los míos nos tienes en muy baja estima. No entiendo entonces por qué babeas por mí, por qué me persigues hasta el acoso y por qué tus celos impiden que nadie se me acerque. Y menos lo entiendo cuando te he demostrado desde el primer momento que no me atraes, que te desprecio y que no eres lo suficientemente hombre para mí.

Los ojos de Artal centellearon como ascuas ardiendo. Nadie se había atrevido jamás a insultarlo así. Temblaba de ira. El despecho y el rencor nublaban su mente, y sólo una idea martilleaba en su cabeza: demostrarle a esa bruja que él era hombre más que de sobra como para someterla de una vez por todas.

Se aproximó más a Nalia y subió un escalón con las manos en un puño, desfigurado el rostro por la cólera.

Para su sorpresa, Nalia no se movió. Con la barbilla levantada y mirándole con ojos desafiantes, permaneció donde estaba y espera que diera un paso más. Antes de que Artal pudiera tocarla, Nalia había desenvainado su puñal con un rápido movimiento y se lo apoyaba firmemente sobre la garganta.

— Quieto, Artal. Como ves, sé defenderme, y te juro que no consentiré que un puerco como tú me ponga las manos encima.

En esos momentos, una voz desde atrás la sorprendió. Nalia pestañeó ligeramente, sin retirar ni un milímetro el arma de la garganta del caballero. Artal tampoco se movió. Esa mujer era más fiera de lo que había pensado y podía rebanarle el cuello en cuestión de segundos.

— Suelta ese puñal, Nalia —le aconsejó Beltrán con tono pausado desde lo alto de la escalera—. Sea quien sea el culpable, si lo matas te condenarán a ti. Por favor, si en algo estimas tu vida, dame el arma.

Nalia sabía que Beltrán tenía razón. Hiciera lo que hiciera Artal, jamás lo condenarían. Era un noble y contaba con todos los privilegios. Ella, en cambio, era una mora plebeya. Todas las penas recaerían sobre ella.

— Apártate de mí, Artal, y no vuelvas a acercarte o pensaré que deseas atacarme —le siseó sin aflojar ni un ápice la presión del puñal sobre su garganta—. Esta vez he sido benevolente. La próxima, no vacilaré.

Sus ojos, de un traslúcido color violeta normalmente, se habían vuelto negros y amenazantes.

Artal se retiró y le dedicó una mirada feroz.

— Cuídate bien, Nalia, porque te juro que esta afrenta tendrá su venganza... a no ser que te arrepientas y me ofrezcas, voluntariamente, el desagravio que yo exija.

La joven mora rió sin recato.

— ¿Desagravio? Debes estar loco. Prefiero morir antes que darte ningún tipo de satisfacción.

— Maldita...

Artal volvió a dar un paso hacia Nalia, pero Beltrán, que se encontraba ya al lado de su hermano, lo detuvo.

— Espera entonces mi venganza —la amenazó con una expresión mortal.

27

Disgustada por lo que había sucedido con Artal, Nalia se mantuvo apartada de él durante todo el camino de vuelta.

Ni Isolina ni Leonor sabían nada del enfrentamiento entre Nalia y Artal, pero sí habían advertido el silencio de su hermano y las severas miradas que le dirigía a Nalia.

Harta de los castellanos y de tener que aguantar su arrogancia, Nalia decidió cambiar de actitud y disfrutar del bonito paisaje leonés. A propósito, y para fastidiarlo aún más, la joven mora se dedicó a charlar amigablemente con sus amigas y con Beltrán, ignorando a Artal por completo.

El orgulloso joven rumiaba su ira en silencio, observando cada uno de los movimientos de Nalia mientras trazaba en su mente un plan para acorralarla.

Cuando atravesaron el foso del castillo de Jaranegra, los mozos de los establos corrieron para ayudarlos a desmontar. Artal bajó de un salto de su caballo y despidió con un brusco ademán al mozo que se acercaba a Nalia. Extendiendo los brazos para que ella se apoyara, Nalia lo rechazó con un gesto despectivo. Harto de contemplaciones, la tomó a la fuerza por la cintura y la bajó del caballo, reteniéndola muy cerca de él mientras la traspasaba con una intimidatoria mirada.

Desde la otra parte del patio, Jaime creyó marearse al contemplar la escena. Acababa de entrar en el patio de armas, adelantándose unos minutos al rey, que ya atravesaba el puente levadizo anunciado por el sonido del cuerno. Ignorando el estado de ánimo de Nalia y reacio a ser benevolente con ella, Jaime interpretó el cuadro sin ninguna bondad. Una fría capa de hielo envolvió en esos momentos su corazón, convirtiéndose su semblante en una gélida máscara.

La reina Constanza, acompañada por la familia Jaranegra todos los caballeros y damas del castillo, acudieron presurosos recibir al rey.

Pendiente solamente de la figura de Jaime, al que creía en Moriel, Nalia no reparó en que Artal continuaba sujetándola por la cintura, más íntimamente de lo que era conveniente.

Jaime...

Absorta solamente en sus reflexiones se dejó guiar por Artal hasta el lugar donde estaba Constanza. Todos en pie, esperaron que el rey y su séquito se acercaran. Con una sonrisa, Alfonso saludó a su esposa, luego se bajó del caballo y le dio un beso.

Dándose cuenta en esos momentos de la letal mirada de Jaime, Nalia reparó en el abrazo de Artal. Disimuladamente, se apartó de él y se dirigió al grupo de las damas. Artal dirigió a Jaime una mirada desafiante, muy consciente de lo que había visto. Una sonrisa triunfal curvó sus labios, intentando hacerle creer lo que nunca sería posible.

Nalia no sabía cómo calmar la agitación que la sacudía. Paseando como una fiera enjaulada por la habitación, recordó con toda claridad la escena que Jaime había visto. Su mirada mortal había condenado su familiaridad con Artal Jaranegra, sin saber que lo que él había presenciado era ficticio, una jugarreta por parte de Artal y una distracción por su parte.

Deteniéndose de pronto, se sentó en el banco delante de la chimenea y se tapó la cara con las manos. Las lágrimas acudieron sus ojos sin poder evitarlo. Había intentado olvidar a Jaime, arrancándose del corazón a base de orgullo la pena que sentía por su pérdida. Había tratado de eludir sus sentimientos y emociones, convenciéndose a sí misma de que lo que había ocurrido entre ellos había sido un simple espejismo, un amorío pasajero que nunca tendría un final feliz. Todos sus esfuerzos habían sido inútiles.

Ahora Jaime aparecía de nuevo y destruía las defensas que con tanto esfuerzo había conseguido erigir en torno a su corazón. ¿Qué se proponía?, ¿destruirla hasta convertirla en un simple juguete en sus manos?, ¿o ese encuentro había sido una casualidad?

Nalia se excusó ante la reina y no bajó al salón a cenar. Si quería curar, de una vez por todas, su herida de amor, era mejor no volver a verlo. Teniendo en cuenta el antagonismo que

existía entre Artal y él, Nalia estaba segura de que Jaime no estaría en Jaranegra mucho tiempo.

Sin que consiguiera que el sueño acudiera a ella, Nalia dejó de vagar por la habitación y decidió acostarse. En esos momentos no había descanso para su mente y Nalia vaticinó que difícilmente lo tendría en el futuro.

Leonor entró en la habitación con sigilo para no despertar a su amiga. Ambas compartían, junto con otras damas, en el dormitorio las confidencias. Dada la posición de su familia, la joven castellana conocía a los principales personajes de la Corte. Era la que informaba a Nalia acerca de las más poderosas familias castellanas, sus orígenes y sus "fantasmas".

— No estoy dormida, Leonor. ¿Qué tal lo has pasado?

La joven se aproximó a la cama y se sentó en el borde.

— La cena ha sido espléndida, Nalia. Siento que te la hayas perdido.

— Estaba muy cansada...

— Y no querías ver a Jaime de Moriel —terminó su amiga—. No sé lo que sentirá ese caballero por la novia que le han asignado, pero se ha pasado la noche con gesto sombrío, lanzándole a Artal Jaranegra miradas como puñales y pendiente en todo momento de la escalera. Según me han comentado, aún no se ha casado, así que...

— Perdona, Leonor, pero estoy agotada. Mañana hablaremos.

La joven comprendió al instante y no continuó con su charla.

— Sí, es mejor que descansemos; mañana nos espera una dura caminata.

Nalia retiró las pieles y se incorporó un poco.

— ¿Es que volvemos a Toledo?

— El rey nos ha anunciado durante la cena que mañana emprenderemos viaje hacia Moriel. Al parecer pasaremos unos días en el castillo de los de Moriel.

Nalia se despejó por completo y se levantó de un brinco de la cama.

— ¿Estás segura?, ¿no habrás entendido mal?

— No, Nalia. Lo siento, pero esos son los planes del rey.

La joven mora golpeó el suelo con el pie, enfadada.

— ¡No iré! ¡Por Dios que no iré!

— ¿Por Dios? —preguntó Leonor, extrañada—. Creí que los musulmanes invocabais a Alá.

Nalia admiró la perspicacia de su amiga.

— Todos amamos a un dios bueno y poderoso. Da igual cómo lo llamemos.

— Tienes razón. ¿Y bien? —preguntó, interesada por el tema que le preocupaba.

— Hablaré con la reina. Ella comprenderá.

Al día siguiente, cuando Leonor se levantó, Nalia ya estaba vestida. Fue de las primeras damas en acudir al aposento de Constanza para ayudarla con el equipaje.

— Desearía hablar con vos un momento, señora.

La reina la miró comprensiva y escuchó lo que la joven tenía que decirle.

— Conocéis mis razones para no desear ir a Moriel. Sería demasiado doloroso para mí —confesó con ojos brillante—. Si podéis proporcionarme una escolta, volveré a Toledo y allí os esperaré.

Constanza lamentaba el pesar de Nalia. Esa joven mora era inteligente y bondadosa, mucho más culta que cualquier dama castellana que ella hubiera conocido. La rica y adelantada cultura árabe era admirada en toda Europa, siendo sus médicos, intelectuales y artistas los modelos en los que se fijaban el resto de los europeos. A pesar de no ser noble, Nalia se había criado en un ambiente exquisito, siendo una alumna excelente en cada una de las materias que se le habían enseñado.

— Deseo que seas feliz, Nalia. Tienes mi permiso para volver Toledo.

Nalia hizo una reverencia a la soberana y le besó la mano.

— Gracias, señora. Sois muy comprensiva.

— Tan pronto regrese a Toledo, prepararemos tu viaje a Sevilla—le anunció sonriente—. Siento que nos dejes, pero quizás ha llegado el momento de que inicies una nueva vida.

— Os echaré de menos, señora. Habéis sido muy bondadosa conmigo —expresó con sinceridad—. Para que ocupe mi lugar pueda recomendaros a Isolina Jaranegra, si perdonáis mi atrevimiento. Es una joven buena y dulce, y creo que le convendría alejarse durante algún tiempo de Jaranegra.

Constanza asintió.

— Tenéis razón. Apartarse de la opresiva autoridad de su padre y de su tía le vendrá muy bien a esa joven.

Encerrada de nuevo en su habitación, Nalia no pensaba salir hasta que la comitiva emprendiera el viaje hacia Moriel.

La rabia ardía en los ojos de Artal. El rey solamente había estado en su casa una noche y para colmo se los llevaba a todos, incluida Nalia, al castillo de Moriel, su más feroz y odiado rival.

Montado ya en el poderoso alazán que Nalia le había regalado, Jaime de Moriel observaba sin pestañear a cada una de las damas que iban saliendo. Al ver que Nalia no aparecía, se movió con inquietud. Bastante furioso estaba ya por no haber podido ver Nalia en las veinticuatro horas que llevaba en Jaranegra.

Los reyes, acompañados de la familia Jaranegra, salieron aexterior y fueron ayudados a montar en sus cabalgaduras. Jaime se acercó a Alfonso y lo miró con recelo.

— Nalia no está aquí, señor.

Con expresión irritada Alfonso miró a Constanza.

— Falta una dama, ¿no es así, querida esposa?

La reina asintió con naturalidad.

— Nalia no vendrá con nosotros. Nos esperará en Toledo.

El rey levantó los ojos al cielo rogando paciencia. continuación miró a Jaime y le hizo un gesto pidiéndole su opinión. El caballero negó con la cabeza. No cedería. Había llegado el momento de reclamar lo que le pertenecía.

Nalia estaba nerviosa y desasosegada. Había cogido el bastidor para intentar calmarse bordando. Sus ojos estaban húmedos por el llanto y el corazón lo tenía desgarrado. Sabía que tenía que reponerse de esa crisis; también sabía que el único lugar donde lo conseguiría sería al lado de su familia.

Unos golpes en la puerta la sacaron de su ensimismamiento. Un oficial del rey, acompañado de dos soldados, le explicó lo que sucedía.

— El rey la espera en el patio, señora. Deberá viajar con nosotros.

Asustada, se puso en pie, dejando caer el bastidor al suelo.

— Debéis estar confundido. Yo me quedo aquí.

— La orden del rey ha sido muy clara, señora. Por favor, acompañadme.

Los soldados cargaron con los cofres de Nalia y ella y el oficial salieron detrás de ellos. Artal la esperaba en el salón y le interceptó el paso.

— Nos volveremos a encontrar, Nalia; antes de lo que crees.

Ella lo miró con indiferencia y continuó su camino hacia el exterior. La bonita yegua gris estaba ya preparada cuando ella salió.

Constanza la miró con aflicción, lamentando profundamente no haber tenido tiempo para convencer a su esposo. Nalia le sonrió, comprendiendo la delicada situación de la reina.

Jaime la traspasó con su penetrante mirada, pero no se acercó. Ya tendría tiempo cuando llegaran a sus tierras de darle la lección que ella se merecía.

Durante las dos jornadas que duró el viaje, ni Jaime ni Nalia se dirigieron la palabra. Jaime iba a la cabeza de la comitiva, con el rey sus caballeros. De vez en cuando dejaba su puesto y se colocaba detrás de ella, observándola detenidamente y preguntándose intrigado por qué habría decidido vestirse como las mujeres castellanas.

Aun siendo muy consciente de su presencia, Nalia no lo miraba. Sabía que en esa posición ella estaba en desventaja, pero procuraba mostrarse tranquila e indiferente ante todo lo que él hacía.

En cuanto el castillo de Moriel apareció a la vista, Jaime se adelantó al galope para cerciorarse de que todo estaba preparado para la llegada de los reyes.

Las maderas del puente levadizo temblaban bajo el golpeteo de las pezuñas de los caballos.

De pie en la poterna de entrada, Jaime observaba el paso de los jinetes, hasta que Nalia pasó a su altura y él detuvo el caballo. La joven intentó seguir a los demás, ignorando la intención de Jaime de ayudarla a bajar. Cogiendo a la yegua de la brida, el caballero la atravesó con la mirada.

— Tú bajarás aquí, Nalia —dijo alargando la mano para tomarla de la cintura.

— ¿Por qué motivo?

— Porque lo ordeno yo.

Ya estaban en su terreno. Había sido paciente, muy paciente, ahora había llegado el momento de que Nalia olvidara su rebeldía aprendiera a obedecerlo y respetarlo.

Jaime seguía enfadado y ella no quería irritarlo más. No deseaba hacer una escena nada más llegar. Los otros ya habían atravesado el patio de armas y empezaban desmontar. La familia de Moriel al completo esperaba en las escaleras que daban acceso a la torre del homenaje.

El recibimiento fue caluroso y cordial. Alfonso apreciaba mucho a los de Moriel, y Constanza, que había coincidido pocas veces con Guiomar, la señora del castillo, aceptó con agrado la amable bienvenida de la dama. Guiomar saludó también con mucho cariño a Jimena, una querida amiga.

Alfonso y Constanza saludaron a todos los miembros de la familia.

— También recordaréis a Mencía de Zúgel, antigua dama vuestra—señaló Guiomar tomando del brazo a la joven castellana.

— Por supuesto que me acuerdo —afirmó la reina saludando Mencía con afecto—. Yo nunca olvido a mis damas, sobre todo cuando éstas son bondadosas y dulces.

— Sí lo es, y estamos todos muy orgullosos de que muy pronto entre a formar parte de nuestra familia.

Mencía hizo una graciosa reverencia y le dio las gracias Constanza por sus halagos.

El comentario de la madre de Jaime fue malinterpretado por todos los presentes, especialmente por Nalia. Aferrada aún por la fuerte mano de Jaime, sintió un agudo dolor en el corazón. Era una crueldad que Jaime la expusiera a esa humillación. Jamás hubiera pensado que algún día llegara a vengarse de ella de una forma tan perversa.

— ¡Madre, quisiera presentaros a Nalia de Toledo! —exclamó Jaime mientras subía la escalera llevando del brazo a la joven mora.

Todos se volvieron para mirar a la pareja, produciéndose instantáneamente una expresión de sorpresa en sus rostros.

Guiomar miró a la joven, impresionada. Los rumores decían que era bella, pero jamás hubiera imaginado que tanto. Vestía como ellas y parecía una dama castellana, incluso mucho más exquisita que la mayoría. Si en algún momento tuvo la esperanza de que su hijo se olvidara de la joven mora, ahora que la había conocido comprendió que ese deseo jamás se cumpliría.

— Encantada de conoceros, Nalia. Sois una joven muy bella. Espero que os sintáis a gusto en nuestra casa —dijo mientras le dedicaba una dulce sonrisa.

— Sois muy amable, señora. Muchas gracias por vuestra hospitalidad.

— Yo soy el padre de Jaime —se presentó Pedro de Moriel—. Bienvenida a nuestro hogar.

A pesar de sus problemas con Nalia, Jaime se sintió contento y agradecido por el comportamiento de sus padres. Había sido duro para ellos comprender sus deseos. Finalmente

los habían aceptado por amor. El bienestar de la familia era lo primero, y eso de nada servía si sus hijos no eran felices.

Los reyes y su séquito fueron conducidos a la torre donde se encontraban las estancias de huéspedes. Alfonso y Constanza ocuparon las habitaciones principales, dedicadas las demás a sus damas y caballeros.

Nalia fue separada de las otras damas. Una sirvienta la acompañó hasta su dormitorio, situado en el primer piso de la torre del homenaje.

— ¿Cómo os llamáis? —le preguntó a la señora de mediana edad que la había guiado.

— Mi nombre es Trinidad, señora. Yo ya sé que os llamáis Nalia y que sois de Toledo.

Nalia la miró sorprendida.

— No os extrañéis, joven. Llevo muchos años trabajando parla familia de Moriel y gozo de su confianza. Jaime es el mayor y yo ayudé a criarlo. —Haciendo una pausa para observar la reacción de Nalia, continuó—. Lo conozco muy bien. Sé que a veces es testarudo como una mula, pero también es un hombre bueno y valiente.

Nalia no entendía por qué esa mujer le hablaba con tanta confianza de la familia. Ella era una simple invitada. Mientras se quitaba los guantes y la capa, la joven contempló la habitación. Amplia y bien iluminada, gozaba de unas comodidades que ella no hubiera esperado. Los castillos castellanos eran recios, pero muy austeros en su interior. Comparados con el lujo del que se gozaba en las estancias árabes, las casas de Castilla eran más bien sobrias e incómodas.

Nalia palpó la suavidad de las pieles que cubrían la cama, de la que salían cuatro postes labrados. Estos sujetaban un baldaquín del que colgaban unos bonitos cortinajes rojos. En el suelo había una gran alfombra, y sobre los gruesos muros de las paredes colgaban magníficos tapices. Dos cofres, de claro diseño árabe, estaban apoyados en la pared, y delante de la enorme chimenea de piedra había dos sillones de madera con mullidos cojines de damasco y una pequeña mesa entre ellos.

— ¿Os gusta? —preguntó Trinidad desde atrás. Nalia sonrió.

— Mucho. Es una habitación muy bonita.

— Es el dormitorio de mi señor Jaime.

Nalia abrió la boca, horrorizada.

— Pero...

— Lo siento, señora, pero debo volver a mis tareas.

Antes de que Nalia pudiera pedir una explicación, la sirvienta había salido.

Miró a su alrededor desconcertada, intentando pensar con tranquilidad para descubrir qué era lo que pretendía Jaime.

La puerta se abrió de golpe y él apareció. Iba vestido aún con las ropas de viaje: sobre las calzas y un jubón de cuero, caía sin mangas una túnica hasta media pierna con el escudo de la familia bordado en medio del pecho. La cintura se ajustaba con un cinturón del que colgaba la espada.

Apoyado en la puerta, Jaime la miró de pies a cabeza, analizando detenidamente cada una de sus prendas. Su belleza no había disminuido un ápice con el cambio de vestimenta. El vestido color oro, ajustado a su cuerpo y ceñido con un bonito ceñidor en distintos colores y del que colgaba su daga enjoyada, le sentaba de maravilla. No llevaba joyas, pues la ancha greca bordada que adornaba el cuello del vestido hacía las veces de collar. Un tocado del mismo color que el vestido le cubría parte del pelo, que caía sedoso a lo largo de la espalda.

Con lentitud se acercó a Nalia y le lanzó una profunda mirada, notando cómo su corazón se aceleraba a cada paso que daba.

Nalia no se movió del centro de la habitación. No tenía ni idea de lo que Jaime estaba pensando, por lo que decidió permitirle que fuera él el que diera el primer paso.

— Me gustaría saber el motivo por el que has decidido vestirte como las mujeres castellanas.

— Quizás envolviéndome en las sobrias ropas de las mujeres cristianas aleje a los indeseables castellanos de mi lado.

Una sonrisa taimada curvó los labios de Jaime.

— ¿Es que te han molestado mucho nuestros caballeros?

— No han dejado de hacerlo desde que entraron en Toledo.

El caballero levantó la mano para acariciarle el rostro, pero Nalia volvió la cara.

— Sólo un caballero te molestará a partir de ahora, así que no tienes por qué preocuparte por los demás.

El rostro de la joven se encendió de ira.

— No te acercarás a mí, Jaime. Cuento con la protección de Constanza...

— Ya no. Estás aquí porque yo lo he decidido. Tengo el consentimiento del rey y aquí te quedarás.

— ¡Jamás! En cuanto regresemos a Toledo prepararé mi viaje de vuelta a Sevilla. La reina me lo ha prometido.

Jaime le dedicó una mirada severa y le habló con tono incisivo.

— Nunca saldrás de aquí sin mi permiso. El rey te ha entregado a mí y yo tengo libertad para hacer contigo lo que quiera. Permanecerás a mi lado y harás todo lo que yo te ordene.

Le había traicionado y se merecía un duro castigo. Por el momento, el matrimonio quedaba descartado. Jaime tenía que aclarar muchas dudas antes de dar ese paso. Ahora sería su amante, y Nalia tendría que hacerse a la idea de que no tenía otra alternativa que someterse a él.

— Debes estar loco, Jaime. Sabes perfectamente que soy libre que estoy al servicio de la reina. Tú no puedes cambiar eso. No puedes manejar mi vida a tu antojo.

— Antes no lo habría hecho —confesó con pesar—. Fui a Toledo a buscarte, tal y como habíamos quedado. No estabas: te habías ido con Artal. Cuando llegué a Jaranegra te encontré en sus brazos. Después de esto, ¿crees que mereces alguna consideración por mi parte, algún respeto?

— El viaje a Jaranegra fue una decisión de la reina.

—¡Tú podrías haberte quedado en Toledo si hubieras querido!—gritó consternado—. ¡No estabas obligada a viajar; sin embargo preferiste ir con Jaranegra! ¿Por qué?, ¿acaso para inspeccionar sus tierras, su riqueza, su poder? Estás valorando qué rico castellano te conviene más, ¿no es así? —exclamó con los ojos ardientes de desprecio.

Nalia se apartó de él con desdén. Le dolían sus palabras, sin embargo, no le iba a dar la satisfacción de contarle la verdad. No iba decirle que su corazón se quedó paralizado cuando se enteró de que se casaría con otra. Él no había sido justo con ella, no le había contado la verdad. Si él se lo hubiera dicho, Nalia habría sufrido igual, de eso estaba segura, pero habría sido una demostración de lealtad y ella se habría sentido satisfecha.

— No te olvides de Ismail Bakr...

Jaime reaccionó con ira, tomándola con fuerza del brazo volviéndola hacia él.

— ¡Te dije en una ocasión que no volvieras a pronunciar ese nombre en mi presencia! ¡No me saques de quicio, Nalia; pagarías muy duramente las consecuencias! —la amenazó con ferocidad.

— Ningún castellano me interesa. Lo único que deseo es volver con mi familia.

— ¡No volverás! Tu puesto está a mi lado y aquí te quedarás.

— ¡Pero es que no tienes vergüenza? ¿Piensas tenerme como tu amante aquí, en tu propia casa?

— Has acertado. Estaremos aquí un tiempo. Luego nos trasladaremos a mi propio castillo. Moriel será mío el día de mañana, pero ahora pertenece a mis padres.

— No puedo creer que hables en serio. Tus padres se merecen un respeto. No puedes...

— Ya he hablado con mi familia y saben lo que pretendo —mintió para asustarla—. Soy un adulto, el heredero de la familia aceptan mi decisión.

Nalia estaba atónita. No podía entenderlo. Su padre jamás hubiera consentido semejante falta de decoro. Tampoco los de Moriel, pero ella no podía saberlo.

— ¿Por eso me has instalado en tu habitación? ¿Para tenerme tu entera disposición con mayor facilidad?

— Tengo el permiso del rey, lo que quiere decir que mi acceso ti es total.

Nalia le hubiera abofeteado por su arrogancia, pero no deseaba provocarlo aún más.

— Podrá ser total, pero no placentero. Te advierto que no te daré facilidades.

Una expresión diabólica se reflejó en los ojos verdes del castellano.

— No me hace falta tu permiso para conseguir de ti lo que deseo, y creo que te lo he demostrado en varias ocasiones.

Nalia se volvió con genio e intentó agredirlo.

— Maldito villano...

Jaime detuvo el golpe de su brazo y se lo sujetó a la espalda.

Con la mano libre la tomó por la nuca y la acercó a sus labios. Las protestas de Nalia fueron sofocadas de forma inmediata. Jaime la besó con labios ansiosos y exigentes. Llevaba mucho tiempo anhelando ese beso, anhelándola a ella por completo, y ¡por Dios! que lograría que Nalia le respondiera. Tenía que castigarla derrotándola. Jaime sabía que en el estado en el que se encontraba, eso sería lo que más le dolería, sería la única forma de aplastar su orgullo.

Nalia luchó contra él con todas sus fuerzas. Su furia era tan intensa que en esa ocasión no se concentró en el beso. Su mente estaba puesta en el puñal que tenía en la parte derecha de su cadera.

Tendría que acceder a él con la mano izquierda. Detuvo su forcejeo momentáneamente, con el único fin de engañarlo. Durante unos segundos, Jaime creyó en la artimaña. Fue su instinto guerrero el que le advirtió del peligro. Con increíble rapidez separó a Nalia y la aferró la muñeca que estaba ya muy cerca del puñal.

— ¿Deseabas eliminar a otro caballero castellano? —inquirió con un fulgor de batalla en sus ojos.

Ambos se miraron desafiantes. Sólo Nalia sabía que jamás podría hacerle daño.

— Vuelve a tocarme y lo comprobarás.

Los ojos de Jaime se entrecerraron con expresión perversa y le dedicaron una mirada fulminante.

— Si vuelves a intentar agredirme con un arma, conocerás de lo que soy capaz, Nalia. Quedas advertida.

— ¡No permitiré que me ataques sin defenderme! —gritó Nalia con lágrimas en los ojos.

— No pienses que voy a dejar de reclamar lo que me pertenece.

Con el puñal aún en la mano, Jaime abandonó la habitación dando un portazo.

28

Un golpe en la puerta la asustó. Limpiándose las lágrimas arreglándose la cara se puso alerta, temiendo que Jaime intentara humillarla de nuevo.

Trinidad entró y le sonrió con dulzura.

— Señora, la cena ya está lista. Por favor, bajad conmigo.

— Gracias, pero no tengo hambre. Creo que me acostaré temprano.

La sirvienta meneó la cabeza con desaprobación.

— Permitidme un consejo: no desafiéis en exceso al joven amo. Él os... aprecia y no os desea ningún mal, estoy segura. Si tenéis paciencia no encontraréis otro hombre mejor.

— No me habléis de Jaime de Moriel, por favor. De ninguna manera se merece mi afecto. Él y yo pertenecemos a mundos diferentes. En cuanto salga de aquí, nuestros caminos no volverán encontrarse.

Un gesto de tristeza nubló la expresión de la fiel sirvienta.

— No lo creo, señora.

— Por favor, llamadme Nalia —expresó con un gesto de impaciencia.

— Como gustéis. Ahora bajad conmigo. Si no lo hacéis, mi amo vendrá a buscaros. Además, será una fiesta divertida —añadió tratando de animarla—. Después de la cena actuarán unos bailarines. Habrá música y también juglares que contarán entretenidas historias. Sois joven y tenéis que divertiros. No desaprovechéis estas oportunidades.

Nalia reflexionó durante unos minutos, pensando en las alternativas. ¡No había ninguna! Estaba en casa de Jaime y por ahora tendría que obedecerlo. Era una humillación... De pronto, una idea vino a su mente. Quizás fuera descabellada, pero sería una forma de vengarse de la arrogancia de Jaime de Moriel.

El gran salón estaba agradablemente iluminado. Colocadas sobre los hachones, las antorchas daban luz a la magnífica estancia, y la enorme lámpara de hierro, con repujados brazos llenos de velas, derramaba una luz directa sobre la larga mesa que presidían los reyes y los anfitriones.

Jaime se levantó al ver a Nalia, le ofreció su mano y la acompañó al lugar que ocuparía a su lado.

Mencía, a la izquierda de Jaime, los miraba con curiosidad. Realmente tenía que alabar su gusto. La joven árabe era muy hermosa, y su vestimenta en tonos plateados, impecable.

Tirso la observaba mientras ella hacía el escrutinio de Nalia.

— ¿Sientes celos de la mora? —le preguntó con ojos cargados de preocupación.

La joven viuda le dedicó una tierna sonrisa y le tomó la mano.

— Por supuesto que no, tonto —le regañó con afecto—. Jaime ya es pasado para mí. Ahora sólo me interesas tú. Tan sólo admiraba la belleza y la grácil figura de la joven.

Una radiante sonrisa iluminó el rostro de Tirso de Moriel.

— Para mí no existe mujer más bella que tú.

Tirso y Mencía ya se habían confesado su amor. Pronto anunciarían su boda.

— Has tardado mucho en bajar. ¿Tenías algún problema? —la pregunta de Jaime iba cargada de ironía.

— No tenía hambre, pero Trinidad me convenció de que me convenía asistir a la cena.

— Trinidad me conoce bien.

— ¡No sé en qué se basará para tenerte tanto cariño! —comentó con tono despectivo.

Jaime se acercó a ella y le habló al oído.

— Recuerda que tú también me confesaste tu amor. No pasará mucho tiempo antes de que averigüe qué fue lo que te hizo cambiar tu actitud hacia mí. —Al ver que no le miraba, Jaime decidió captar su atención. Suavemente, depositó su mano sobre el muslo de Nalia y comenzó a acariciarla. Ella volvió bruscamente la cara y lo miró con ojos llenos de condena. Su mano se posó sobre la de él e intentó detenerlo.

— Apártate, Jaime. ¡Por Dios!, estamos rodeados de gente. Se trata de los reyes, de tu familia...

— Estás preciosa, querida. Eres una auténtica tentación para un hombre enamorado. Esta noche...

— ¡No habrá más noches! Lo nuestro ha terminado.

— ¿Eso crees?

La aparición de los juglares interrumpió la conversación de los comensales.

Acompañado de un laúd, un maduro juglar comenzó a recitar las hazañas del Alfonso VI, rey de Castilla y emperador de España. Con precisión y humor fue enumerando las numerosas batallas de las que el rey había salido victorioso, burlándose de las derrotas que los árabes sufrían a manos de los cristianos.

"¿Y las derrotas de los castellanos?", se preguntaba Nalia.

Esas ni siquiera se nombraban.

El juglar terminó su relato con un final picante, provocando la risa y los aplausos de los presentes. Otro juglar entró en escena, empezando su actuación recitando un poema dedicado a las bellas damas presentes, en especial a la reina. Su acertada rima y gentil contenido fueron muy celebrados por todos, cantando continuación la historia de la familia de Moriel y sus héroes.

Escuchando con atención, Nalia no se perdió ninguna palabra de la canción, sobre todo cuando el juglar se refirió en especial a sus héroes más jóvenes, entre los que destacaba por su fuerza y coraje, Jaime de Moriel.

Aplacados los aplausos, el rey miró a Nalia y levantó su copa.

— Espero que no os hayáis ofendido, Nalia. No es esa nuestra intención, y para demostraros nuestra buena voluntad, os invitamos a que nos relatéis algunas de las hazañas de vuestro pueblo.

La sala se quedó en silencio y todas las miradas se centraron en la joven árabe. Nalia se ruborizó, sin embargo, esa era la excusa que necesitaba para castigar a Jaime. Él le apretó la mano con intención de animarla. Este gesto la desconcertó y casi la impulsó abandonar lo que tenía en mente. Entonces recordó la última discusión y se puso en pie. Nalia habló con los músicos y ellos aceptaron acompañar su exposición con la música que ella les pidió.

Ante el asombro de todos los presentes, Nalia, de pie en medio del salón: hermosa, altiva e inalcanzable, se desabrochó de un sólo movimiento la túnica plateada y la dejó caer al suelo. Los espectadores ahogaron una exclamación cuando la bella mora apareció en todo su esplendor, ataviada únicamente con la provocativa vestimenta de las bailarinas árabes. Dos pequeñas piezas bordadas en pedrerías tapaban las partes más importantes de su cuerpo. Los velos transparentes que cubrían el resto exponían descaradamente a la vista de todos, las curvas y los encantos que la adornaban. Nada quedaba a la imaginación, sobre todo cuando la joven empezó a contonearse al ritmo de la música, al mismo tiempo que exponía las glorias de su pueblo. Con enorme maestría adaptaba el baile al relato, alabando las hazañas de los reyes árabes. Glosó la epopeya protagonizada por Abd al-Rahman eI fundador de la dinastía hispano-árabe de los Omeyas. Alabó las hazañas políticas militares del califa Abdul-Rahman III y la derrota que le infligió a los reyes de León y Navarra, y destacó el florecimiento de las artes y de las letras en el Califato de Córdoba durante el reinado de al-Hakam II. Con una perfecta coordinación entre todos los miembros de su cuerpo, Nalia comenzó a recitar de memoria fragmentos sobre el amor y los amantes, del libro de IbHazm "El Collar de la Paloma".

Completamente hechizados por la explosión de belleza y arte que Nalia les estaba ofreciendo, todos los presentes permanecían ajenos a todo excepto a los hipnotizadores movimientos de la hermosa mora. Todos menos Jaime, que no podía creer aún que Nalia se hubiera atrevido a humillarlo con tanto descaro. Si bien sus ojos la seguían con una expresión cargada de deseo, los celos lo cegaban, provocando en su interior una cólera violenta difícilmente controlable. Bruscamente, se incorporó de su asiento, arrancó de las manos de una sirvienta la túnica plateada que había recogido del suelo y en dos zancadas se plantó delante de Nalia.

Concentrada en el baile y en la música, durante unos segundos Nalia no lo vio. Sin ninguna suavidad Jaime la aferró del brazo, le puso la túnica sobre los hombros y la sacó casi a rastras del salón.

Nalia jadeaba y corría mientras trataba de seguirlo sin caerse. Jaime no aminoró el paso, tirando violentamente de ella cuando se quedaba rezagada. De una patada abrió la puerta y la arrastró al interior.

Sofocada por la carrera, Nalia casi perdió el equilibrio cuando él la dejó de un empujón en el centro de la habitación, provocando que la túnica cayera al suelo y apareciera tentadora ante sus ojos.

— ¡Cómo te atreves a humillarme a mí y a mi familia con un escándalo semejante! —chilló fuera de sí.

— Fue el rey el que me lo pidió —contestó Nalia con una calma que estaba muy lejos de sentir.

— ¡El rey te pidió que recitaras algo, no que bailaras desnuda delante de mis invitados!

Nalia retrocedió un paso, asustada. No recordaba haber visto nunca a Jaime tan furioso.

— No estaba desnuda. Esta ropa es naturalmente usada por las bailarinas para interpretar nuestras danzas.

— ¡Maldita sea, no estamos en Al-Andalus, estamos en Castilla! ¿Es que todavía no has apreciado la diferencia entre nuestras costumbres?

— ¡Sí las he apreciado! —chilló ella a su vez—, y las encuentro gazmoñas y tristes. Nosotros disfrutamos de la vida desde la luz, vosotros desde la oscuridad. No hay comparación posible entre esta tierra y la mía.

— ¿Ah, no?

Jaime se acercaba peligrosamente a ella. La habitación estaba oscuras. Solamente la luz de la luna iluminaba parte de ella. No hacía falta tener mucha imaginación para presentir lo que podía pasar de un momento a otro. Nalia no deseaba que sucediese así. Jaime estaba muy enfadado, al borde del estallido, y ella no podría controlarlo, ni siquiera él mismo.

— Estoy demasiado cansada como para ponerme a discutir eso ahora. Por favor, Jaime, vete a tu cuarto —le imploró con voz trémula.

— Olvidas que éste es mi cuarto...

— Entonces me iré yo...

Un estremecimiento la recorrió cuando sintió la pared a su espalda, sin ninguna vía de escape a su alcance. Jaime la acorraló contra el muro y se apretó contra ella, notando dolorosamente cada una de las curvas que él tanto anhelaba.

— Tu sitio está aquí, a mi lado: en mi vida, en mi casa y en mi cama. —Su boca le acariciaba la oreja y el cuello mientras hablaba en susurros—. Eso es un hecho, Nalia, y ya es hora de que lo aprendas tú, mi familia y todo el mundo.

Nalia intentaba esquivarle sin éxito: sus potentes manos se lo impedían a cada intento. Con ademán enérgico le tomó la cara entre sus manos y la besó apasionadamente, acallando cualquier protesta que ella hubiera querido proferir.

— No, Jaime, por favor...

Sus súplicas fueron sofocadas bruscamente cuando de un repentino tirón Jaime desgarró la poca ropa que Nalia llevaba encima.

— Todos los hombres de este castillo estarán deseándote en estos momentos, después de la exhibición con la que los has regalado, pero tú y todos ellos tendrán que aprender que sólo me perteneces a mí.

Fuertemente sujeta contra él, Nalia no podía esquivar ni sus besos ni sus caricias.

¡Era indignante que él la dominara con tanta facilidad!

— Jaime, por favor, calmémonos primero y hablemos...

Una sombra apareció repentinamente detrás de él. Nalia abrió los ojos con pavor e intentó gritar, pero fue demasiado tarde. Un golpe sordo derribó a Jaime y lo dejó inconsciente si no muerto.

Antes de saber quién había sido el intruso, Nalia se agachó y tocó Jaime, comprobando aliviada que aún vivía. Una mano la sujetó salvajemente y la levantó rudamente. Fue en esos momentos cuando la luz que se filtraba por la ventana iluminó a la siniestra figura. Artal Jaranegra le sonreía con cinismo mientras le plantaba los labios de forma brutal sobre los de ella.

Nalia se revolvió furiosa y consiguió apartar su boca.

— Estás espléndida, amor, tal y como me gustará verte cada vez que estés conmigo.

La joven intentó desasirse de su mano sin conseguirlo. Trató de pensar con rapidez antes de que ese loco le hiciera algún daño. Estaba prácticamente desnuda y no llevaba armas. La ballesta cargada estaba en su cofre. Siguiendo los consejos de Ahme, siempre tenía las armas listas para disparar. Tenía que recurrir a la astucia; no le quedaba otra salida.

— ¿Qué quieres, Artal? ¿Es que te has vuelto loco? El rey esta aquí, con muchos caballeros y soldados. No podrás salir de este castillo.

Artal se echó a reír.

— La fiesta continúa. Estoy seguro de que a estas horas ya deben estar todos borrachos. Nadie te echará de menos hasta mañana, y estoy seguro de que todos pensarán que has sido tú la que has herido a Jaime para escapar de él.

— Pero pronto averiguarán que me mantienes prisionera en tu casa...

— No te llevaré a Jaranegra, amor, sino a un sitio mucho más lejano. Ten por seguro que allí nunca te encontrarán.

— No puedes...

Artal tiró de ella con impaciencia.

— ¡Basta de charla! Ponte algo de ropa y salgamos de aquí.

Ignorando la túnica caída en el suelo, Nalia se dirigió hacia el cofre. Artal permaneció donde estaba, extasiado ante la visión que ofrecía Nalia bajo la luz de la luna.

Esa distracción la benefició. Agachándose ante el cofre, sus manos tocaron el arma. Calculó la distancia en pocos segundos con un rápido movimiento Nalia se giró y disparó la ballesta certeramente. Con los ojos desorbitados, Artal se llevó la mano a la flecha que le atravesaba el hombro derecho.

— Me has matado... —murmuró sin apenas voz.

— ¡No seas un quejica cobarde! Sólo estás herido. Si hubiera querido matarte no habría fallado. Eres un fanfarrón despreciable y te mereces un buen castigo; tienes suerte de que yo no vaya por ahí matando a la gente.

Pálido y a punto de desmayarse, Artal retrocedió, se apoyó contra la pared y se resbaló hacia el suelo.

La herida le sangraba y él gemía. No era grave, pero tenía que ser curada cuanto antes.

— Artal, ¿viniste solo?

Él negó con la cabeza.

— Mi... primo Hernán... me está esperando en el portillo... del este —contestó con dificultad.

Nalia se anudó la túnica y salió al corredor. Llamó a un lacayo que se disponía a bajar la escalera y le pidió que avisara a Sancho, el ayo de Jaime.

Lo esperó en la puerta y lo hizo entrar. La luz de unas velas iluminaba ya la habitación. Al ver a los dos hombres en el suelo,

Sancho miró a Nalia con ojos cargados de terror.

— ¿Qué ha sucedido? —preguntó agachándose al lado de Jaime.

La joven le explicó todo y el veterano caballero comprendió al instante.

— Jaime no sabe quién lo ha atacado y creo que para evitar un enfrentamiento entre las dos familias es mejor que no averigüe la verdad —sugirió Nalia.

— Es un razonamiento inteligente, Nalia. Si llega a enterarse de que Artal le atacó para raptarte lo desafiaría inmediatamente. Nadie podría impedir que uno de los dos muriera.

Nalia miró al caballero, asustada.

— Entonces tenemos que evitarlo guardando el secreto. No quiero que Jaime sufra ningún daño por mi culpa. Sabes que lo amo, ¿verdad? Por favor, ayúdame.

Sancho la tranquilizó, luego tomó a Jaime en sus brazos y lo depositó cuidadosamente sobre la cama.

— Por mí no lo sabrá, Nalia. Pero ¿cómo vas a explicarle lo que ha sucedido esta noche?

La joven reflexionó durante unos segundos antes de contestar.

— Me echaré la culpa. Lo creerá. Estaba muy enfadado y yo trataba de defenderme de él —le explicó ruborizándose.

— Muy bien. Inténtalo si quieres. Puedes contar con mi silencio. Lo que no te garantizo es que Jaime te crea.

Mientras Nalia vigilaba el corredor, Sancho cargó a Artal y se deslizó por una sinuosa escalera que daba al exterior. Hernán se asustó al ver al caballero de mayor confianza de Jaime cargando con su primo.

— Llevaos a este cerdo de aquí y no volváis a pisar estas tierras. Si lo hacéis yo mismo me encargaré de mataros a los dos.

Un gemido de dolor salió de los labios de Artal cuando Sancho lo cruzó sobre el caballo.

— Dirigíos a la posada del camino del norte. Allí le curarán la herida.

Nalia se vistió y preparó unas infusiones para intentar reanimar a Jaime. Con un paño mojado en agua le humedeció la frente y él comenzó a mover la cabeza. Ella le susurró palabras tranquilizadoras. La suavidad de su mano y el dulce tono de su voz le hicieron volver en sí. Abrió los ojos y vio a Nalia sonriéndole.

Durante unos minutos no entendió nada de lo que estaba sucediendo. Fue la aparición repentina del recuerdo de lo que había pasado esa noche en el salón lo que le hizo fruncir el ceño y mirar Nalia con recelo.

— ¿Qué ha pasado? Alguien me golpeó.

La aflicción se reflejó en los ojos de la joven.

— Lo siento, Jaime, pero tuve que hacerlo. Estabas trastornado, sin control...

— ¿Que has osado atacarme otra vez? —inquirió intentando incorporarse. Fue imposible: un agudo dolor de cabeza lo postró de nuevo.

— Quédate tranquilo, Jaime. Te daré una pócima para que se te quite ese dolor.

— ¡No tomaré nada que provenga de ti. No me extrañaría que quisieras envenenarme!

Nalia se rió.

— No seas ridículo. Has estado a mi merced durante tu inconsciencia. De haberlo deseado, a estas horas estarías muerto. Por favor, bébete esto y te encontrarás mucho mejor.

Tocándose la frente con un gemido, Jaime supo que no tenía alternativa.

— ¡Muy bien. Dame ese maldito brebaje! —exclamó con aspereza—. Prefiero morir a soportar este dolor.

Al poco rato estaba dormido.

Nalia se sentó en un sillón al lado de la cama, vigilando cada uno de sus movimientos. Jaime durmió tranquilo, bajo los efectos de la pócima. Ese descanso le vendría bien. A la mañana siguiente se encontraría mucho mejor.

Los rayos del sol la deslumbraron cuando llegó la mañana.

Había estado despierta durante la noche. Casi al alba, el sueño había terminado por vencerla. Nalia se incorporó y se apartó del sol, intentando fijar la vista sobre la cama. ¡Estaba vacía!: Jaime ya no se encontraba en la habitación.

Se alegró de que ya estuviera bien. Lo que la preocupaba era su estado de ánimo. Tenía miedo de que no la perdonara. Tras arreglarse un poco, se dirigió a los aposentos de la reina.

Constanza todavía no se había vestido y Nalia la ayudó. Al notar el silencio de la joven, Constanza la miró, inquieta.

— ¿Te ocurre algo, Nalia?, pareces muy seria.

— Siento haber ofendido a la familia de Moriel con mi imprudencia.

Constanza le sonrió.

— Todos comprenden que tú perteneces a otra cultura. La danza que bailaste y lo que recitaste fue muy bonito. A todos nos gustó mucho.

— Menos a Jaime.

— Si los celos no lo hubieran cegado, habría admirado la belleza del espectáculo.

Las palabras de la reina la tranquilizaron. Ella sabía que lo que había interpretado era hermoso, aunque demasiado atrevido sensual para la rigidez de la sociedad castellana.

Durante la mañana buscó a Guiomar, la madre de Jaime. Finalmente la encontró en el salón dándole órdenes a los sirvientes.

— Cuando estéis libre de obligaciones, ¿podríais concederme unos minutos?

Guiomar la miró sorprendida. Al ver la expresión preocupada de la joven mora, le dedicó una dulce sonrisa.

— Claro, querida. Por favor siéntate a mi lado —dijo señalándole unos de los sillones colocados delante de la chimenea.

Nalia estaba nerviosa. Esa mujer era la madre de Jaime, la dama del castillo y la anfitriona. ¿Qué pensaría de ella?

— Siento mucho lo que ocurrió anoche, señora. Yo... bueno, no quería ofenderles...

— ¡Pero por supuesto que no lo hiciste! —exclamó con una benevolencia que a Nalia cogió por sorpresa—. Comprendemos que vuestras costumbres son diferentes y que lo único que trataste de hacer era deleitarnos con lo mejor de vuestros bailes. Nosotros nos regimos por otras normas, eso ya lo sabes, pero no tenemos por que rechazar el arte de otras culturas.

El alivio de Nalia fue notorio.

— Eres tú la que tienes que perdonar la reacción de mi hijo—continuó Guiomar ante el asombro de Nalia—. Es joven e impulsivo y ... creo que todo lo que tiene que ver contigo le afecta demasiado.

— Puede ser. De todas formas, creo que debo pedirle perdón. ¿Sabríais dónde está?

Guiomar guardó silencio durante unos instantes, demorando propósito lo que tenía que decir.

— Me temo que no está aquí. Partió esta mañana muy temprano hacia su castillo, a una jornada de aquí. Lo recibió como presente del rey en agradecimiento por haberle salvado la vida en Zalaca. Tiene buenas tierras y Jaime no había tenido tiempo de inspeccionarlas bien.

Presa de la más profunda decepción, Nalia se dio cuenta en esos momentos de la magnitud de la ofensa que había infligido Jaime. ¿Llegaría él a perdonarla algún día? Guiomar sintió su disgusto.

— ¿Cuándo volverá? Pronto regresaremos a Toledo y deseaba disculparme.

— No lo dijo, aunque sabiendo que tú estás aquí, no tardara mucho en regresar.

Nalia agradeció las palabras de ánimo. No obstante, una siniestra intuición le anunció que Jaime no volvería mientras ella estuviera allí. Estaba furioso y su orgullo herido tardaría mucho tiempo en curar, si es que sanaba alguna vez. Lo que no entendía era por qué había abandonado también a su prometida. Mencía no tenía culpa de nada.

Los caballeros estaban entrenando en el patio de armas. Los más veteranos enseñaban a los más jóvenes, exigiéndoles las técnicas más efectivas y riñéndolos sin moderación cada vez que fallaban.

Nalia vio a Sancho al fondo del patio. Tenía la espada en la mano y le estaba dando instrucciones a uno de sus alumnos. Se acercó a él para hacerle algunas preguntas. No le gustaba interrumpir, pero en esa ocasión necesitaba respuestas.

— Acabo de enterarme que Jaime no está aquí. Pensé que todos vosotros habríais partido con él.

Sancho se apartó un poco, alejando a Nalia de la zona de los entrenamientos.

— Álvaro, Lope y Alonso le han acompañado. Yo tengo un nuevo trabajo y debo permanecer aquí.

— Siento tanto lo que ocurrió... —lamentó afligida—. Jaime no me perdonará.

— Tú no tuviste la culpa. Artal es un loco temerario y un imbécil. De no haber sido por él, estoy seguro de que Jaime y tú habríais solucionado vuestros problemas.

— No sé si algún día nos pondremos de acuerdo —comentó con desaliento.

— En cuanto dejéis de comportaros como niños —la amonestó el fiel caballero—. Ambos sois testarudos y orgullosos. Sólo desde la humildad del reconocimiento de vuestro mutuo amor conseguiréis ser felices.

Nalia se sintió emocionada ante la ternura de Sancho.

— Me temo que eso es muy difícil, si no imposible.

Pasó una semana y Jaime no apareció. Nalia estaba triste, apenas participaba en las actividades y fiestas que se organizaban en el castillo. Atendía a la reina y le hacía compañía, pero en cuanto tenía una oportunidad se aislaba en su dormitorio o daba largos paseos en solitario.

Una radiante mañana de principios de verano, Nalia se disponía a dar un paseo por los alrededores cuando oyó que alguien la llamaba. Se giró para ver de quién se trataba y vio a Mencía dirigirse hacia ella.

— ¿Vas a dar un paseo?

— Sí.

— ¿Te importa que te acompañe?

Nalia la miró extrañada. No entendía lo que pretendía esa mujer. Durante el tiempo que llevaba en el castillo de Moriel apenas se habían visto, y cuando habían coincidido casi no habían hablado.

— Claro que no.

Tras observar la tristeza y abatimiento que nublaban la luz de los ojos de la mora, Mencía se había decidido a charlar con ella. Era evidente que Jaime y Nalia habían reñido, pues el caballero había desaparecido del castillo al día siguiente de llegar. Había visto claramente el amor que los unía, a pesar de la ofuscación de los dos jóvenes, y había decidido ayudar a Nalia si ella se lo permitía, o por lo menos consolarla.

Las flores, que llenaban el campo todavía verde, despedían una agradable fragancia. El sol era radiante, y ambas jóvenes se sintieron acariciadas por los agradables rayos.

— Me gustó mucho la danza que interpretaste la noche del banquete. Fue muy bella.

Nalia la miró complacida.

— Gracias..., aunque al parecer no le agradó a todo el mundo—comentó con una nota de tristeza.

— ¿Te refieres a Jaime? ¡Oh!, no le hagas caso. Simplemente se dejó llevar por los celos. Estoy segura de que en el fondo apreció tu hermosa interpretación.

Nalia estaba atónita. Mencía hablaba como si Jaime no le importara.

— ¿Y a ti no te afectó su reacción? Bueno... quiero decir que... como estáis comprometidos...

— ¿Comprometidos? Nada de eso. Efectivamente, voy a entrar a formar parte de la familia de Moriel, pero el hombre con el que me voy a casar es con Tirso de Moriel, primo de Jaime.

La perplejidad inicial de Nalia se convirtió en alegría. Había estado equivocada. Jaime no estaba comprometido. Pero, ¿cómo no lo había sabido antes?

— Pero yo creí y todos creían...

— Debo decir que lo que has oído tenía un cierto fundamento. Como ya sabrás, soy una viuda rica, pariente lejana de la familia de Moriel y todos pensaron que le vendría muy bien a la familia y también a mí arreglar un matrimonio con el heredero. A mí me gustó la idea —confesó sin pudor—. Jaime es un hombre guapo y valiente. Es noble y con muchas propiedades. Me atrajo enseguida e intenté conquistarlo. No logré seducirlo y menos enamorarlo —reconoció con una naturalidad que asombró a Nalia—. Al principio no lo entendí. No soy fea y creo que tengo suficientes encantos como para conquistar a un hombre —afirmó con sinceridad—, hasta que más tarde escuché rumores que se referían a ti. Jaime tenía su corazón ocupado. Estaba enamorado de ti, Nalia. Lo oí entonces y lo sé ahora. En esas condiciones, yo jamás tendría una oportunidad.

Nalia la escuchaba con atención. Su corazón saltaba de gozo, apareciendo en sus ojos un brillo que había desaparecido hacía tiempo.

— Al principio sentí una gran desilusión —continuó la joven viuda—, pero, afortunadamente, apareció Tirso y me colmó de atenciones. Es un hombre bueno y valiente. Me quiere y yo me he enamorado de él. Muy pronto anunciaremos nuestra boda.

En un arranque de alegría, Nalia se volvió y abrazó a Mencía.

— Gracias por confesarme la verdad. He estado equivocada y he hecho sufrir a la persona que más amo en el mundo. Le he ofendido y él se ha alejado de mí desilusionado. No sé si lograré que Jaime vuelva a mí, pero voy a intentarlo por todos los medios.

— Muy bien, Nalia. Pese a que los hombres son muy orgullosos cuando se sienten ofendidos, Jaime te quiere. Sería una pena que destruyerais un amor tan profundo como el vuestro.

No había tiempo que perder. Corriendo, volvió al castillo. Su felicidad estaba en juego. Jamás volvería a ponerla en peligro.

29

Al enterarse de la próxima partida de Nalia, Sancho se preparó para acompañarla.

— No hace falta, Sancho. Un destacamento de soldados vendrá conmigo.

— Sólo cumplo con mi trabajo.

— Pero...

— Te estaré esperando en el patio con los caballos listos.

Nalia lo agradeció. Con Sancho siempre se encontraba segura. Isolina llamó antes de entrar en el cuarto de Nalia.

— Nos ha anunciado la reina que tienes que marcharte. ¿Puedo ayudarte con el equipaje?

— Muchas gracias, Isolina, pero estaré ausente sólo dos días llevaré poca ropa.

— Si necesitas a alguien puedo acompañarte —se ofreció la joven castellana con candor—. Te estoy muy agradecida por todo lo que has hecho por mí.

Nalia sonrió a la joven.

— Ha sido un placer ayudarte.

— Gracias a ti pude salir de Jaranegra. Ahora te estoy doblemente agradecida porque gracias a este viaje he tenido la oportunidad de conocer a Lucas de Moriel.

Nalia dejó lo que estaba haciendo y miró fijamente a la joven.

— ¿Lucas de Moriel?, ¿el hermano de Jaime?

— Sí, es muy agradable. Ambos estamos muy a gusto juntos.

Nalia rió con ganas. ¡Un de Moriel y una Jaranegra! ¡Quién lo hubiera pensado...!

— Me alegro por los dos, Isolina. Lucas es un buen muchacho tú serás para él una excelente compañera.

— Si necesitas algo y yo puedo ayudarte... o si deseas que te acompañe...

— Gracias, querida: este viaje he de hacerlo sola. Vendrá conmigo solamente una escolta de soldados y Sancho, un caballero amigo.

Montada sobre "Joya", la yegua gris que le había regalado Jaime, Nalia, al lado de Sancho y rodeada por los soldados, abandonó el castillo de Moriel para dirigirse hacia Zamora, lugar donde se encontraban las tierras de Jaime. Aunque era muy temprano cuando salieron, ya se vislumbraba en el horizonte un maravilloso cielo azul. El bello amanecer castellano animó a Nalia, así como el espectáculo del variado paisaje. Mientras los caballos cabalgaban a un trote continuo para poder llegar en el día, Nalia miraba de un lado a otro disfrutando de los pinos que cuajaban los montes, de los olivares, de los viñedos y de los profundos barrancos que dejaban a un lado del camino.

Se sentía viva, alegre, ilusionada... Respiraba hondo para captar las fragancias de los arbustos del campo: el romero, el espliego y el tomillo. Todo le parecía bonito, y su corazón saltaba esperanzado por su inminente encuentro con Jaime.

Temía su reacción, pero se resistía a pensar en ello. Jaime la quería y la escucharía.

A mitad de camino hicieron un alto para descansar y dar de beber a los caballos. Nalia paseó por la ribera del río, jugueteando distraídamente con las largas ramas de los sauces mientras cavilaba acerca de lo que podría ser su nueva vida al lado de Jaime.

Era ya muy entrada la noche cuando atravesaron el portón y se adentraron en el patio del castillo. Varios sirvientes se acercaron corriendo para ayudarles. El castillo siempre estaba preparado para recibir a los viajeros que necesitaban albergue.

Guiada por una sirvienta, Nalia atravesó la sólida puerta que aislaba la torre del exterior y se introdujo en la gran sala. Los soldados se habían retirado directamente a sus alojamientos, Sancho prefirió retrasarse, permitiendo que Jaime y Nalia se encontraran a solas.

El amplio salón estaba casi en una total oscuridad. La zona de la chimenea, ahora apagada por ser verano, permanecía en penumbra. Solamente la larga mesa aparecía iluminada con varios candelabros.

Su corazón dio un vuelco al ver a Jaime sentado a la cabecera de la mesa mientras un lacayo le servía vino. Sus hombres lo acompañaban.

Ensimismado en los mismos pensamientos que últimamente no le daban paz, Jaime tardó en prestar atención cuando la sirvienta le llamó.

— Mi señor, hay aquí una dama que desea verle.

Nalia salió de la oscuridad y dio unos pasos hacia la mesa. Los caballeros de Jaime se pusieron en pie y la saludaron con afecto.

Jaime no podía creerlo. Era un sueño. La imagen de Nalia torturaba tanto su mente que debía ser una artimaña de su imaginación.

— Buenas noches, Jaime. Siento interrumpir tu cena.

En contra de su voluntad, su corazón latió con violencia, acogiendo con alegría la presencia de la mujer que amaba. Sin embargo su expresión no se correspondía con ese gozo interior. Una sombra de rencor oscureció el verde de sus ojos, lanzándole a Nalia una mirada llena de inquina.

No vio a nadie que la acompañara.

— ¿Con quién has venido y por qué?

Su tono frío le heló el corazón.

— Sancho y un grupo de soldados me han acompañado, y he venido para verte, para pedirte perdón.

Álvaro, Lope y Alonso carraspearon azorados y pidieron permiso para retirarse. Una vez que el sonido de los pasos de los caballeros se alejó, Jaime volvió a taladrarla con una tensa mirada.

— La última vez que intentaste agredirme te hice una advertencia. No la tuviste en cuenta y osaste golpearme hasta hacerme perder el conocimiento. No mereces mi perdón y no lo tendrás —declaró imperturbable—. Aunque tarde, he descubierto que no eres digna de mi amor.

No habría sentido tanto dolor si la hubieran atravesado con una flecha. De todos modos, ese no era momento para lamentaciones y decidió luchar. Ella era la culpable y sería la encargada de buscar una solución al conflicto que los mantenía apartados. Jaime y ella estaban enamorados y tenían que estar juntos.

Nalia enderezó la espalda y se acercó más a él.

— Yo creo que sí lo soy, como tú lo eres del mío —puntualizó expresando su desacuerdo—. Soy una mujer agradable físicamente, educada, rica y te amo. Tú eres guapo, valiente, inteligente y me amas...

— Ya no. Mi corazón ha sufrido una gran decepción y ahora está muerto.

Un destello de tranquila rebeldía iluminó los ojos de Nalia.

— Mientes, Jaime. Tu corazón ha saltado de alegría al verme, lo mismo que el mío al verte a ti. Lo supimos desde aquel primer desafortunado encuentro, aunque no quisimos reconocerlo hasta mucho después. Es inútil que me lo niegues ahora a mí o que te lo niegues a ti mismo; sabes perfectamente cuál es la verdad.

Desgraciadamente, lo sabía y lo sufría, mas esta vez la coraza protectora no permitiría la salida a ninguno de sus sentimientos.

— No amaré a una mujer de la que no puedo fiarme. Necesito lealtad y confianza, y tú has sido incapaz de demostrármelas.

Nalia se sintió ofendida. Había aprendido desde pequeña a ser leal, fiel y honesta; por el contrario, Jaime la consideraba incapaz de ofrecer tales virtudes.

— Las circunstancias han sido siempre muy injustas con nosotros, y en muy pocas ocasiones hemos podido dejar aflorar nuestros sentimientos —dijo con pesar—. Yo soy muy leal a las personas que amo.

Jaime hizo una mueca desdeñosa, no creyendo lo que Nalia estaba diciendo. Intentó levantarse de la mesa, pero Nalia puso la mano sobre su hombro y le rogó que la escuchara.

— Nunca te he traicionado, Jaime.

— No estabas en Toledo cuando fui a buscarte. Te habías ido con Artal —le recordó él con rencor.

— Artal goza de todo mi desprecio, te lo aseguro. Acompañé la reina porque me habían dicho que te ibas a casar con Mencía de Zúgel. Mi corazón se desgarró con la noticia. Lloré y sufrí mucho —confesó. Jaime permanecía quieto, sintiendo cada una de sus palabras. Se negaba a conmoverse, sin embargo lo que contaba Nalia tenía bastante lógica—. Cuando fui capaz de reaccionar, la ira me cegó. No te perdonaba que no me lo hubieras contado tú mismo. Fue entonces cuando decidí viajar a Jaranegra.

— ¿Fue Artal el que te dio la noticia? —preguntó aún con dudas.

— No pudo soportar que yo permanecería en Toledo para esperarte. Se enfadó mucho y me lo dijo. No le creí. Nunca me fio de él. Hice indagaciones y todos parecían suponer lo mismo que él me había contado —continuó, recordando aún con dolor aquellos desgarradores momentos—. Ha sido en tu casa donde he sabido que nunca tuviste la intención de casarte con Mencía.

Jaime se levantó y comenzó a pasearse por el salón. Estaba nervioso, desconcertado, confuso... La quería más que nunca, la deseaba con desesperación y todo su ser clamaba por ella, pero... ¡No!, no podía perdonarla. Su dolor era muy reciente. Su abandono, la humillación, su ataque... ¡Era increíble! De haber sido un hombre, la ofensa que ella le había infligido la pagaría con la muerte.

— Si me querías tenías que haber esperado y preguntarme a mí.

Nalia se esforzó por contener las lágrimas. Era muy importante que permaneciera serena para convencerlo de que la perdonara.

— Lo sé ahora, pero en esos momentos tu engaño me enloqueció. Tendría que haberme quedado y esperarte. Tú me habrías explicado la verdad y nada de esto habría ocurrido —reconoció acongojada— Lo siento, Jaime. Cometí un error; por favor, perdóname —le suplicó con los ojos cargados de lágrimas que, a pesar de su lucha, no tardarían en derramarse.

Jaime la miró con severidad. Su corazón aún permanecía endurecido.

— Todos tenemos arrebatos —reconoció justificando un poco la acción de Nalia—, pero no puedo perdonarte que me golpearas.

— No fue mi intención... Tú estabas furioso. Jamás te había visto así...

— Yo nunca te hubiera golpeado.

Nalia movió la cabeza en un gesto de desesperación.

— De eso estoy segura, y yo tampoco...

En esos momentos entró Sancho en el salón, interrumpiendo la conversación que mantenían los dos enamorados.

— Parece que te tomas tu nuevo trabajo muy a pecho —comentó Jaime en tono irónico.

Sancho se acercó a la mesa y se sirvió una copa de vino.

— ¿Así es como recibes a tu viejo ayo?

— Sabes que siempre eres bienvenido en mi casa. Come y bebe lo que desees.

La sirvienta apareció en cuanto él la llamó y le ordenó que trajera una buena cena a sus invitados.

Nalia no tenía hambre, pero se quedó para intentar de nueva la reconciliación. Quizás con Sancho delante lograra ablandar Jaime.

No fue así. Jaime se interesó por lo que ocurría en el castillo de Moriel y no volvió a dirigirle la palabra. Sancho habló distendidamente sobre las últimas noticias, intentando incluir Nalia en la conversación. No fue posible y ella prefirió retirarse. Al parecer todos sus intentos para convencer a Jaime de que volviera con ella habían sido inútiles. A partir de ahí, todo lo que hiciera sería una pérdida de tiempo.

Una sirvienta la acompañó hasta la habitación. Estaba desolada, hundida, sin esperanzas de volver a recuperar la felicidad. A pesar de todo decidió quedarse unos días. Tenía que volver intentarlo. Si en ese tiempo no lograba que Jaime la perdonara, se alejaría de él para siempre.

No tuvo ninguna oportunidad de hablar con él de nuevo. A la mañana siguiente Jaime se había marchado y nadie sabía cuándo volvería.

Sancho golpeó la mesa furioso al enterarse de la noticia.

— ¡Maldito cabezota! Si estuviera aquí lo mataría a puñetazos.

Nalia se sumió en el silencio, doliéndole profundamente que Jaime no le diera alternativa. Había esperado otra oportunidad. Aparecer el orgullo de Jaime había cerrado su corazón a todo sentimiento que no fuera el rencor.

Un día y medio había tardado Jaime en llegar al castillo de su tío Guzmán. Su hermano Lucas lo dirigía, pero en esos momentos estaba en Moriel, junto con los demás miembros de la familia, agasajando al rey.

Le avergonzaba reconocer que había huido de su castillo para alejarse de Nalia. Sabía que de haber permanecido allí habría sucumbido a sus propios sentimientos. Al enterarse de las razones de Nalia para abandonar Toledo, había estado a punto de perdonarla. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no estrecharla fuertemente entre sus brazos. Sus sentimientos por ella seguían intactos, a pesar de su osadía. De permanecer a su lado, su determinación flaquearía, lo que supondría un consentimiento a los caprichos de Nalia.

De ninguna manera le convenía una mujer rebelde que no aceptaba las reglas más elementales de la sociedad, como era el respeto y la obediencia que se le debía a un marido.

Acostumbrado a la actividad, Jaime echaba una mano en el castillo, patrullando con sus caballeros cada día los alrededores proporcionando para la casa la caza que podían conseguir.

Por la noche, después de la cena, el grupo de hombres se divertía bebiendo y entonando canciones populares. Jaime solía mostrarse taciturno, sin mucho ánimo para juergas, pensando en lo diferente que habría sido su vida si Nalia se hubiera mostrado sumisa y obediente, como tantas mujeres que él conocía. Se enfurecía cada vez que pensaba en ella. La consideraba testaruda, caprichosa, osada, rebelde... todos los defectos que no se tolerarían en una mujer. En cambio, cuando se mostraba cariñosa... ¡No! ¡No se dejaría convencer por los escasos momentos placenteros que ella le había proporcionado!

— ¿No te unes a nosotros, Jaime? ¿Todavía pensando en la bella Nalia? —le preguntó Lope con sonrisa burlona.

Jaime le lanzó una mirada venenosa.

— No creo que te importen mis asuntos personales.

— Al contrario —respondió el caballero alegremente—, nuestro bienestar o incomodidad dependen de tu estado de ánimo.

— Tiene razón Lope —intervino Álvaro—. No puedes seguir así. Soluciona de una vez tus problemas con Nalia y todos nos sentiremos más relajados.

Las verdades casi siempre ofenden, y Jaime comprendió que sus amigos tenían razón. Desde que había conocido a Nalia era un hombre diferente. Esa mujer se había convertido en el centro de su vida. La amaba con desesperación, y a pesar de todo lo que había sucedido, él no podía vivir sin ella. Nalia era maravillosa cuando se lo proponía, y... bueno, él también había cometido errores y no siempre se había comportado con la gentileza que se le suponía a un caballero. Nalia le había golpeado, a pesar de sus advertencias, pero también era cierto que ella sólo había tratado de defenderse. La noche del baile se volvió loco de celos y la atacó de la peor forma que se puede atacar a una mujer. Sin embargo ella había viajado hasta su castillo para pedirle disculpas y reiterarle su amor por él.

¡Cómo había podido ser tan tonto de desaprovechar esa oportunidad...!

Levantándose bruscamente del sillón, Jaime se dirigió a sus caballeros impartiéndoles nuevas órdenes.

— ¿Volver mañana otra vez? —preguntó Alonso, sin entender el humor cambiante de su jefe.

— Sí, mañana al amanecer.

— Una decisión muy acertada, Jaime —afirmó Lope con satisfacción.

Jaime inició la marcha al galope. Apenas había dormido, antes de que amaneciera ya estaba ensillando los caballos para partir cuanto antes. El bonito paisaje veraniego les fue

completamente ajeno a los veloces jinetes. Repentinamente, un miedo se había apoderado de Jaime, temiendo que lo más importante que le había sucedido en la vida se desvaneciera por su propia estupidez.

El tiempo tardado en volver se redujo en varias horas. De regreso en el castillo, Jaime saltó del caballo con agilidad y entró corriendo en el salón. Su rostro, esperanzado hacía unos momentos, se contrajo de aflicción al comunicarle una sirvienta que la señora su séquito habían partido por la mañana.

Los caballeros se disponían a entrar en la casa cuando lo vieron aparecer de nuevo.

— Nalia y Sancho han partido esta mañana. Nos llevan unas horas de ventaja. Los alcanzaremos.

— Pretendes que... —inició Álvaro.

— Cojamos caballos de refresco. No hay tiempo que perder. —

Jaime sabía muy bien que Nalia contaba con la ayuda de la reina. Constanza se encargaría de que volviera al lado de su padre. Si Nalia conseguía llegar a Sevilla, él no volvería a verla jamás. Sólo de pensarlo lo atenazó el terror, sintiendo cómo la sangre le martilleaba dolorosamente en las sienes.

Convencidos de que Jaime se estaba volviendo loco, los tres caballeros le siguieron, y en pocos minutos estaban galopando de nuevo a una velocidad que muy bien se podría considerar de suicida.

Durante varios días, Nalia había vivido con la esperanza de que Jaime la perdonara. Un amor como el que ellos se profesaban no podía terminar así, por un malentendido que ella no podía explicar. Desafortunadamente, no fue así. Triste, y con la sola compañía de Sancho, que procuraba distraerla con relatos y paseos, Nalia comprendió que el orgullo de Jaime jamás sería quebrantado por la debilidad del amor.

Su espera fue agónica e inútil. Definitivamente, su relación había terminado, y ella ya no tenía nada que hacer en Castilla. Para el desamor, lo mejor era la distancia. Era el único recurso que le quedaba para olvidar a Jaime de Moriel. Respecto a la promesa del Cid de desenmascarar a los Jaranegra, no tenía duda de que podría conseguirlo perfectamente solo. Al fin y al cabo era altamente improbable que ella pudiera ayudarlo.

Habían cabalgado al trote durante varias leguas. Hacía calor, por lo que hubo que parar en la ribera de un río para refrescarse dar de beber a los caballos. Más adelante, a la sombra de un bosque de fresnos, se detuvieron de nuevo para comer. Con la espalda apoyada en un árbol, Nalia disfrutó de la comida, rememorando con nostalgia las veces que Jaime y ella habían viajado juntos. Esos viajes habían sido más bien desafortunados, pero habían estado juntos.

Para su desgracia, eso jamás ocurriría a partir de ahora.

Sus ojos, cargados de melancolía, se negaban a apreciar el bello paisaje. Su corazón estaba muerto, incapaz de valorar la magnificencia de la naturaleza y el enorme valor de la vida. Jaime de Moriel era su vida. Sin él su existencia no tendría sentido.

A un paso más relajado debido al calor, el grupo de Nalia acortaba lentamente la distancia que los separaba de Moriel. Muy pronto llegarían y Nalia prepararía rápidamente el equipaje para viajar a Sevilla, de donde jamás volvería.

Jaime los divisó a lo lejos, sintiendo un enorme gozo en el corazón. Poniendo de nuevo su caballo al galope se adelantó a sus caballeros. Sancho oyó el ruido de los cascos de los caballos y se detuvo, ordenando a los soldados que acompañaban a Nalia que siguieran adelante. No tardó mucho en reconocer a Jaime y a sus hombres, sintiendo un gran alivio. El ansioso caballero pasó a toda velocidad a su lado sin detenerse. Sancho estalló en carcajadas, burlándose con regocijo de la vehemencia de su pupilo.

Provocando una nube de polvo al detener bruscamente al animal, Jaime saltó a tierra con un ágil movimiento y se precipitó hacia la yegua de Nalia. Impactada todavía por la súbita aparición de Jaime, Nalia lo miraba atónita, temiendo su brusca reacción, completamente ajena a sus intenciones.

Jaime se detuvo durante unos instantes y la miró fijamente.

Con un rápido ademán la tomó por la cintura sin pronunciar una palabra y se adentró, llevándola de la mano, en un bosquecillo de álamos. Nalia no entendía nada de lo que estaba sucediendo. Con dificultad le seguía los pasos arrastrada por él. Tras un corto recorrido, llegaron a un claro rodeado de árboles. Allí, Jaime la apoyó contra el tronco de un árbol y clavó sus ojos en los de Nalia.

— ¿Prometes no volver ni siquiera a intentar golpearme jamás?

Aún jadeante, Nalia contestó con rotundidad.

— Lo prometo.

— ¿Prometes no volver a abandonarme?

— Lo prometo.

— ¿Prometes casarte conmigo?

— Lo prom... ¿cómo has dicho? —No podía creerlo. Jaime, un caballero noble cristiano, le estaba pidiendo matrimonio. Mucho debía amarla para saltarse las estrictas normas de la sociedad castellana.

— Me has oído perfectamente. ¡Prométemelo!

Nalia le dedicó su sonrisa más radiante.

— Lo prometo, amor mío. Será un honor para mí convertirme en tu esposa.

Jaime se arrimó a ella hasta rozar cada parte de su cuerpo, sin dejar de mirarla con ojos cargados de amor. Su boca acarició la de Nalia con suavidad, volviéndose sus labios más exigentes conforme profundizaba más el beso. Nalia le respondió con pasión, aferrándose a él con fuerza, intentando demostrarle la intensidad de sus sentimientos.

— Te quiero, Nalia —susurró depositando cálidos besos en su exquisito cuello—. Por favor, no vuelvas a darme otro disgusto.

Nalia le tomó la cara entre sus manos y lo miró con una avidez que lo hizo temblar.

— Nunca te haría daño a propósito, Jaime. Entre nosotros ha habido peleas y malentendidos, pero nunca odio. Estoy segura de que algún día hablaremos de ello sin exaltarnos. Ahora limitémonos a amarnos, por favor...

Jaime la estrechó de nuevo, demostrándole una vez más su amor.

Nalia reía con alborozo cuando momentos después Jaime extendió la mano desde su montura para que ella la tomara. Con un impulso la levantó y la sentó sobre su caballo delante de él. Habían estado demasiado tiempo separados. A partir de esos momentos aprovecharían cada segundo para estar juntos.

Sancho cogió las riendas de la yegua de Nalia y suspiró contento. Al parecer ese par de testarudos habían solucionado sus desavenencias. ¡Ojalá fuera para siempre...!

La reconciliación de la pareja fue acogida con alegría por parte de todos. Esa noche Jaime les anunció su intención de casarse con Nalia. No mencionó la conversión de Nalia y nadie se atrevió a preguntar. Todos dieron por hecho que así sería. Su amor había llegado a un punto que ni eso le importaba.

Familiares e invitados felicitaron a la pareja. Incluso los varones de Moriel estaban contentos. Mencía de Zúgel se quedaba en la familia, y Nalia de Toledo, aunque era mora, un inconveniente nada agradable, también era rica. Al menos aportaría algo a la familia.

La felicidad de la joven se reflejaba en su rostro, en su relación con los demás y en cada una de las actividades que emprendía. Su dulce sonrisa y su cálida voz hechizaban a todos. Por las noches, durante la cena, se le pedía que relatara cuentos e historias árabes.

Con su gracia y buena memoria recitaba los relatos que su padre, su aya y Ahme le habían contado a lo largo de su vida. No se le volvió a ocurrir bailar para los demás. Jaime no lo hubiera autorizado, además le hizo prometer que sólo bailaría para él.

Jaime se sentía muy orgulloso de Nalia. Era inteligente y bella, la esposa ideal para él. Se había vuelto bastante posesivo, como si todavía temiera que algo inesperado le arrebatara de nuevo la felicidad.

Nalia envió una carta a su familia comunicándoles la noticia.

Les hablaba ilusionada de su boda y les expresaba su anhelo de que pudieran asistir.

Saffah se apresuró a pagar a buenos correos para que la contestación no se demorara. El deseo de Ruy de Ara y el suyo propio se habían hecho realidad: Nalia se casaría con un caballero cristiano de su mismo rango. Su felicidad era completa. Sus dos hijas se habían casado de la forma más apropiada a su condición y con los hombres que ellas habían elegido.

Zelima estaba embarazada y no podría realizar un trayecto tan largo. Su hermana también le comunicaba que el viaje supondría un esfuerzo excesivo para su padre. Últimamente su salud se resentía, era aconsejable que no saliera de casa. Lamentaba mucho no poder acompañarla en ese día tan importante, pero mantendría la esperanza de que muy pronto ella y Jaime pudieran visitarlos. Ahme le mandaba cariñosos recuerdos. Todos la echaban mucho de menos.

— Claro que algún día iremos a Sevilla, cariño. Te lo prometo—le había dicho Jaime. Nalia se lo agradeció efusivamente—. Por otra parte soy consciente de que me arriesgo a que nada más entrar en Sevilla, Ismail Bahr me rebane el cuello por haberle arrebatado a la mujer más maravillosa que jamás haya podido existir.

Nalia volvió a abrazarlo amorosamente.

— Exageras, amor. Por otra parte, estoy segura de que él ya habrá encontrado a la mujer que realmente le convenía.

Los múltiples trabajos del castillo lo mantenían activo cuando no tenía que acompañar al rey. En cuanto encontraba una excusa para escabullirse, Jaime desaparecía y se dirigía inmediatamente buscar a Nalia. No siempre la encontraba disponible, lo que provocaba en él un inmediato furor.

Nalia tenía también sus actividades. Seguía al servicio de la reina y continuaba dándole clases de francés a las hijas de Jimena. Constanza había disminuido las tareas de Nalia con el fin de que pasara más tiempo con Jaime, pero no siempre coincidían las horas libres de ambos.

Faltaba media hora para la cena, y la reina ya estaba vestida. Como hacía todas las noches, Nalia terminó su servicio y salió corriendo hacia la parte del corredor donde Jaime la esperaba. Él la cogió entre sus brazos y la besó con pasión.

— Me desquicia que te hayan cambiado de habitación. Duermes con las otras damas y no puedo acceder a ti —se quejó con rabia—. En cuanto hemos anunciado nuestro compromiso se han puesto en marcha todos los mecanismos para resguardar las estrictas normas de la sociedad. ¡Maldita sea!, éramos mucho más libres antes. Si lo sé no anunciamos nuestra boda hasta el día antes de celebrarse.

Nalia se echó a reír. Luego le besó y le abrazó con ternura.

— Será por poco tiempo. Muy pronto estaremos juntos para siempre.

— No sé si voy a tener paciencia para que te terminen el vestido. Te echo de menos, Nalia, y quiero tenerte a mi lado mucho más tiempo.

Nalia sonrió.

— Tan vehemente como siempre... —comentó divertida—. Me encanta como eres; por favor, no cambies... aunque si pudieras moderar tus arranques...

Jaime fingió sentirse ofendido.

— ¿Mis arranques? ¿Y qué me dices de los tuyos?

— Tienes que reconocer que ahora me muestro contigo mucho más dulce y... complaciente —dijo en un tono seductor.

Jaime la apretó contra él.

— Si me hablas así no respondo de lo que puede suceder en unos segundos.

Nalia se echó a reír y le siguió el juego.

— Lo deseo tanto como tú, amor, pero hemos de ser pacientes. Ya hemos dado suficiente que hablar.

— ¡Al diablo con las habladurías! Sólo me importas tú, cariño. Tenerte es lo que más deseo en este mundo.

La fogosidad de ambos tuvo que ser aplacada cuando el aviso anunciando la cena llegó hasta sus oídos.

— ¡Maldita sea!, es que no podemos disfrutar ni de unos momentos de intimidad...

La risa de Nalia sonó alegre y cantarina en el corredor.

— Amor mío... ¡Te quiero!

30

Mencía y Nalia se convirtieron en buenas amigas. Muy pronto entrarían a formar parte de una misma familia. Serían primas y estaban encantadas de preparar juntas sus respectivas bodas.

Las costureras del castillo no daban abasto para hacer tantos vestidos. Las damas de la reina y de Jimena se ofrecieron colaborar, encargándose especialmente de bordados y filigranas.

Jaime no quería esperar. Era un caballero del rey y sabía que en cualquier momento podía ser llamado a combatir. Tanto árabes como cristianos parecían estar disfrutando de un tiempo de descanso, pero eso no duraría mucho. Ni los unos ni los otros estaban dispuestos a apaciguar su sed de conquista, por lo que la pase hacía imposible en un futuro próximo.

Aprovechando que los de Moriel contaban en el castillo con tan ilustres visitantes, se había decidido organizar la boda cuanto antes. El acontecimiento se celebraría con grandes festejos, en los que tomarían parte los vasallos y todo el pueblo de Moriel.

Jaime era muy respetado por sus siervos. Le admiraban por su valentía y arrojo en el combate, siendo considerado, al igual que su padre, como un hombre justo y generoso. Los habitantes del pueblo y también del castillo sentían curiosidad por Nalia. Cuchicheaban entre ellos acerca de su belleza y en voz baja la llamaban "la mora".

No entendían que su amo no se casara con una noble castellana. No obstante, respetaban a Nalia porque muy pronto se convertiría en la esposa del heredero de Moriel. Confiaban en la elección de su señor y esperaban que fuera tan bondadosa como la actual señora.

— Me alegra muchísimo verte tan feliz, Nalia —le comentó un día Jimena mientras bordaban en el saloncito de la reina—. Jaime y tú estabais predestinados el uno para el otro, como nos ocurrió a Rodrigo y a mí. Entre nosotros también surgieron muchos problemas que parecían insalvables. Por suerte, nuestro amor logró superarlos y nos unió para siempre.

— Somos muy felices, es cierto —reconoció Nalia—, pero yo aún tengo una espina en el corazón que no lograré arrancar hasta que pueda contarle a Jaime toda la verdad.

Jimena detuvo la aguja en una de las puntadas de su bordado miró a Nalia con expresión compasiva.

— Te comprendo, querida; un corazón noble y honesto como el tuyo no se exaltará de completa alegría hasta que se desahogue con el hombre amado. Sé lo que sientes y me apena, pero por la seguridad de ambos debes seguir los consejos de Rodrigo.

— Comprendo que es lo más prudente; sin embargo, mi felicidad no será completa hasta que Jaime conozca mi pasado y mis orígenes. De hecho yo no me casaría sin haber hablado con él antes acerca de este asunto.

— ¡No, por favor, no lo hagas! —exclamó Jimena con vehemencia—. Si él lo supiera sería una cuestión de honor solucionar de una manera o de otra los asuntos de su esposa. No podrís evitarlo, Nalia; Jaime es un caballero. Puedes deducir muy bien cuál podría ser el resultado.

Nalia se llevó las manos a la cara y lloró con desesperación. Jimena se acercó a ella y la abrazó con ternura.

— Vamos, Nalia, por favor, no te disgustes. Jaime te quiere, te ha aceptado como eres, con todos los inconvenientes que una decisión de tal calibre lleva consigo. Su amor es tan sincero que por él ha luchado contra las más enraizadas tradiciones, contra nuestras severas jerarquías e incluso contra su propia familia. Sabes perfectamente que estas uniones apenas se dan ni en nuestra sociedad ni en la vuestra. Sólo un gran amor ha logrado quebrantar las reglas tan rígidas que nos gobiernan. Por favor, no te sientas culpable porque no lo eres.

A pesar de la alegría que Nalia intentaba mostrar, para Jaime no pasaron inadvertidas las ojeras que ensombrecían sus ojos.

— ¿Qué te ocurre, cariño? Te noto triste y tus ojos están inflamados, como si hubieras estado llorando.

Nalia tomó su mano y se la llevó suavemente a su rostro.

— Nada de eso. Soy muy feliz y no tengo ningún motivo para llorar.

Jaime suspiró en profundidad, la apoyó contra la pared e hizo que le mirara directamente a los ojos.

— ¿Hay algo que te preocupe?, ¿algo que yo deba saber?

Nalia estuvo a punto de perderse en la profundidad verde de los ojos de Jaime y contarle la verdad. En esos momentos, lo que más deseaba en el mundo era sincerarse con él. Pensaba mucho en ello y, desgraciadamente, había llegado a la conclusión de que no sería verdaderamente feliz hasta que él supiera absolutamente todo sobre su vida.

— Nada, amor —contestó por fin—. Lo que ocurre es que me emociona tu amor y las atenciones de tu familia hacia mí. Quisiera que mi padre y mi hermana lo vieran y pudieran agasajaros a todos como os merecéis.

Jaime sonrió con alivio y la abrazó con fuerza.

— ¿Eso es todo? Vamos, amor mío; después de haber estado viviendo en tu casa durante tanto tiempo, me siento lo suficientemente agasajado. Tu padre es un buen hombre, Nalia, y yo lo aprecio mucho, al igual que a Zelima. Ellos sólo tuvieron atenciones conmigo y con mis hombres. Nunca lo olvidaré.

Su padre y su hermana se habían ganado siempre el respeto el cariño de todos los que los conocían. Para Nalia suponía un enorme orgullo que su generosidad y su bondad conmovieran los corazones más hostiles, como los de los arrogantes castellanos cuando entraron en Toledo. Aquella fecha parecía muy lejana, Nalia agradecía ahora que a Jaime le hubiera gustado su casa para instalarse eventualmente.

Las celebraciones de la boda darían comienzo con una cacería.

— Sé que no eres muy aficionada, Nalia, pero no desearía pasar todo el día sin ti. Si lo prefieres...

— Tengo buena puntería y hace mucho que no cazo. Iré encantada, cariño. Quiero estar contigo.

Su futura esposa era una joya. Estarían juntos y además disfrutarían del día.

Los ojeadores y los monteros, guiados por el montero mayor, encabezaban el numeroso grupo que se dirigía hacia los tupidos bosques cerca de Moriel.

Montada en su bonita yegua y escoltada por Jaime, Nalia miró con envidia su informal vestimenta. En vez de su vestido, que la incomodaría si tuviera que bajarse del caballo y le impediría andar con soltura entre la maleza, hubiera preferido llevar ropa más cómoda. Jaime no se andaba con ceremonias cuando se trataba de salir a cazar. Utilizaba calzas marrones de tela ligera y camisa blanca de lino sobre la que iba un jubón de cuero sin mangas. Estos iban ceñidos a la cintura por medio de un cinturón de cuero del que colgaba un largo cuchillo.

— También estás muy guapo vestido así —le dijo dirigiéndole una mirada insinuante—, y además... ¡qué comodidad!

Jaime no pudo reprimir las carcajadas.

— ¡Eres increíble, amor! ¿Serías capaz de salir vestida como un hombre con tal de ir más cómoda? —preguntó con un cierto tono admirativo.

— ¿Me dejarías hacerlo?

— ¡Por supuesto que no!

— ¿Entonces qué importancia tiene lo que yo desee? —pregunta su vez fingiéndose ofendida.

Jaime acercó su caballo a la yegua y tomó la mano de Nalia.

— Deseo que estés a gusto, cómoda y feliz, pero reconocerás que tú y yo ya hemos dado suficientes escándalos, ¿no crees?

Con gesto solemne Nalia movió la cabeza afirmativamente.

— Tienes razón. Creo que por ahora no haré ninguna travesura.

Espoleando a su caballo se alejó riendo de Jaime. Él la alcanzó enseguida y siguiendo la senda que abría uno de los ojeadores, se adentraron en la espesura. Desperdigados entre los árboles y las colinas, los cazadores disparaban a las piezas que espantaban los ojeadores. Con las armas listas y el oído atento, Nalia y Jaime abatieron varios conejos y algunas perdices.

Volvían para reunirse con los demás en el claro donde se dispondría la comida, cuando un ruido procedente de unos altos arbustos asustó a los caballos.

— Detente, Nalia, colócate detrás de mí.

Los caballos retrocedían atemorizados. Habían acechado el peligro y apenas obedecían a las riendas.

— Vayámonos y dejemos la pieza —sugirió Jaime—. No quiero ponerte en peligro.

No hubo tiempo. Un enorme jabalí salió desde detrás de los arbustos y arremetió pesadamente contra el caballo de Jaime. Con el arco preparado, el caballero tuvo tiempo de disparar, pero el animal se movió a tal velocidad que sólo pudo herirlo superficialmente.

Al sentir las primeras dentelladas del jabalí, el caballo relinchó de dolor y levantó las patas delanteras. Jaime intentó asirse fuertemente de las riendas, pero en su ansiedad por no soltar las armas que llevaba en las manos, cayó de la montura, perdiendo en su caída el arco y las flechas. Su mano se dirigió velozmente hacia el puñal que portaba en la cintura y se enfrentó al animal. Logró herirlo de nuevo, lo que provocó que se embraveciera aún más. El jabalí embestía violentamente y hería a Jaime una y otra vez.

Con la ballesta en la mano, Nalia temía disparar. Estaba horrorizada, pero sabía que tenía que conservar la calma. Si se equivocaba unos centímetros podía fácilmente herir a Jaime.

Despacio, descendió del caballo, se acercó sigilosa con el arma lista y disparó por detrás. Nalia dio limpiamente en el blanco. El animal emitió un agónico gruñido y cayó pesadamente sobre Jaime.

Aturdido y exhausto, el caballero logró quitarse el jabalí de encima, pero no tuvo fuerzas suficientes para levantarse. Sin perder tiempo, Nalia corrió hacia su yegua y cogió la bolsa donde siempre llevaba sus medicinas.

— No te muevas, Jaime. Voy a mirarte las heridas —le rogó, arrodillándose a su lado mientras rasgaba su camisa.

— Me has salvado la vida, amor —murmuró él, empapado en sudor y con sangre por todas partes—. Creo que las heridas no son muy profundas. Por favor, no te preocupes.

— Gracias a Dios no lo son. De todas formas, he de curarlas cuanto antes.

Con habilidad, limpió primero las del cuello y luego las de los brazos. Al ser de cuero, el jubón había resistido el ataque del animal, por lo que en el cuerpo apenas había algún rasguño. A continuación le aplicó un ungüento desinfectante y las vendó con tiras de lino.

— Eres un ángel, Nalia. Lo supe nada más verte. Gracias por todo, amor mío.

La joven lo besó suavemente en los labios y le ayudó incorporarse.

Sancho los había dejado solos a propósito. Había oído quejarse a Jaime muchas veces del poco tiempo que disponía para estar con Nalia y había pensado que ese día era una buena oportunidad para que se perdieran por el bosque. Al volver al castillo y enterarse de lo que había sucedido su genio se encendió.

— ¡Maldita sea!, no tenía que haberme alejado de ellos.

Mas tarde, Jaime intentó razonar con él.

— Queríamos estar solos. Lo que ocurrió fue tan sólo un accidente.

— Vuestras vidas estuvieron en peligro, y si no llega a ser por la valentía y la puntería de Nalia, a estas horas estarías muerto, y ella puede que también.

— Otra mujer hubiera huido despavorida. Nalia mantuvo la calma, tuvo el coraje de bajarse del caballo, acercarse y disparar certeramente —expuso Jaime con orgullo—. Es un sueño haberla encontrado, Sancho. No hay otra mujer como ella.

Sancho adoraba a Nalia. Solterón a ultranza, nunca había depositado su afecto y su admiración en una mujer. Para él todas eran iguales, quizás porque había tenido muy pocas oportunidades de tratarlas. Con Nalia era diferente. Había convivido con ella había llegado a apreciar su arrojo para enfrentarse a todos ellos, su dulzura y su bondad. Su lealtad le pertenecía, y siempre la defendería por encima de todo.

Esa noche, todos brindaron a su salud. El valor de Nalia había subido como la espuma. Si bien había sido aceptada hacía tiempo, para Pedro de Moriel y para su mujer ya no era concebible ninguna otra nuera que no fuera Nalia de Toledo.

Nalia era la encargada de curar a Jaime cada día. Ella le dedicaba toda su atención y delicadeza, y el caballero aprovechaba para disfrutar juntos a solas.

— Si no dejas de acariciarme no te pondré bien la venda —se quejaba un día Nalia mientras trataba de esquivar las manos del fogoso caballero.

— No quiero que se me curen las heridas. Esta es una excusa maravillosa para que vengas a mi cuarto cada día —dijo acercándola él y besándola en el cuello.

— No olvides que la puerta está abierta.

— Lo sé, pero nadie osaría molestarnos.

— ¿Estás seguro?

— Ven aquí, amor mío —le ordenó inclinándola hacia él apoderándose de sus labios con pasión. Nalia le igualaba en ardor, aunque sabían que, por respeto a la familia, no podían consumar allí su amor.

Gracias a las atenciones de Nalia, Jaime se curó en pocos días. Inició con cuidado sus ejercicios en el patio y poco a poco fue endureciendo los entrenamientos.

Sancho y Jaime detuvieron sus espadas al escuchar las sonoras carcajadas de un grupo de caballeros.

— ¿De qué se reirán esos mentecatos? —inquirió Sancho de mal humor.

— ¡Eh...! ¿Se puede saber qué os provoca tanta risa? —les preguntó Jaime desde lejos.

Los caballeros se acercaron mientras continuaban riendo.

— Al parecer Artal Jaranegra lleva algún tiempo escondido en uno de sus castillos herido por el certero disparo de una flecha de ballesta.

Jaime miró a Sancho sin comprender.

— ¿Y qué tiene eso de gracioso?

— Pues que fue una mujer la que le disparó. Según los rumores le destrozó el hombro derecho y de haber querido le hubiera matado. Al parecer debe ser una mujer excepcional.

Los hombres irrumpieron de nuevo en carcajadas.

— A saber lo que le habría hecho ese bellaco —comentó otro.

Jaime ya no los escuchaba. Había palidecido de inmediato, su reacción fue instantánea. Con la espada aún en la mano se giró bruscamente con la intención de entrar en la torre.

Sancho comprendió lo que había pasado por su mente y lo detuvo.

— Espera, Jaime. Antes de que cometas una estupidez necesitas saber algo.

— Sólo sé que algo ha ocurrido entre Nalia y Artal. Por razones que desconozco ella lo ha herido y de nuevo vuelve a ocultarme secretos que jamás deberían existir entre marido y mujer —contestó preso de una violenta agitación—. No hay ninguna otra mujer en Castilla que dispare como ella.

— ¿Y no te preguntas el motivo?

Jaime frunció el ceño y lo miró receloso.

— ¿Motivo? ¿Es que tú sabes algo de este asunto?

— Sí; sé que le hirió para evitar ser raptada por ese malnacido y también sé que no te lo dijo para que no te enfrentaras a él pusieras en peligro tu vida.

Diferentes emociones se fueron reflejando en el rostro de Jaime. ¿Es que nunca llegaría a conocer del todo a la mujer que iba ser su esposa?

— ¿Por qué lo sabes tú, Sancho? ¿Acaso te has convertido también en su confidente? —preguntó con resquemor.

Sancho no tuvo en cuenta los celos de Jaime. Los consideraba naturales en su situación y más con una mujer como Nalia.

— El día del baile de Nalia...

Jaime gruño enfadado. Se había propuesto olvidar esa nefasta noche.

— Continúa.

— Tú la arrastraste hasta su habitación. Al parecer no estabais solos.

— ¡Cómo dices?

— Artal Jaranegra estaba ya dentro. Aprovechando el jolgorio de la fiesta había logrado introducirse en el castillo sin ser visto y deslizarse hasta la habitación de Nalia. Su propósito era llevársela, pero no contó con que ella apareciera acompañada. Ni siquiera tu presencia le hizo cambiar de idea. Te golpeó con fuerza y tú te desmayaste...

Jaime pareció despertar repentinamente del letargo en el que había estado sumido.

— ¡¿Que no fue Nalia la que me golpeó?! —preguntó atónito.

— ¡Por supuesto que no! Se echó la culpa para evitar un enfrentamiento entre Artal y tú.

Jaime tiró la espada con genio, dio una patada al suelo y se puso a dar vueltas con el rostro desencajado por la aflicción y el remordimiento. Pasados unos minutos, Sancho le puso una mano en el hombro y lo arrancó de sus turbulentas abstracciones.

— No te culpes, Jaime. Tú no sabías nada...

— Si pudiera borrar las cosas que le dije... ¡Soy un imbécil! Por mi orgullo he estado a punto de perder a la mujer que amo. Pensé lo peor de ella. ¡Cómo es posible...!

— Todos cometemos errores. Tú sólo creíste lo que Nalia te contó.

— Tenía que haber investigado más. En la posición en la que ella se encontraba no podía haberme golpeado tan contundentemente. La ira me cegó y anuló toda mi capacidad de razonamiento.

El lamento de Jaime era sincero, profundo. Sentía dolorosamente haber pensado lo peor de Nalia.

— Olvida lo que pasó, Jaime. Nalia supo defenderse con valentía. Hirió a Artal y luego me llamó a mí para que lo sacara de la habitación sin que nadie se enterara.

— Mataré a ese canalla...

—¡No! Lo que ocurrió es un secreto. Si lo descubres Nalia no volverá a confiar en ninguno de nosotros. A ella lo que más le importa en este mundo es tu vida y tu amor. Por favor, no le des un disgusto ahora; le frustrarías la ilusión que tiene con vuestra boda.

Jaime lo miró caviloso, evaluando lo que Sancho intentaba hacerle entender. Le costó un gran esfuerzo ceder, pues deseaba aclarar esa cuestión con Nalia. No quería que entre ellos existiera ningún secreto. Por otra parte, le alegraba que no hubiera sido Nalia la mano brutal que lo había golpeado.

Una hora después, Nalia y Jaime salían a caballo del castillo, acompañados de una pequeña escolta. Alborozado con la idea de que Nalia no le había herido, pidió permiso a la reina para poder pasar esa mañana a solas con Nalia. Constanza aprobó la salida de ambos. Los dos enamorados se veían poco y comprendía que quisieran estar juntos.

Sentados a la orilla de un riachuelo, a la sombra de unos frondosos álamos, Nalia y Jaime disfrutaban de la excelente comida que les había preparado la cocinera.

Ningún ruido turbaba su conversación. Sólo el sonido del agua al correr y el trino de los pájaros servían de música de fondo a las risas y bromas de los enamorados.

— Hemos hablado de muchas cosas, Jaime, pero todavía no me has dicho por qué estás hoy especialmente alegre y por qué has querido celebrarlo con esta maravillosa excursión.

Jaime estaba radiante y le había sido difícil disimular su satisfacción.

— El día es precioso; momentáneamente estamos disfrutando de un tiempo de paz y tengo como prometida a la mujer más maravillosa de Castilla, ¿cómo no voy a estar feliz?

Nalia sonrió dichosa y lo besó con gratitud.

— Entonces se puede decir que igualas mi felicidad.

El relincho de los caballos interrumpió el intenso abrazo de los enamorados. Era la hora de volver y los soldados de la escolta se acercaban para avisarlos.

Nalia acudió alegre a su reunión diaria con Jaime. Para su sorpresa, era Sancho el que la estaba esperando.

— Acompáñame, Nalia. Te llevaré con Jaime.

— ¿Ocurre algo?

El veterano caballero la tranquilizó.

— Nada por lo que debas preocuparte.

Sancho golpeó la puerta antes de alejarse. Jaime la abrió, sonrió a Nalia y extendió la mano para que ella la tomara.

— Hoy he preferido que nos reuniéramos aquí porque tengo algo que darte —le explicó acercándola a él y dándole un beso.

La joven seguía intrigada. Mirándola con un candor especial, Jaime le alargó una bolsita de terciopelo.

— Este es uno de mis regalos de boda.

Nalia lo miró cautivada. La ternura y el amor que Jaime la dedicaba la emocionaban siempre. No lo había querido reconocer antes, pero él siempre había demostrado un claro interés por ella.

Ese primer afecto se había convertido en sincero amor y eso la conmovía profundamente.

Nalia sujetó entre sus dedos la bonita cadena con la valiosa cruz de oro. Jaime observaba con atención su reacción. Sabía que ella era musulmana, pero deseaba vehementemente que se convirtiera al Cristianismo.

— Es un regalo precioso, amor; muchas gracias.

Abrió la cadena y se la dio a Jaime para que se la pusiera. Luego la tocó suavemente y la besó. Jaime la miró atónito, no entendiendo muy bien el gesto de Nalia.

— Te quiero, Jaime, y vas a ser mi esposo. Si tú eres cristiano, yo también lo seré.

Emocionado por sus palabras, Jaime la abrazó con fuerza y la besó con ternura.

— Es el mejor regalo de boda que podría haber soñado. Nalia, mi Nalia... ni siquiera en esto me has fallado.

— No podría haberlo hecho porque yo...

El anuncio de que la cena se serviría en pocos minutos interrumpió lo que Nalia iba a decir. Estaba decidida a sincerarse con Jaime. Él le había demostrado su amor con creces, y ella no sería menos.

Antes de salir, Jaime le alargó un pequeño paquete.

— ¿Otro regalo? —preguntó Nalia gratamente sorprendida de nuevo.

— Esto es tuyo, Nalia, y yo deseo que lo guardes y hagas de ello el uso que quieras.

El colgante de brillantes en forma de corazón que Ismail Bakr le había regalado apareció ante sus ojos. Nalia creía que Jaime lo habría destruido hacía tiempo; sin embargo lo había guardado para ella y se lo entregaba sin ningún rencor.

— Eres muy bueno, Jaime, y yo te amo tanto... —confesó besándolo—. No lo usaré nunca, pero como es valioso, si a ti te parece bien, lo guardaremos como parte de la dote de nuestros futuros hijos.

Jaime la apretó contra él.

— Estoy seguro de que a ellos les gustará tener también joyas árabes. Es natural que conserven recuerdos del país donde se crió su madre.

Esa noche, durante la cena, todos apreciaron la cruz que Nalia llevaba al cuello. No hicieron falta explicaciones. Los presentes entendieron perfectamente lo que la joven mora había decidido.

Guiomar se llevó su bonito pañuelo bordado a los ojos, emocionada por lo que hasta ese momento no había estado muy claro.

— Mis plegarias han sido escuchadas, Pedro. Nuestra nuera será una de los nuestros. ¡Soy tan feliz...!

Los vestidos ya habían sido terminados y esa misma noche fue fijada la fecha de la boda.

— ¡Brindo por el novio, mi fiel y valiente caballero Jaime de Moriel! —exclamó el rey levantando su copa.

— ¡Y yo por la novia —se levantó a continuación Constanza—, una mujer difícil de igualar en belleza y gentileza!

Levantando las copas, los comensales vitorearon a los futuros esposos, recordando y ensalzando las hazañas del novio y alabando la dulzura de la novia.

Las risas y bromas se interrumpieron bruscamente cuando el Cid, jadeante y con gesto de preocupación, irrumpió repentinamente en el salón, acompañado de un numeroso séquito de caballeros.

Todos lo miraron perplejos, sorprendidos por su súbita llegada.

La primera en reaccionar fue Jimena. Emitiendo un grito de alegría, se levantó de su asiento al lado de la reina y corrió hacia su marido. Los brazos del guerrero se abrieron generosamente y la cogieron con amor.

El Cid había tenido que permanecer en Toledo durante la ausencia del rey. Una ciudad tan importante no podía quedar desprotegida. Rodrigo y Jimena habían estado separados un mes y había sido muy duro para la pareja. A pesar de haber tenido que sufrir largas separaciones a causa de la guerra, ellos nunca se habían acostumbrado.

Rodrigo saludó a todos los presentes protocolariamente.

— Ruego que disculpéis mi brusca entrada, pero un reciente correo me obligó a venir lo antes posible.

A continuación pidió al rey, a Jaime y a Nalia que lo siguieran.

— ¿Dónde podemos hablar en privado? —preguntó con urgencia.

— Vayamos a mis aposentos —contestó Alfonso.

Jaime comprendía que el Cid quisiera hablar con el rey y con él, pero no entendía por qué había solicitado también la presencia de Nalia. ¿Serían malas noticias respecto a su familia? Para tranquilizarla le tomó la mano y se la apretó, intentando transmitirle una serenidad que él también intentaba mantener.

El grupo entró en la habitación y la puerta se cerró tras ellos.

— El rey de Badajoz, Al-Mutawakkil, está muy enfermo. Como sabéis, fue el hombre que aseguró que había pagado las parias a Ruy de Ara. —Al escuchar el nombre de su padre, Nalia sintió una punzada en el corazón—. Su testimonio y el descubrimiento del dinero en el castillo de Ara motivaron la acusación por parte de Bernardo Jaranegra contra Ruy y el posterior destierro del valiente caballero.

Una expresión de aflicción y de tristes recuerdos agitó el semblante de Alfonso.

— Lo recuerdo con amargura. Ruy era un leal consejero y un buen hombre. Jamás creí esa calumnia. Desgraciadamente, las pruebas me obligaron a desterrarle.

Jaime notó el temblor de la mano de Nalia bajo la suya.

— Tranquilízate, cariño. Eso pasó hace mucho tiempo.

— Creyéndose a las puertas de la muerte —continuó el Cid—, Al-Mutawakkil ha mandado escribir este mensaje para vos y lo firma él mismo. Está escrito en árabe, pero Nalia podrá traducirlo.

Intentando calmar su nerviosismo, Nalia cogió el pergamino que el Cid le alargó.

"A la atención de Alfonso VI, rey de Castilla y Emperador de España.

Postrado en mi lecho, es la voluntad de Alá que muy pronto abandone este mundo. No he de hacerlo, sin embargo, sin confesar humildemente el grave pecado que cometí al acusar injustamente al honrado y valiente caballero Ruy de Ara. Jamás lo habría hecho si la vida de mi hijo no hubiera estado en peligro. Bernardo Jaranegra lo raptó y lo mantuvo prisionero en los calabozos de su castillo hasta que accedí a tomar parte en su siniestra intriga.

Durante mucho tiempo el remordimiento perturbó mi vida, hasta que supe que el caballero de Ara y su hija seguían vivos. Me alegró saber a través de mis espías que la joven se había criado con un rico musulmán y que se había convertido en una de los nuestros.

Intentando enmendar lo que hice y en nombre de mi hijo Al-Fadd, el próximo rey de Badajoz, solicito la mano de la hermosa Nalia de Toledo, hija del barón Ruy de Ara. Será un honor para nosotros reparar el daño que hicimos al noble caballero celebrando esta boda.

La prueba de que lo que digo es verdad la encontraréis en el calabozo del castillo de Jaranegra, en la segunda celda de la derecha, en la parte alta del muro central. En una de las piedras mi hijo escribió lo siguiente:

"Mi padre, Al-Mutawakkil, rey de Badajoz, me vengará".

Desgraciadamente, la venganza contra tan poderosos cristianos no fue posible antes. Ahora, sintiendo la muerte tan cercana, mi conciencia me obliga a pagar esta reparación para que el noble nombre de Ara vuelva a ser respetado con honor.

Muero confiando en vuestra benevolente bondad. Espero que Alá también me perdone".

Sintiendo un nudo en la garganta, Nalia levantó los ojos lentamente del papel y los dirigió hacia Jaime. Con una expresión desgarrada, el noble caballero apenas podía contener los fuertes latidos de su corazón. Su angustia era tan convulsiva que amenazaba con sumirlo en la inconsciencia, como si en un recóndito rincón de su cerebro algo le indicara que lo que estaba sucediendo era sólo un sueño. Mortalmente pálido, Jaime miró a Nalia severamente, recriminándola en silencio por ese nuevo secreto que volvía a separarlos. Nalia le apretó la mano y se acercó más a él, indicándole con ese simple ademán que confiara en ella.

Rodrigo interpretó muy claramente lo que en esos momentos estaba pasando por la mente de Jaime. Cualquier caballero con carácter y orgullo se hubiera sentido ofendido en esas circunstancias.

El rey estaba también perplejo, aunque era tanta la alegría que sentía de que por fin el nombre de Ruy de Ara fuera redimido, que no se sintió agraviado sino encantado de la verdadera identidad de Nalia.

— Nalia no ha querido engañarte, Jaime —le explicó Rodrigo con voz serena—. Siguiendo primero los consejos de Saffah y luego los míos, ha guardado su secreto hasta tener la seguridad de que su vida no corría peligro.

— Yo la hubiera protegido —contestó Jaime malhumorado profundamente dolido.

— Sí, y también te hubieras visto obligado, como hombre de honor que eres, a intentar averiguar la verdad. Tu acción habría levantado las sospechas de Bernardo Jaranegra, provocando un enfrentamiento, o simplemente habría ordenado mataros a ti y Nalia. No olvides que Nalia es la heredera de la mitad de las tierras de los Jaranegra. Bernardo jamás hubiera consentido perderlas.

— Lo siento, amor —se disculpó Nalia llorando—. Lo he hecho por el bien de los dos. Quiero vivir contigo en paz y sin miedos. Todo lo que amenace esa paz, aunque sea la adquisición de tierras o de propiedades, no tiene valor para mí —declaró Nalia con el corazón expectante—. No quiero nada si no te tengo a ti.

Jaime abandonó sus cavilaciones y la miró. Al ver cómo las lágrimas bañaban incontroladas su bello rostro, la abrazó con ternura, intentando transmitirle su apoyo y su comprensión.

— Tenéis razón —reconoció dirigiéndose al Cid—. Me hubiera resultado muy difícil no caer en la tentación de reparar el honor mancillado de la mujer que amo. Como cualquier caballero de bien no habría descansado hasta averiguar la verdad.

— En estos tiempos hay que ser muy cautelosos —añadió Alfonso—, y Nalia ha dado un gran ejemplo de discreción y buen juicio.

— Te has erigido en mi paladín, amor —le comentaba Jaime más tarde, cuando ambos se encontraban solos—. Parece que siempre intentas evitarme el mal.

— No quiero perderte. He sufrido por tener que ocultarte mi verdadera identidad, pero no podía arriesgar nuestras vidas.

— ¿Cuándo supiste que no eras hija de Saffah? Que conste, cariño, que no es mi deseo reprocharte nada; sólo quiero saberlo todo sobre ti. Es mi mayor anhelo que a partir de ahora no exista ningún secreto entre nosotros. La transparencia entre ambos tiene que ser total. Por

favor, que no vuelva a haber ningún malentendido que nos separe —le rogó con una emoción que le salía del alma.

— No sólo no me ofenden tus preguntas sino que me halagan. Tienes más derecho que nadie a conocer mi vida entera y para mí será un placer relatártela.

No podía ser de otra manera. Llegados a este punto, ninguno de los dos podía fallar.

— Siempre fui educada como cristiana, aunque las costumbres que regían en mi casa eran las árabes y la religión que se practicaba era la musulmana. A los seis años —continuó Nalia— mi padre me explicó que yo era cristiana porque mi madre lo había sido. También me advirtió encarecidamente que debía guardarlo en secreto. Mi mente infantil no estaba interesada en averiguar nada más y mi padre tampoco volvió a darme más información.

Jaime, en cambio, sí estaba muy interesado en cada una de sus palabras. Necesitaba la franqueza total de la mujer que hasta hacía muy poco había sido un enigma para él y que muy pronto se convertiría en su esposa.

— Cuando vosotros entrasteis en mi casa, Saffah se vio obligado a revelarme mi verdadera identidad. Esperaba que si yo sabía que era también castellana sería más benevolente con vosotros. Tenía miedo por mí y lo intentó todo para que no me enfrentara contigo.

— No lo consiguió —intervino Jaime con gesto pícaro—. Ahora no me importa que lo hicieras: estabas en tu derecho. Sin embargo, en aquellos momentos temía que tu osadía me obligara a tener que hacerte daño.

Nalia le acarició con dulzura.

— Sabía que procurarías evitarlo. Siempre estuve segura de que eras un hombre honorable.

— ¡Ah, muy bien, Nalia de Toledo!, eso quiere decir que te aprovechaste de mi caballerosidad a propósito —la recriminó fingiendo enfadarse.

— Por supuesto, amor —reconoció ella siguiendo con la broma— Digamos que... logré encontrar los medios apropiados para domarte.

Jaime abrió los ojos desmesuradamente.

— ¿Domarme?, pero si era yo el que me había propuesto domarte a ti. Eras un poco salvaje...

— Y tú muy arrogante y orgulloso.

— Mira quién habla de orgullo...

De pronto se quedaron en silencio, se miraron y se echaron reír.

— Me parece que nuestros futuros hijos van a estar muy entretenidos con nuestros relatos —comentó Jaime todavía riendo—.Veremos a quién dan la razón.

Nalia le contó también con detalle lo que había ocurrido en Toledo cuando los almorávides la asediaron.

— Te había prometido no tomar parte en la batalla y no lo hice. Sólo mantuve una vigilancia para intentar proteger a los caballeros cristianos, y especialmente a ti, de la flechas traicioneras. Al principio no podía creer que alguien tratara de asesinar al Cid. Enseguida comprobé que no estaba equivocada y no dudé en disparar a Hernán Jaranegra sin vacilar, igual que a los otros caballeros que también lo intentaron.

Jaime estaba atónito.

— ¿Por qué no me lo contaste?

— Lo intenté, pero estabas tan furioso por lo que tú creías que yo había hecho, que no me diste oportunidad para darte ningún tipo de explicación.

Jaime la abrazó y le pidió perdón.

— Salvaste la vida del mejor guerrero de Castilla. Todos te debemos eterno agradecimiento.

También le contó lo que había ocurrido con Artal Jaranegra.

— Supe lo que le había ocurrido a Artal a manos de una mujer. Inmediatamente pensé en ti —confesó compungido—. Eres la única mujer que conozco con la puntería y arrojo

suficiente como para cometer semejante temeridad. Sancho me detuvo antes de que me enfrentara de nuevo a ti. No tuvo más remedio que contarme todo lo que había sucedido.

Nalia estaba afligida.

— No me gustan ni la violencia ni las armas, pero tengo que defenderme —dijo intentando justificarse.

— Y yo deseo que lo sigas haciendo. Desgraciadamente, no podré estar siempre a tu lado para protegerte. Me tranquilizará saber que tienes las armas cerca para defenderte de cualquier intruso. No eres una mujer corriente, Nalia, pero yo te quiero como eres. Por favor, no cambies.

Nalia lo abrazó y lo besó agradecida.

— Soy una mujer con suerte, Jaime, porque he logrado encontrar a un hombre maravilloso que me quiere y al que yo amo más que a nada en el mundo.

Él la aferró con fuerza.

— Gracias, querida, pero no olvides que fui yo el que te encontró a ti.

Nalia rió con gozo. Su corazón estaba henchido de felicidad. Al alba, los caballeros del rey, del Cid y los hombres de Jaime, además de una numerosa tropa de soldados, escoltaban a Nalia camino del castillo de Jaranegra. Si bien Jaime se opuso rotundamente a que Nalia los acompañara, las explicaciones de Alfonso lo convencieron de que su presencia era necesaria. Por mucho que ellos intentaran comparar los signos del calabozo con los de la carta de Al-Mutawakkil, solamente una persona que leyera en árabe con soltura podría asegurar que el mensaje estaba allí escrito.

Cabalgaron casi sin descanso, pasaron la noche a la orilla de un río, ya cerca de Jaranegra, y emprendieron la marcha al amanecer.

Nalia estaba nerviosa y tenía miedo. Aparentemente, todo estaba controlado, pero... ¿y si los Jaranegra conocían el mensaje y los estaban esperando? El pánico la atenazó. Jaime observó su turbación y le cogió la mano para tranquilizarla.

— No temas, amor. Todo saldrá bien. Confía en nosotros.

La joven asintió con una débil sonrisa.

A media mañana, la silueta del castillo de Jaranegra apareció lo lejos. Los jinetes aceleraron el paso con el fin de llegar cuanto antes y sorprender a sus habitantes.

Avisado por sus hombres, Bernardo Jaranegra observaba desde el parapeto al contingente de soldados. Iba a ordenar que subieran el puente y cerraran todas las puertas cuando reconoció el estandarte del rey. Sin demora ordenó que se iniciaran los preparativos para rendir honores a los ilustres visitantes en el patio de armas.

No le gustó el semblante del monarca y de sus acompañantes. Era evidente que las noticias que traían eran malas. Alfonso lo saludó con frialdad, lo que provocó una funesta aprensión en el noble.

— Nuestra visita no es de cortesía —le advirtió el rey—. Hemos recibido un mensaje y queremos comprobar si lo que se declara en la carta es verdad.

— ¿Puedo saber de qué se trata?

— Lo sabrás, pero antes deseo que nos acompañes a las mazmorras.

La duda y el miedo le hicieron temblar, pero Bernardo Jaranegra procuró no exteriorizarlo. Estaba rodeado y cualquier movimiento sospechoso podría significar su muerte.

Situados en puntos estratégicos, los soldados y los caballeros del rey habían tomado el castillo.

Después de recorrer sinuosos corredores y bajar estrechas tenebrosas escaleras, llegaron a un rellano más ancho desde el que se accedía a los calabozos.

— Coged la llave y abrid la segunda celda de la derecha —ordenó el rey a Jaranegra. El caballero le hizo una señal a uno de sus hombres, dándole permiso para que abriera la pesada puerta de hierro.

Dos soldados entraron primero e iluminaron con las antorchas la lúgubre mazmorra. Un olor a suciedad y a humedad provocó la repugnancia de los presentes. Aparentemente vacía,

después de examinarla, los visitantes descubrieron en un rincón un montón de paja maloliente que habría servido de cama a algún desgraciado, y un taburete viejo y desvencijado.

Soltándose de la mano de Jaime, Nalia se acercó al muro central y miró hacia arriba. Cogiendo el taburete se subió en él, tomó una de las antorchas e iluminó la parte alta de la pared. Muchos años habían pasado desde que había estado allí el hijo del rey de Badajoz, pero si el joven había grabado bien su mensaje, tenía que quedar alguna señal.

— ¿Se puede saber qué hace esta mujer aquí y qué es lo que busca? —preguntó Jaranegra empezando a perder la paciencia.

— Si no encuentra los indicios que buscamos no tienes nada que temer —le contestó Alfonso con serenidad.

Pasando sus dedos por las gruesas piedras y soplando para apartar el polvo que cubría los muros, Nalia finalmente dio con el mensaje. Escrito con letras bien trazadas y artísticamente grabadas en la piedra, las dos cortas frases expresaban exactamente el mismo mensaje que la carta de Al-Mutawakkil.

— Mi padre, Al-Mutawakkil, rey de Badajoz, me vengará —leyó Nalia en voz alta.

El rostro de Jaranegra se distorsionó de horror, descubriendo en esos momentos cuál había sido el motivo de la visita del rey.

— Sabemos lo que hiciste, Bernardo, y ya sabes cómo se paga ese crimen.

— No sé de qué estáis hablando.

— Lo sabes perfectamente. Tú cometiste traición raptando al hijo de un rey aliado, luego acusaste falsamente al noble caballero Ruy de Ara para ocupar su puesto en la Corte y apoderarte de sus tierras, y más tarde trataste de asesinarlo cuando pernoctaba en la casa de unos amigos aragoneses.

Jaranegra dio un paso atrás, asustado.

— No tenéis pruebas...

— La frase que Nalia acaba de leer es la prueba que probablemente te condenará.

— ¿Y qué tiene que ver la mora con todo esto? —preguntó con un desprecio que enfureció a Jaime.

— Nalia de Toledo es la hija legítima de Ruy de Ara —le informó el rey, regocijándose al notar el macilento color ceniza que había adoptado repentinamente el rostro de Jaranegra—. Temiendo por su vida, la confió a un árabe amigo. El bondadoso Saffah la crió y la protegió como a una hija. Hasta hace dos noches no hemos conocido la verdad sobre aquella terrible injusticia, y a partir de ahora ella será tratada con los honores que merece su rango.

Jaranegra miró a Nalia con odio y supo que aquello era su fin si él no le ponía remedio de alguna manera. Con un inesperado y súbito movimiento aferró a Nalia, la colocó bruscamente de espaldas a él y le puso un puñal en el cuello.

Jaime se movió con rapidez, pero fue sujetado por Rodrigo y por Lope.

— Calma, Jaime, calma —le aconsejó el Cid.

— Empeoras tu situación amenazando a la muchacha, Bernardo—le advirtió el rey.

— Ella será mi salvoconducto. Sé que si no logro escapar seré hombre muerto.

— Tienes derecho a un juicio.

La explosión de funestas carcajadas retumbó siniestramente entre los fríos muros.

— Atrás todos o la mato.

Un débil hilo de sangre comenzó a teñir el cuello de Nalia.

Consciente de ello, Jaime sufría dolorosamente, comenzando dudar de su capacidad para soportar aquella tortura. Si ese loco la mataba, él... ¡No!, sería terrible, una agonía. ¡Tenía que impedirlo toda costa!

Con Nalia como escudo, Jaranegra retrocedía con paso seguro.

Ya estaba fuera de la celda y nadie podía detenerlo. Su intención no era salir de allí. Sabía que en el patio lo matarían. Lo que pretendía era llegar hasta una puerta secreta de la que partía un túnel. Al final había una cueva, y muy cerca de ella unos pequeños establos en los que siempre había caballos listos para una huida.

Jaime seguía despacio a Jaranegra, esperando cualquier descuido para saltar sobre él.

Nalia temía por ella y también que Jaime hiciera un desesperado movimiento y resultara muerto. Intentó pensar, encontrar una salida para derrotar a ese asesino. Era una situación límite y su mente perturbada por el pánico ofuscaba sus ideas.

De pronto se acordó de la daga. Quizás si Jaime la entendía podrían poner fin a esa locura con éxito. Mirándole fijamente durante unos instantes, luego dirigió sus ojos hacia abajo, indicándole que todavía conservaba su daga. Él la miró asustado negó con la cabeza. Ese bellaco estaba desesperado y cualquier movimiento sospechoso por parte de Nalia provocaría su muerte.

Jaime pensaba a toda velocidad sin encontrar una solución.

¡La daga!, Nalia le había dado la idea. Ella había aprendido manejar varias armas sin fallar, lo que quería decir que tendría buenos reflejos y sabría moverse con rapidez. Unos segundos de distracción y podría salvarla. Jaranegra se dirigía hacia la pequeña puerta situada al fondo de uno de los pasillos. Tenía que cogerla antes de que la atravesara. La llave estaba en la puerta, pero él tenía que abrirla...

El inesperado grito atronador de Jaime dirigiéndose a su amada asustó a todos los presentes.

— ¡Al suelo, Nalia!

Golpeando con el codo a su captor, momentáneamente distraído por la maniobra de Jaime, Nalia se tiró al suelo, circunstancia que aprovechó de Moriel para lanzarle a Jaranegra su fino puñal.

Los reflejos de Nalia habían funcionado.

El perverso noble dirigió sus manos a la daga que le atravesaba el corazón y cayó al suelo pesadamente. En pocos segundos estaba muerto.

Nalia corrió a los brazos de Jaime y se aferró a ellos con desesperación.

— Ya pasó todo, amor mío. Una nueva vida nos espera —la animó besándola—. A partir de ahora, nada podrá separarnos.

El rey firmó un decreto por el que se declaraba culpable de traición a Bernardo Jaranegra. A su hijo, Artal, y a su sobrino, Hernán Jaranegra, se les condenó al destierro por intento de rapto y por intento de asesinato en la persona del Cid. Su otro hijo, Beltrán, aun siendo inocente de estos cargos, decidió acompañar a su hermano. La hermana de Bernardo, Sancha, se recluyó voluntariamente en un convento. Los bienes de la familia fueron confiscados en beneficio de Nalia, y las propiedades y títulos de Ruy de Ara le fueron restituidos a su hija con todos los honores.

En presencia de los reyes, de la familia de Moriel y de todos los caballeros del castillo, el Cid le hizo entrega a Nalia de los tres únicos objetos que su padre pudo conservar cuando salió de Castilla: su espada, la cadena con el medallón de oro en el que estaban grabados el escudo y las armas de la familia Ara, y el anillo con su sello.

— Siempre estaré en deuda con vos, Rodrigo. Sin vuestra ayuda no hubiera podido reparar el agravio que sufrió mi padre ni restituir su buen nombre.

Arrodillándose delante del rey, Nalia le dirigió una suplicante mirada y habló con serenidad.

— De vos y de vuestra esposa, la reina Constanza, sólo he recibido bondades y atenciones. Os ruego que me permitáis extender esa misma generosidad hacia una persona a la que quiero mucho y que es una víctima inocente de la perfidia de su familia. — Todos la miraban intrigados, sin saber a quién se refería—. Se trata de Isolina Jaranegra, una joven bondadosa y gentil que sufre la tragedia de su familia. Es mi deseo restituirle el castillo Jaranegra y las tierras que lo rodean. Será mi regalo de bodas para ella y Lucas de Moriel.

Un rumor de sorpresa y admiración se extendió por el salón.

Jaime, que permanecía de pie a su lado, puso la mano sobre su hombro y lo apretó suavemente. Estaba de su lado y se sentía orgulloso de la decisión de su prometida. No se había equivocado: Nalia de Toledo, como siempre la llamaría, era una mujer espléndida, el mejor regalo que un hombre podría recibir.

Alfonso y Constanza se miraron asombrados: esa mujer siempre los sorprendía. Raramente una persona se mostraba tan espléndida con alguien que pertenecía a una familia enemiga. Nalia era diferente, y al parecer, siempre lo sería.

— Esas propiedades son tuyas, Nalia, eres muy libre de ofrecérselas a quien desees.

— Gracias, señor.

A continuación cogió la espada de su padre, de fino acero toledano, con empuñadura de oro e incrustaciones de piedras preciosas y se la ofreció a Jaime.

— Es mi deseo que el hombre al que amo y que va a ser mi esposo conserve la espada de mi padre, el noble y honrado caballero, Ruy de Ara.

Nalia la puso sobre sus manos extendidas y él la aceptó ceremoniosamente.

— La llevaré con orgullo y la usaré con el mismo honor con que él la utilizó.

Emocionados, los asistentes prorrumpieron en aplausos, celebrando la felicidad de los dos jóvenes.

— ¿He de deducir por vuestras palabras que rehusáis a la propuesta de matrimonio ofrecida por el rey de Badajoz? —Alfonso ya lo sabía, pero quería que la joven se lo confirmara antes de contestar al rey musulmán.

— Transmitidle mi agradecimiento y comunicadle que ya tengo esposo —afirmó dedicándole a Jaime una resplandeciente sonrisa.

Pedro, Guzmán y Nuño de Moriel se miraron con un gesto de satisfacción.

— ¿Y vosotros queríais que Jaime eligiera otra novia...?—exclamó Nuño de broma, fingiendo reñir a sus hermanos.

— En cuanto vi a esa joven supe que era especial. Mi hijo no se hubiera enamorado de cualquiera —aseveró Pedro con orgullo.

— Di más bien tus dos hijos, pues gracias a sus acertadas elecciones, el patrimonio de la familia aumentará ostensiblemente. Los hemos educado bien, hermanos —añadió Guzmán con expresión de triunfo—. Los chicos han sido responsables y han sabido elegir a las mujeres adecuadas.

Isolina lloraba amargamente cuando Nalia entró en su habitación. Después de consolarla y de limpiarle las lágrimas con un suave pañuelo de lino, Nalia se sentó a su lado y le contó lo que había decidido.

— Tú no eres culpable de nada, Isolina, y no mereces sufrir ni perderlo todo.

La joven se lanzó sobre Nalia y la abrazó con fuerza.

— ¿Cómo podría agradecértelo?

— Siendo feliz y olvidando lo que ha sucedido. Piensa en el presente y en el futuro tan maravilloso que te espera al lado de Lucas.

— Eres muy generosa, Nalia —dijo Lucas, emocionado—. Mi hermano tuvo mucha suerte al encontrarte.

— Todavía no puedo creer todo lo que ha sucedido —le decía Jaime a Nalia unos días después, la víspera del día de su boda—. No me hago a la idea de que no seas mora sino una noble castellana. Sí que lo eres —continuó con aturdimiento—, pero...

— ¿Pero qué, cariño?

— No sé..., creo que para mí siempre serás Nalia de Toledo, la bella mujer hispano-musulmana de la que me enamoré nada más verla.

Una luz de felicidad brilló en sus ojos.

— Además... quisiera pedirte que... —Nalia lo miraba con ansiedad—, en una palabra, prefiero que en la intimidad de nuestro hogar te vistas de nuevo con los espléndidos trajes árabes. Envuelta en esas suaves y tentadoras telas te conocí, me enamoré y es mi deseo verte siempre así.

Nalia movió la cabeza riendo.

— Tus deseos serán complacidos, querido. Jamás ha existido una mujer que se haya sentido tan querida como yo. A pesar de todos los inconvenientes que nos separaban, tú insististe conmigo y no renunciaste al amor que sentías por mí. Rompiste con todas las reglas y con todas las tradiciones solamente por amor. Incluso me perdonaste que te hubiera

golpeado brutalmente, cuando de haber sido yo la culpable no hubiera habido perdón posible. —Nalia lo miró con arrobamiento y le acarició suavemente—. Soy tan feliz y te estoy tan agradecida...

Jaime le cogió la mano y se la besó.

— Yo también. Siempre tuve la esperanza de casarme por amor, pero hasta que te conocí no lo creí posible.

Los reyes presidieron la ceremonia de la boda. Vestida de blanco, con un suntuoso traje de seda y luciendo la cruz que Jaime le había regalado, Nalia relucía en la iglesia como un rayo de sol. A pesar de la nostalgia por la ausencia de su familia, jamás se había sentido más dichosa.

Jaime estaba nervioso. Deseaba con ansiedad que toda la ceremonia y posterior banquete pasaran de prisa para poder estar de una vez por todas a solas con Nalia. Esos últimos días habían sido de mucha agitación y apenas habían podido hablar.

De pie en el altar, elegantemente vestido con un jubón azul sobre camisa blanca de lino, calzas también azules y una lujosa capa blanca, Jaime observaba extasiado a Nalia mientras ella recorría despacio, apoyándose en el brazo del Cid, el pasillo central de la capilla del castillo. La cara la llevaba descubierta y sobre los sedosos bucles negros se apoyaba un tocado blanco salpicado de perlas piedras preciosas.

Nalia lo miraba sólo a él. Sobre su bonito atuendo relucía la cadena de eslabones, de la que colgaba el gran medallón de oro con el lema de los de Moriel. La capa corta estaba sujeta con un valioso broche. Las botas de cuero brillaban, así como el profundo verde de sus ojos.

Nalia le dedicó una cálida sonrisa, a la que él correspondió con un gesto cargado de placenteras promesas. Tomándola de la mano, la ayudó a arrodillarse a su lado.

Muy atentos a la ceremonia que significaba tanto para ellos, ambos enamorados pronunciaron sus votos con contundencia seguridad. Dos corazones, originarios de las dos culturas que Alfonso V con tanto ahínco había querido unir, se convertían en uno sólo y latían al unísono. Dos tradiciones enriquecerían sus vidas y redundarían en beneficio de su amor.